

LA DEBILIDAD DE COLE MONROE

NEREA VARA

LA DEBILIDAD DE COLE MONROE

NEREA VARA

Para todas las personas que decidieron
darse una segunda oportunidad.

ADVERTENCIAS

Este libro contiene escenas delicadas relacionadas con violencia de género, abuso sexual y salud mental. También se usa un lenguaje explícito y cuenta con escenas solo para adultos.

ÍNDICE

Tabla de contenido

ADVERTENCIAS
ÍNDICE
1. HOGAR, DULCE HOGAR
2. EN NEGATIVO
3. RECUERDOS DEL PASADO
4. TODA LA VERDAD
5. NI UNO MÁS
6. MIEDOS E INCERTIDUMBRE
7. DETALLES Y CONSECUENCIAS
8. SANGRE
9. SENTIMIENTOS DE CULPABILIDAD Y ESPERANZA
10. SINCERIDAD ENTRE AMIGAS
11. BIENVENIDO A MONROE
12. TECNO, ALCOHOL Y TENTACIONES
13. QUIERO DORMIR CONTIGO
14. DEMASIADO PRONTO
15. DOCE MILLONES DE MUJERES
16. UN MOMENTO DE CALMA
17. NUEVAS OPORTUNIDADES
18. ¿CUÁNTO DURA EL AMOR?
19. ESTA ES MI NOCHE
20. ¿TE HAS PROPUESTO QUE ME DESPIDAN?
21. REBUSCANDO ENTRE LOS PEDAZOS
22. ERES LO MÁS PRECIOSO QUE HAY EN ESTE PUTO MUNDO
23. NO TE CONVENGO
24. C&E
25. UN DÍA NUEVO
26. FELIZ CUMPLEAÑOS
27. SE ME PARA LA VIDA
28. UN NUEVO CUÑADO
29. LA DEBILIDAD DE COLE MONROE
30. DULCE BIENVENIDA
31. ¿CÓMO DE DURO QUIERES QUE SEA?
32. UN VIRUS ESTOMACAL FALSO
33. UN DÍA EN EL LAGO
34. ERES MI PERSONA, COLE MONROE
35. CERRAR UNA ETAPA
36. UN OSCURO POZO
37. LOS CELOS NUNCA SON BUENOS
38. QUÉ POCO DURA LO BUENO
39. ¿POR QUÉ TODO ES TAN DIFÍCIL?
40. DECISIONES, DECISIONES
41. SITUACIONES PROVOCADAS
42. NO MÁS MENTIRAS
43. UNA SOLA OPORTUNIDAD
44. A UN LADO O AL OTRO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

1. HOGAR, DULCE HOGAR

COLE

La tobillera localizadora me roza con el vaquero mientras salgo del taxi. Maldigo en voz baja y cierro la puerta cuando ya estoy sobre la acera; sin embargo, toda la rabia pasa a un segundo plano cuando me giro y veo mi casa, ahí plantada como si no hubiese pasado ni un solo día desde que la policía me sacó de ella a rastras mientras mi hermana lloraba.

Sonrío y niego con la cabeza al encontrarme un montón de globos atados a la verja metálica y desgastada que hay junto al buzón. Los giro un poco mientras leo mensajes de «bienvenido a casa» y chasqueo la lengua al mismo tiempo que entro. Ojalá Abi hubiese podido venir a recogerme a la cárcel, pero tenía que trabajar y no es algo de lo que podamos prescindir.

Cuando pedimos la emancipación a los catorce y dieciséis años, fue el mejor día de nuestra vida. El camino desde entonces no ha sido fácil, pero poder dormir con la tranquilidad de saber que no voy a tener que levantarme en mitad de la noche para evitar que mi padre dé de hostias a mi hermana pequeña, es algo que no cambio por nada.

—Hogar, dulce hogar. —Respiro el aroma a galletas recién hechas y no puedo dejar de sonreír mientras dejo mi bolsa sobre el sofá en el diminuto salón de la casa que comparto con ella—. Abigail —digo en voz alta al ver que también ha decorado la cocina.

Me acerco a la encimera que hace unos años adornamos juntos con apenas treinta pavos, compramos material de segunda mano y la dejamos a su gusto. La verdad es que toda la casa estaba hecha mierda cuando la alquilamos, pero no podíamos permitirnos otra cosa y, sinceramente, cualquier lugar habría sido mejor que la autocaravana en la que estuvimos años viviendo.

Cojo una galleta con chispitas de chocolate y me la llevo a la boca como si fuese la última en el mundo. Dios, hacía dos años que no probaba algo que no fuese la comida de la cárcel, estoy salivando como un perro. Me dejo caer en una de las sillas que hay junto a la pequeña mesa pegada a la pared y disfruto del silencio y de la soledad. Necesitaba volver ya, se me estaba yendo la olla demasiado en esa puta celda.

Dicen que la cárcel sirve para reinsertarte, para hacerte ver que lo que has hecho no está bien y aprender de tus errores. Me río yo en la cara del puto sistema, que me expliquen cómo cojones se supone que voy a reinsertarme y a volverme una mejor versión de mí mismo si necesito tener ojos en la nuca para que no me metan un navajazo mientras me ducho, voy a por la comida o simplemente entreno en el patio.

Es todo mentira; el trullo solo sirve para hacerte más hijo de puta, más malo y experto en todo lo que ya eras cuando entraste. No me enorgullezco de lo que hice, pero lo repetiría mil veces.

Paso los canales sin prestar atención a nada en especial, deseando que den las dos de la madrugada para ir a buscar a mi hermana al bar en el que trabaja, el mismo donde yo lo hacía hasta que me encarcelaron y donde dudo que vuelvan a contratarme después de mi historial.

Aún falta media hora, pero Monroe, ciudad con la que comparto apellido, es una de las más peligrosas del país, así que prefiero llegar antes de que ella salga. Sé que todo este tiempo ha tenido que cuidarse sola, pero ahora que yo estoy aquí, no voy a dejar que vuelva sola a casa y arriesgarme a que le pase lo mismo que hace dos años.

No tengo coche, así que simplemente cierro la puerta con llave y empiezo a caminar bajo las farolas. Lleno mis pulmones con el aire de la libertad, con el aire frío de la noche que inunda mis fosas nasales activando todo mi organismo, y sonrío porque pensé que esté puto día no llegaría nunca.

Me estoy fumando un cigarro, y casi a punto de llegar al bar, cuando dos tíos se me quedan mirando desde fuera de un coche, dicen algo entre ellos y después comienzan a acercarse. Noto cómo todo mi cuerpo entra en modo defensivo, se me encienden las alarmas y por unos segundos mi cerebro se siente de nuevo dentro del patio de prisión, con ojos en la nuca y el corazón bombeando sangre para reaccionar en cualquier momento.

Por favor, que no lo hagan. No puedo meterme en jaleos, mi agente de la condicional me lo ha dejado muy claro.

—Oye, tú. —Uno de ellos me habla desde unos metros más atrás, lucho contra mí mismo para no contestarle, pero insiste—. ¿Estás sordo?

Entonces sí me detengo, cierro los ojos mientras expulso el humo del cigarro y le doy un par de caladas antes de tirarlo al suelo. Giro sobre mis talones despacio al mismo tiempo que me crujo los nudillos de las manos tatuadas y me ajusto los dos anillos que llevo a cada lado, movimiento que los dos siguen con su mirada.

—¿Tienes un cigarro? —pregunta el otro.

—No.

Permanezco mirándolos inmóvil y con los brazos y puños tensionados a cada lado del cuerpo, preparado para defenderme y entrar en acción.

Esto. Esto es lo que la cárcel te enseña.

—Vale. —Traga saliva y mira a su colega—. Venga, larguémonos de aquí.

—Buena idea —murmuro para mí mismo cuando ya se han alejado unos pasos.

Los observo y no continúo mi camino hasta que los pierdo de vista segundos después. Esto

también lo aprendes dentro, el no dar la espalda a una amenaza, y no lo averigüé de la mejor forma; una de las cicatrices de mi hombro lo demuestra.

Doy gracias a Dios por concederme una noche de paz y enseguida llego hasta la calle en la que se encuentra el bar. Camino con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros —con tranquilidad porque aún son menos cinco— pero entonces escucho la voz de alguien que conozco bien, alguien que no esperaba encontrarme tan pronto y alguien que despierta hasta la última célula de mi cuerpo. Entorno la mirada para fijarme mejor y tenso la mandíbula al ver la escena.

—Te he dicho que no quiero. Estás muy borracho.

—Venga, cariño, estoy perfectamente. —El tío la sujeta por la cintura e intenta besarla, pero ella aparta la cara y entonces la veo.

—¿Emily?

—Cole —dice sorprendida, y el cabrón con el que está gira la cabeza hacia mí—. ¿Qué haces…? Joder, es verdad, Abi me dijo que salías hoy.

—¿Quién es este payaso? —pregunta entonces el que se encuentra a su lado.

Inflo el pecho al llenarme de aire, preparándome para el segundo asalto, pero entonces Emily se pone en medio y lo empuja hacia atrás. Sabe que no es buena idea tocarme los cojones, no cuando se trata de algo relacionado con ella.

—Es el hermano de Abi —contesta volviendo a empujarlo cuando intenta acercarse de nuevo—. Basta ya, estás haciendo el ridículo, Trey.

—¿Este gilipollas es tu exnovio? —ríe y la aparta con brusquedad, pero Emily tropieza con el borde de la acera y se cae de culo, rozándose las manos al apoyarlas.

La ira sale despedida por mis venas como si fuese un grifo que abres de golpe. Me acerco a él sin importarme lo más mínimo la condicional y lo sujeto por el cuello con fuerza.

—Vuelve a ponerle una mano encima y te juro por Dios que…

—Cole, por favor. —Su mirada me suplica que no continúe, y no quiero hacérselo pasar mal; bastante la cagué en el pasado—. Déjalo, ha bebido demasiado.

Rodea mi muñeca con su mano y yo vuelvo a advertir con la mirada al cabrón, antes de soltarlo y dejar que vuelva a respirar. Se lleva la mano al pecho y tose un par de veces al mismo tiempo que dibuja una expresión confusa, como si no esperase que fuera a reaccionar así.

—¿Quién cojones es este tío? —le pregunto a ella.

—Es mi novio —confiesa y enseguida aparta la mirada, avergonzada, al ver mi expresión de incredulidad—. Oye, me alegra que hayas salido —dice cuando ya se encuentra a unos metros—. Ya… ya nos veremos.

Asiento y me sostiene la mirada unos segundos mientras el cabrón rodea el coche para subirse.

No imaginé que nuestro reencuentro fuese a ser así, pero por la velocidad de los latidos de mi corazón y la sensación en mi estómago, queda claro que, a pesar de llevar tres años separados, la presencia de mi exnovia me sigue afectando.

EMILY

Consigo que Trey se meta en el asiento del copiloto y me preparo para sus reproches y su cabreo en cuanto pasamos por delante de Cole.

—¿Te sigue gustando ese tío?

—¿Qué dices, Trey? ¿Ves cómo estás borracho? —No aparto la vista de la carretera, pero entonces él me obliga cuando me sujeta con fuerza por la mandíbula para que lo mire.

—¿Te lo quieres volver a follar?

—Suéltame —pido tratando de mirar al frente.

—Contesta.

—¡No! —Lo aparto de un manotazo y resoplo, pero sé que esto tendrá consecuencias.

No han pasado más de dos minutos desde que llegamos al apartamento cuando, sin verlo venir, me da un tortazo tan fuerte que mi cuerpo rebota contra la pared y me tengo que sostener para no caer al suelo.

—Tu exnovio parecía tener mucho interés en ti —espeta antes de agarrarme por el brazo para acercarme de nuevo a él—. Si vuelvo a veros cerca el uno del otro, te mataré a ti y después a él, ¿me has oído?

De mi boca tan solo pueden salir sollozos.

—¿¡Que si me has oído!? —insiste al mismo tiempo que me zarandea.

—Sí —musito dejándome caer cuando me suelta y se aleja por el pasillo.

Espero a escuchar el sonido de la televisión antes de correr al cuarto del baño y encerrarme en él. Me miro al espejo y rompo a llorar con más fuerza al ver el corte del labio. ¿En qué momento he terminado metida en esto?

Cuando Trey me pidió que nos fuésemos a vivir juntos hace tres meses, no lo dudé ni por un momento. Hacía un año que salíamos y era un hombre maravilloso, a pesar de tener veintinueve y yo veintitrés, en ningún momento había notado que la diferencia de edad fuese un problema. De hecho, no creo que lo sea, el problema es él.

Él cuando bebe.

El poco tiempo que está sobrio, lo pasa disculpándose y prometiéndome que todo volverá a ser como antes de que la empresa en la que trabajaba quebrase, y su mundo se fuera a la mierda. Hasta entonces, no le había visto beber nunca, si acaso una copa de vino cuando íbamos a cenar a algún restaurante, pero nada más. Ahora, en cambio, tenemos la nevera llena de cervezas y sale

de fiesta día sí y día también.

Siempre he sido una mujer con carácter, muy independiente y de las que disfruta de su soledad, de ir de aquí para allá sin dar explicaciones a nadie… Por eso me cuesta tanto asumir todo esto, porque siento que no me está pasando a mí. Hace dos semanas me dio el primer tortazo y, desde entonces, los gritos, empujones e insultos se han vuelto cada día más habituales. Cada vez que me pega, entro en una especie de *shock* y me despersonalizo de tal manera que no soy consciente de lo sucedido hasta horas después (normalmente a la mañana siguiente), cuando me veo las marcas en la cara o el cuerpo y debo taparlo para que no se den cuenta en el trabajo.

Llevo la cuenta: cinco veces me ha golpeado en las últimas dos semanas. Cinco veces en las que ha llegado borracho a casa y se ha buscado cualquier excusa para arremeter contra mí. Cinco veces en las que me he sentido humillada, maltratada y asqueada de mí misma por no ser capaz de reaccionar a sus ataques.

Y sí, cinco veces en las que he tenido a Cole presente en mi cabeza, en las que me he imaginado lo que hubiera hecho si Trey me levantase la mano frente a él.

Cuando esta noche lo he visto y me he fijado en la forma en la que nos estaba mirando, en la que miraba a Trey, ha sido como un jarro de agua fría. Siempre he sido la que se mete entre una pareja que discute en la calle para asegurarme de que la chica está bien, pero ahora *esa chica* soy yo y no puedo sentirme más patética, más ridícula, avergonzada y decepcionada conmigo misma.

Dios, si mis padres me viesen… Doy gracias porque vivan a quinientas millas de Monroe y no puedan ver en lo que me he convertido.

—Trey… —lo llamo cuando entro en la habitación para asegurarme de que ya se ha dormido.

Al ver que no responde, me acerco despacio y apago la televisión antes de meterme en la cama, lo más alejada posible de su lado y tratando de que mis llantos no lo despierten y venga una nueva oleada de golpes.

No sé cómo voy a cubrir el labio. Sé que no está partido porque es mi trabajo, soy enfermera en el «North Vista» y lo peor es que veo este tipo de cosas casi a diario. Se me revuelve el estómago cada vez que llega una chica con algún hematoma o golpe y, cuando le pregunto cómo ha sucedido, se inventa cualquier excusa.

Dios, ¿sonaré igual de falsa cuando Abi me pregunta?

2. EN NEGATIVO

COLE

Levanto a mi hermana del suelo en un abrazo en cuanto sale del bar y me encuentra apoyado en una farola, esperándola. No sabía que fuese a venir, así que la sorpresa le ha encantado. A pesar de haber venido a verme cada semana a las visitas de la cárcel, poder estrecharla contra mi cuerpo sin un guarda repitiéndome cada dos segundos que no podemos tocarnos, ha sido, sin duda, lo mejor de todo el día.

—No te imaginas lo largos que se me han hecho estos dos años —dice mientras caminamos de la mano por la acera, iluminada únicamente por las pocas farolas que no están rotas y dejan en evidencia el estado del barrio.

—Lo sé, pero ya estoy aquí. —Deposito un beso en sus nudillos e intercambiamos una sonrisa. El gesto no dura mucho en mi rostro al pensar en lo sucedido unos minutos antes—. He visto a Emily.

—¿Cuándo? —inquiere con el ceño fruncido.

—Hace un rato, antes de que salieras. —Me chupo los labios y la miro de reojo—. Estaba con su novio.

—Vaya… —Clava la vista en el suelo y suspira. Supongo que, al igual que yo, no se lo esperaba—. No te lo dije porque tenía la esperanza de que lo dejase pronto, Cole. Ese tío es un gilipollas.

—¿Cuánto llevan? Pensaba que Em estaba viviendo contigo.

—Algo más de un año, ella…

—¿¡Un año!? —Freno en seco y suelto su mano, cabreado—. ¿Y en todo este tiempo no se te ha ocurrido mencionarlo ni una vez?

—Joder, Cole, ¿para qué?

Aprieto los labios y alzo las cejas a la vez que me encojo de hombros. Realmente tiene razón, pero, joder, me habría gustado saber que mi exnovia sale con otra persona. Abi es consciente de que, por mucho que me dejase unos meses antes de entrar en prisión, siguieron pasando cosas entre nosotros hasta prácticamente la semana previa a mi encarcelamiento.

La culpa fue mía. Emily y yo nos conocimos hace unos cinco años, cuando ella se mudó a Monroe para estudiar enfermería. Yo trabajaba en el bar en el que ahora sigue currando mi hermana, ella vino una noche y no paramos de tontear; me gustó en cuanto la vi.

La curva que dibujaba su cuerpo con cada nuevo movimiento que hacía, la manera en la que

el vestido se pegaba a la perfección a sus anchas caderas, haciendo contraste con la estrecha cintura y unos pechos espectaculares. El pelo negro y ondulado, con algunos rizos sueltos que le caían por los hombros, llegando casi hasta un culo que imaginé sosteniendo con mis manos tatuadas. Salivé. Pero lo que de verdad me atrapó fue la forma en la que se expresaba con todo el mundo, con una seguridad y una sonrisa arrolladora; la misma con la que vino hasta la barra para pedirme una copa.

Aquel día no nos liamos porque ella no quiso, pero me dejó claro su interés por mí al regresar la semana siguiente y la próxima, en la que ya me preguntó a qué hora salía y si me apetecería acompañarla a casa.

Estuvimos juntos dos años, dos meses y siete días; sin embargo, durante toda la relación hubo algo que ella no toleraba y que le hacía replantearse las cosas cada vez que llegaba a casa con una ceja partida o el pómulo hinchado: mi participación en las peleas callejeras de *bare knuckle*.

Es una modalidad de boxeo, pero sin guantes. Se pelea con los nudillos al descubierto y, obviamente, las hostias son tremendas. No participo por gusto, aunque debo reconocer que es, en cierta forma, terapéutico para mí. La violencia es algo que ha estado unido a mi vida desde pequeño; yo no elegí tener que defender a mi hermana cada vez que nuestro puto padre intentaba romperle la cara. Con catorce años ya me habían abierto el labio varias veces, y eso no es algo que se olvide con facilidad.

Y menos cuando es tu padre quien te lo hace.

En cuanto cumplí dieciséis, pedí la emancipación y no dudaron en otorgármela cuando los servicios sociales vieron el panorama en el que me encontraba, además de concederme la custodia de mi hermana de catorce. Los dos primeros años vivimos en una caravana que heredamos de mi abuela materna, pero como comprenderéis, alguien tenía que pagar los gastos y no iba a dejar que fuese Abi.

Empecé a trabajar como camarero y fui de un bar a otro hasta que llegué al *Henry's*, que es donde curra mi hermana y donde todo sucedió… A pesar de meter horas extra, no me llegaba para ocuparme de todo, necesitaba ganar más pasta para que Abi pudiese seguir yendo al instituto y no tener que aguar la leche para desayunar.

Entonces lo conocí.

Byron apareció en mi vida una noche en la que estaba volviendo del supermercado y un grupo de tíos intentó robarme. Recuerdo dejar las bolsas en el suelo y prepararme para lo que se me venía encima; eran cuatro y más mayores que yo, que apenas tenía diecisiete y mi cuerpo no era, ni de lejos, el que es ahora. Me dieron unas buenas hostias, pero me defendí. A pesar de que conseguí tumbar a dos, me sujetaron y no hubo forma de liberarme. Hasta que apareció Byron; se bajó de la moto y corrió para ayudarme. Entre los dos los hicimos frente y finalmente se

largaron.

—¿Estás bien? —preguntó al mismo tiempo que señaló mi cara—. Esos cabrones te han reventado.

—Estoy bien, gracias por ayudarme. —Me sacudí los pantalones y me llevé una mano a las costillas al notar el dolor procedente de ellas.

—Soy Byron, encantado.

—Cole. —Choqué mi puño con el suyo y volví a darle las gracias cuando cogió mis bolsas de la compra del suelo.

—Te llevo en la moto. Venga, no estás para ir andando.

Dudé un segundo, pero al final acepté porque si hubiese querido robarme, habría aprovechado mientras los otros cuatro me apaleaban. Me llevó hasta la caravana y, justo cuando iba a entrar por la puerta, me llamó me explicó lo de las peleas. Supongo que al darse cuenta de dónde vivía y ver a mi hermana asomada a la ventana, dedujo que necesitaba dinero y ya había comprobado que sabía defenderme.

A partir de ahí, todo cambió.

Cuando me despierto por la mañana en el sofá, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que debí quedarme dormido mientras mi hermana se duchaba, así que me levanto para preparar el desayuno al notar cómo me rugen las tripas. Camino descalzo sobre la moqueta beige y noto que el bajo de los vaqueros me arrastra, así que tiro de la cinturilla para arriba y me quito la sudadera que me puse al llegar anoche. Como fui a buscar a Abi en cuanto llegué, ni siquiera he subido aún a mi habitación y mi bolsa, con las pocas pertenencias que tenía cuando me detuvieron, continúa en la sala, en una esquina.

—Joder —murmuro al abrir la nevera y ver que está casi vacía.

Me siento el peor hermano de este mundo por haber dejado sola a mi hermana durante estos dos años. Sé que es perfectamente capaz de buscarse la vida, y lo ha hecho, pero Monroe no es un lugar donde abunden las oportunidades.

Al contrario, es un puto pueblo en decadencia, de menos de cincuenta mil habitantes, que ocupa el ranking de los sitios más peligrosos de todo el país. Está catalogada con riesgo alto y todos los días ocurren delitos violentos siete veces por encima de la media. Para que os hagáis una idea, si vienes como turista, lo primero que te recomendarán es no salir solo —y tampoco acompañado— cuando anochezca y extremar las precauciones de día.

Ahora podéis entender por qué no he pegado ojo ni una jodida noche sabiendo que Abi tenía que volver sola del bar cada madrugada. Nuestra casa se encuentra al sur de la I-20, la zona más peligrosa, pero la más barata, así que definitivamente no es un lugar por el que pasear.

—Buenos días.

Giro la cabeza hacia las escaleras cuando la escucho a mi espalda. Se acerca con una enorme sonrisa, que acompaña a su rostro exhausto, y me fijo en que viste un pijama gordo con los calcetines por fuera y el gorro de la parte de arriba puesto.

—¿Tanto frío tienes? —pregunto abrazándola cuando llega hasta mí.

Deposito un beso en su cabeza y froto sus brazos a cada lado.

—Estoy helada. No sé cómo puedes estar solo con una camiseta —comenta al mismo tiempo que va hacia la nevera.

—Está vacía —digo apoyándome en el borde de la mesa. Entonces se gira para mirarme y agacha la cabeza al mismo tiempo que resopla—. ¿Cuántos meses de alquiler debemos, Abi?

—Uno —confiesa caminando hasta una de las sillas para sentarse y apoyar los codos en la mesa—. He ido bien hasta que Em se marchó hace un par de meses. Pagábamos todo a medias y, aunque ella ha querido seguir pagando, no he aceptado su dinero. Si ya no vive aquí, no tiene sentido.

—No te preocupes, yo me encargo —aseguro mientras me acerco a ella y hago que apoye su cabeza en mi abdomen para abrazarla—. A partir de ahora, no quiero que vuelvas a meter horas extra. Estás reventada, Abi.

—Estoy bien —contesta con voz cansada.

—No, no lo estás, ¿no hay espejos en esta casa? —Finjo mirar a mi alrededor y ella se pone en pie.

—Ja, ja, muy gracioso.

—Hablo en serio, tienes que empezar a cuidarte. ¿Cuánto dinero hay en la cuenta?

Suelta una carcajada amarga y va hacia el salón para coger el teléfono que había dejado sobre el sofá, lo desbloquea y, después de pulsar varias veces en la pantalla, me lo entrega. Tenso la mandíbula al ver que aparece el número doscientos siete, pero con un guion por delante.

Estamos en rojos.

—De acuerdo. —Asiento y me chupo los labios mientras me revuelvo el pelo—. Voy a solucionarlo.

—Cole, ¿qué vas a hacer? —consulta alzando las cejas.

—Ya sabes lo que voy a hacer.

3. RECUERDOS DEL PASADO

EMILY

La jornada se me pasa deprisa, aunque es lo que suele sucederme desde que las cosas con Trey… bueno, no van bien. Supongo que es porque, como sé que él estará en casa —probablemente borracho— y buscará cualquier excusa para discutir, prefiero quedarme en el hospital o haciendo cualquier otra cosa, antes que regresar a su lado.

Todo era tan diferente cuando salía con Cole… Sí, quizá lo pasaba mal las noches en las que sabía que iba a pelear, pero era cuestión de unos minutos, desde que me llamaba para decirme que entraba al improvisado ring, hasta que me llamaba cuando salía para que estuviese tranquila y no me preocupase. Que yo lo hacía de todas formas. A ver, no era plato de buen gusto tener que curar sus heridas y ver el aspecto de su rostro después de cada pelea, pero al menos dormía tranquila, en paz y sintiéndome segura a su lado.

Es complicado. Lo dejé porque no quería que la violencia estuviese tan presente en mi futuro —es algo que me preocupa enormemente, soy incapaz de no pensar en el mañana—, nunca fui capaz de aceptar que se ganase la vida rompiéndole la cara a la gente y que otros se la rompiesen a él, a pesar de ser consciente de que lo hacía por necesidad; sin embargo, fuera del ring (o como lo llamen), Cole jamás levantaba la voz ni se le ocurría ponerse violento.

Las pocas discusiones que teníamos eran casi siempre por cosas relacionadas con las peleas o con mi dificultad para expresar mis sentimientos, para dar explicaciones o para temas relacionados con el dinero; pero nadie se enteraba. Quiero decir que no éramos de esas parejas que discuten a gritos en plena calle o se faltan al respeto, de hecho, todo lo contrario.

A pesar de que Cole es un hombre muy impulsivo y que, debido a su pasado y al modo en el que se ha criado, siempre está a la defensiva y dispuesto a responder, también es muy consciente de cuáles son sus defectos e intenta controlarlos en la mayor medida posible. Sabe que no tiene paciencia y que es muy orgulloso, pero conmigo se desarma. Siempre me ha dicho que soy su debilidad. Y no voy a mentir, eso me encantaba cuando estábamos juntos, saber que yo, en cierta forma, tenía poder sobre él; no obstante, para mí no fue suficiente.

Llegó un punto en el que cada vez participaba en más peleas y mi estrés y ansiedad estaban por las nubes. Dejamos de entendernos con la misma facilidad que antes y, bueno, Cole decía que era yo la que no lo entendía a él, porque tenía unos padres que me mandaban dinero y cuando acabase la carrera podría ser enfermera; en cambio, su hermana y él estaban solos en el mundo. Aunque mis padres distan mucho de ser ricos y me consta que se han hipotecado para pagarme los estudios, me ofrecí a ayudarle a él y a Abi en lo que pudiese, pero jamás aceptó ni

un centavo.

A día de hoy, después de más de dos años separados y teniendo en cuenta lo sucedido después de dejarlo, no puedo decir que me arrepienta. No sé qué hubiese sido de mí si hubiéramos estado juntos cuando lo encarcelaron; sin embargo… bueno, su presencia me sigue afectando. Estaba enamorada cuando lo dejé y sería hipócrita si no reconociese que he pensado en él a menudo. A pesar de que mi relación con Trey me ha ayudado a sacarlo más de mi cabeza, nunca ha llegado a salir de mi corazón.

Y eso lo confirmé anoche cuando lo vi después de veinticuatro meses.

—Hola, Abi —respondo a su llamada cuando el móvil me vibra en el interior de la bata del uniforme.

—¿Qué tal? Ya sales, ¿no?

—Si, en diez minutos. —Le hago una señal a una compañera cuando me busca con la mirada —. Tengo que dar el relevo, luego hablamos.

—¡Espera! —exclama cuando voy a colgar—. Pásate por casa y así ves a Cole…

—Abi, no sé si…

—Venga, hemos alquilado una peli, podemos pasar la tarde juntas. —Hace una pausa y al ver que no respondo, continúa hablando—. Desde que te mudaste con Trey me tienes muy abandonada, te echo de menos.

—Eso es chantaje emocional, asquerosa —río y escucho que ella hace lo mismo al otro lado —. Va, me cojo el bus cuando salga y voy para allá.

—Genial, te esperamos —dice antes de colgar.

Termino de pasarle el parte a la compañera de la tarde y me cambio en el vestuario, asegurándome de que nadie ve los hematomas de mis brazos y de la espalda. Se superponen unos a otros, ya que no me da tiempo a que se curen. Soy consciente de que, si no voy a casa en cuanto salga, tendré problemas con Trey, y eso me aterra, pero también conozco a mi mejor amiga y no es estúpida; sabe que algo está pasando. Si sigo evitándola, al final se presentará en mi casa cuando él esté borracho y lo último que necesito es que no solo me golpee a mí, sino que también le pegue a ella. Cole iría derecho a prisión de nuevo, porque no dudaría en cargárselo.

Hace dos años, el día en el que lo sacaron a rastras de casa para detenerlo, yo no estaba en Monroe porque había ido a ver a mis padres a Oklahoma; era el cumpleaños de mi madre. Esa noche, Abi me llamó echa un amasijo de nervios. Un tío había intentado abusar de ella en el cuarto de baño del bar en el que actualmente sigue trabajando, y Cole, que estaba tras la barra, la echó en falta y fue a buscarla. El resto podéis imaginarlo.

Ni siquiera sacó al tío del bar, allí mismo empezó a golpearlo sin control y no paró hasta que los de seguridad lo sujetaron y lo inmovilizaron. Tuvieron que llamar a la ambulancia y el chico estuvo tres días inconsciente con una conmoción cerebral; le había hundido el tabique nasal y

Cole se rompió tres nudillos al golpearle en la boca.

No estuvo bien y no lo aplaudí, pero lo entendí. Cole ha crecido viendo cómo su padre maltrataba a su hermana, se hizo cargo de ella desde bien pequeño y se prometió a sí mismo que nunca dejaría que nadie volviese a hacerla daño. Lo de aquella noche fue irremediable.

Me muerdo el labio, nerviosa, y espero a que Abi me abra la puerta. A pesar de que anoche vi a Cole, las circunstancias no fueron las mejores y apenas duró diez segundos, en los cuales puse más énfasis en que no le rompiese la cara a Trey, que en darle la bienvenida. Quizá debería haberlo dejado, teniendo en cuenta lo que él me hizo al llegar a casa.

Ese es el segundo motivo por el que llevo con retortijones en la tripa desde que he salido del hospital. Me da miedo que se den cuenta del estado de mi labio y que no se crean mi excusa, que a Cole se le nuble el juicio y vaya a por él. No me perdonaría ser la responsable de que fastidiase la oportunidad de estar en libertad condicional y tuviera que regresar a prisión.

—¡Hola! —saluda mi mejor amiga con emoción, pero enseguida percibo cómo sus pupilas se clavan en mi labio para después inspeccionar el resto de mi cara—. Pasa, Cole está en la cocina.

—¿Qué tal? —pregunto con el pulso galopando dentro de mis venas a la vez que me quito el abrigo y se lo entrego.

—Bien, ¿y tú? —Frunce el ceño mientras lo cuelga en el perchero que hay en la pared y se acerca con cautela.

—Bien, aunque algo cansada, ha sido una mañana movidita en el hospital. —Me aclaro la garganta y camino hacia la salita que hay junto a la puerta de la calle.

La casa tiene dos plantas, pero es bastante pequeña. Abajo están, como ya he dicho, la sala, donde hay un sofá de tres plazas y un pequeño sillón que Byron y Cole robaron de un camión de mudanzas justo después de alquilarla, una televisión que cuando hay tormenta deja de funcionar y una mesita entre medias. Justo al lado, separado por el arco de una puerta que nunca cierran, está la cocina, donde apenas te puedes mover si hay más de cuatro personas en ella, y la puerta trasera que da a un pequeño jardín donde tienen un banco, el cual también cogieron de la calle. Pegadas a la entrada de la casa hay unas escaleras que llevan a la planta de arriba, donde hay un pequeño pasillo que se divide en tres puertas: la habitación de Cole, que durante casi dos años fue la mía, la de Abi y el cuarto de baño.

Recuerdo que cuando me mudé con ella, después de que detuviesen a Cole, estuve cuatro días sin ser capaz de dormir en su cuarto porque sabía que todo olería a él. Me sentía como una intrusa y una aprovechada, durmiendo en su cama mientras él lo hacía en una celda. Lo que nunca se me ocurrió fue traer a Trey aquí; lo tuve claro en cuanto empezamos a salir. Algunas veces venía a casa, pero intentaba evitarlo porque sentía que estaba faltando al respeto a Cole y también a Abi, aunque ella me decía que no pasaba nada. Nunca vacié su armario ni quité sus

cosas, me hice un pequeño hueco para mí e, imagino, eso tuvo mucho que ver con que no fuese capaz de dejar de pensar en él cada vez que estaba en la habitación.

—Buenas, ¿cómo estás?

Me armo de valor, e intentando calmarme para que no note lo nerviosa que estoy, me giro al escucharlo a mi espalda. La sonrisa siempre fue una de mis partes favoritas de él. No la sonrisa en sí, sino el aspecto aniñado que le otorga a su rostro lleno de facciones duras, mandíbula perfilada y mirada profunda.

Trago saliva y le devuelvo el gesto, pero entonces una pequeña mueca de dolor se me escapa al estirar el labio y notar cómo se abre el corte que minuciosamente me he maquillado en el autobús.

—¿Estás bien? —pregunta con los ojos entornados al mismo tiempo que se acerca.

—Sí, es que esta mañana me he mordido el labio mientras comía —miento y, para evitar mirarlo, paso por su lado de camino a la cocina a por una servilleta.

Los dos guardan silencio y me observan con el semblante serio cuando regreso a la sala. Sostengo la mirada de él e intento sonar lo más relajada posible, vuelvo a sonreír y les enseño la servilleta después de apretar varias veces la herida.

—Ya está, ¿veis? —digo con entusiasmo—. No es nada. ¿Qué tal la vuelta, Cole? Espero no haberte desordenado mucho la habitación, intenté…

Me callo cuando, al pasar por su lado, me sujeta por el brazo y me mira fijamente, vuelvo tragar mientras lleno mis pulmones de aire y puedo sentir cómo empiezan a sudarme las manos por los nervios.

—¿Ha sido él? —pregunta armándose de paciencia y tratando de controlar la ira que ya puedo percibir en sus ojos.

—No sé de qué me estás hablando, Cole. —Me suelto de su mano y sigo caminando hasta sentarme en el sofá, donde Abi nos observa en silencio, pero con el mismo semblante que su hermano—. Te he dicho que me he mordido el labio comiendo.

Se queda de pie mirando hacia la cocina, por lo que no puedo ver su expresión, pero el temblor de sus brazos por debajo de la sudadera cuando aprieta los puños a cada lado, la posición de los hombros y el modo pesado en el que respira deja en clara evidencia que no se ha tragado una mierda de lo que le he dicho. Cuando creo que va a reaccionar y a insistir, se aleja con un par de zancadas y sale por la puerta trasera al patio.

—Deja de mirarme así —pido a mi mejor amiga, que aún no ha abierto la boca.

—¿Hasta cuándo vas a permitir que te siga pegando, Em? —Niega con la cabeza y yo me muerdo la mejilla por dentro desviando la mirada hacia la televisión.

—No sé de dónde te has sacado eso, pero si vais a estar los dos en este plan, me largo a mi casa —advierto haciendo amago de levantarme.

—Quieta, no vas a ir a ningún sitio. —Me agarra por la mano y se acomoda a mi lado, deja escapar una bocanada de aire y no vuelve a decirme nada al respecto—. ¿Por qué no vas a hablar con él? —sugiere a la vez que señala la puerta trasera con la cabeza.

—No sé si es el mejor momento.

—Lleva dos años en la cárcel, Em, cualquier momento es bueno.

4. TODA LA VERDAD

COLE

Expulso el humo intentando que la nicotina me relaje, aunque sé que eso solo son mierdas del cerebro porque el tabaco es una droga estimulante; sin embargo, las respiraciones que me enseñaron a hacer en la cárcel, para no saltarle a la yugular al primero que me tocaba los cojones, sí ayudan.

En cuanto la he visto sonreír, lo he sabido. Anoche, cuando ese hijo de puta la tiró al suelo, hubiese acabado con él ahí mismo. Si me controlé fue por ella, porque vi el terror en su mirada y no quise empeorar las cosas; la puta tobillera y la condicional me la sudan si se trata de Emily. Si no soporté el hecho de ver cómo la trató fuera del bar, no sé cómo pretende que soporte saber que la está pegando. Porque lo está haciendo. Ese cabrón pega a mi Emily.

—¿Me das uno?

Giro la cabeza cuando escucho que se abre la puerta trasera de la cocina para mirarla, camina hasta sentarse a mi lado y cruza las piernas con la espalda apoyada en el respaldo del banco.

—¿Desde cuándo fumas?

—Unos meses —contesta quitándole importancia.

—No te voy a dar un cigarro, Em. Tú no fumas, nunca te ha gustado.

—Pues ahora sí, las cosas cambian.

—Eso ya lo veo. —Vuelvo a fijar la mirada en su labio y ella se inclina por encima de mi cuerpo para alcanzar el paquete de tabaco al otro lado.

Percibir su cercanía después de tantísimo tiempo me hace sentir cosas que ya ni siquiera recordaba, al igual que el olor dulce de su pelo por ese champú que lleva usando desde que la conozco.

Observo cómo coloca un cigarrillo entre sus labios, pintados cuidadosamente de granate para intentar cubrir el corte, y entonces me mira esperando que le dé fuego. Alza las cejas y mueve el cigarro entre sus dientes de tal forma que por un instante se me olvida todo lo demás.

—¿Me das el mechero o tengo que quitártelo? —inquiere con voz divertida.

—Sé lo que intentas. —Niego con la cabeza al mismo tiempo que lo saco del bolsillo y enciendo el fuego frente a ella.

—¿Qué intento? —pregunta después de prenderlo y dar una calada.

—Que me olvide de ese hijo de la gran puta que te ha partido el labio y al que solo puedo imaginarme saltándole hasta el último jodido diente de la boca.

—No está partido —contesta sin pensar. Y su rostro se contrae inmediatamente después, al

ver cómo mi expresión cambia porque acaba de confirmármelo—. Cole —advierte al mismo tiempo que tira de la sudadera para que vuelva a sentarme cuando cojo impulso.

La miro con la mandíbula apretada y dejo escapar una pequeña risa amarga. Entonces fijo la vista en el jardín y apoyo los codos en las rodillas, las cuales suben y bajan en un tic nervioso por la ira que recorre todo mi ser.

—Háblame, dime algo —pide hecha un amasijo de nervios. Sé que le aterra mi reacción.

—No vas a volver a esa casa —hablo con determinación y la mirada perdida—. Te vas a quedar aquí.

—No digas tonterías.

Giro la cabeza hacia ella para ver cómo niega y sus ojos se cristalizan. Me encantaría poder leerle la mente y saber lo que está pensando. Meterme de lleno e intentar entender cómo cojones se cree que voy a dejar que regrese con ese pedazo de cabrón y arriesgarme a que vuelva a ponerle la mano encima.

—Emily, ese tío te está maltratando —digo girando el cuerpo para colocarme más cerca de ella—. ¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Por favor, no hagas nada. —Se le quiebra la voz y en ese mismo momento lo único que quiero es quemarlo todo.

Que el puto mundo arda antes de que yo lo incendie.

Rodeo su cabeza con los brazos para pegarla a mi pecho y hundo los dedos llenos de anillos entre su cabello, al mismo tiempo que intento inspirar y expirar lo más calmado posible. Soy consciente de que es un momento muy delicado y que, por mucho carácter que tenga, también es una persona muy vulnerable cuando respecta a sus sentimientos.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo? —pregunto al separarla de mí y secar sus mejillas con mis pulgares—. ¿Lo quieres? ¿Estás enamorada de él?

—No. —Traga saliva y aparta mis manos despacio para levantarse, pero no me ofende, es algo común en ella.

Siempre que se siente así, abrumada, confusa o triste, necesita espacio, moverse y respirar tranquila.

—Pues entonces déjame ir a tu casa y… —Aprieto los labios cuando clava los ojos en mí—. Y hablar con él. A ver si tiene huevos de meterse con alguien de su tamaño.

—Estás loco si crees que te voy a dejar hacer eso.

—La loca eres tú si crees que yo voy a dejar que vuelvas con él —suelto al mismo tiempo que la señalo con el dedo.

—No eres mi novio, Cole, y aunque lo fueses, no necesitaría tu permiso para nada —habla con rabia mientras regresa al interior de la cocina.

—Emily. —La sigo y mi hermana silencia la televisión en cuanto nos ve—. Emily, para.

—Mañana te llamo —le dice a Abi cuando pasa por detrás del sofá y se dirige hacia la puerta de la calle.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta. Yo me llevo las manos a la cabeza y tiro del pelo con impotencia.

—¡Emily! —grito antes de que salga y cierre dando un portazo—. ¡Joder! —Mi puño atraviesa la pared de cartón yeso y me quedo con el papel pintado de flores pegado a los nudillos.

—¿¡Qué ha pasado!? —insiste mi hermana a la vez que se levanta del sofá.

—¡Que ese hijo de puta la está maltratando! —gruño mientras echo el codo hacia atrás para volver a golpear la pared, pero ella corre y me sujeta del brazo.

—¡Para! ¡Te recuerdo que no tenemos un puto duro para arreglarlo!

—¿¡Has oído lo que te he dicho!? —exclamo, señalando la puerta.

—Sí, joder. —Resopla de camino al salón y busca su móvil, supongo que para llamarla, porque se lo pega a la oreja y los dos guardamos silencio unos segundos—. No contesta. ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué sabes que la pega?

—Venga ya, Abi. —La miro de soslayo mientras doy vueltas por el salón. Necesito que la sangre circule y no se concentre solo en mis brazos—. Llevo un día aquí y me he dado cuenta, ¿y tú no has sido capaz de verlo en todo este tiempo?

—Pues claro que sí, no soy gilipollas —replica mientras se sienta en el borde del sillón—. Pero siempre que le saco el tema se cabrea y me dice que son imaginaciones mías, ¿qué quieres que haga?

—¡Ayudarla!

—¿¡Cómo, Cole!? ¡Dime cómo la ayudo!

Voy a responder cuando veo cómo empieza a temblarle el labio y se le humedece la mirada, así que intento calmarme y voy hacia ella, sintiéndome la peor mierda del mundo por haber provocado que las únicas dos personas que me importan, acaben la noche llorando.

—Perdóname —digo al mismo tiempo que tiro de ella para que se levante—. Lo siento, enana.

Envuelvo su cuerpo con mis brazos y le pido perdón varias veces más, porque me he comportado como un completo capullo al decirle eso. Yo he sido el que ha estado lejos de ellas durante dos años, y ellas las que han tenido que buscarse la vida y cuidarse la una a la otra. Soy el menos adecuado para echar nada en cara, joder.

—Me da mucho miedo que le haga algo —solloza, secándose las lágrimas de camino a la cocina—. Lo peor de todo es que Trey no era así. Antes de que le echasen de la empresa en la que trabajaba, siempre le regalaba flores y nos traía cena para las dos, nunca discutían ni tenía comportamientos raros —explica al mismo tiempo que llena un vaso de agua—. Pero desde hace un par de meses…

—¿Dices que lleva dos meses pegándola? —mascullo, sintiendo cómo el accionador de la ira empieza a funcionar de nuevo.

¿Igual que los muñequitos de la película de *Inside out*? El rojo es el que más me trae por el camino de la amargura, el que más me cuesta controlar y el que me mandó entre rejas.

—No, creo que no —contesta tras dar un trago y secarse la boca con el dorso de la manga del pijama—. Al menos yo no he sospechado nada hasta hace dos semanas que le vi un golpe en la mejilla y me dijo que se lo había hecho un paciente descontrolado…

—Un paciente —me mofo con sarcasmo—. Pues sí, un paciente va a ser en cuanto le parta las piernas y lo tengan que operar.

—Estás con la condicional, Cole, no puedes meterte en jaleos —me recuerda con preocupación—. Sé que, si por ti fuera, te plantarías ahora mismo en su casa y lo sacarías de los pelos —continúa, y yo asiento con una sonrisa cargada de ira y amargura—, pero ¿sabes lo único que conseguirías?

—Me da igual, Abi.

—¿Te da igual que te detengan y te vuelvan a meter en la cárcel por reincidente y por saltarte la condicional? —Se acerca cabreada hasta mí y me da un empujón. Su rostro se contrae con rabia y puedo notar cómo todo procede del miedo cuando se le humedecen los ojos a medida que habla—. Pues eres un puto egoísta de mierda, porque entonces volverías a dejarnos solas a las dos, ¿¡eso es lo que quieres!? —exclama al mismo tiempo que varias lágrimas ya le están cayendo por las mejillas—. ¡No puedes volver a dejarme! ¡No puedes!

—Vale, ya está, ven aquí. —Intento abrazarla, pero se resiste, golpea mi pecho sin fuerza hasta que finalmente se rinde y clava los dedos en mi espalda con rabia—. Cálmate, no voy a ir a ninguna parte.

—Júramelo —solloza con el rostro escondido en mi pecho.

—Te lo juro.

—No. —Separa la cabeza para buscar mi mirada y el corazón se me encoge en el pecho por un momento al ver a la niña de doce y trece años correr hasta mi cuarto en medio de la noche—. Júrame que no vas a cagarla, que no harás nada por lo que puedan encarcelarte.

Suspiro y seco sus lágrimas. Lo que me está pidiendo es demasiado, algo que ni yo mismo sé si seré capaz de cumplir, y menos ahora, sabiendo lo de Emily. Desconozco cuál será mi reacción si la próxima vez que la vea tiene un nuevo golpe, si me cruzo con su puto novio o si… Dios quiera que nada de eso suceda.

—Te lo juro. —Le doy un beso en la frente y ella me suelta cuando se siente un poco más tranquila—. Ahora deja de llorar y vuelve a llamarla. A mí sí que no me lo va a coger.

5. NI UNO MÁS

EMILY

Camino bajo la lluvia de camino a la parada del autobús, sintiendo cómo el agua me cala los huesos y la ropa se me pega al cuerpo por no tener paraguas. No pensaba que fuese a llover y tampoco esperaba marcharme tan pronto de casa de Abi… y de Cole; sin embargo, no podía permanecer allí ni un minuto más. No por lo que ha pasado ni porque se hayan enterado de todo —aunque mi amiga ya lo sospechaba—, sino porque sé que, de haber permanecido allí, Cole me hubiese convencido y habría terminado quedándome a dormir; y las consecuencias con Trey serían terribles.

Mi móvil suena cuando apenas han pasado unos pocos minutos, veo el nombre de Abi en la pantalla y lo ignoro; necesito distanciarme de ellos y regresar a casa. No puedo dejar que se involucren, porque si Cole le hace algo a Trey, volverán a encerrarlo. Sé que será así. Esto es solo problema mío, yo me metí solita en esta relación, yo acepté irme a vivir con él y soy yo la que tiene que asumir las consecuencias. Nadie más.

En el trayecto hasta casa no soy capaz de borrar de mi memoria las manos tatuadas de Cole, la cantidad de veces que besé esos nudillos cuando estábamos juntos y lo que nos reíamos por lo grandes que me quedaban sus anillos. Una sonrisa boba se forma en mi rostro y una señora me la devuelve al mirarme. Joder, no soy capaz de olvidar lo que esas mismas manos me hacían sentir cuando me tocaban, la seguridad que me transmitía con solo abrazarme y el amor que percibía cuando sus dedos acariciaban mi rostro mientras veíamos una película tumbados en su cama.

A pesar de todo eso, era con esas mismas manos con las que golpeaba la cara de personas para ganar un puñado de dólares. Sí, por un buen propósito y por necesidad, pero no dejaba de ser violencia sin sentido para mí.

—¿Vas a bajar?

—¿Qué? —pregunto a un hombre cuando me señala la calle.

—Si vas a bajar.

—Ah, no, perdone. —Me hago a un lado para dejarlo pasar y me sujeto de nuevo a la barra vertical cuando el autobús arranca de nuevo.

El móvil no ha dejado de sonarme y ha pasado de ser Abi la que me llama, a ser el nombre de Cole el que aparece en la pantalla, seguido ahora de un mensaje.

4.58pm Cole
Cógeme el puto teléfono, Emily. ¿Dónde estás?

4.59pm Yo
Dejad de llamarme o tendré que apagar el móvil.

4.59pm Cole
Dime dónde estás. Abi sabe dónde vives, como no me digas dónde estás, sabes que me presentaré en tu puerta.

5pm Yo
Ni se te ocurra, te lo advierto. Deja de meterte en mi vida y dile a Abi que mañana la llamo.

Decido apagar el teléfono porque sé que no parará, a obstinado no le gana nadie. Comprendo cómo se siente y sé que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no dejar que sus impulsos lo ganen, por comportarse y no actuar sin pensar, pero no voy a permitir que se crea con el derecho de decirme lo que tengo que hacer. Sé que los dos quieren protegerme, pero Trey tampoco es el demonio que ellos se imaginan… Sí, se transforma en él cuando bebe, pero no lo hace siempre. Al menos no lo hacía…

Cuando llego a la puerta de mi casa, el sonido de la música llega hasta la calle. Inspiro y me preparo para lo que pueda encontrarme dentro, pero la realidad siempre supera lo que mi mente se imagina. Abro la puerta despacio, intentando no hacer ruido, pero en cuanto me quito el abrigo y entro en el salón, las carcajadas cesan y cuatro pares de ojos se posan sobre mí.

—Ya ha llegado la princesa de la casa —dice mi novio, señalándome con una cerveza en la mano—. Ven a saludar a mis colegas, cariño.

—Hola. —Aprieto los labios y finjo una sonrisa sin acercarme mucho, ya que no los había visto en la vida y los cuatro están ya un poco bebidos—. Estoy cansada del trabajo, voy a ducharme y a acostarme un rato.

—No, no, no —insiste a la vez que se acerca para sujetar mi mano y arrastrarme hasta el centro del salón—. Ven aquí con nosotros. Estábamos hablando de ti.

—¿De mí?

—Está mucho más buena de lo que nos habías dicho, mamonazo —ríe uno de ellos mientras sus ojos recorren toda mi anatomía.

Como por acto reflejo me cruzo de brazos, en un vano intento por cubrir parte de mi cuerpo y sentirme un poco más protegida; sin embargo, Trey me lleva hasta donde están y hace que me siente entre dos de ellos. Intento levantarme, pero el pelirrojo apoya una mano en mi rodilla y la palmea mientras se pasa la lengua por los labios.

—Tu novio nos ha dicho que eres enfermera —comenta, y su aliento a cerveza acompañado

de la forma en la que me mira, hace que tenga que contener una arcada que me sube por la garganta—. ¿Tienes algún modelito sexy para enseñarnos?

—¿Perdona?

Frunzo el ceño y le retiro la mano de un golpe antes de ponerme de pie. Paso por delante de ellos y, cuando pretendo salir del salón para alejarme, Trey rodea mi brazo con fuerza y me empuja contra el respaldo del sofá.

—¿A dónde te crees que vas?

—Te he dicho que estoy cansada. Déjame, por favor —pido al mismo tiempo que le muestro las manos para que se calme—. Después hablamos, ¿de acuerdo?

—Si no quiero hablar. —Sonríe y da otro trago a su cerveza antes de dejarla sobre la mesita que hay junto al sofá.

Entonces se acerca a mí y retira todo mi pelo a un lado del cuello para dar un lametazo desde la base hasta la oreja. Aprieto los labios para no decir algo que pueda cabrearlo y empeorar la situación, pero entonces me abre la chaqueta de lana con fuerza, provocando que los botones superiores salgan disparados por el aire.

—Trey, aquí no —suplico notando cómo el terror forma un nudo en la garganta—. Vamos a la habitación.

—¿Para qué? Aquí tenemos unos sofás muy cómodos —ríe y sus amigos lo acompañan a mi espalda, incluso siento las manos de uno de ellos acariciando mi pelo desde atrás.

—¡Que me sueltes! —exclamo empujándolo—. Te he dicho que aquí no.

Su mirada se oscurece y puedo notar cómo las paredes comienzan a moverse hacia mí, el techo baja despacio y las ventanas van eliminando por completo la claridad de la estancia. El pulso se me dispara en las sienes y la garganta se me seca, mis pensamientos quedan bloqueados por el miedo más profundo provocando que los músculos no me respondan.

Ahí llega el primer golpe.

Tan fuerte y certero que hace que todo mi cuerpo se dé la vuelta y quede inclinada sobre el respaldo del sofá, donde unas manos aprovechan para tirarme del pelo y que lo mire a la cara.

—Te has portado mal. —Se carcajea antes de intentar besarme.

Pongo las manos en su cara y lo empujo sin saber de dónde saco las fuerzas, pero entonces otras manos, las de mi novio, me tiran de los mechones sueltos hacia atrás y pegan mi espalda a su pecho. Con la mano libre me sujeta por la mejilla y me advierte con la mirada de que, si me resisto, será peor; sin embargo, en ese momento el sabor a hierro me baja por la garganta cuando la sangre procedente de la nariz se me mete en la boca.

Cierro los ojos con fuerza para dejar salir todas las lágrimas y despejar la vista, intento reunir valor y, cuando sus manos llegan hasta la camiseta y tira de ella con tanta fuerza que me arranca uno de los tirantes, le doy un fuerte pisotón en el pie —aprovechando que está descalzo—, y

echo a correr.

Atravieso la puerta sin preocuparme por cerrarla a mi espalda, me alejo todo lo deprisa que puedo bajo la lluvia y no me detengo, a pesar de sus gritos a mi espalda, hasta que los pulmones me arden unos minutos después. Ni siquiera sé dónde estoy.

—Respira —me digo a mí misma al notar la velocidad de mi pulso, pero entonces me da un bajón y las lágrimas se mezclan en mis mejillas con las gotas de la tormenta que está cayendo.

Busco el móvil, que por suerte no había sacado del bolsillo de los pantalones, y lo enciendo mientras camino hasta el saliente de una panadería cerrada para intentar que no se me moje; sin embargo, hace muchísimo viento. A pesar de que no habrá ni cinco grados, que estoy calada de pies a cabeza y estado de mi ropa, creo que mi cerebro está en un modo alerta tan profundo que ni siquiera siento frío. Espero a que cargue todo y, como esperaba, me llegan muchas notificaciones, tanto de Abi como de Cole.

No lo pienso demasiado cuando pulso sobre su nombre y me llevo el teléfono a la oreja.

—¿Em? —contesta al primer tono de llamada—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

En cuanto su voz llega a mis oídos, mi sistema nervioso envía señales de emociones tan intensas y abrumadoras, que rompo a llorar y soy incapaz de articular palabra.

—¡Emily! Me cago en la puta, dime dónde cojones estás. ¿Qué te ha hecho ese cabrón?

—Ven a buscarme, por favor —suplico entre sollozos que me impiden hablar con claridad.

—¿¡Dónde estás!?

La desesperación de su voz se suma a la cantidad de emociones que intento procesar mientras miro a mi alrededor, buscando el nombre de alguna calle.

—En una panadería de la calle Harvey —digo por fin.

—No te muevas de ahí, llego enseguida.

Asiento como si pudiese verme y me retiro el móvil de la oreja después de que cuelgue, vuelvo a guardarlo en mi bolsillo, no sin antes bloquear a Trey para que no pueda llamarme, y me abrazo a mí misma sin dejar de mirar a ambos lados de la acera. Tengo la esperanza de que mi novio esté demasiado borracho como para salir a buscarme, pero no me fio de que no lo haga.

No habrán pasado más de diez minutos cuando un coche se detiene en la carretera a unos metros. Frunzo el ceño, porque creo recordar que es el de Byron, y no me equivoco cuando este sale del coche y se queda de pie bajo la lluvia mientras Cole corre hacia mí. Frena en seco a tan solo un par de pasos al ver el mi estado. Se lleva las manos a la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas casi de forma inmediata.

Es la primera vez, desde que lo conozco, que le veo llorar.

Todo el aplomo y la poca fuerza que había conseguido reunir en estos minutos caen en picado como en un tobogán, provocando que me rompa en mil pedazos y las emociones estallen en mi cerebro igual que una bomba atómica.

—Lo siento. —La voz hundida mientras termina de llegar hasta mí, acompañada de la expresión de su rostro y la oscuridad de sus ojos azules, terminan de romperme—. Lo siento muchísimo —repite ya con sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Soy incapaz de unir dos palabras, tan solo siento frío, ansiedad por no poder controlar las emociones que me están destrozando por dentro, dolor por la suma de todos los golpes que llevo acumulados y miedo por pensar que Trey pueda aparecer en cualquier momento. Que el día acabe en dos lugares: la cárcel o la morgue.

6. MIEDOS E INCERTIDUMBRE

COLE

El pequeño cuerpo de Emily tiembla a mi lado en los asientos traseros, mientras Byron conduce en silencio por las calles del pueblo que tantas desgracias me ha traído. Intento contener la ira y las ganas de destrozarlo todo, pero es como tratar de frenar el agua de un dique resquebrajado con un tapón de corcho. Doy inhalaciones profundas al mismo tiempo que solo pienso en ruido blanco, pero todo se tiñe de rojo cada vez que giro el rostro hacia ella y veo la sangre seca alrededor de su nariz.

—Tenemos que ir al hospital —repito por tercera vez desde que nos hemos subido al coche.

—Que no, llévame a tu casa, por favor —suplica nerviosa y sin ser capaz de controlar las lágrimas—. Solo quiero quitarme esta ropa.

—Necesito que me digas lo que te ha hecho —mascullo con los ojos cerrados y el puño de la mano que no tengo alrededor de su cuerpo apretando una revista vieja que mi amigo tiene en el asiento.

Emily niega en silencio mientras rompe a llorar con más fuerza y yo suelto de golpe todo el aire contenido. Intercambio una mirada con Byron a través del espejo retrovisor y puedo ver cómo mueve el cuello a los lados. Tiene casi las mismas ganas que yo de dejar a Em a salvo en casa e ir a por ese hijo de la gran puta.

En cuanto le he llamado para pedirle que me dejase el coche, no lo ha dudado, ni tan siquiera me ha preguntado qué sucedía hasta que estábamos llegando al lugar que Emily me había indicado por teléfono. Cuando se lo he contado, sus manos han agarrado el volante con fuerza y ha pisado el acelerador, me ha dicho que me ayudaría en cualquier cosa que decidiese hacer y que no podíamos dejar que ese cabrón se librase de esta.

—Juradme los dos que no vais a hacer nada —pide después de que nos detengamos frente a mi casa; nos conoce demasiado bien—. Cole, por favor.

Pero no puedo escucharla, mis ojos se nublan y dejo de prestar atención a todo lo que no sea el tirante roto de su camiseta cuando deja de abrazarse a sí misma. Mi mente se disocia y es como si saliese del coche, mientras que mi cuerpo continúa ahí sentado, a su lado. Puedo ver cómo mueve los labios, aunque no la oigo.

—Cole. —Me sostiene por la barbilla y mueve mi cabeza un poco a los lados. Entonces pestañeo y trago saliva.

—Vamos, entremos —indico al mismo tiempo que señalo la casa con un gesto.

Me observa en silencio un instante y, cuando Byron rodea el coche para abrir su puerta, ella

acepta la mano que le ofrece y yo salgo detrás. Mi amigo vuelve a mirarme y, entonces, puedo ver cómo su mandíbula y todo su cuerpo se tensan al ver el estado en el que se encuentra, ahora más de cerca.

—¡Por fin! —exclama Abi en cuanto llegamos—. ¿¡Por qué coño no me coges el…!? —Se lleva la mano a la boca cuando su mejor amiga entra tras de mí. Em rompe a llorar una vez más y mi hermana se acerca para abrazarla—. ¿Qué te ha hecho? —pregunta tras separarla un momento y ver su aspecto.

—Solo quiero quitarme esta ropa —repite lo único que ha dicho desde que la he encontrado.

—¿Por qué no la habéis llevado al hospital?

—Porque no quiere —suelto antes de apretar los labios.

—Por favor, parad.

—Lo siento, Em, pero debería verte un…

—Abi, por favor, solo quiero… —Vuelve a deshacerse en lágrimas y mi hermana suspira, asiente y pasa un brazo por su espalda.

—Vamos arriba. —La guía hasta las escaleras mientras nosotros permanecemos abajo, en silencio, pero entonces Emily se gira a mitad de camino y busca mi mirada.

Al ver que intento evitarla y que mi colega tiene la misma posición corporal que yo, vuelve a fijar la vista en mi Abi.

—¿Le has dado mi dirección?

—No —responde al mismo tiempo que trata de transmitirle calma—. Venga, vamos.

Camino sobre la moqueta en dirección a la cocina y escucho los pasos de mi amigo a mi espalda, cauteloso y expectante a mi reacción. Hemos vivido muchas cosas juntos, la mayoría buenas, afortunadamente, pero también algunas muy jodidas y él nunca me ha dejado tirado. Nunca me ha fallado.

—Puedo encontrarlo —indica convencido a mi espalda y habla en voz baja para asegurarse de que no nos oyen.

—Lo sé. —Intercambio una mirada con él y veo cómo aguarda mi respuesta—. Hazlo.

Asiente con la cabeza, saca el móvil de su bolsillo y se va de la casa sin añadir nada más; sé que me llamará en cuanto sepa dónde se esconde ese hijo de puta.

Me fumo un cigarro detrás de otro mientras doy vueltas por el jardín en manga corta, intentando que el frío de noviembre apacigüe mi estado emocional y la temperatura de la sangre que aún hierve en mis venas.

No quiere decirme lo que le ha hecho. Emily me conoce —después de mi hermana— mejor que nadie. Sabe de lo que soy capaz; lo ha comprobado en varias ocasiones. También sé que tiene miedo de que vuelvan a meterme en el talego por reincidir, por joder la condicional y que

me caigan otro puñado de años. Pero, vamos a ver, ¿cómo pretende que me quede de brazos cruzados después de lo que ha sucedido hoy? Aunque yo no fuese yo, aunque mi vida no hubiese sido como ha sido, cualquier otro actuaría igual teniendo en cuenta todo lo que ese cabrón le ha hecho. Lo que lleva haciéndole desde no sé cuándo. O quizá no, quizá llamaría a la policía, pero ese no es mi estilo.

Cuando he llegado a donde se encontraba y la he visto… No sé cómo explicar el *shock* que me ha supuesto. Por unos instantes, mi mente ha regresado a la noche en la que el hijo de puta por el que fui a prisión intentó abusar de mi hermana. La he visto ahí de pie, calada completamente, ensangrentada y con la ropa hecha jirones y ha sido como revivir lo sucedido con Abi hace dos años. El único motivo por el que ese cabrón sigue vivo es porque no lo tenía delante cuando he llegado a recogerla. De lo contrario, ahora mismo no sería más que un cadáver. Y Emily lo sabe.

—¿Dónde está Cole? —Escucho desde el salón—. ¿Cole? ¡Cole!

—Estoy aquí —digo cuando abre la puerta trasera y asoma la cabeza.

—Joder. —Se lleva la mano al pecho y espera a que tire el cigarro y me acerque—. ¿Y Byron?

—¿Cómo te encuentras? —pregunto regresando al interior de la cocina.

—Cole, ¿dónde ha ido Byron? —Alza las cejas y mueve la cabeza a modo de advertencia.

—Cálmate, se ha tenido que marchar —miento a la vez que me acerco y levanto su barbilla con cuidado—. ¿Cómo tienes la nariz? ¿Te duele?

—¿A dónde? —insiste retirando la cabeza.

—No lo sé, tenía cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Em, basta. —Trago saliva y la sostengo por las mejillas para que me mire a los ojos—. Por favor, dime qué ha pasado. Me están matando las dudas y sabes que es mucho peor cuando no me cuentas las cosas.

—¿Para qué? —Niega y deja escapar una bocanada de aire—. Ya estás lo bastante cabreado como para que te dé detalles.

—¿Cabreado? —suelto una carcajada seca y doy un par de pasos atrás—. No estoy cabreado, Emily. —Niego con la cabeza y ella suspira—. Estoy-estoy furioso, no soy capaz de pensar con claridad, de dejar de imaginar cientos de escenarios, cada cual peor que el anterior —hablo aceleradamente, de forma verborreica, mientras ella me escucha resignada—. Quiero ir a esa casa y destrozarlo con mis manos, golpear su puta cara hasta que no lo pueda reconocer ni su propia madre —explico acercándome a ella de nuevo—. Hasta que entienda que nadie puede ponerte una puta mano encima y seguir con vida.

—Y todavía esperas que te dé la dirección. —Se abraza así misma por encima de la sudadera

blanca que le ha dejado mi hermana, la cual imagino que se habrá quedado arriba para darnos un poco de intimidad.

—Sabes que la conseguiré tarde o temprano —confieso finalmente.

—Cole.

—Y aunque no lo hiciese, Monroe es un pueblo pequeño. Antes o después me lo cruzaré en algún sitio —hablo de camino al salón, con ella pisándome los talones sin dejar de resoplar nerviosa—. Y cuando lo haga, te puedo asegurar que se le quitarán las ganas de volver a pegar a ninguna mujer.

—¿¡Pero es que quieres volver a la cárcel!? —exclama pillándome por sorpresa—. ¿¡No has tenido suficiente con dos años!?

La miro desde el sofá con los labios apretados y me preparo para lo mismo que he vivido hace solo unas horas con mi hermana; sé que también necesita desahogarse.

A pesar de que hubiésemos roto, solo unos días antes de mi detención nos acostamos por última vez. Estuvimos seis meses con idas y venidas, liándonos y volviendo a discutir hasta la siguiente vez en la que coincidíamos en algún lugar y la tensión sexual podía con nosotros. Me dejó porque no soportaba las peleas, pero todo lo demás entre nosotros era perfecto; nadie nunca me había complementado como ella. La única diferencia entre nosotros era que yo soy igual que un libro abierto y ella como la caja de secretos más misteriosa que jamás haya existido; sin embargo, disfrutaba como un niño intentando averiguar todos y cada uno de ellos.

—¡Contesta! —insiste a la vez que viene hasta el sofá y se coloca de pie entre mis piernas separadas—. ¿¡No has tenido suficiente!?

Alzo la mirada hacia ella y chasqueo la lengua cuando sus ojos, ya irritados y hundidos de tanto llorar, vuelven a humedecerse. Llevo las manos a sus piernas y hago que gire ligeramente para después tirar de su cuerpo y que caiga sentada sobre mí. Emily hunde la cabeza en mi cuello mientras deja que la rodee con los brazos. Trato de calmarla como solía hacer cuando le decía que tenía una nueva pelea y los nervios podían con ella.

—No puedo perderte otra vez —gimotea entre respiraciones irregulares.

—No lo harás, te lo prometo.

—Sí lo haré, Cole. La cagarás como siempre y te marcharás.

—Esta vez no —aseguro sin llegar a creérmelo cuando sus ojos buscan los míos—. Esta vez no. —Apoyo mi frente en la suya y ambos cerramos los ojos en silencio—. Nena, no dejaré que nadie vuelva a ponerte una mano encima y para eso debo estar aquí, ¿de acuerdo?

—Hacía dos años que nadie me llamaba así —susurra con su rostro a pocos centímetros del mío.

—Perdona, es la costumbre.

—Tranquilo, no me molesta.

Dibujo una pequeña sonrisa y alzo la barbilla para depositar un beso lento en su frente, refuerzo mis brazos alrededor de su cuerpo y los dos soltamos todo el aire contenido a la vez.

No puedo recordar la cantidad de noches que me he dormido imaginando que la tenía exactamente así, a mi lado, abrazándola en silencio y sintiendo el calor de su cuerpo provocando miles de emociones que creía muertas; solo Emily es capaz de ralentizar la velocidad de mis pensamientos. De mis impulsos.

7. DETALLES Y CONSECUENCIAS

EMILY

Me levanto a por un vaso de agua unos minutos después. Mi respiración se ha calmado y eso se lo debo enteramente a él. Cole consigue que sus brazos alrededor de mi cuerpo y el latido de su corazón pegado a mi oreja ralenticen mis pulsaciones, y esto es algo que descubrí cuando salíamos.

Cada vez que peleaba, me aterraba pensar que algo pudiese salir mal y no era capaz de sacarme de la cabeza la idea de que esa noche no volvería a casa. Por eso, cuando estábamos tranquilos y abrazados como hace un momento, y notaba el latido de su corazón, me sentía en calma. Sabía que estaba bien y que estaba a salvo; era todo lo que necesitaba.

—¿Cómo vais?

Regreso a la sala cuando escucho a Abi bajar las escaleras. Dejo el vaso en la encimera que Cole y ella cubrieron cuando alquilaron la casa —con un vinilo adhesivo que imita el mármol y que le da un aspecto más nuevo—, y camino descalza sobre la moqueta en dirección al sofá donde estaba sentada antes. Veo cómo mi mejor amiga pasa por detrás y Cole apoya la cabeza en el respaldo cuando ella acaricia su pelo con cariño.

—¿Estás más tranquila? —me pregunta Abi mientras se sienta en el sillón, a nuestra derecha.

—A ratos. —Me encojo de hombros y un escalofrío recorre mi espalda cuando Cole alarga el brazo para retirar los mechones de mi pelo a un lado, rozando, así, la piel de mi cuello.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta después de soltar un suspiro—. Deberías denunciarlo y… contarnos qué te ha hecho, Em.

Cole se incorpora hacia delante y los dos me miran con detenimiento. Sé que, si les doy detalles, todo empeorará, pero también soy consciente de que, a pesar de que lo sucedido ha sido horrible, lo que se imaginan es aún peor.

—No es lo que pensáis —digo mirándolo directamente a él—. No me ha… —Aprieto los labios y Abi asiente con un poco más de tranquilidad.

—Pero lo ha intentado. —Cole muerde su labio con fuerza y se levanta del sofá, como cada vez que necesita relajarse—. Te arrancó todos los putos botones de la chaqueta y un tirante.

Apoyo los codos en las rodillas y me paso las manos por el pelo al mismo tiempo que lleno mis pulmones de aire. Recordar lo sucedido me produce náuseas y ni siquiera reconozco a Trey; mi mente es incapaz de relacionarlo con el que era mi novio hasta hace pocas semanas. Simplemente ese no es el Trey que yo conocí.

Me lleno de fuerza y comienzo a hablar, aun sabiendo que esto no será fácil para ninguno.

—Cuando he llegado a casa, estaba con otros tres amigos bebiendo en el salón.

Hago una pausa cuando los dos abren los ojos con fuerza y Abi levanta una mano en dirección a su hermano para impedir que este salte. Cole apoya la espalda en la pared y clava la vista en el suelo, sus hombros se mueven arriba y abajo por la velocidad con la que empieza a respirar y casi puedo percibir la cantidad de pensamientos que empiezan a sucederse por su mente. Trago saliva y me debato entre contarlo todo o saltarme algunos detalles.

—Le he dicho que me iba a descansar un rato, pero me ha cogido por el brazo y me ha llevado hasta el sofá, donde estaban los otros sentados.

Cole se remanga la sudadera y da la impresión de que su mandíbula se partirá en cualquier momento por la fuerza con la que está apretando los dientes. La nuez de su garganta se mueve cuando traga saliva y, entonces, comienza a colocarse bien los anillos mientras murmura algo que no consigo escuchar.

—Em —llama mi amiga cuando me quedo callada—. ¿Qué ha pasado después?

—Su-su amigo ha empezado a tocarme la rodilla y…

—¿¡Que ha hecho qué!?

—Cole, por favor. —Abi le lanza una mirada de súplica cuando alza la cabeza y se separa de la pared—. Sigue, Emily.

No puedo apartar mis ojos de los de él. La ira se mezcla en lo más profundo de sus pupilas con la impotencia, la rabia y la tristeza, la culpa y el arrepentimiento. Sé que piensa que, si hubiese insistido antes, habría conseguido que me quedase y nada de esto habría pasado.

—Me ha preguntado si… Si tenía algún disfraz sexy de enfermera y, cuando me he levantado para marcharme, Trey me ha sujetado y me ha arrinconado contra el sofá.

—No puedo.

Cole sale disparado a través de la sala, la cual cruza de dos zancadas antes de abrir la puerta de la calle y salir dando un fuerte golpe. Hago el amago de levantarme para ir a buscarlo, pero su hermana me sujeta por la mano y niega con la cabeza; sabe que no es el momento.

—Déjalo, no hará nada —asegura a la vez que señala con la cabeza la ventana por la que le vemos pasar—. Solo necesita despejarse.

—¿Cómo estás tan segura? —Me pongo de pie y voy hasta la cristalera para asomarme y ver justo cómo se aleja por la acera.

—Primero, porque lo conozco —dice a mi espalda—. Y segundo, porque no sabe dónde encontrar a ese hijo de puta que deberías ir a denunciar, Em.

—No. —Muevo la cabeza a los lados y regreso al sofá—. Solo quiero alejarme de él y no volver a cruzármelo.

—Te buscará, y como Cole esté aquí cuando eso suceda, las dos sabemos lo que pasará. —

Niega y se muerde los labios cuando resoplo y empiezo con el tic nervioso de la rodilla.

—¿Y qué hago? —consulto completamente perdida y muerta de miedo.

—Te lo acabo de decir, tienes que denunciarlo. Que le pongan una orden de alejamiento.

—Eso es un proceso muy largo, Abi. —Apoyo la espalda y me froto la cara sin poder sacarme de la cabeza a Cole—. Yo necesito que me deje en paz ya. Hoy mismo.

—Para eso solo se me ocurre una solución…

La miro de reojo y entonces giro la cabeza completamente cuando alza las cejas y aprieta los labios.

—No. —Vuelvo a incorporarme al caer en la cuenta de a qué se refiere—. Y no puedo creer que seas tú la que me lo dice. ¿Acaso quieres perderlo de nuevo?

—Claro que no. Si le he hecho jurarme esta tarde que no iría a por él, pero… —Se encoge de hombros con resignación—. Em, lo conoces. Sabes que, después de esto, no parará hasta encontrarlo y darle su merecido.

—Todo esto es por mi culpa. Nunca debí aceptar mudarme con Trey. —Pienso en voz alta, fijando la vista en el techo y con la cabeza apoyada en un cojín—. Cole acaba de salir, no lleva ni veinticuatro horas fuera y ya le estoy dando motivos para joderse la vida otra vez.

—Ey, esto no es tu culpa, ¿me oyes? —Se levanta del sillón, tapizado con unos colores verdes y marrones que nunca me han gustado, y agota el espacio para sentarse con las piernas a lo indio, a mi lado—. Ninguna nos hubiésemos imaginado que Trey se convertiría en el puto cabrón asqueroso que es. —Hace una pausa y acaricia mi mejilla cuando una solitaria lágrima resbala por mi piel hasta terminar en la oreja—. No has terminado de contarme lo que ha pasado…

—No hay mucho más que contar —indico al recordar lo sucedido después—. Me ha arrinconado por detrás del sofá y ahí ha sido cuando me ha roto los botones y el tirante. Después… —Me toco con cuidado el corte del labio y ella asiente sin necesidad de más detalles —. Luego he conseguido darle un pisotón y, cuando me ha soltado, he salido corriendo sin mirar atrás.

COLE

Doy vueltas por el barrio, deseando que cualquiera me dé un solo motivo para desquitar toda la ira contenida contra él, pero, por desgracia, no me cruzo con nadie que tenga ganas de tocarme los huevos.

Sé que he sido un egoísta al marcharme así de casa cuando Emily estaba contando lo sucedido. A pesar de haber sido yo el que le ha pedido que lo hiciese, en cuanto ha empezado con los detalles y me he imaginado la escena de cuatro hombres alrededor de ella, poniéndole las

putas manos encima… Dios, no he podido soportarlo. O salía de ahí, o habría acabado tirando abajo todo el jodido tabique que separa la cocina de la sala. Y lo último que quiero ahora es ejercer la violencia a su alrededor.

El cielo se ilumina cuando un nuevo relámpago indica que la tormenta de hace un rato no ha terminado. Sigue lloviendo, pero no como antes, aunque me viene bien para intentar despejar mi cabeza y no pensar en destrozarme los nudillos contra todos los contenedores que me cruzo. Estoy a punto de darme la vuelta para volver a casa cuando el móvil me vibra en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Lo tengo —dice Byron en cuanto descuelgo—. Treinta y ocho cero nueve de Dunlop. ¿Qué hacemos?

—¿Estás seguro?

—Estoy en la puerta, lo estoy viendo a través de las ventanas. Está con otros tres.

Inflo mis pulmones con el frío aire de Luisiana y trato de pensar en las consecuencias que estoy me traerá no solo con la justicia, sino con Emily y con mi hermana.

—Puedo hacerlo yo. —Mi amigo parece leerme el pensamiento al ver que tardo en responder—. Solo dímelo, Cole, y entraré ahí y le quitaré las ganas de volver a ponerle las manos encima.

—No, esto es cosa mía.

—¿Estás en casa? Voy a buscarte.

—No, estoy al final de la calle del vertedero. Te espero en el semáforo.

—De acuerdo, no tardo.

Cruzo la calle y me siento en el respaldo de un banco con los pies apoyados abajo. Saco un cigarro y, después de encenderlo, observo cómo un vagabundo pasa por delante de mí empujando un carro que habrá robado de algún supermercado.

Va cargado de trastos, cajas de cartón medio rotas por la lluvia y un montón de herramientas que se mueven a medida que avanza por las baldosas destrozadas y hechas añicos de la calle. Entonces veo cómo una se le cae al suelo, coloco el cigarro entre mis labios para darle una calada y esperar a ver si se da la vuelta para recogerlo, pero, como no lo hace, voy hasta allí y me agacho; es una llave inglesa. La muevo entre mis manos y agarro el mango con fuerza, mis nudillos cicatrizados empalidecen y los tatuajes se estiran con la piel al mismo tiempo que los tres anillos que llevo en cada mano se me clavan.

No sé qué va a pasar en esa casa, lo que sí sé es que son cuatro y nosotros dos, así que no pienso jugármela. Guardo la herramienta en el bolsillo trasero y regreso al semáforo, donde Byron no tarda en recogerme.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta mientras conduce—. Puedo hacerlo yo. Tú acabas de salir, hermano.

—No le van a quedar ganas de denunciarme. Te lo aseguro.

8. SANGRE

COLE

Mi amigo detiene el coche justo en la esquina de la casa del desgraciado que va a tener que alimentarse con una pajita durante una larga temporada. Me sostiene la mirada un momento, supongo que para ver si me he arrepentido, pero joder, mi mente va a doscientas revoluciones por minuto ahora mismo, lo último que soy capaz de hacer es razonar.

Byron coge el bate de béisbol de acero que lleva siempre junto al asiento y me sigue en silencio. Por suerte para nosotros, el cabrón tampoco vive en un buen barrio, así que sé que nadie llamará a la policía si nos ve por la ventana. Como he explicado anteriormente, los asaltos a casas y delitos violentos están a la orden del día en Monroe. El problema cuando me detuvieron fue porque destrocé a aquel cerdo en medio del bar, delante de decenas de personas y de cámaras grabándolo todo.

En esta ocasión será diferente.

Nos situamos en la puerta y le hago una señal a mi amigo para comprobar si está listo, agarra el asa del bate con fuerza y asiente. Entonces toco el timbre y me preparo.

—¿¡Quién cojones es!? —exclama el cabrón desde dentro.

En cuanto veo cómo el pomo empieza a girar, no espero a que la abra del todo, le doy una patada tan fuerte a la puerta, que sale disparado, tropieza y cae de culo, igual que Emily cuando la empujó fuera del bar.

—¿¡Pero qué…!? —Me mira aturdido y no pierdo ni un segundo en colocarme sobre él y agarrarlo por el cuello del jersey—. El exnovio al rescate —ríe al mismo tiempo que dirige una mirada a sus amigos.

—No mováis ni un puto dedo si no queréis que os reviente la cabeza —les advierte Byron, señalándolos con el bate cuando uno de ellos hace amago de acercarse.

—No me lo digas. Emily ha ido corriendo a…

—Eres un puto suicida —mascullo pegando mi frente a la suya con el gesto contraído por la rabia—. Si no fuese por ella, te juro por Dios que te mataría ahora mismo.

—No me digas.

—A partir de hoy, Emily está muerta para ti, ¿me has entendido?

—Que te jodan —dice con soberbia antes de escupirme de lleno en la mejilla.

Una niebla espesa de color rojo se cuela por cada parte de mi cerebro, nublándome hasta el último resquicio de razón que me quedaba.

Me retiro con asco sus babas, separo la cabeza unos centímetros y entonces estallo la frente

con fuerza contra su nariz. Un sonoro alarido sale de lo más hondo de su garganta al mismo tiempo que la sangre empieza a salir a borbotones y a resbalársele por las mejillas, se introduce en su boca y le tiñe los labios de rojo.

—Te he preguntado si me has entendido —gruño a la vez que tiro de su jersey para levantarle la cabeza.

—¡Me has partido la puta nariz! —exclama intentando detener la hemorragia con sus manos.

—Si vuelves a acercarte a menos de quinientos metros de ella, lo próximo que te partiré serán las piernas. ¡Dime si lo has entendido! —Golpeo su cráneo contra la baldosa blanca y un nuevo quejido inunda la estancia.

Siento cómo me tiemblan los brazos y cómo toda la sangre se me concentra en la cabeza, me arden las orejas y la velocidad de mi respiración está completamente descontrolada.

—Emily nunca volverá contigo —dice entonces, pronunciando su nombre con posesividad y rabia, como si le perteneciese.

—Cállate —advierto con los ojos cerrados y el pulso galopando dentro de mis venas.

—Le das asco. ¿Crees que querría salir un tío que ha estado en la cárcel y que…?

—¡Te he dicho que te calles! —Mi puño estalla con fuerza contra su rostro entre cada palabra.

Los anillos de plata que nunca me quito se me clavan en los dedos cuando mis nudillos impactan de forma violenta y certera en los huesos de sus mejillas. La ira invade todo mi sistema nervioso sin dejar hueco para ningún sentimiento más, me pitan los oídos y las voces a mi alrededor pasan a ser solo ecos.

Imágenes de Emily bajo la lluvia, ensangrentada y con la ropa hecha jirones, empiezan a sucederse por mi cabeza; las oscuras ojeras bajo sus preciosos ojos marrones inundados de lágrimas y de terror, incertidumbre y culpabilidad.

Alguien tira de mí desde atrás, pero no soy capaz de parar. Mi codo sube y baja, una y otra vez, sin detenerme siquiera cuando el cabrón deja de moverse.

Entonces un brazo rodea mi cuello y empieza a faltarme el aire a medida que va ejerciendo más presión. No puedo seguir golpeando y entonces caigo hacia atrás, sobre el cuerpo de mi mejor amigo.

—Ya está, hermano, respira —susurra en mi oído.

Trago saliva y me retira de encima para levantarse, camina hasta el medio cadáver que he dejado en el suelo —sobre las baldosas manchadas de sangre— y comprueba su pulso antes de agacharse para pegar el oído a su boca.

—Respira, solo está inconsciente —informa mirándome mientras me pongo en pie—. Larguémonos de aquí.

Giro hacia los otros tres cabrones y, en cuanto los miro, se mueven de dónde estaban y

retroceden hacia el interior del salón. Entonces lo veo. El sofá contra el que Emily nos ha contado que la han arrinconado.

Una nueva oleada de ira empieza a burbujear en mi interior como un puto volcán a punto de erupcionar. Cierro los ojos, aprieto los puños y los muevo para intentar no volver a perder el control.

—Vosotros —mascullo, señalándolos con la mano ensangrentada—. Miradlo bien. Si le contáis esto a alguien o se os ocurre volver a intentar agredir sexualmente a una mujer, así es como acabaréis.

—Putos cobardes de mierda —dice Byron a mi espalda—. ¿Os ha quedado claro o necesitáis otra demostración?

En ese momento sucede lo que nunca me hubiese imaginado: uno de ellos se mea encima. Dibujo una mueca de asco y rabia a partes iguales, intercambio una mirada con mi amigo y después señalo la puerta para que se dirija a ella.

—Vámonos. Creo que les ha quedado claro.

—Oye, Em necesitará sus cosas —comenta Byron delante de mí señalando el bolso que cuelga del perchero.

—Vigílalos. —Asiento y me dirijo a las escaleras para subirlas de dos en dos e ir a su habitación.

Echo un vistazo a mi alrededor y abro todas las puertas del armario en busca de alguna maleta, pero no veo ninguna. Apoyo una rodilla en el suelo para mirar debajo de la cama y estiro el brazo después de encontrar una bolsa de deporte, la coloco sobre la cama y saco todo lo que hay dentro.

A pesar de saber que Emily no va a volver aquí, me produce asco y una mala hostia de cojones ver su ropa junto a la del hijo de puta que he dejado inconsciente abajo. Cojo todo lo que puedo con un puño y lo meto en la bolsa, aprieto bien para que quepan más cosas y vuelco el cajón de la ropa interior dentro. Me echo al hombro unos cuantos abrigos y, en el otro, la bolsa a punto de reventar.

Bajo las escaleras a la vez y veo cómo mi colega continúa amenazando a los otros tres con el bate, pero no es necesario porque están completamente acojonados. Cobardes de mierda. Seguro que con Emily no tenían tanto miedo.

—Larguémonos de aquí antes de que le rompa la cara también a estos —indico a Byron—. Coge su bolso, mira a ver si está dentro la cartera.

—Sí, parece que está todo. —Cierra la cremallera y yo lanzo una última mirada de advertencia a mi espalda antes de dirigirme al coche.

Ahora viene la peor parte. Enfrentarme a ella y a lo que acabo de hacer.

EMILY

No paro de mirar el reloj de mi móvil cada pocos minutos, histérica porque Cole debería haber vuelto ya. Su hermana me dice que me tranquilice, que estaba muy nervioso y se habrá ido a caminar un rato para relajarse; sin embargo, las dos sabemos que se está engañando a sí misma.

—Mira, el coche de By. —Se levanta del sofá y yo la sigo como si me hubiese dado un calambre en el trasero.

—¿Qué lleva en el hombro? —pregunto, asomándome al ver a Cole saliendo del asiento del copiloto—. Abi, esa es mi ropa.

—¿Qué?

Ella misma abre la puerta y se hace a un lado para dejar que los dos entren. Cole deja la bolsa de deporte de mi novio en el suelo y un puñado de abrigos apoyados en la barandilla de la escalera. Mi pulso se dispara y las manos comienzan a sudarme a medida que la respiración se me acelera y no consigo reaccionar. En cuanto sus ojos hacen contacto con los míos, no es necesario que abra la boca. Lo sé.

Ha ido a por Trey.

—¡Me lo prometiste! —exclamo empezando a derramar las lágrimas al mismo tiempo que camino hasta él y le doy un empujón, furiosa.

En ese momento veo salpicaduras de sangre en su sudadera y siento que no me llega suficiente aire a los pulmones.

—Em…

—¡Eres un puto mentiroso! —Lo empujo una vez más y me seco las mejillas con rabia—. ¡Mírame a la cara! —exijo cuando clava los ojos en el suelo con el semblante serio—. ¡Tienes huevos para ir y darle una paliza a mi novio, pero no para mirarme a la cara!

—Tranquilízate —pide Abi al mismo tiempo que acaricia mi espalda, pero la aparto de un manotazo y ella solo suspira negando con la cabeza.

—¿¡Que me tranquilice!? ¡No tenéis ni puta idea de lo que acabáis de hacer!

—Emily, ese tío se merecía cada golpe —interviene Byron a la vez que extiende del brazo para entregarme mi bolso, el cual cojo, rabiosa, y lanzo contra las escaleras.

—Eres un puto salvaje. —Me dirijo a Cole, y él alza la cabeza ante mi comentario. Puedo percibir el dolor que eso le acaba de causar y enseguida rompo a llorar de nuevo—. Tienes que irte, la policía estará a punto de llegar. Tienes-tienes que…

Deja escapar una bocanada pesada de aire al mismo tiempo que da un paso hacia mí para sostenerme por las manos y pegarme a su pecho. Acaricia mi cabeza mientras yo soy incapaz de frenar la velocidad con las que mis emociones me arrastran igual que un grano de arena en medio de un tornado. He perdido completamente el control de mi respiración, y la preocupación de

Cole es evidente cuando me sostiene por las mejillas y clava su mirada en la mía.

—No va a venir la policía, no pasará nada, ¿de acuerdo? —habla cerca de mi rostro.

—Cole, el padre de Trey es abogado —digo al fin, antes de romperme de nuevo.

—¿¡Abogado!? —Abi camina hasta nosotros y tira del brazo de Cole para que me suelte y poder mirarme con reproche—. ¿¡Y no se te había ocurrido decirlo hasta ahora!?

—Vamos a calmarnos todos. —Byron se acerca y alza las manos en un vano intento por intermediar entre los tres—. Su padre es abogado, vale, ¿y qué? Como si es un puto juez. A ese cabrón le ha quedado muy claro que no está en posición de tocarnos los cojones.

—No lo conocéis —insisto cuando Cole da un paso atrás y se muerde el labio inferior, pensativo y atento a la conversación—. ¿Qué le habéis hecho? —Lo miro directamente y, cuando niega con la cabeza y tensa la mandíbula, me imagino lo peor—. ¿¡Lo has matado!?

—¡No, joder! —exclama Byron frunciendo el ceño—. Bastante poco le ha hecho. Solo íbamos a advertirle, pero el hijo de puta se ha puesto chulo y ha empezado a soltar estupideces por la boca. Se ha ganado cada una de las hostias, te lo aseguro.

—¿Estaba solo? —Abi se apoya en la pared y entonces me acuerdo de la fiesta que Trey tenía montada con otros tres tíos.

—No —contesta Cole pasando por mi lado sin mirarme—. Pero a ellos no los he tocado.

Sube las escaleras sin decir una palabra más y lo próximo que se oye es la puerta del cuarto de baño.

9. SENTIMIENTOS DE CULPABILIDAD Y ESPERANZA

COLE

Miro mi reflejo en el espejo y niego con la cabeza al ver las salpicaduras de sangre en la sudadera gris. Agacho la cabeza a la vez que giro las manos y cierro los puños, provocando que mis nudillos se estiren y las heridas, producidas con el rostro del cabrón al que casi mato esta noche, se abran y me escuezan.

«Eres un salvaje.»

Sus palabras resuenan dentro de mi cabeza en bucle y lo único de lo que tengo ganas es de destrozar el espejo para dejar de verme en él. Pero eso solo refuerza su idea.

Lo soy. Soy un jodido salvaje y un puto kamikaze impulsivo que no ha dudado en ir y destrozarle la cara al cabrón que se ha creído con el derecho de herirla, pero ¿en qué me convierte eso? ¿Acaso soy mejor que él? Al fin y al cabo, la violencia es violencia, independientemente de contra quien se ejerza. ¿No?

Chasqueo la lengua al mismo tiempo que busco en los armarios el botiquín con el que ella misma solía curarme antes de mi detención, después de cada pelea. Lo encuentro al fondo de un cajón; supongo que en todo este tiempo no lo han necesitado. No había nadie a quien hiciese falta curar.

Saco unas gasas y un poco de antiséptico, lo dejo sobre la encimera y abro el grifo para introducir las manos bajo el agua. Dibujo una mueca de dolor en cuanto me roza los nudillos.

La puerta se abre en ese momento a mi espalda. Mis ojos se encuentran con los suyos a través del espejo, pero dejo de mirarla porque siento una punzada de dolor en lo más hondo de mi corazón. Emily cierra tras ella y, sin decir una palabra, baja la llave del grifo y me empuja con suavidad para que me siente en el borde de la bañera.

Coge una toalla y apoya las rodillas en el suelo. La miro a los ojos mientras ella se concentra en quitarme los anillos, dejarlos en la encimera y pasar la áspera tela por mis manos tatuada, evitando tocar la parte más dañada. Entonces se gira para coger las gasas, me seca despacio los nudillos y después echa unas gotas de antiséptico. Alza la cabeza y sostiene mi mirada a la vez que da toques suaves con la gasa para esparcir todo el líquido.

El cansancio de sus ojos y los restos de lágrimas me parten en dos.

—Siento haberte llamado salvaje —musita antes de morderse las mejillas por dentro.

—Es lo que soy —contesto retirando la mirada.

Le quito la gasa para levantarme y ella permanece de rodillas unos segundos más. Entonces,

se pone de pie y apoya la espalda en la pared, observando cómo vuelvo a guardarlo todo. Intento alargar el momento y cambio el botiquín de sitio tres veces, porque no me siento lo suficientemente valiente como para enfrentarme a ella, para tener esta conversación.

—Cole —llama cuando voy a abrir el cajón por cuarta vez.

Suspiro y giro el cuerpo hacia ella, pero no la miro. En su lugar, cojo los anillos y me los voy colocando en los dedos despacio.

—Gracias.

Frunzo el ceño y alzo la barbilla, Emily se encoge de hombros y, sin decir nada, se da la vuelta y sale del baño. Trago saliva, niego porque no debería darme las gracias por hacer lo que acabo de hacer; por haber dejado inconsciente a un tío y haberle reventado el tabique nasal. Joder, eso no es algo por lo que se den las gracias.

Salgo del servicio y, cuando voy a entrar en mi dormitorio, me doy cuenta de que no hemos hablado sobre cómo nos organizaremos ahora para dormir. Bajo a la sala y veo a Byron sentado en el sofá, pasando los canales de la televisión en silencio, le hago un gesto con la cabeza cuando entro y él me señala la cocina.

—Tu hermana le ha preparado una tila —informa en voz baja cuando me siento—. ¿Cómo ha ido? ¿Qué te ha dicho?

—Nada, me ha dado las gracias. —Clavo la vista en el partido de baloncesto que ha dejado y suspiro.

—Bueno, bien, ¿no?

—No, hermano, no está bien. —Lo miro y él alza las cejas con confusión—. Le acabo de dar una paliza a su exnovio, lo he dejado inconsciente y me he reventado los nudillos con su cara.

—Sí, porque él ha intentado violarla —suelta con determinación—. Se te ha olvidado eso, ¿o qué? No le has dado una paliza porque te haya salido de los huevos. Se la has dado porque alguien tenía que hacerlo.

Niego con la cabeza y desvío la mirada hacia la cocina cuando apagan la luz y las dos salen con una taza humeante entre las manos. Mi hermana me observa con preocupación y puedo ver cómo sus pupilas bajan un instante a mis manos antes de volver a mis ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta entonces.

—Sí. —Dejo escapar una bocanada de aire y fijo la vista en Emily, que se ha sentado a mi lado, en el medio de los tres—. Escucha, quédate en mi habitación. Yo dormiré en el sofá.

—No digas tonterías. No voy a sacarte de tu cuarto, Cole.

—Llevo dos años durmiendo en una celda. Te aseguro que estaré bien en el sofá.

—Emily va a dormir conmigo —interviene Abi—. Si cuando vivía aquí, la mitad de los días nos tumbábamos a ver la tele en la cama y nos quedábamos dormidas, ¿verdad? —Ambas se dedican una sonrisa cómplice y mi hermana acerca la cara para depositar un beso tierno en su

mejilla.

—Sí, en serio, quédate con la habitación —insiste Emily, volviendo a mirarme—. Debes estar deseando dormir en tu cama.

«Lo que estoy deseando es dormir contigo».

—Como quieras. —Asiento y miro el reloj de la pared cuando escuchamos las campanas de la única iglesia que hay en el barrio—. Son las siete, deberíais cenar algo.

—No hay nada en la nevera… —Mi hermana intercambia una mirada seria conmigo y yo maldigo internamente por haberme olvidado de eso.

—Dejad que pida algo —ofrece Emily, levantándose para ir a por su bolso.

Tenso la mandíbula por no ser capaz ni de pagar una puta cena. Mi mejor amigo se chupa los labios y me hace una señal con la cabeza para que lo siga, así que voy tras él hacia el patio trasero y cierro la puerta cuando ya estamos fuera.

—Necesitas pasta, ¿verdad? —pregunta al mismo tiempo que saca un cigarro del paquete y me ofrece otro.

Me limito a asentir en silencio y esperar a que me haga el ofrecimiento que sé que me hará. Acerco la boca a su mano cuando enciende el mechero y los dos nos refugiamos en el saliente del tejado para no mojarnos más de lo que ya lo estamos.

—La tobillera te lo va a complicar un poco, hermano —dice después de darle un par de caladas al cigarro—. Solo podrás participar en las de Monroe.

—Me da igual, méteme en todas las que puedas.

—De acuerdo. —Me da un golpe en el pecho con el dorso y se coloca delante de mí, lleva la mano hasta su bolsillo trasero y saca la cartera.

—Ni de coña. —Hago un gesto y niego con la cabeza.

—Cógelo, ya me lo devolverás —dice abriendo mi mano para colocar un fajo de billetes en ella—. Cole, no voy a dejar que mi mejor amigo no pueda ni llenar la jodida nevera.

—Te lo devolveré —prometo al mismo tiempo que doblo los billetes y me los guardo en el bolsillo—. Gracias.

Pego mi frente a la suya y le doy un par de palmadas en el cuello antes de separarme para fumar.

—Me voy a pirar ya —comenta al mismo tiempo que apaga el cigarro en los ladrillos desgastados de la pared.

—¿No te quedas a cenar?

—No puedo, le prometí a Hailey que recogería a la niña a las seis y media.

—¿Cómo van las cosas con ella? ¿Y cómo está Charlotte? —Chasqueo la lengua y me disculpo con la mirada por haber sido tan egocéntrico—. Perdona, tío. No te he preguntado nada, solo pienso en mi mierda.

—Ey, tranquilo —sonríe y le quita importancia con un gesto de la cara—. Acabas de salir y no han parado de pasarte cosas, ya nos pondremos al día. Char está bien, es una preciosa princesita de casi cinco años, le encanta bailar y ahora le ha dado por decir que de mayor quiere ser paleontóloga. —Los dos rompemos a reír—. Así que me paso el día comprándole dinosaurios en todas las tiendas de juguetes que me cruzo.

—Oye, no, toma. —Llevo la mano al bolsillo y saco el fajo de billetes, sintiéndome la mierda fracasada más grande del mundo—. Tienes una hija, no puedo aceptar tu pasta, tío.

—Guárdate eso, no lo necesito. —Alza las cejas y me dedica una sonrisa cómplice—. Me va bien, ya te contaré. Todo va a mejorar, te lo prometo —dice a la vez que me guiña un ojo y se dirige a la puerta.

Asiento y se lo agradezco con la mirada.

No sé en qué estará metido, pero le confiaría mi vida, así que, sea lo que sea, quiero entrar.

Después de que Byron se marche, no habrán pasado más de cinco minutos cuando entro en casa y les digo que voy a salir un momento. Abro la bolsa que dejé en un rincón de la sala y saco una sudadera negra; la gris que traía, con salpicaduras de sangre, va a ir derecha a la basura.

—¿Dónde vas? —pregunta mi hermana.

—Al supermercado. ¿Queréis algo en especial?

—¿De dónde piensas sacar el dinero?

—¿Queréis algo o no, Abi? —insisto al mismo tiempo que alzo las cejas, sabe que no quiero que me lo vuelva a preguntar.

Nunca me he avergonzado de ser pobre. No soy de esas personas que reniega de sus raíces; Monroe es mi pueblo y, para bien o para mal, es mi hogar. En él nací y en él nos crie a mí y a mi hermana, y hablo en primera persona porque nadie se ha ocupado nunca de nosotros. Perdimos a mi madre tan pequeños que apenas podemos recordarla, y nuestro padre solo se acercaba a nosotros para levantarnos la mano. De modo que me siento muy orgulloso de que, lo poco que tenemos, lo hayamos conseguido solos.

Si me avergüenzo de que mi mejor amigo me tenga que dejar dinero es porque siento que, de alguna forma, he fracasado. Sí, he conseguido que mi hermana se convierta en una mujer increíble. Es fuerte, independiente y perfectamente capaz de cuidar de sí misma; lo ha demostrado los últimos dos años. Pero ¿qué hay de mí? ¿Qué he conseguido en la vida? No tengo trabajo, no tengo coche, acabo de salir de la puta cárcel y ni siquiera puedo llenar la nevera para alimentar a mi familia.

Eso es lo que me da vergüenza.

10. SINCERIDAD ENTRE AMIGAS

EMILY

Cuando Cole dice que va al supermercado, me levanto para ir a por mi bolso y darle dinero. Soy consciente de que no me lo va a coger —nunca aceptó mi dinero cuando estábamos juntos —, pero si voy a vivir aquí, lo lógico es que paguemos las cosas a medias.

—Espera, toma —digo después de abrir la cremallera de la cartera.

—Tengo dinero, Em, ¿necesitas algo en especial?

—Compresas. —Alzo las cejas y él asiente, conteniendo la sonrisa cuando yo tuerzo la comisura de mis labios.

—¿Alguna marca en especial?

—No tengo manías con eso, me da igual. Las más baratas.

—Vale. ¿Abi? —Gira la cabeza hacia ella y mi amiga se limita a negar con la cabeza, pero entonces levanta el dedo—. Ah, sí, papel de baño. Que cagas mucho.

—Joder, Abigail —resopla y se dirige a la puerta poniendo los ojos en blanco.

—Cole, coge veinte pavos, aunque sea. —Intento metérselos en el bolsillo de los vaqueros, pero los saca y me los devuelve—. Oye, si no aceptas mi dinero, tendré que irme a vivir a otro sitio —amenazo; me conoce y sabe que hablo en serio—. No voy a estar aquí viviendo gratis. Antes, Abi y yo pagábamos todo a medias.

—Bueno, ya pagarás la próxima compra, ¿te parece bien? —Me mira sin una gota de paciencia y yo asiento con una sonrisa, orgullosa—. Pues eso —dice mientras abre la puerta—. Enseguida vuelvo.

—Venga, vamos a hacerte hueco en el armario —me anima Abi después de que Cole se marche—. Pero te advierto de que todo lo que entra en mi armario, pasa a ser parte de mis pertenencias, así que no te sorprendas si algún día me ves con tu ropa.

Consigue sacarme una carcajada mientras subimos hasta su dormitorio la bolsa de deporte, repleta de ropa y los abrigos que me Cole me ha traído.

En cuanto le he dicho que es un salvaje… Me he arrepentido en el acto. Ni tan siquiera había terminado de decir la palabra, cuando ya me estaba lamentando. No sé ni por qué se me ha pasado por la cabeza algo así. Supongo que verlo llegar a casa con la sudadera llena de salpicaduras de sangre de mi exnovio, con los nudillos igual de destrozados que cuando peleaba y la mirada hundida por la culpabilidad y el miedo a mi reacción… No sé, me ha superado.

Cole es un hombre con mucha determinación; es protector, leal y extremadamente impulsivo, pero tiene otra cualidad que a menudo se me olvidaba cuando estábamos juntos: su

capacidad para sentir. Y aún más importante, la profundidad con la que siente todo lo que proviene de la gente que quiere. Las pocas veces que discutíamos y yo lo atacaba —porque ese es uno de mis defectos, atacar o huir cuando me siento abrumada—, él nunca me lo devolvía; se quedaba callado y aguantaba todo lo que le soltaba sin pararme a pensar en cómo podía afectarle. Dejaba que me desahogase, aunque eso supusiera destrozarlo por dentro.

Creo que es lo que ha sucedido esta tarde. Y me odio por haber causado que se sienta así después de lo que él ha hecho por mí.

¿A quién quería engañar? En el fondo sabía que esto es lo que pasaría cuando he decidido llamarlo después de salir corriendo de aquella casa a la que no pienso volver. Creo que una parte de mí deseaba que viniese a rescatarme, como siempre ha hecho. Una parte de mí sabía que solo él conseguiría hacerme sentir a salvo.

Y yo se lo he pagado llamándolo salvaje.

—Em, ¿estás bien? —consulta Abi desde el armario cuando ve que me he quedado con la mirada perdida en el suelo.

—He sido muy dura con él. —Me muerdo el labio y la miro llena de culpabilidad.

—¿Con quién? —Arquea una ceja y yo entorno los ojos—. Ah. Bueno, tampoco te martirices, ha sido un momento… tenso. —Extiende la mano para que le siga pasando ropa y cuelga un par de vestidos.

—Me da miedo que Trey lo denuncie.

—¿Crees que lo hará? —pregunta enseguida al mismo tiempo que da unos pasos hasta sentarse en la cama a mi lado.

Me encojo de hombros y arrugo el morro.

—No lo sé, ya no lo conozco. —Vuelvo a perder la mirada mientras reflexiono en voz alta y ella acaricia mi espalda—. Nunca pensé que fuese capaz de llegar tan lejos, Abi. Cuando lo conocí, era un tío encantador, súper atento y nada violento, como…

—Como mi hermano. —Traga saliva y aprieta los labios. Me disculpo con la mirada, porque no quiero que me malinterprete—. Sabes que Cole jamás te levantaría la mano, ni siquiera la voz.

—Lo sé, no quería decir eso. —Busco su mirada y suspiro, torciendo un poco el gesto—. ¿Por qué crees que lo llamé a él?

—No lo sé.

—Porque es la única persona en el mundo entero con la que me siento segura de verdad —admito en voz alta. Sonríe y yo pongo los ojos en blanco al mismo tiempo que le doy un pequeño empujón amistoso.

—¿Y por qué lo dejaste entonces, Em? Él seguía enamorado de ti. Lo estuvo durante mucho tiempo.

—Ya lo sabes. —Me muerdo la mejilla y ella deja escapar una bocanada de aire a la vez que

se levanta para seguir guardando mi ropa.

—Cole no pelea por gusto, Emily. Lo hace para poder pagar las facturas —habla dándome la espalda y yo me maldigo por haberla ofendido.

Estoy aquí, en su casa, me han acogido y han corrido a ayudarme sin pensárselo ni un momento. Y yo no paro de cagarla.

—Perdóname. —Me levanto y voy hasta ella, toco su mano para que me mire y me disculpo con la mirada, por segunda vez consecutiva—. Sé que os buscáis la vida como podéis. Por favor, no pienses que os juzgo.

—Sí lo haces, Em. Aunque te lo niegues a ti misma, lo haces. —Cuelga una percha y se da la vuelta para coger un par de pantalones—. ¿Crees que yo no preferiría trabajar en otro sitio donde me pagasen más de ocho pavos la hora? ¿Donde no tuviese que meter cinco horas extra al día y que me permitiese poder pagar el alquiler y llenar la nevera?

—Abi…

—¿O que mi hermano no preferiría ganarse la vida de otra forma que no fuese poniéndose en peligro y dejando que le rompan la cara? Claro que sí, Emily. —Traga saliva cuando sus ojos se humedecen y yo no sé ni qué decir—. Mira, no me malinterpretes, sabes que te quiero. —Hace una pausa y se seca con rapidez una lágrima que estaba a punto de rodar por su mejilla—. Pero no tienes ni puta idea de lo que es no tener ni un pavo en la cuenta, que te devuelvan las facturas o no poder llenar la nevera. Cole hace lo que puede, siempre lo ha hecho. Me sacó de aquella casa en la que mi padre me daba de hostias cada noche y se colocaba delante de mí para llevarse los golpes. No le quedó más remedio que aprender a defenderse. —Vuelve a pasar la mano con rabia por sus ojos y aprieta los labios mientras me mira y se encoge de hombros—. Fue a la cárcel por mi culpa —dice entonces antes de romperse por completo.

—Eso no es verdad. —La abrazo y un nudo se me forma en la garganta al ver cómo tiembla —. Tú no tuviste la culpa de lo que pasó, Abi. Aquel cabrón intentó abusar de ti.

—Igual que Trey de ti —susurra al mismo tiempo que se separa para mirarme.

Asiento en silencio y pestañeo un par de veces para aclararme la mirada. Abi se recoge el pelo con la goma que tiene en la muñeca y después alarga el brazo hasta una estantería para coger un paquete de pañuelos. Observo cómo se suena la nariz y después infla el pecho cuando toma una bocanada de aire.

—Cole es un buen tío, Em —habla con cansancio y por un momento aparenta bastantes más años—. Ha tenido que hacerse a sí mismo. Esto no es Oklahoma, estamos en Monroe. Aquí las oportunidades no abundan, y menos para gente como mi hermano, que ni tan siquiera pudo sacarse el graduado escolar porque tuvo que ponerse a trabajar para cuidar de mí. ¿Crees que me hace gracia que pelee? Claro que no. Pero si decide volver a hacerlo, tendré que aceptarlo y apoyarlo porque sé que lo hará por necesidad.

—Lo siento mucho, Abi. —Niego con la cabeza y aprieto los labios para contener las lágrimas—. Te juro que nunca ha sido mi intención haceros sentir mal o… no sé, juzgados. Sé que no me crees, pero si hay algo que me enamoró de tu hermano, fue su historia. Saber que desde tan pequeño cuidó de ti, lo protector que es y… bueno, todo.

—Hola.

Las dos miramos hacia las escaleras al escuchar la puerta y la voz de Cole. Abi se seca las lágrimas por completo y después intercambia una última mirada conmigo antes de dirigirse abajo.

Yo necesito un momento.

Me encierro en el cuarto de baño y abro el grifo para que no me escuchen llorar. Retrocedo hasta sentarme en el inodoro y hundo la cara entre mis manos, con los codos apoyados en las rodillas y la culpabilidad desgarrándome por dentro.

¿Cómo he podido ser tan egocéntrica? Cole salió ayer de la cárcel y ya ha tenido que darle una paliza a alguien por mí. Y después me quejo de que pelee.

Dios, esto es tan absurdo.

Abi tiene razón en todo lo que me ha dicho. He tenido la suerte de nacer en una familia de clase media, sin muchos lujos, pero siempre con la nevera llena de cosas que ni tan siquiera necesitábamos. Algo en lo que me fijé cuando vivía con ella era que jamás la vi tirar comida a la basura. En mi casa, si algo se ponía malo, al final se acababa tirando sin darle mayor importancia. Aquí no. Abi se encargaba de cocinar lo justo para comer y que no sobrase, nunca dejaba nada en el plato y, desde luego, nunca tiraba nada a la basura.

Tiene razón en que no sé lo que es vivir con un dólar en la cuenta. Antes por mis padres —porque ellos se encargaban de pagarme los estudios y darme dinero para mis cosas— y ahora porque mi trabajo como enfermera me permite vivir bien. Tampoco es que pueda darme lujos, porque los salarios en Monroe no son para tirar cohetes, pero no paso penurias.

No como ellos.

11. BIENVENIDO A MONROE

COLE

Dejo las bolsas sobre la mesa de la cocina y voy guardando todo en los armarios, cajones y en la nevera. Giro la cabeza al escuchar pasos y saludo a mi hermana con la cabeza cuando entra en la cocina, pero enseguida me acerco con el ceño fruncido y la sostengo por la barbilla para que me mire.

—¿Qué cojones ha pasado? ¿Dónde está Emily?

—No ha pasado nada, tranquilo. —Deposita un beso en mis dedos y pasa por mi lado para continuar guardando cosas—. Está en el baño.

—¿Por qué has llorado?

—Hemos tenido una pequeña conversación, pero todo está bien.

La sujeto por el brazo para que se dé la vuelta y sostengo su mirada; no puede mentirme. Se encoge de hombros a la vez que dibuja una sonrisa, pero enseguida se le empañan los ojos y rompe a llorar. Puedo imaginarme por dónde ha ido esa conversación, así que rodeo su cuerpo con mis brazos mientras suelto una bocanada de aire.

—Déjame adivinar —pido con la boca pegada a su frente—. Ha dicho algo de mí o de las peleas, y tú has saltado como un caniche furioso a defender a tu hermano mayor.

Rompe a reír y se separa para secarse las lágrimas, pero no lo niega, así que asiento y me cruzo de brazos apoyando mi trasero en la mesa. No sé lo que habrá dicho Emily, pero sea lo que sea, sé que no ha sido a malas; sin embargo, Abi es tan protectora conmigo como yo con ella, y para nadie es plato de buen gusto que se metan con alguien que quieres.

—Hola.

La susodicha entra en la cocina con las manos cogidas en su espalda, seguramente arrancándose los padrastros de los dedos como siempre que está nerviosa. Las dos intercambian una mirada y agachan la cabeza, yo muevo los ojos entre ellas y, como ninguna termina de arrancar, le ofrezco la mano a Emily para que se acerque. Fija la vista en mí y se acerca despacio, entrelaza sus dedos con los míos y suelta todo el aire contenido cuando la pego a mi cuerpo. Entonces, hago lo mismo con Abi, solo que con ella me cuesta un poco más; es las más terca de los tres. Muevo los dedos y la mano mientras la presiono con la mirada, alzo las cejas cuando al fin levanta la cabeza y pone los ojos en blanco a la vez que acepta mi mano.

—No sé lo que ha pasado entre vosotras, pero solucionadlo. —Cojo la mano de cada una y hago que las unan sobre las mías—. Os quiero, a las dos —añado mirando a Emily—, y si vamos a vivir los tres juntos, no estoy dispuesto a que en la casa reine el silencio. No os podéis imaginar

lo insoportables que os ponéis cada vez que os cabreáis —bromeo para hacerlas reír, y yo también sonrío cuando lo consigo—. Por separado os aguanto, pero las dos juntas acabáis conmigo.

—Qué cosas más bonitas nos dices. —Abi entorna la mirada y yo le guiño un ojo.

Aparto mi mano y ambas se piden perdón antes de fundirse en un abrazo. Entonces el timbre suena y todo mi cuerpo se tensa en el acto, pero Emily mueve la cabeza para que me relaje y me dice que debe ser la comida; hace más de una hora que la pidió.

—A buenas horas. Son más de las ocho —reclamo mientras la sigo por si acaso.

Me cruzo de brazos y permanezco unos metros por detrás para darle espacio, compruebo que es el repartidor y espero a que le dé las pizzas para cogerlas cuando ella me las pasa antes de pagar.

—Gracias, buenas noches —le dice antes de cerrar la puerta.

Coloco las tres cajas sobre la pequeña mesa del salón e intento hacer que no se caigan, aunque sí sobresalgan por los costados. Me siento en el sofá, ella se coloca a mi lado a la vez que me dedica una ligera sonrisa y los dos cogemos una servilleta de papel cuando Abi se une a nosotros.

—Joder, qué bien huele —comento cuando las abrimos.

—Estás salivando, eh —vacila mi hermana, señalándome con el dedo mientras ríe.

—Estate tú dos años comiendo la mierda que dan en el talego y después me cuentas si salivarías o no. —Le muestro mi dedo corazón y Emily rompe a reír.

No puedo evitar observarla un segundo mientras levanta la cabeza con una sonrisa al mismo tiempo que da un bocado a la pizza; me hace feliz con tan poco. El simple hecho de tenerla a mi lado, tranquila y a salvo, es todo lo que necesito.

—No me digas que quema, porque llevará media hora dando vueltas con ella en la moto —dice Abi al ver que hace un gesto con la boca.

—No, es que me he mordido —ríe mientras estira la mano para coger el refresco que mi hermana le ha dejado en el suelo.

Cenamos con calma mientras comentamos un programa absurdo que están dando en la tele, pero la señal va y viene debido a la tormenta que está cruzando Monroe. Deberíamos haber comprado una nueva cuando nos mudamos —esta ya estaba aquí—, pero tenemos prioridades y la televisión no es una de ellas. Además, antes de mi detención me pasaba el día trabajando. Cuando no estaba en el bar, estaba peleando, y el poco tiempo que me quedaba lo pasaba con Emily.

—¿No trabajas esta noche? —pregunto entonces a mi hermana al fijarme en que el reloj de la pared marca las nueve.

—Sí, de diez a dos —contesta con la boca llena.

—Ah, vale.

Me paso la servilleta por los labios para retirar los restos de grasa del pepperoni y niego con la cabeza al mirar la pizza de Emily.

—¿Ya empiezas? —Alza las cejas y se recuesta en el sofá al mismo tiempo que sonríe y se frota la tripa.

—Es que sigo sin entender cómo puede gustarte la pizza con piña. Es un insulto al buen gusto, nena.

Mi hermana se muestra sorprendida al escuchar esa última palabra, reprime una sonrisa y cierra la caja antes de levantarse del sillón.

—Voy a subir a vestirme —indica a la vez que deja los restos de su cena en la cocina—. Mete lo que sobre en un *tupper* para mañana —me dice al pasar por detrás del sofá en dirección a las escaleras.

—La has puesto nerviosa —sonríe Emily cuando ya no puede oírnos.

—Joder, es que me sale solo.

Me muerdo el labio y no pierdo detalle de su cuerpo cuando levanta los brazos para quitarse la sudadera, pero cualquier cosa que pudiese empezar a sentir por debajo de la cintura queda anulada al ver las marcas de unos dedos alrededor de su brazo, así como otro hematoma en el hombro. Sigue la dirección de mis ojos e instintivamente lleva sus manos hasta esos puntos para cubrirlos, agacha la mirada y se remueve incómoda en el sofá.

Tenso la mandíbula e inhalo despacio para relajarme. Entonces me inclino un poco hacia ella y tiro con suavidad de su mano para que la retire de ahí.

—No tienes que taparlo ni avergonzarte.

—Pues me avergüenzo. —Se encoge de hombros y juega con los dedos de mi mano, provocando que miles de impulsos eléctricos recorran todo mi cuerpo—. Ha conseguido anularme, Cole. Yo ya no soy la que era, ¿sabes? No-no me reconozco.

—Yo sí te reconozco. —Me echo un poco más hacia delante y apoyo el brazo en el respaldo del sofá, alargo la mano y acaricio su cabeza con cariño mientras sus ojos sostienen los míos—. Te miro y sigo viendo a la misma mujer fuerte, valiente, terca —añado provocando que sonría— y preciosa que conocí aquella noche en el bar.

—No me siento fuerte ni valiente.

—Pero preciosa sí, eso está bien. —Rompemos a reír y en ese momento mi hermana baja las escaleras.

—Cómo me gusta veros reír —indica asomándose por la barandilla con una sonrisa.

—¿Ya te vas?

Observo que se ha hecho una trenza a cada lado y se ha puesto unos vaqueros y un jersey entallado.

—Sí, me toca rellenar las cámaras, así no tengo que aguantar la chapa de Naomi —comenta poniendo los ojos en blanco.

—Te acompaño. —Me levanto, pero entonces miro a Emily y me doy cuenta de que se va a quedar sola en casa. Eso tampoco me hace ni puñetera gracia—. Mierda.

—No digas bobadas, Cole, llevo yendo sola a trabajar dos años. —Me lanza una mirada sarcástica y niega con la cabeza—. El bar está a quince minutos, no tardo nada. Vosotros quedaos aquí y descansad, que falta os hace.

—Ya, a ti no, ¿verdad? —dice Emily a la vez que señala su rostro de agotamiento.

—Yo no puedo descansar. —Suspira y se da la vuelta para coger su abrigo.

Vuelvo a mirar a mi exnovia y me muerdo el labio sin saber qué hacer. Entonces, se pone en pie y me hace un gesto para que la deje pasar.

—Espéranos —pide a Abi—, me pongo cualquier cosa y te acompañamos. Así me da un poco el aire, me vendrá bien.

—Pero si está lloviendo.

—Ahora no —corrijo al mirar por la ventana.

—Haced lo que os dé la gana, pero rápido, venga.

Subo las escaleras de dos en dos tras ella para cambiarme los pantalones, y me doy cuenta de que es la primera vez que entro en mi dormitorio desde que salí ayer. Me quedo de pie en mitad de la estancia y una oleada de diferentes emociones me dan de lleno en el corazón; estoy en mi habitación.

—Intenté dejarla justo como me la encontré antes de mudarme —dice Emily a mi espalda. Me giro hacia ella y me dedica una sonrisa—. Bienvenido a casa.

—Gracias. —Asiento y tuerzo un poco los labios, mordiéndome el interior del inferior cuando noto un molesto nudo en la garganta—. Me cambio y bajo.

—De acuerdo, yo también.

Sostiene mi mirada un momento más y desaparece por el marco de la puerta.

Abro el armario y no me recreo mucho porque no tengo tiempo, sé que Abi es muy puntual y siempre le gusta llegar antes de la hora a los sitios. Cojo unos vaqueros negros con roturas en las rodillas y lo acompaño de una sudadera azul oscuro, con el dibujo de una calavera atravesada por unas espadas con rosas en la parte de atrás. Me paso los dedos un poco por el pelo, aunque mi peinado habitual es llevarlo precisamente así: despeinado. Vuelvo a ponerme las mismas zapatillas deportivas, me echo un poco de la colonia que mi hermana no ha movido de su sitio habitual en el cuarto de baño, y bajo con ellas.

—¿Ya estás, princeso? —vacila mientras abre la puerta de la calle.

La ignoro porque estoy más pendiente de la mirada que Emily me echa, la forma en la que sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo y cómo mueve sutilmente la nariz para inhalar el

perfume.

—¿Vamos? —pregunto al mismo tiempo que apoyo una mano en la parte baja de su espalda, justo sobre su trasero.

—Vamos. —Asiente con una pequeña sonrisa y sigue a mi hermana, dejando que yo sea el último en salir y en cerrar la puerta con llave.

Caminamos a buen ritmo por la acera desierta. Nadie es lo suficientemente inconsciente como para andar por las calles al sur de la I-20 a estas horas, la mayoría usa el transporte público o el coche; sin embargo, el autobús no hace esta ruta y no tenemos coche. Solo de imaginar la cantidad de veces que Abi ha tenido que hacer este camino sola, me pongo enfermo.

—Qué mal rollo me da este tramo —comenta Emily cuando doblamos la esquina y tenemos que pasar por delante de un parque, donde siempre se ponen los vagabundos y los camellos.

—Tranquila. —Paso un brazo por detrás de su cintura sin llegar a tocarla, pero lo suficiente como para que se sienta segura—. ¿Vienes siempre por aquí? —pregunto mirando a mi hermana.

—Depende. Si es a esta hora, sí —contesta a la vez que se encoge de hombros—. Cuando salgo a las dos suelo dar la vuelta entera para evitar el parque.

—Joder, deberías pedir que te pagasen el transporte o algo. Un puto taxi, no me jodas.

—Sí. —Se carcajea y me mira con los ojos entornados.

He trabajado ahí y sé de sobra que nunca harían eso, pero yo qué sé, es que este puto camino es peligroso no, lo siguiente. Ni de coña dejaré que vaya o vuelva sola ni un solo día más.

—¿Tenéis cinco pavos? —Un tío sale de la nada y nos hace frenar en seco.

Emily se sobresalta e instintivamente busca mi mano, yo me adelanto a las dos y las coloco ligeramente detrás de mi cuerpo, al mismo tiempo que advierto con la mirada al chaval que no se acerque. Tendrá más o menos nuestra edad.

—No, tira. —Señalo el parque con la cabeza para que se haga a un lado, pero insiste.

—Seguro que ella tiene, mira el collar que lleva —dice dando un paso hacia Emily.

—Te he dicho que te largues, no me hagas repetírtelo —amenazo al mismo tiempo que levanto la mano hacia él y entorno la mirada.

Me reta unos segundos más, en los cuales puedo sentir cómo la costumbre que he cogido en prisión de adelantarme a los enfrentamientos empieza a hacer efecto. Los puños se me cierran solos, me crujo los nudillos y muevo el cuello a ambos lados al mismo tiempo que echo los hombros ligeramente adelante y atrás.

—Decídete. —Doy un paso y entonces él retrocede, murmura algo y se da la vuelta para perderse dentro del parque.

—Joder —maldice mi hermana al mismo tiempo que Emily deja escapar una sonora bocanada de aire.

—Necesitamos un coche. —Miro a Abi y ella asiente en silencio a la vez que traga saliva.

12. TECNO, ALCOHOL Y TENTACIONES

EMILY

Aún me va rápido el corazón cuando llegamos a la puerta del bar, el cual está a reventar de gente. Esta zona de Monroe está en decadencia. Muchos negocios se han ido a pique, pero a medida que las fruterías, panaderías y tiendas de barrio tienen que cerrar, el ocio nocturno parece vivir su mejor momento. Aunque, bueno, eso tiene una clara explicación: las bandas y el negocio de la droga, que es lo que sostiene los cimientos de un pueblo cada día más borrado del mapa.

—Buenas noches, Abs. —El hombre que vigila la puerta sonríe a mi amiga y esta choca su puño con confianza. Se nota que lleva años trabajando aquí—. Cole, ¿cómo estás? —lo saluda también.

—Bien, contento de estar de vuelta.

—Eso es bueno, se te ha echado de menos.

—¿Te apetece tomar algo? —me pregunta Cole después de sonreír al hombre.

Abi alza las cejas y ambos esperan mi respuesta. El portero nos mira para saber si dejarnos pasar o seguir con la larga cola que da la vuelta al edificio. Cualquiera diría que esto es una discoteca y no un simple pub de barrio.

—Vale. —Asiento y Cole sonríe a la vez que me hace un gesto para que pase por delante de él.

—Gracias, Tom. —Abi guiña un ojo al hombre y este abre la puerta para dejarnos pasar—. Voy a guardar el bolso, a ver si encontráis un sitio en la barra —nos dice por encima de la música.

Cole le da un beso en la mejilla y después busca mi mano para entrelazar sus dedos con los míos y abrirnos paso entre la muchedumbre. Dejo que me guíe y no puedo evitar bajar la mirada para fijarme en la unión de nuestras manos. Una leve sonrisa se dibuja en mi rostro e inmediatamente me siento estúpida.

—Ten un poco de cuidado —dice entonces cuando un chico se choca conmigo.

—Que tenga cuidado ella —espeta al mismo tiempo que pasa de largo para marcharse.

Cole frunce el ceño y alarga el brazo para sujetarlo por la camiseta, pero yo levanto la mano justo a tiempo de sujetar la suya, mientras lo miro y niego con la cabeza.

—Déjalo.

Resopla y vuelve a fijar la vista en el frente para continuar caminando hasta que, segundos después, llegamos a la barra. Nos sentamos en un par de taburetes que acaban de quedar libres y él levanta una mano hacia Abi cuando veo que está sirviendo ya una copa. Nos hace un gesto y

sonríe mientras le dice algo a una compañera pasando por su lado hasta nosotros.

—¿Qué queréis tomar?

—Buf, hace mucho que no bebo alcohol —comenta Cole con un gesto travieso. Entonces me mira y borra un poco la sonrisa—. Mejor un Red Bull.

—Venga ya —digo, inclinándome para que Abi se acerque y hablarle al oído—. Tráenos dos chupitos de tequila.

Mi mejor amiga me guiña un ojo y se aleja a por la botella.

—¿Qué has pedido? —pregunta entonces él arqueando una ceja con diversión.

Lo miro con cariño porque sé que no se ha pedido una copa por mí, porque cree que me va a molestar que beba alcohol por lo sucedido con Trey. Pero el problema no era el alcohol, el problema era él. Lo máximo que puede pasarle a Cole si se emborracha es que quiera arrastrarme al baño para hacer lo que solíamos hacer cuando estábamos juntos y, sinceramente, no me parecería tan mala idea. Y menos viendo los vaqueros que lleva esta noche. No sé si lo ha hecho a propósito, pero son los que siempre le pedía que se pusiese porque me encantaba cómo le quedaban.

Me encanta cómo le quedan.

—Perdona —digo al tropezarme y caer sobre él cuando me levanto de la banqueta para quitarme el abrigo.

—Estás perdonada.

Pasa la lengua por sus labios y recorre toda mi anatomía sin dejarse ni una sola parte. Dibuja una sonrisa cuando llega hasta mis ojos y se abstiene de hacer comentarios sobre el pantalón ajustado y la camiseta de tirantes que me he puesto.

Joder, su mirada me hace sentir calor en ciertas partes de mi cuerpo como nada había conseguido hacerlo en estos dos últimos años.

—¿En serio, nena? —Arquea una ceja al ver los dos chupitos que Abi deja frente a nosotros, une los labios en una especie de beso y los mueve a ambos lados mientras me mira con diversión —. De acuerdo, tú lo has querido —ríe y yo me uno a él mientras cada uno coge un pedazo de limón—. ¿Como antes? —pregunta acercando el cítrico a su boca.

—Como antes. —Sonrío y ambos nos los llevamos a la lengua, guiñamos un ojo por el sabor ácido y después vamos a por chupito.

Abi nos observa con diversión y con el salero en su mano, lista para intervenir. Nos bebemos el chupito de un trago, y entonces los dos juntamos las cabezas al mismo tiempo que abrimos la boca para que mi mejor amiga esparza la sal.

—Estáis colgados —dice con diversión antes de regresar al trabajo.

Sabemos de sobra que se hace al revés, primero la sal y después el limón, pero un día nos dio por probarlo al revés, y desde entonces lo hacemos así.

—¡Abi! —exclama él, antes de que se aleje—. Ponnos un par de copas, anda.

—¿Ron? —pregunta, mostrándole la botella que ya tenía en la mano para otro cliente.

Me mira a mí y la verdad es que no suelo beber, así que me da lo mismo una cosa que otra. Es cierto que siempre que vengo al bar tomo ron, por lo que asiento encogiéndome de hombros y él le devuelve el gesto afirmativo a Abi, la cual coge un par de vasos y se acerca.

Nos sirve un poco a cada uno y después reparte un Red Bull grande para los dos, antes de marcharse para continuar sirviendo al resto de personas.

No sé si nos va a cobrar, pero por si acaso me he asegurado de coger la cartera y de que tenía dinero suelto para pagar. Desconozco si Cole tiene y me niego a hacerle pasar un momento incómodo.

COLE

La música tecno resuena dentro del local y el ambiente se va entonando a medida que pasan las horas. Observo cómo mi hermana corre de un lado a otro de la barra sin eliminar la sonrisa de su rostro, hace bromas con sus compañeros y saluda a varios clientes que ya son habituales.

Emily da un trago a su copa y no deja de mover la pierna al ritmo de la música. Como hay mucha gente, hemos juntado más los taburetes y su pierna está entre las dos mías, por lo que sus muslos se rozan con los míos. Se ha bebido ya dos copas y otro par de chupitos, por lo que cada vez está más charlatana y graciosa.

—¿Por qué no quieres beber más? —me pregunta cuando rechazo la tercera copa y a ella ya ha comenzado a hacerle efecto.

—Porque hace mucho que no tomo una gota de alcohol, Em. —Sonrío y lleno mis pulmones de aire cuando apoya por cuarta vez su mano en la parte interna de mi pierna, la mueve e inclina su cuerpo sobre el mío para hablarme al oído.

—¿Te acuerdas de lo que hicimos la última vez que estuvimos aquí juntos?

Arrastra cada palabra con lentitud para alargar el momento, sus labios rozan el lóbulo de mi oreja y, joder, no soy de piedra. Llevo dos años sin follar y ella es la mujer que más me excita del mundo, de la cual sigo enamorado y a la que me muero por besar.

Soy muy consciente de que ahora mismo se encuentra dentro de una burbuja. El alcohol habla por ella y el estar aquí conmigo, el lugar donde nos conocimos y donde hemos vivido tantas cosas buenas, hace que su cerebro regrese a esos días y a la forma en la que la hacían sentir.

La relación que Em y yo teníamos era muy especial. Más allá del amor, éramos el salvavidas el uno del otro. Siempre acudía a mí y yo a ella cuando algo iba mal en nuestra vida. Juntos nos sentíamos a salvo. A pesar de que fuéramos dos personas independientes y con rasgos de

personalidad dispares, había algo que nos unía: ella era mi hogar y yo el suyo.

—¿Te acuerdas o no? —pregunta con una sonrisa traviesa cerca de mi rostro.

Sus pupilas se desvían a mis labios y yo aprovecho para pasar la lengua por ellos, gesto del cual no pierde detalle. Tuerzo la sonrisa y niego con la cabeza mientras dibujo una mueca desinteresada.

—La verdad es que no. ¿Qué hicimos? —Frunzo el ceño y ella sostiene mi mirada.

Entonces, se levanta de la banqueta y tira de mi mano para que la siga, pero la detengo en medio de una carcajada. La conozco tan bien.

—Ven aquí —pido, volviendo a sentarme al mismo tiempo que la coloco entre mis piernas —. ¿Dónde vas?

—Te acuerdas de sobra. —Me lanza una mirada asesina y yo rompo a reír.

—Si te digo que no, ¿me lo recordarás?

—Te habría llevado hasta allí para refrescarte la memoria —contesta con las cejas alzadas —, pero no has querido.

—Porque estás borracha, Emily. —Acaricio su rostro y me muerdo el labio al pasar la yema de los dedos por encima de su boca.

Pero entonces percibo el corte debajo de mi dedo.

Trago saliva y pestañeo un par de veces, la animo a volver a sentarse en el taburete y cojo lo que me queda de copa para bebérmela de un trago y despejarme. Casi la cago. Lo que más deseo es comerle la puta boca aquí mismo, pero no lo voy a hacer porque no es el momento y mucho menos el lugar.

Además, si rompimos fue por algo; bueno, ella me dejó a mí, y lo hizo por una buena razón. Lo más probable es que mañana se arrepintiese y me niego a que la convivencia se vuelva incómoda y tenga que buscarse otro sitio para vivir; prefiero tenerla cerca, aunque eso suponga no poder estar con ella.

Es más, donde debería estar ahora mismo es durmiendo, joder, no en un puto bar. Tendría que estar descansando después del día tan largo que ha tenido, en silencio y tranquila, no rodeada de gente en un antro con la música tecno a todo volumen y rodeada de alcohol.

Acabo de volver a su vida y ya la estoy llevando por el mal camino.

Soy su puta némesis.

A las dos menos diez salimos del bar para esperar a Abi fuera. La gente comienza a dispersarse y muchos se quedan en el aparcamiento para seguir ahí la fiesta.

Emily me observa apoyada en la pared, no ha seguido bebiendo y el resto de la noche nos la hemos pasado hablando y bailando un poco. Si es que el tecno se puede bailar. Lo único que hemos hecho ha sido tocarnos, observarnos con unas ganas locas de besarnos y yo, controlar la

situación para que no se me fuese de las putas manos. No me lo ha puesto nada fácil.

Me fumo un cigarro con un pie apoyado en la farola que hay en la esquina del bar, alzo las cejas cuando veo que no para de mirarme y no puedo dejar de sonreír por la forma en la que sus ojos recorren todo mi cuerpo.

—O sea que no vas a besarme —suelta de pronto al mismo tiempo que se aproxima despacio hasta mí.

Me chupo los labios y dejo que se acerque sin borrar la sonrisa, expulso el humo a un lado para no echárselo en la cara y bajo la pierna para dejar que se sitúe entre ellas. Muevo un poco la cabeza a un lado para apartar los mechones de pelo rubio que me caen sobre los ojos, estremeciéndome cuando dibuja con la yema de los dedos la silueta del tatuaje de mi cuello. La sujeto por la cintura y suspiro sin apartar mis ojos de los suyos.

—¿Qué quieres, Em? —pregunto al mismo tiempo que pego su pelvis a la mía.

—Ahora mismo, en este momento —contesta con la voz igual de exhausta que su mirada—, que me beses.

—Ya, pero eso lo quieres ahora, que estás borracha, confundida, cansada y con las defensas por los suelos. —Retiro el pelo de su rostro y sonrío cuando hace pucheros.

—Pues entonces abrázame por lo menos.

—Eso sí. Siempre. —Apoya la cabeza en mi pecho y yo doy una última calada al cigarro antes de tirarlo para poder rodearla con mis brazos.

Cierro los ojos y por un momento me permito fingir que los últimos dos años no han sucedido, que seguimos en dos mil veintiuno y que aún somos solo Cole y Emily.

13. QUIERO DORMIR CONTIGO

COLE

Por suerte, el camino de vuelta a casa sucede sin imprevistos. A pesar de que hay más gente que antes por la calle —aunque es jueves—, nadie se acerca a nosotros y lo agradezco, porque los tres estamos agotados y no me apetece nada tener que romperle la cara a otro por segunda vez el mismo día.

Las últimas veinticuatro horas han sido demasiado largas. Cuando ayer fui a recoger a Abi y vi cómo ese cabrón trataba a Em, supe que la situación no acabaría ahí. Aunque no hubiese venido hoy a casa y le hubiese visto el corte del labio, me las habría ingeniado para quedar con ella y asegurarme de que se encontraba bien. Nadie en su sano juicio soportaría que la persona que ama se encuentre en peligro y quedarse de brazos cruzados. Al menos yo no.

Han pasado muchas cosas en muy poco tiempo, pero no es algo que hayamos elegido ninguno de los dos. Puede parecer que todo está sucediendo demasiado deprisa, pero lo que ambos hemos sentido al reencontrarnos ha sido exactamente como llevaba dos años soñado en el interior de aquella celda. Me la suda el mundo, me da igual lo que piensen. Lo nuestro no acabó el día en el que me encarcelaron y estas veinticuatro horas no ha sido más una afirmación de ello.

Después de llegar a casa y quitarme las zapatillas en pequeño recibidor, necesito tirarme en la cama y no despertarme hasta dentro de una semana; no obstante, hay algo que me preocupa un poco, por mucho que no quiera admitirlo, y es que ese cabrón llame a su papaíto y la pasma me saque de la cama a rastras como la última vez.

—Quiero dormir contigo —comunica mi pequeña debilidad desde la puerta del dormitorio cuando Abi se mete en el baño para desmaquillarse.

—Quieres dormir conmigo —repito con una sonrisa diminuta al mismo tiempo que camino hasta ella—. ¿Eres consciente de que ya no estamos juntos, Em?

Me dedica una mirada que conozco bien, intenta aguantarse las ganas de reír y después acaricia mi pecho por encima de la camiseta antes de colarse en mi cuarto. Estoy de coña y lo sabe. Nuestro momento favorito del día siempre era la hora de ir a dormir, porque yo trabajaba prácticamente todo el día y con sus turnos en el hospital, nos veíamos poco. Esta habitación era nuestro pequeño rincón en el mundo. Donde compartíamos lo que habíamos hecho ese día, cómo nos sentíamos y, como ella decía, nos recargábamos el uno en los brazos del otro.

—Sí, pero podemos ser amigos.

—Ya somos amigos —contesto mientras voy hasta la cómoda para coger un par de camisetas para dormir, una para mí y otra para ella.

Se la ofrezco y me responde con una sonrisa triunfal al mismo tiempo que se quita el jersey para quedarse con el top de tirantes que ya he podido disfrutar en el bar. Sostiene mi mirada un segundo y arquea una ceja antes de empezar a quitarse también esa prenda, pero entonces niego con la cabeza sonriendo y me doy la vuelta.

Me deshago de mi ropa y la tiro en un rincón para ponerme también la camiseta. Hace frío, pero no puedo dormir con pantalones, así que me quedo en bóxer.

—¿Ya estás? —pregunto antes de darme la vuelta.

—Sí.

Mis ojos recorren sus piernas desnudas y no puedo evitar relamerme sin ningún disimulo. Aprieta los labios reprimiendo una sonrisa traviesa y después pasa por mi lado para perderse dentro del cuarto de baño con mi hermana.

Será una noche larga.

Después de lavarme los dientes y dar las buenas noches a Abi que, como era de esperar, no ha puesto ninguna objeción en que Emily duerma conmigo —está deseando que volvamos a estar juntos—, me meto en la cama cuando ella ya está dentro y tapada hasta las orejas.

—Estoy helada —murmura casi tiritando.

—Perdona, cuando he cogido tu ropa no me he fijado en los pijamas —maldigo al recordar cómo solo he metido la que estaba colgada de las perchas—. Puedo dejarte unos pantalones de chándal, ya sabes que pijama no uso. Si no, seguro que Abi…

—No te preocupes —me interrumpe con una pequeña sonrisa—. Enseguida entraré en calor.

Intercambio una mirada cómplice con ella y sé que lo está deseando, así que levanto un brazo y le hago un gesto acompañado de una sonrisa. Me la devuelve y pega su cuerpo al mío a la vez que apoya la cabeza sobre mi hombro. Como si no hubiese pasado ni un solo día desde la última vez que dormimos juntos, pasa la pierna sobre mi cadera y yo llevo la mano hasta su muslo.

Los dos inhalamos en profundidad por la nariz y después dejamos salir todo el aire con calma, como si estar en esta posición nos aliviase a ambos por igual. Me estremezco por las cosquillas que su respiración me hace en el cuello, pero no digo nada.

—Cole —susurra al mismo tiempo que alza ligeramente la barbilla para mirarme.

Agacho la mía y nuestros labios quedan cerca, más incluso que el resto de la noche, cuando no ha parado de intentar que la besase; sin embargo, esto es muy diferente. Sentir su piel bajo mi mano, el calor de su cuerpo pegado al mío y el tacto de sus dedos recorriendo el tatuaje de mi cuello una vez más.

—Dime, pequeña. —Trago saliva e intento despejar la niebla que trata de confundir mis pensamientos, arrastrarme a una vorágine de deseo y, como siempre, cagarla.

—Gracias por todo lo que haces siempre por mí —dice al mismo tiempo que me acaricia la

mejilla—. Por protegerme.

—Debería haberlo hecho mejor. —Suspiro y me giro ligeramente a la vez que subo la mano de la pierna a su espalda.

—No podías hacer más, Cole. Nada de lo que me ha pasado ha sido tu culpa.

—Lo sé, pero si esta tarde hubiese insistido o…

—No, para —dice con una pequeña sonrisa mientras sus ojos no dejan de dibujar un triángulo entre los míos, y después mis labios—. Sabía que te estabas culpando por eso.

—Me conoces bien. —Sonrío con nostalgia y pego la boca a su frente para evitar hacerlo donde realmente quiero.

—Me da miedo la reacción que Trey pueda tener —confiesa al fin—. No me perdonaría que volviesen a detenerte.

—No pienses en eso, Em. —Vuelvo a mirarla y no puedo evitar sonreír al verla entre mis brazos. Llevo la mano hasta su rostro y cierra los ojos cuando deslizo los dedos por su mejilla—. Intenta dormir, ha sido un día muy largo y ya serán casi las tres. ¿Mañana trabajas?

—Sí, tengo turno de tarde.

—De acuerdo. —Vuelvo a besarle la frente y ella se acurruca más contra mi cuerpo—. Buenas noches, nena.

—Buenas noches —dice al mismo tiempo que deposita un cálido beso en mi cuello.

EMILY

No sé si es por el agotamiento físico y mental, por el alcohol que he tomado esta noche o por encontrarme entre los brazos de Cole, pero por primera vez en meses, logro que mi respiración se acompase y dormir sin la necesidad de tener un ojo en la nuca por si a mi exnovio se le cruzan los cables en mitad de la noche y arremete contra mí.

Estoy demasiado cansada como para tener la plena capacidad de reflexionar acerca de todo lo sucedido hoy. Desde el reencuentro con Cole a media tarde, hasta la agresión de Trey al llegar a casa, la pelea con Cole por haber ido a por él y nuestro acercamiento después en el bar. Decido quedarme solo con las últimas horas porque son en las cuales, tras meses de sentirme anulada, avergonzada y culpable, he sido capaz de volver a sentirme un poco más yo misma.

Cole siempre ha hecho que cada uno de los componentes de mi personalidad afloren exponencialmente, tanto los malos como los buenos. La forma en la que me ha mirado esta noche, el deseo que he percibido en cada uno de sus gestos, la manera en la que pasaba la lengua por sus gruesos labios cada vez que me pegaba a él… Y el hecho de que me haya rechazado y haya sido capaz de contener sus ganas de besarme, solo hace que esas ganas aumenten por reconocer al mismo Cole que dejé hace dos años. Uno que anteponía mis necesidades y deseos a

los suyos propios, que le preocupaban más mis sentimientos y emociones que las suyas.

Lo dejé, sí, pero no fue porque no estuviese enamorada, no fue por el modo en el que me trataba y, desde luego, no fue por no desearlo.

Cuando me despierto al día siguiente, me encuentro sola en la cama, pero escucho ruido en la planta inferior, así que imagino que Cole se habrá levantado ya; sin embargo, de pronto se me acelera el pulso al pensar que la policía haya podido venir a por él en medio de la noche y estuviese tan profundamente dormida que no me he enterado.

Salgo de la cama con rapidez y cojo una de sus sudaderas, la primera que pillo y que está tirada sobre la cómoda junto al armario. Meto los brazos y subo la cremallera, comprobando frente al viejo espejo que tiene detrás de la puerta que me queda enorme; a Cole no le va la ropa ajustada, así que, si ya por sí a él le queda ancha, imaginad a mí. Bajo las escaleras descalza, igual que cuando solía vivir aquí —es lo bueno de tener moqueta—, y recorro la sala nerviosa hasta que por fin llego a la cocina.

—Estás aquí —digo a la vez que me llevo la mano al pecho y respiro aliviada.

—¿Dónde iba a estar, si no? —Sonríe y, cuando se quita de delante de la encimera, veo que me estaba preparando el desayuno—. No me has dado tiempo, iba a subírtelo ahora.

—Eres un encanto, Cole Monroe. —Me acerco hasta él y cierro los ojos cuando me rodea con uno de sus brazos, depositando a continuación un beso en mi frente al mismo tiempo que yo me llevo una tira de bacon a la boca—. Qué bueno está.

—Tú sí que estás buena —suelta provocando que los dos rompamos a reír.

—Qué buen humor por la mañana, ¿no? —Abi se une a nosotros y se abraza a sí misma, encogiendo el rostro, al fijarse en que Emily lleva las piernas al aire—. Joder, Em, me está dando un frío verte así.

—Ya, ¿por qué no te vistes? —me pregunta Cole—. Coge alguno de mis pantalones deportivos, no sería la primera vez. —Alza las cejas y yo le muestro el dedo del medio mientras saco la lengua.

—Es que cuando me he despertado y he visto que no estabas, me he rayado pensando que igual… —Aprieto los labios y me encojo de hombros.

—Estoy aquí —dice ofreciéndome su mano—. Te dije que esta vez no me iba a ir a ninguna parte y no pienso hacerlo.

—Mi armario es tuyo, Em —añade Abi mientras se sirve un poco de café en su taza favorita de *Dragon Ball*, pero suelto una carcajada y arqueo una ceja.

—Mi culo no cabe en tus pantalones.

—Porque tienes un culazo.

Me giro a tiempo de ver cómo Cole me lo está mirando, relamiéndose. Tanto su hermana

como yo nos cruzamos de brazos con una sonrisa y él levanta las manos pidiendo perdón, a la vez que dibuja una mueca inocente y se da la vuelta para continuar con el desayuno.

—¿Bacon? —pregunta a Abi mientras extiende la sartén hacia ella.

—No, tengo el estómago revuelto, gracias. Además, ya es casi la una. En dos horas tengo que entrar a currar.

—¿Tan temprano?

—Le pedí a Naomi meter horas extra —explica después de dar un trago—. En teoría mi horario de hoy es de seis a cierre, pero voy a meter tres horas más.

—¿Piensas trabajar doce horas seguidas, Abigail? —Cole cruza los brazos y apoya su cuerpo en la encimera—. Te dije que no quería que hicieses más horas extra.

—Ya, bueno. —Aprieta los labios y se desafían unos segundos con la mirada—. Es lo que hay.

—Escuchadme —intervengo y los dos me miran de golpe—. El alquiler son novecientos pavos al mes y unos cien de gastos, sin contar con la comida.

—Emily…

—No, cállate. —Levanto la mano hacia Cole y él resopla a la vez que echa la cabeza hacia atrás—. Sigo teniendo acceso a la cuenta del banco. Voy a meter todos los meses quinientos dólares, como hacía antes, y no se os ocurra decirme que no, porque cojo mis cosas y me largo.

Mi mejor amiga asiente en mi dirección y extiende la mano para que me acerque, se la sostengo y la lleva hasta su boca para depositar un beso en mis dedos. Giro la cabeza hacia Cole, con las cejas alzadas, y me aguanta la mirada con el semblante serio. Sé que intenta encontrar las mejores palabras para contestarme sin hacer que me cabree.

—Entiendo que quieras pagar tu parte y me parece bien. Pero ni siquiera tienes un dormitorio, Em, no vas a meter quinientos pavos.

—Eso es lo de menos. —Me acerco a él y le quito la tostada que tiene en la mano para darle un bocado—. Además, no tengo un dormitorio, tengo dos, el de Abi y el tuyo. —Sonrío con suficiencia y él pone los ojos en blanco.

—No voy a convencerte —afirma volviendo a quitarme la tostada y yo niego con la cabeza —. De acuerdo, pues quinientos pavos cada uno. —Levanta la cabeza hacia su hermana y le hace un gesto—. Ahora ya no tienes motivos para meter horas extra, así que dile a Naomi que, a partir de la semana que viene, vuelves a tu horario normal.

—Necesita camareros y yo la pasta, Cole —insiste—. Quiero comprarme un coche.

—Pues si necesita camareros, que me contrate a mí. —Pasa por el lado de su hermana y, cuando esta abre la boca para rechistar, le mete la tostada dentro—. Y es mi última palabra.

14. DEMASIADO PRONTO

EMILY

Después de que Cole me acompañe a la parada del autobús y me haga prometerle cuarenta veces que le llamaré si sucede algo, me cambio en el vestuario para hacer frente al turno de tarde. No me apetece nada y me hubiese quedado echando la siesta con él encantada, pero tengo que trabajar, así que no me ha quedado más remedio.

En cuanto pongo un pie en el pasillo de la planta en la que trabajo con pacientes de traumatología, una compañera que está saliendo del turno de mañana se aproxima con el rostro contraído; inmediatamente mi cuerpo reacciona y se me encienden todas las alarmas.

—Em, ¿cómo estás? —consulta a la vez que apoya una mano en mi brazo—. Menudo cabrón el que le haya hecho eso, espero que lo pillen pronto.

—¿De qué me estás hablando? —Frunzo el ceño, temiéndome lo peor y rezando internamente para que no sea lo que pienso.

—¿Cómo-cómo que de qué hablo? —Dibuja una sonrisa confusa y me guía hasta la habitación 215, abre la puerta y me hace una señal para que entre—. ¿No lo sabías?

La tabla con todos los informes que llevo entre las manos, y los cuales aún no había revisado, se me resbala entre los dedos al mismo tiempo que la respiración se me atasca en la garganta. Trey abre los ojos por el ruido y clava sus pupilas en las mías mientras traga saliva.

—Emily —dice con un gesto de alivio—. Por fin has podido venir, cariño.

—Os dejo solos… —Escucho cómo dice mi compañera desde atrás, aunque su voz se pierde dentro de mis oídos sin llegar a prestarle mucha atención.

Puedo notar cómo se me entumecen las manos y las piernas empiezan a temblarme. Soy incapaz de reaccionar.

—¿No vas a decir nada? —pregunta cambiando el semblante a uno más serio—. Supongo que sabrás quién me ha hecho esto.

Me fuerzo a tragar saliva y a agacharme para recoger los papeles, me aliso el pelo con las manos y miro a mi espalda cuando la puerta vuelve a abrirse.

—¡Por Dios! —exclama Amanda, otra compañera, al mismo tiempo que sus ojos expresan la sorpresa y va hasta los pies de la cama para leer el informe completo de Trey—. ¿Cómo no me has dicho nada? —pregunta a la vez que desvía la mirada hacia mí un momento—. Em, ¿estás bien?

—Sí-sí. —Lleno mis pulmones de aire y trato de sonar calmada—. Perdona, tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Quién te ha hecho esto? ¿Lo has denunciado ya? —le pregunta directamente a él.

Trey no rompe el contacto visual conmigo en ningún momento. En lugar de responder, se toma su tiempo, durante el cual siento que el pulso va a salir galopando de mis venas. ¿Lo ha denunciado? No, no lo creo, porque entonces la policía ya habría ido a detener a Cole; sin embargo, sé que puede hacerlo en cualquier momento, tan solo debe hacer una llamada a su padre y le joderá la vida para siempre.

—No, no lo he denunciado —contesta con lentitud pronunciando cada palabra casi con diversión.

—¿Por qué no? —Amanda insiste y rodea la cama para situarse a mi lado.

—No le vi la cara, me asaltó justo antes de entrar en casa.

El aire sale de mis pulmones de golpe y sé que lo ha notado por cómo se ha fijado en el movimiento de mis hombros.

—Qué hijo de puta —masculla ella a la vez que desvía la mirada hacia mí—. Ay, cielo, te ha impresionado verlo así, ¿verdad? —Frota mis brazos y yo asiento en silencio—. Quédate con él todo el tiempo que quieras, voy a ir revisando las mediaciones.

—Enseguida voy. —Sonrío y le hago un gesto con la cabeza después de que me dedique una mirada de comprensión.

En cuanto nos quedamos solos, Trey vuelve a transformar su expresión y me hace un gesto para que me acerque, pero no lo hago. Aunque quisiese, los pies no me responden. Entonces es él quien se incorpora en la cama y saca las piernas. Solo tiene heridas en la cara y la cabeza, por lo que el resto del cuerpo está perfectamente.

—¿Por qué has venido a este hospital? —reprocho cuando consigo reunir el valor suficiente —. Podrías haber ido a cualquier otro.

—Porque aquí es donde trabaja mi novia —espeta mientras se pone de pie.

—No te acerques. —Levanto una mano y ahora sí doy un paso atrás.

Supongo que el instinto de supervivencia es superior a todo lo demás.

—Emily, vamos —dice volviendo a sentarse—. Esto solo ha sido un malentendido. Vuelve a conmigo a casa y lo olvidaré todo.

—¿Un malentendido? —Suelto una pequeña risa amarga y aprieto los labios al mismo tiempo que niego con la cabeza. Los ojos se me humedecen, así que pestañeo para evitarlo—. Me encargaré de que te den el alta hoy mismo —digo antes de tragar saliva y llenar mis pulmones de aire—. Después te marcharás y no volverás por aquí. Si tienen que hacerte curas, vas al…

—O regresas a casa conmigo, o me encargaré de que tu querido Cole no vuelva a ver la puta luz del sol.

La seriedad y la seguridad con la que pronuncia cada palabra provoca que la sangre

abandone mi cabeza y, por un instante, sienta que todo me da vueltas. Soy incapaz de controlar la velocidad de mis respiraciones y el bolígrafo se me escurre entre los dedos por el sudor de mis manos.

—No tienes pruebas. —Consigo decir en un hilillo de voz.

—Tengo tres testigos, cariño —recuerda mientras sus labios se curvan en una sonrisa de satisfacción.

—Es su palabra contra la de él.

—Sí, bueno, súmale sus antecedentes y los contactos de mi padre, y estoy seguro de que tú solita podrás llegar a una conclusión. Mi novia es muy lista, ¿verdad?

—Ya no soy tu novia.

—Claro que lo eres. —Asiente con arrogancia y pasa la lengua por sus labios—. Por la cuenta que te trae.

Voy a responder cuando el móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco para mirar la pantalla y mis nervios aumentan al ver el nombre de Cole en pantalla, como si estuviese viendo la escena desde un agujero en la pared.

—¿Es él? —inquiere Trey al mismo tiempo que su mirada se ensombrece—. Seguro que has dejado que te folle esta noche, ¿verdad? —masculla sin esforzarse por ocultar la rabia y el desprecio.

No soy capaz de permanecer ni un segundo más frente a él, así que me doy la vuelta e ignoro su voz cuando me llama antes de salir por la puerta. Me alejo por el pasillo a toda velocidad y salgo por las escaleras de emergencia para sentarme un momento e intentar calmarme. ¿Cómo no se me había ocurrido que pudiese estar aquí? Tampoco sabía lo que Cole le había hecho. Su rostro está destrozado y apenas lo he reconocido por la inflamación y todos los golpes, pero claramente no han sido suficientes…

El teléfono vuelve a vibrarme, ahora entre las manos. Doy un par de inhalaciones profundas y acepto la llamada antes de llevármelo a la oreja.

—Hola —hablo conteniendo el aliento.

—¿Qué tal has llegado? —pregunta con voz perezosa, como si estuviese medio dormido—. ¿Todo bien?

—S-sí, bien. Todo bien. —Mi voz suena más mecánica de lo que me gustaría y él se da cuenta.

—Nena, ¿qué pasa? —Por la forma en la que habla ahora, puedo imaginarlo incorporándose en el sofá de golpe.

—Nada —miento, pero el nudo en la garganta termina de delatarme.

—Emily, ¿qué hostias pasa? ¿Ha ido a buscarte?

—Está ingresado aquí —sollozo al mismo tiempo que siento que estoy a punto de entrar en

un ataque de ansiedad.

Me falta el aire y necesito tirar del cuello del jersey que llevo bajo la bata del uniforme, en un vano intento de que el aire entre a mis pulmones con más facilidad. Bajo las piernas hacia los demás escalones y me chupo los labios antes de tragar saliva, cerrando los ojos para tratar de relajarme.

—Me cago en su puta madre —masculla al otro lado del teléfono—. ¿Lo has visto?

—S-sí. —Alcanzo a decir a duras penas.

—Vale, tranquilízate y respira, Em.

Suena ruido de fondo y durante unos segundos no dice nada, pero entonces oigo el tintineo de unas llaves antes de volver a escuchar su voz, y una puerta cerrándose.

—Voy para allá.

—No —suelto y hago un esfuerzo sobrehumano por reponerme y sonar firme—. Estoy bien, no vengas, por favor. Solo lo empeorarías.

—No pienso quedarme en casa mientras ese cabrón está ahí.

—Cole, por favor, no me hará nada. —Intento darle argumentos lo suficientemente contundentes, pero lo conozco demasiado bien; ninguno lo será—. Está en la cama con una vía puesta.

—Mira, si quieres me quedo fuera. Me siento en la sala de espera hasta que salgas.

—¿Siete horas?

—Como si tengo que esperarte siete años, Emily —espeta con seguridad.

—No voy a convencerte, ¿verdad?

—No, estoy en la parada del autobús. ¿En qué planta trabajas?

Me revuelvo el pelo con las manos temblorosas, ahora más aún que hace unos instantes, al saber que va a venir le diga lo que le diga; es completamente imprevisible y no sé si será capaz de quedarse quieto y no hacer ninguna tontería.

Aunque saber que estará a solo unos metros me tranquiliza, odio sentirme tan dependiente y no ser capaz de hacer frente a mi maltratador yo sola. Hace unos meses, ni siquiera le hubiese contado nada de esto, lo habría solucionado sola, pero ahora… El tener a Trey delante consigue bloquearme de tal manera que incluso mis pensamientos y mi forma de reaccionar, cambian. Dejo de ser yo. Es como si él tomase el control de toda la situación y no fuese capaz de actuar por mí misma.

—En la segunda.

—Bien, ahora te veo.

—De acuerdo. —Suspiro al mismo tiempo que me hago a un lado cuando la puerta de la salida de emergencia se abre y mi compañera asoma la cabeza—. Hasta ahora.

—Aquí estás, te estaba buscando —dice mientras retrocede para dejarme entrar—. ¿Estás

bien?

—Sí, me han llamado por teléfono. ¿Has revisado todas las medicaciones ya? —Intento que no se dé cuenta de mi estado de nervios y, no sé si lo consigo, pero me observa un segundo con el ceño fruncido antes de alzar sus informes para mirarlos—. ¿Las mías también?

—Sí, ya está todo, iba a empezar con las curas.

—Vale, pues vamos.

Realizo mi trabajo sin prestar mucha atención, conteniendo el aliento a medida que avanzamos por las habitaciones al ver que cada vez estamos más cerca de la 215. Sé que Cole no tardará en llegar y, por mucho que haya insistido en que se quedase en casa, he de reconocer que me sentiré más segura con él aquí. Trey puede ser muchas cosas, pero no es estúpido, sabe que aquí no puede hacerme nada; no obstante, no me siento nada cómoda sabiendo que está tan cerca.

Inhalo en profundidad cuando llegamos a su habitación. Amanda entra directamente y yo permanezco fuera unos instantes, intentando armarme de valor.

Verlo tan pronto después de lo sucedido ha sido bastante *shockeante*; ni siquiera esperaba volver a hacerlo. Tenía la vaga esperanza de que, tras lo que Cole le hizo ayer, tomase la decisión de seguir con su vida y dejarme en paz; sin embargo, la parte racional de mi cerebro sabía que no sucedería. Trey está obsesionado conmigo, eso no es amor. Cuando amas a una persona no la golpeas, la vejas y la humillas de tantas maneras como él ha hecho conmigo. Puedo imaginar cómo habrá estado toda la noche rumiando la idea de que estaba con Cole, que nos habríamos acostado y mil pensamientos más que lo único que han hecho es que su rabia hacia mí aumente.

No me cabe ninguna duda de que, si ahora mismo estuviésemos en casa y él se encontrase bien, acabaría conmigo.

No he dejado de pensar en ello ni un minuto desde que Cole llegó a casa con salpicaduras de sangre en la camiseta y vi el estado de sus nudillos e imaginé cómo le habría dejado la cara a Trey. Verlo ha sido traumático, pero más traumático es todo lo que él me ha hecho a mí.

No voy a mentir. Cole consigue que me olvide de todo. Las últimas horas han sido las mejores desde hace meses. A su lado me siento Emily Walker, la de verdad, la que era cuando estábamos juntos y cuando podía expresarme, sentir y actuar como quería, sin el constante miedo de que eso tuviese consecuencias. De todas formas, el pensamiento de lo sucedido y el terror constante no han desaparecido del fondo de mi cabeza, por mucho que yo haya intentado apartarlo.

Me aterra pensar lo que pueda suceder ahora. Sé de lo que es capaz, aunque también sé de lo que es capaz Cole. Puede que Trey lo denuncie y lo envíe a prisión, pero Cole no se quedará de brazos cruzados; jamás permitirá que regrese con él. No me cabe ninguna duda de que prefiere mil veces volver a la cárcel, antes de que Trey me ponga una mano encima otra vez.

—Em, ¿entras? —La voz de Amanda desde el interior de la habitación me devuelve a la realidad.

—Perdona, estaba revisando el informe de la 214 —miento a la vez que me coloco en el lado opuesto a la cama al que se encuentra ella.

—Vamos a ver cómo está este desastre. —Mi compañera le habla con cariño y lástima, pero yo solo tengo ganas de vomitar al estar tan cerca de él—. Aguanta un poco, será rápido.

—Tranquila —le responde él, pero me mira a mí—. Haz lo que tengas que hacer.

—Cierra los ojos —pide ella con una sonrisa.

Amanda aparta algunas gasas y hace comentarios sobre el estado de su rostro mientras habla sobre el agresor con desprecio. Trey le responde, pero dejo de prestar atención al sentir cómo su mano se cuela entre nosotros y la lleva disimuladamente hasta mi trasero. Trago saliva y contengo la respiración cuando empieza a apretarlo entre sus dedos, pasa la mano arriba y abajo y dibuja una pequeña sonrisa cuando vuelve a abrir los ojos. Puedo notar un enorme nudo en la garganta y la necesidad de morderme con fuerza las mejillas por dentro para no romper a llorar. Cuando mi compañera está a punto de alzar la cabeza hacia mí, me aparto de forma brusca y toso un poco para aclararme la voz.

—Acabo de recordar que no he parado el gotero de la 213, vuelvo enseguida —digo al mismo tiempo que prácticamente corro hasta la puerta.

—Vale, ya acabo yo aquí, tranquila —contesta sin darle mayor importancia.

En cuanto salgo de la habitación, lleno mis pulmones de aire y voy a dirigirme hacia las escaleras de emergencia cuando veo a Cole en el pasillo, buscándome con la mirada. Me hace una señal con la cabeza hacia el mismo lugar al que yo iba a ir y se pierde por la puerta. Intento respirar para que no me note tan afectada, pero en cuanto salgo a las escaleras y lo veo ahí de pie, esperándome, me refugio en su pecho y rompo a llorar.

—¿Qué ha pasado? —pregunta apretando sus brazos alrededor de mis hombros—. ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha tocado? —Me sostiene por las mejillas y casi puedo ver la ira chisporroteando en sus ojos.

—Abrázame —suplico volviendo a enterrar la cara en su cuerpo.

—Joder, Emily. —Chasquea la lengua y deposita un beso en mi cabeza mientras me la acaricia y susurra palabras para que me tranquilice.

No puedo decirle lo que acaba de suceder, porque iría derecho a prisión después de acabar con él aquí mismo, pero sí tiene que saber que ha amenazado con denunciarlo. Solo espero que ese no sea otro detonante para que el resultado sea el mismo.

15. DOCE MILLONES DE MUJERES

COLE

Emily se deshace en lágrimas entre mis brazos mientras noto cómo se me calienta la base de la cara a medida que la sangre empieza a hervirme por todas las cosas que me estoy imaginando. No quiero presionarla, pero necesito saber qué hostias ha pasado antes de perder la cabeza del todo.

—Me ha dicho que te denunciará si no vuelvo a casa con él —confiesa finalmente después de apartarse para mirarme.

Suelto una carcajada amarga y aprieto los puños al mismo tiempo que tuerzo el cuello a los lados. Toda esta ira va a salir despedida en cualquier momento y será con ese cabrón.

—Pues la próxima vez que entres en su habitación, le dices de mi parte que puede comerme los huevos si quiere.

—Cole… —Aprieta los labios y niega con la cabeza al mismo tiempo que sus ojos se humedecen una vez más.

Estoy hasta la polla de verla llorar y de que un hijo de la gran puta se crea con el derecho de empañar los ojos más increíbles que he visto en mi vida.

—Nena, escúchame —pido a la vez que la sostengo por las mejillas y me inclino para ponerme a su altura—. ¿Pretendes que me quede de brazos cruzados mientras vuelves con el mismo tío que lleva semanas maltratándote y que intentó violarte?

Vuelve a romperse y sus llantos son cada vez más irregulares, le falta el aire y está demasiado nerviosa. No voy a poder calmarla. No así.

—¿En qué habitación está? —pregunto decidido a acabar con esta mierda. Niega con la cabeza y da un paso hacia la puerta, como si creyese que voy a entrar para buscarlo—. Em, ¿en cuál?

—Cole, no.

—Confía en mí, por favor. —Me acerco y trato de transmitirle calma con la mirada—. Te prometo que no voy a ponerle una mano encima.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

—Hablar con él.

—¿Hablar? —Me mira con incredulidad.

—Te lo juro. Dime en qué habitación está.

Sostengo su mirada, pero supongo que me conoce demasiado bien, porque vuelve a negar y a reforzar su posición frente a la puerta abrazando la tabla con informes que lleva en sus manos.

Entonces, sin dudarlo, se la quito y me alejo unos pasos para leer el nombre de todos los pacientes, encontrando el de ese cabrón en la 215. Bajo el brazo para que deje de dar saltitos en un vano intento por recuperarlos, y se lo devuelvo a la vez que abro la puerta.

—Cole —llama en voz baja—. ¡Cole!

Sé que me está siguiendo e imagino que se queda fuera de la habitación. Ver el estado de su rostro no me impresiona lo más mínimo; en las peleas que participaba antes de entrar a prisión —y a las que volveré en cuanto Byron consiga meterme—, los resultados eran iguales o peores.

—¿¡Qué haces tú aquí!? —exclama en cuanto me ve. Intenta alcanzar el botón de ayuda para pulsarlo, pero tiro del cable a tiempo y lo lanzo tras la cama—. Zorra —dice entonces, mirando por encima de mi hombro.

No sé si Emily está tras de mí o si se ha quedado fuera, pero no voy a perder el tiempo en comprobarlo. Seré rápido.

—¿Sabes una de las cosas que se aprenden en la cárcel? —mascullo cerca de su rostro, con las manos apoyadas en las barras de la cama—. A matar y fingir que ha sido un accidente.

—Puedes ser un jodido salvaje, pero no eres un asesino.

Escuchar salir esa palabra de entre sus labios, la misma que usó Emily para definirme cuando llegué ayer a casa tras la paliza, hace que la poca paciencia que había conseguido reunir se esfume.

—Ponme a prueba —susurro al mismo tiempo que cierro el puño y hundo los nudillos en el hueso de su rodilla—. Te dije que te partiría las piernas si te acercabas a quinientos metros de ella.

—¡Para, para! —exclama cuando aprieto con más fuerza—. ¡Emily!

Retiro la mano para agarrarlo por las mejillas, clavo los dedos en las gasas y hago presión, provocando que vuelva a gritar de dolor.

—La próxima vez, cogeré cuatro jeringuillas llenas de aire y te las clavaré en la arteria —digo con tanta ira que puedo notar cómo se me humedecen los ojos por el esfuerzo que estoy haciendo por contenerme y no matarlo ahora mismo—. Ese aire irá a tu cerebro y disfrutaré viendo cómo te retuerces de dolor como el puto cerdo que eres, hasta que te mueras sin que nadie pueda hacer nada.

La poca expresión que le queda en el rostro debido a los golpes se transforma. Sus ojos evidencian el terror y retrocede un poco en la almohada al ver cómo mi semblante no cambia; sabe que no es una amenaza más.

—Mándame de vuelta a prisión si quieres, pero recuerda que tengo amigos que te conocen. Si yo vuelvo al trullo, puede que me pase el resto de mi vida allí dentro, pero la próxima cama que tú ocuparás será la de la morgue.

Sostengo su mirada un instante más para asegurarme de que le queda claro y, solo entonces,

me giro para comprobar que, como pensaba, Emily está observando la escena desde la puerta. Le hago un gesto para que salga de la habitación y mira a ambos lados del pasillo antes de dejarme marchar.

—Siento que hayas tenido que ver eso —murmuro sin tocarla. Todo el mundo piensa que sigue con ese cabrón y yo me muero por envolverla con mis brazos cuando pestañea varias veces y se pasa la mano por los ojos.

—Estoy bien. —Inhala por la nariz profundamente mientras yo asiento y observo cómo trata de serenarse.

—Vuelve a trabajar. Estaré por aquí.

—De acuerdo.

Los dedos de su mano rozan los míos con sutileza, intercambiamos una mirada más y cada uno nos alejamos hacia extremos opuestos del pasillo. Voy hasta la sala de espera y me siento en una silla, pero estoy demasiado nervioso, por lo que vuelvo a ponerme en pie y regreso al pasillo. Veo cómo habla a los lejos con una compañera y esta la abraza. Lo más seguro es que haya visto sus ojos y crea que está así por el hijo de puta que claramente ya es su exnovio.

Decido bajar a la calle para fumarme un cigarro e intentar relajarme. Me siento en el respaldo de un banco que hay en un costado de la fachada y observo durante varios minutos cómo la gente entra y sale del hospital; algunos lloran, otros ríen.

No me va a denunciar, lo he visto en su mirada. Está acojonado y eso me enfurece más porque solo demuestra lo mierda de hombre que es; con Emily es muy valiente, pero en cuanto yo me acerco, se mea encima como el asqueroso de su amigo.

En lo que respecta a ella, tanto Abi como yo le hemos dicho que debería ponerle una denuncia por violencia de género. Ya sabemos cómo funciona esta mierda. Lo más probable es que no hagan mucho más que detenerlo y obligarle a pasar un par de noches en el calabozo hasta que su papaíto haga algunas llamadas y lo manden para casa.

Por desgracia, las leyes aquí parecen hechas enteramente por hombres.

Cuando una mujer denuncia un maltrato, sí, detienen al presunto agresor, pero si no hay pruebas, sale a la calle en setenta y dos horas. Las consecuencias de esa denuncia son terribles.

Y aunque a Emily no le pasaría nada porque estoy yo, no todas corren con esa suerte.

Esta mañana, mientras se duchaba, me he metido a buscar información en internet sobre las opciones que tiene y, sinceramente, preferiría no haberlo hecho. Un informe de la Línea Nacional de Violencia Doméstica de Estados Unidos dice que, cada minuto, veinticuatro mujeres sufren violencia de género.

Doce millones de mujeres al año.

Doce millones de hijos de puta que deberían estar en prisión o, mejor, bajo tierra por cobardes; sin embargo, también he leído que solo el sesenta y seis por ciento de las denuncias

acaban en acusación… Ese número ha sido el que me ha terminado de convencer de que, sí Emily decide denunciarlo, la apoyaré y estaré para cualquier cosa que necesite. Si no, no insistiré. Además, ese cabrón no tiene antecedentes, su padre es abogado y nunca la ha golpeado delante de nadie —sus amiguitos de ayer no cuentan, porque nunca declararán en su contra—, así que Em no tiene pruebas. Los hematomas y el corte del labio habrán desaparecido en unos días, así que, aunque reuniese fuerzas para denunciarlo más adelante… No podría demostrarlo.

No seré yo quien la haga pasar por un proceso de investigación en el que, encima, se la juzgará a ella por haberlo dejado y haberse ido a vivir con su exnovio; el cual acaba de salir de prisión por pegar una paliza a otro tío.

Jamás la creerían.

Tiro el cigarro cuando siento el calor en los dedos y me doy cuenta de que, estaba tan absorto en mis pensamientos, que casi me fumo el filtro. Decido llamar a mi mejor amigo para ver si sabe algo de las peleas; necesito conseguir pasta como sea, y rápido. No se lo he dicho ni a mi hermana ni a Emily, porque no quiero que se preocupen más, pero si no consigo curro en dos semanas, vuelvo para dentro. Es uno de los requisitos de la condicional, tener un contrato de trabajo.

Todas mis esperanzas están puestas en Naomi. Cuando mi hermana me ha dicho que mete horas porque necesitan camareros, lo he visto claro. Por suerte para mí, Naomi es una mujer y, aunque suene arrogante, las mujeres se me dan bien.

Me llevo el móvil a la oreja y espero a que Byron responda mientras me pongo en pie y camino por la acera. Mis ojos pasan por las decenas de ventanas que hay en la fachada, sin poder evitar preguntarme tras cuál de ellas estará el cerdo al que acabo de amenazar de muerte.

—¿Qué pasa, tío? ¿Cómo está Em?

—Jodida. Ese cabrón está ingresado en su hospital. Estoy fuera. Le ha dicho que, si no vuelve con él a casa, me denunciará —explico antes de llenar mis pulmones de aire.

—¿Estás de coña? ¿Lo has visto? —habla con urgencia y nerviosismo.

—Acabo de amenazarlo con meterle cuatro jeringas de aire en el cuello si se le ocurre acercarse a ella.

—Con dos cojones. Y como te denuncie y te detengan, acabo con él.

La ira es evidente en su voz.

—Se lo he dicho.

—Pues esperemos que le haya quedado claro.

—Necesito pasta, hermano. —Cambio de tema porque este solo consigue nublarnos el juicio a los dos y no sirve de nada. Lo que tenía que hacer, ya lo he hecho—. ¿Sabes algo nuevo?

—Sí, hay pelea en Monroe en dos semanas.

—¿¡Dos semanas!? —exclamo tan alto que dos señoras que acaban de sentarse en el banco del que me he levantado, me miran asustadas.

—Hay otra pasado mañana, pero es en Rayville.

—¿Rayville? —pregunto extrañado—. Si es un puto pueblo de mala muerte, ¿cómo hacen una pelea ahí? No me jodas.

Frunzo el ceño al pensar en ese lugar que se encuentra a unas pocas millas de mi casa y que no contará con más de tres mil habitantes. Solo he estado en las contadas ocasiones en las que mi padre me obligaba a ir para comprarle alguno de sus vicios. Allí vivía (o vive) un amigo suyo que cultivaba su propia hierba y manejaba muchas más sustancias. A pesar de que alcohol era su principal adicción, no le hacía ascos a nada.

—Ni idea, tío, pero no puedes salir de Monroe con la tobillera.

—Me cago en su puta madre. —Chasqueo la lengua y me revuelvo el pelo.

—Estaré pendiente. Si sale algo nuevo, te pego un toque.

—Sí, gracias.

—Cole, puedo dejarte…

Le interrumpo antes que de la palabra «dinero» salga de su boca.

—No. Me las arreglaré, no te preocupes.

—Como quieras. ¿Te apetecen unas birras esta noche? Hailey tiene a la niña el fin de semana.

—Vale, pero estaré aquí hasta que Em salga a las diez.

—¿Vas a quedarte en el hospital toda la tarde?

—Sí, no pienso dejarla aquí sola con ese cabrón.

—Bueno, pues termino de hacer unas cosas y me paso por allí para hacerte compañía —comenta provocando que una pequeña sonrisa se dibuje en mi rostro—. Te llamo en un rato.

—Venga, hermano.

Cuelgo y me guardo el teléfono en el bolsillo de los vaqueros para regresar dentro. Al pasar por la puerta, me hago a un lado cuando una camilla pasa a toda velocidad, empujada por dos personas y un montón de gente detrás.

—Herida de bala en el costado izquierdo. Ha entrado en parada dos veces de camino y…

Dejo de escuchar cuando se pierden dentro de una puerta con el letrero en rojo de «prohibido el paso a personal no autorizado». Miro a mi espalda y un hombre de mantenimiento se acerca con un carrito de la limpieza para fregar la sangre que ha ido dejando.

Cuando salgo del ascensor en la segunda planta, busco a Emily con la mirada, pero no la veo por ninguna parte, supongo que estará dentro de alguna habitación. Me siento en la sala de espera, en la silla que está más hacia fuera y desde la que puedo ver claramente la puerta de la habitación 215.

—¿Quieres un café?

Alzo la cabeza del teléfono cuando, un par de horas después, escucho su voz a mi derecha. Le dedico una sonrisa y la observo un momento para percibir cómo se encuentra. No parece que haya vuelto a llorar, así que eso me deja un poco más tranquilo.

—Hay una máquina al final del pasillo.

—Pero ese es una mierda. Tenemos una cafetera dentro —contesta a la vez que señala con el dedo la sala de control donde suelen quedarse cuando no están en las habitaciones—. ¿Te apetece?

—Vale, gracias.

—Enseguida vuelvo. —Curva ligeramente la comisura de sus labios y yo le guiño un ojo.

No se me pasa por alto cómo, cuándo se acerca a la 215, de forma consciente o inconsciente, se pega al lado opuesto del pasillo hasta que la deja atrás. Trago saliva por la mala hostia de pensar que el asqueroso que intentó agredirla continúa ahí dentro y me intento convencer a mí mismo de que esta será la última vez que tendrá que verlo; sin embargo, vuelvo a tensarme cuando regresa con una expresión diferente a la que tenía hace unos minutos. Y sin el café.

—¿Qué pasa? —pregunto al mismo tiempo que bloqueo el móvil y lo guardo en el bolsillo al levantarme.

—Acaba de pedir el alta —informa con nerviosismo—. No tiene conmoción cerebral y el médico no considera que sea necesario que permanezca en observación.

Tenso la mandíbula y trato de responder con calma cuando fija los ojos en mí, preocupada y esperando mi reacción.

—Vale, bueno, mejor. —Asiento y me chupo los labios—. Así se largará de aquí.

—Mis compañeras me han dicho que me cubren el resto de la tarde, que me vaya con él.

—Joder —murmuro torciendo el gesto.

Trato de disimular esa mueca cuando una de sus compañeras, Amanda, nos ve y se acerca con el ceño fruncido.

—Em, perdón por interrumpir, ¿le ayudas a vestirse o lo hago yo?

Veo cómo traga saliva, aterrada y nerviosa por no querer acercarse a él; sobra decir que yo tampoco pienso permitirlo. En su lugar, dibujo una sonrisa seductora en mi rostro y miro a su compañera, lo que hace que ella relaje la expresión y se fije mejor en mi aspecto, deteniendo la mirada en el tatuaje de mi cuello. En cuanto me sonríe de vuelta, paso la lengua despacio por los labios para comprobar que, efectivamente, sigue el gesto con sus ojos.

—Buenas, me llamo Joe, ¿tú eres? —pregunto ofreciéndole mi mano.

—Amanda, encantada.

Emily observa la escena en silencio, sin ser capaz de intervenir. En su expresión puedo percibir las ganas que tiene de salir corriendo de aquí.

—Un placer. —Asiento y apoyo la mano tras la espalda de la mujer que, pese a haber estado dos años separados, sigue ocupando todos mis pensamientos—. Verás, mi madre está ingresada en la planta de abajo y me he enterado de que Em trabaja aquí. Fuimos juntos al instituto y hacía muchos años que no nos veíamos.

—Oh, vaya, tranquila —dice entonces dirigiéndose a ella—. Yo me ocupo. Poneos al día.

—Gracias —musita forzando una sonrisa. En cuanto se aleja, fija la vista en mí—. ¿Qué hago?

—Ve a cambiarte y diles que sí, que te tomas la tarde libre.

—¿Qué? —exclama en voz baja—. ¿Quieres que me vaya a casa con él?

—Por encima de mi cadáver, Emily. —La miro con el semblante serio y algo ofendido por pensar que le pediría algo así—. Sal con él de la habitación y coged el ascensor. Yo me encargo de lo demás. Confía en mí.

16. UN MOMENTO DE CALMA

EMILY

Intercambio una última mirada con Cole antes de perderme dentro del vestuario. No sé lo que tiene pensado, pero lo que sí sé es que confío plenamente en él.

Me cambio mientras pienso en lo sucedido durante las últimas tres horas. Cuando ha llegado y lo he visto esperándome en las escaleras de emergencia, me he derrumbado. Lo único que me hubiera gustado en ese momento habría sido que me sacase de aquí; no obstante, lo que ha hecho me ha sorprendido.

Tras seguirlo por el pasillo de camino a la habitación de Trey, pensaba que todo se había acabado, que le daría otra paliza y volverían a detenerlo, esta vez para siempre. Cuando le ha hablado con calma —a pesar de que su voz desprendía rabia, desprecio y mucha ira contenida— y lo ha amenazado con inyectarle aire… Dios, por un lado, el sadismo y la determinación con la que lo ha dicho me ha helado la sangre; pero por el otro, debo reconocer que una pequeña parte de mí se ha sentido orgullosa al ver que es capaz de controlar sus impulsos.

No soy estúpida. Sé que, si hubiese estado en otra parte y le hubiera llegado a decir que minutos antes me había tocado el trasero, probablemente lo habría ahogado con la almohada. Aun así, no voy a contárselo. No después de que haya manejado la situación tan bien.

Bueno, bien para ser Cole.

En cuanto me pongo el abrigo y echo el uniforme al cesto de la ropa sucia, me miro un segundo en el espejo y trato de infundirme valor para lo que sea que Cole tiene planeado. Me asiento a mí misma y giro el pomo de la puerta justo al mismo tiempo que veo a Trey salir de la 215. Sus ojos hacen contacto inmediato con los míos; al menos el que puede abrir del todo, ya que el otro es apenas una línea rodeada de hematomas e inflamación.

—Mira, ahí está —informa Amanda a la vez que me señala y hace un gesto para que me acerque—. Qué bien, ya te has cambiado —celebra con una sonrisa—. Ahora marchaos a casa y descansad, que buena falta os hace. —Acaricia la espalda de mi agresor con lástima y yo dibujo una pequeña sonrisa mientras me coloco a su lado sin llegar a tocarlo.

—Gracias por todo, Amanda —le dice con un gesto de amabilidad tan falso como todo él.

La despido con la mano y empezamos a caminar hacia el ascensor en silencio. Puedo escuchar cómo la sangre bombea al pasar por mis oídos, el pulso se me dispara cuando no veo a Cole por ninguna parte y las manos comienzan a sudarme. Trey estira la suya para hacer el amago de agarrarme, pero entonces la retira y se detiene en seco al ver a Cole salir del cuarto de baño del final del pasillo; el que está junto al ascensor. Clava la mirada en él y yo continúo

caminando un poco más calmada ahora que sé que está aquí, pero igualmente nerviosa por lo que Trey pueda hacer.

Cuando llegamos hasta el ascensor, Cole se coloca a su lado, haciendo que él quede en el medio de los dos. Ninguno habla, la tensión puede cortarse con filo de un cuchillo y algunas personas más se detienen a nuestra espalda esperando para subir. En cuanto las puertas se abren, Cole entra el primero y pega la espalda a la pared del fondo, Trey se sitúa delante de él y yo al lado de este. El resto de la gente también sube y pulsan diferentes botones. Entonces, cuando el ascensor empieza a bajar, veo de reojo cómo Cole acerca su boca al oído de Trey y susurra:

—Vas a subirte al taxi que te está esperando en la puerta, marcharte a tu casa y nunca más volverás a ponerte en contacto con ella —amenaza el rubio sin cambiar la expresión.

Contengo la respiración al ver cómo Trey también lo hace, no mueve ni un músculo y Cole es el único que parece tener toda la situación bajo control.

—Asiente si lo has entendido.

Trey mueve la cabeza ligeramente arriba y abajo, Cole se chupa los labios y vuelve a pegar la espalda a la pared al mismo tiempo que sus dedos se entrelazan con los míos. Las puertas se abren entonces, esperamos a que la gente salga y él le da un pequeño empujón para instarlo a caminar. Suelta mi mano para disimular y los tres salimos del hospital al mismo tiempo. Cuando Trey ve un taxi con el motor en marcha junto a la puerta, gira la cabeza hacia Cole, este asiente y los dos observamos cómo va hasta él, se sube en los asientos traseros y me dirige una última mirada antes de cerrar la puerta. El taxi se pone en marcha, rodea el aparcamiento y frena un poco en la salida para después incorporarse al tráfico de la calle principal.

Solo entonces soy capaz de soltar todo el aire contenido y romper a llorar.

Cole tira de mi brazo para pegarme a su cuerpo y hunde los dedos llenos de anillos entre mis cabellos oscuros. Aspiro el aroma de su piel a través de la tela de la sudadera negra mientras trato de calmarme, aunque sé que esto no será un proceso de dos días.

—Todo ha acabado, nena —asegura con las manos apoyadas a cada lado de mi cuello—. Venga, volvamos a casa.

Asiento y ya me da igual que alguna compañera pueda verme con él. Entrelazo mis dedos con los suyos y caminamos hasta la parada del autobús. Nos toca correr para no perderlo, ya que pasa cada cuarenta minutos y no me apetecería tener que esperar aquí. Solo quiero llegar a casa.

—Joder, está a tope —comento mientras nos abrimos paso entre la gente.

Cole apoya la mano en mi espalda para colocarme contra el cristal en un hueco que hay entre las filas de asientos ocupados. Pega su cuerpo al mío cuando la gente lo empuja y me dedica una pequeña sonrisa a modo de disculpa, pero su cercanía no me molesta en absoluto; al contrario, no dudo en rodearle la cintura con mis brazos para pegarme a su pecho. Deposita un beso en lo alto de mi cabeza y permanecemos así durante los veinte minutos que dura el trayecto.

COLE

El bajón de la adrenalina y el miedo hace que se quede dormida en mi regazo después de que, al llegar a casa, nos sentemos en el sofá. Miro la película, a la cual he bajado el volumen para no despertarla, mientras mis dedos acarician los mechones sueltos de su cabello. Solo necesito verla así, tranquila y relajada.

Desde que he salido han pasado tantas cosas que no hemos tenido un minuto de paz. Ni siquiera sé lo que ha pasado en su vida durante estos dos años, sin contar con ese cabrón. También soy consciente de que ella quiere preguntarme mil cosas acerca de mi estancia en la cárcel, la conozco. La curiosidad es una de sus mayores virtudes y defectos a partes iguales, y le ha traído tantas cosas buenas como malas. Lo único que deseo es que estos días pasen deprisa para que las marcas de su cuerpo se borren y pueda empezar a trabajar en curar las de su corazón.

Esas costarán más trabajo borrarlas.

Antes, mientras buscaba información sobre las opciones que tenía respecto al maltrato, también me han aparecido varias asociaciones de mujeres que ayudan a otras a sobrellevar y superar todo esto. Tienen equipos de psicólogos y terapias de grupo. Sé que a Em no le va a gustar y que de entrada rechazará la idea, porque es muy hermética con sus sentimientos y emociones. De hecho, ese fue uno de los motivos por los que discutíamos cuando estábamos juntos. Aun así, tengo la esperanza de que cuando pase un tiempo, ella misma se dé cuenta de que lo necesita, que le vendrá bien hablar con otras mujeres que han pasado por lo mismo y con profesionales que entiendan del tema. Yo… Por mucho que quiera ayudarla, lo único que puedo hacer es protegerla.

—Mierda —murmuro cuando tocan la puerta y ella se remueve.

—¿Quién es? —pregunta tras abrir los ojos y se apoya en el sofá para incorporarse.

—Creo que es Byron, me ha mandado un mensaje hace un rato.

Me levanto para ir hacia la puerta y me fijo en la mirilla para asegurarme antes de girar la llave.

—Buenas.

—Hola, tío. —Choca mi puño, el que tengo más sano de los dos, y yo me hago a un lado para dejarlo pasar—. ¿Cómo estás, Em? —consulta cuando ella lo recibe con una sonrisa y un abrazo.

—Mejor, necesitaba descansar. —Bosteza y se abraza a sí misma por encima de la sudadera que cogió ayer de mi habitación, la cual ya se ha agenciado por mucho que le llegue hasta por debajo del culo.

—¿Habéis cenado? —Levanta las dos bolsas que trae repletas de cajas con comida china al mismo tiempo que adorna su rostro con una enorme sonrisa.

—Pues no, y me muero de hambre —digo, quitándoselas para ir hacia la cocina.

—Pues a cenar —sentencia al mismo tiempo que se frota las manos y me sigue.

Emily se encarga de colocar un mantel sobre la mesita del centro de la sala a la vez que nosotros sacamos las cajas de las bolsas. Le paso a Byron unos tenedores, porque ninguno somos capaz de usar los palillos chinos, y nos sentamos alrededor de la mesa para comer.

Las horas van pasando y las agujas del reloj están cada vez más cerca de marcar las dos de la madrugada. Emily se ha vuelto a quedar dormida en el sofá, como siempre pasaba cuando estábamos juntos, mientras que By y yo echamos unas partidas a la *PlayStation* que compramos entre los dos hace años. Intentamos no hablar muy alto, pero cada vez que le gano y hago que su coche salga despedido en la misma curva, se mosquea y suelta algún insulto más alto que hace que ella arrugue la nariz y se mueva.

—Como la despiertes, te reviento —le advierto por tercera vez en voz baja.

—Venga, otra.

—No. Mira la hora que es, tengo que ir a recoger a Abi.

—Ya voy yo, tengo el coche —ofrece a la vez que señala la calle con la cabeza.

—Tengo que hablar con Naomi.

—¿La jefa? —pregunta cuando me levanto despacio. Yo asiento en su dirección—. ¿Vas a pedirle curro?

—Si no consigo un contrato en dos semanas, me meten para dentro, hermano.

—¿Qué? —inquiere con ceño fruncido al mismo tiempo que me sigue hacia la puerta—. Hostia, eso no me lo habías dicho.

—Ya. —Me encojo de hombros y dejo escapar un fuerte suspiro.

—Pensaba que solo necesitabas pasta, no un puto contrato, Cole.

—Lo solucionaré, la convenceré.

—¿Y si no?

—Pues si no, ya puedo encontrar otra cosa pronto. —Miro por encima de su hombro y veo que Emily estira las piernas y se tapa un poco más con la manta.

—Si quieres puedo hablar con mi jefe. Por probar no perdemos nada.

—Ni siquiera sé en qué estás currando ahora. —Chasqueo la lengua al mismo tiempo que me pongo la capucha de la sudadera—. Tienes que contarme muchas cosas.

—En la fábrica de recambios de neumáticos —explica mientras se dirige a la puerta, pero entonces me doy cuenta de que vamos a dejar a Emily sola.

—¿Por qué no te quedas con ella y voy yo al bar? —sugiero a la vez que la señalo con un

gesto—. No quiero dejarla sola y no me fio ni un pelo de que ese cabrón no haya mandado a alguien. Ya te digo yo que él no tiene huevos de presentarse aquí.

—Claro, toma. —Lleva la mano hasta el bolsillo, saca las llaves del coche y las lanza por el aire para que las coja al vuelo.

—Enseguida vuelvo.

—Tranquilo, no me moveré de aquí.

Me dirijo a su Chevrolet Camaro del sesenta y nueve sin dejar de mirar a ambos lados de la calle, inspeccionándola y asegurándome que nadie vigila la casa. Arranco el motor y doy gracias a mi padre por lo único que hizo bien en la vida: obligarme a sacar el carnet de conducir para poder ir al supermercado a comprarle cervezas.

17. NUEVAS OPORTUNIDADES

COLE

Sus ojos me inspeccionan de arriba abajo al mismo tiempo que da un trago a la copa. Después se chupa los labios, tuerce un poco el gesto y niega con una sonrisa antes de señalarme.

—Tienes mucha suerte de ser guapo.

—Naomi, no estoy de coña. Necesito el trabajo. —Resoplo y me remuevo sobre el taburete donde estamos sentados por dentro de la barra.

Mi hermana no deja de mirarnos mientras termina de recoger las últimas copas y la gente va abandonando el bar para el cierre.

—Lo sé, no has parado de repetirlo desde que hemos empezado a hablar.

—¿Vas a hacer que te suplique? —pregunto al mismo tiempo que empiezo a perder la paciencia; si va a decir que no, que lo haga de una jodida vez.

—Si te contrato, es porque eres guapo —me recuerda.

Creo que lleva varias copas encima. Normalmente no suele ser así, o al menos no lo era hace dos años.

—Soy buen camarero y lo sabes.

—Sí, pero buenos camareros hay a patadas. Tíos con tu aspecto, no tantos.

—Mira, me suda los huevos el motivo, Naomi —suelto sin aguantar más tiempo sentado—. ¿Me contratas o no?

Ella también se pone en pie y alza la barbilla para mirarme a los ojos con el semblante serio. Intenta parecer intimidante, pero pocas mujeres alcanzan mi metro ochenta y siete. Además, apenas me llega por la barbilla aun llevando tacones.

—Si me la lías una sola vez, Cole —advierte con una uña clavada en mi pecho—, te mando a la puta calle y no habrá más oportunidades.

—Entendido. ¿Cuánto vas a pagarme? —pregunto sin rodeos. Es lo único que me interesa.

—Lo mismo que a tu hermana, ocho pavos la hora. —A pesar de saber que es un sueldo de mierda, habla con prepotencia—. Te daré los horarios de cada semana los sábados, como al resto de la plantilla. Puede que seas guapo, pero no eres especial. Lo tomas o lo dejas.

—De acuerdo, pero Abigail no va a meter ni una sola hora extra más. ¿Cuándo empiezo?

—Eso es cosa suya, no tuya. Empiezas el lunes, de seis a cierre. Tendré el contrato preparado —sentencia antes de pasar mi lado para alejarse por el pasillo que lleva a la pequeña oficina que tiene detrás.

Abi se acerca expectante y alza las cejas buscando una respuesta. Sonrío y salta a mis brazos

mientras me da la enhorabuena.

—¿Cuándo empiezas? —consulta después de que la deje en el suelo.

—El lunes, de seis a cierre.

—Bueno, ya sabes que hasta los jueves se cierra a las once, así que ni tan mal. A mí tiene que darme los horarios mañana.

—Venga, te ayudo a terminar. —Me remango y comienzo a recoger vasos.

Pero enseguida me señala la pila de cajas que hay bajo el mueble, con un montón de botellines. Dibuja una sonrisa inocente y yo pongo los ojos en blanco, rompiendo a reír al mismo tiempo que me quito la sudadera.

—Apiádate de mí. Llevo once horas aquí metida, no siento la espalda.

—Claro que sí. —Le beso la frente y me agacho para empezar a cargar las cámaras para el día siguiente—. Se acabó meter horas extra —advierto con una rodilla en el suelo, buscando sus ojos—. Prométemelo.

—¿Y el coche?

—Lo compraremos entre los dos.

—De acuerdo —dice después de soltar una bocanada de aire.

—¿¡Cole Monroe!?

Una de las chicas con las que trabajaba antes de que me detuviesen, Paige, corre para rodear la barra y darme un abrazo. Sonrío mientras mi hermana nos observa con detenimiento y un poco reacia. No me sorprende. Paige intentó que me liase con ella varias veces después de que Em y yo rompiésemos, pero nunca lo hice.

No podría besar a una mujer estando enamorado de otra.

—Dime que vuelves a trabajar aquí —pide uniendo sus manos como si rezase.

—A partir del lunes. —Asiento y suelto otra risotada al ver que empieza a dar saltitos en el sitio.

A pesar de que a Abi no le haga mucha gracia nuestra cercanía, le devuelve la sonrisa cuando ella la mira emocionada. Después de todo, llevan años trabajando juntas y tienen buena relación; Paige es una chica simpática, no la típica arpía que te salta al cuello. Las veces que intentó besarme y la rechacé, se lo tomó a risa y enseguida le quitó hierro al asunto. Creo que me ve como un reto.

Salta a simple vista que es atractiva. No tiene problemas para ligar y me lo demostró en numerosas ocasiones cuando, tras decirle que no quería nada con ella, se iba a por el primer cliente que le gustaba y me guiñaba un ojo, sonriendo antes de besarlo.

—El puto Cole —ríe Gavin mientras se une a nosotras y se acerca para chocar mi mano—. Si estás dentro de la barra es porque vuelves a ser de los nuestros, o porque tienes muy consentida a esta canija —dice despeinando a Abi al pasar por su lado.

—Espero que te hayas limpiado esa mano después de mear. —Mi hermana finge una mueca de asco y él le muestra su dedo corazón entre risas.

—Dime que es la primera opción.

—Empiezo el lunes. —Sonrío y él lo celebra dándome una palmada, orgulloso, en la espalda.

Saludo al resto del equipo y entre todos terminamos de llenar las cámaras, recoger y limpiar todo antes de las dos, hora en la que el bar ya tiene que estar con las luces apagadas y el cerrojo echado. Nos despedimos antes de dirigirnos al coche de Byron y niego cabreado conmigo mismo al ver cómo mi hermana se descalza en cuanto se sienta, frota los pies contra las alfombrillas y apoya la cabeza en el respaldo con los ojos cerrados.

—Estás reventada.

—No empieces —habla sin despegar los párpados mientras conduzco; esto es como andar en bici, nunca se olvida—. ¿Qué haces con el coche de By?

—Ha venido a cenar y le he pedido que se quedase con Emily para poder hablar con Naomi.

—¿Y la niña?

—Este fin de semana la tiene su madre. —Chasqueo la lengua por no haber estado más pendiente de mi colega durante estos dos años—. No me puedo creer que rompiesen. Estaban mal, pero, joder, no pensé que llegasen a esto.

—Hailey estaba descontrolada, se la liaba cada vez que lo veía hablando con otra.

—Joder, ¿él lo pasó muy mal? —Desvío la mirada hacia ella en un semáforo—. ¿Cuánto hace?

—Un año —contesta al mismo tiempo que se masaje los pies sobre el asiento—. Al principio sí que lo pasó mal. Sobre todo, por Char, que no entendía por qué tenían que vivir separados.

—Pobre cría. —Suspiro antes de acelerar de nuevo y no tardo más de cinco minutos en aparcar frente a la puerta de casa.

Tengo que pasar más tiempo con mi colega, pero es que apenas he tenido ni un minuto para sentarme con él y hablar con calma, joder. Llevo dos días fuera y me da la sensación de que han sido dos meses.

—Hola —saluda Emily en cuanto entramos.

Se levanta del sofá y señala a Byron en silencio.

Nos acercamos y nos reímos al ver que está roncando con la boca abierta y la cabeza medio colgando por un lado del sillón. Miro a mi alrededor para buscar algo con lo que poder vacilarle y mi hermana me lee la mente.

—Salchichas —susurra con una sonrisa traviesa.

Va hasta la cocina, abre la nevera y me trae el paquete abierto. Saco una sin preocuparme

por no hacer ruido porque, cuando Byron duerme, ya puede caerle un petardo junto a la oreja que, como no lo zarandees un poco, no se despierta.

—Ten cuidado, que no se ahogue —comenta Em a la vez que dibuja una sonrisa perezosa con cara de sueño.

—Como se te ocurra acercar esa salchicha a mi boca, te la tragas —advierte entonces mi amigo provocando que todos estallemos en una carcajada.

—¡Pero si estabas roncando! —exclama Emily sin creer que estuviese despierto.

—Te estaba tomando el pelo porque sabía que este cabrón me haría algo. —Le saca la lengua y después de lanzarle la salchicha entre carcajadas, se la come de dos bocados—. He escuchado el motor de mi Chevy, por eso me he puesto a roncar.

Em se acerca a mí mientras Byron se queda vacilando un poco a Abi como cada vez que llega cansada y su humor no está para tirar cohetes.

—¿Cómo ha ido? ¿Todo bien?

—Sí, he conseguido que Naomi me dé otra oportunidad —le digo antes de quitarme la sudadera y colgarla de la barandilla de la escalera.

—¿Te ha contratado? —Sonríe de oreja a oreja y salta para abrazarme en cuanto asiento—. ¡Cole, eso es genial!

—¿Qué es genial? —inquiere mi amigo al escucharnos—. ¿Lo has conseguido?

—Sí, tío.

—De puta madre. —Se acerca para chocar mi mano y me guiña un ojo con complicidad sin hacer comentarios acerca de la necesidad del contrato—. Yo me piro ya, te pego un toque mañana —dice de camino a la entrada, después de ponerse las zapatillas deportivas que se quitó al llegar—. Espera, ¿curras mañana?

—No, empiezo el lunes.

—Vale, pues mañana hablamos.

—Hasta mañana. —Asiento y espero a que se despida de las chicas antes de cerrar la puerta tras él y echar la llave.

—Yo me voy a morir —dice Abi mientras arrastra los pies por la escalera—. No me resucitéis hasta las tres de la tarde. Em, ¿duermes conmigo? —pregunta desde lo alto de las escaleras.

Ella fija los ojos en mí, dubitativa cuando le dedico un gesto cómplice y me encojo de hombros, haciéndola ver que es decisión suya. A pesar de que no seamos pareja, sabe que a mí me encanta dormir con ella.

—No, así podrás dormir más a gusto.

—Ya, seguro que es por eso —comenta Abi con sarcasmo. A continuación, se da la vuelta y desaparece por el pasillo—. ¡Buenas noches!

—¿Vamos a dormir entonces? —Le ofrezco una mano mientras paso la lengua por mis labios.

18. ¿CUÁNTO DURA EL AMOR?

COLE

Entrelaza nuestros dedos, los cuales llevo hasta mi boca para depositar un beso en ellos antes de hacerme a un lado para dejar que suba las escaleras primero. Aunque lleve una sudadera mía y le quede de vestido, no necesito ver su culo para imaginarlo desprovisto de ropa.

Sé que, si yo quisiera, esta misma noche se dejaría llevar conmigo hasta el final. La conozco y la forma en la que ayer me pidió que la besase, cómo se pegó a mi cuerpo mientras bailamos y no paró de mirarme la boca incluso cuando ya estábamos en la cama, evidencia que tiene las mismas ganas que yo de revivir nuestro último encuentro; sin embargo, eso no va a suceder.

Al menos de momento.

Emily está pasando por un momento muy delicado y lo último que voy a hacer es aprovecharme de esa debilidad. No dudo de que sus ganas y su deseo sean reales, siempre lo han sido. La última vez que nos acostamos fue uno o dos días antes de mi detención y fue increíble, como todas. A pesar de que han pasado dos años, entre nosotros es como si tan solo hubiesen sido horas. Cuando nos miramos a los ojos y mi piel entra en contacto con la suya… los dos estamos perdidos. Pero ahora soy yo el que debe mantener la cabeza fría y cuidar de ella. Cuando esté preparada de verdad, lo sabré.

—Ven aquí y dame calor —pide desde debajo del edredón cuando regreso del cuarto de baño.

—No entiendo cómo puedes estar siempre tan fría —digo después de quitarme los pantalones y tumbarme a su lado.

—No te confundas, es que tú siempre estás caliente.

Sostiene mi mirada con una sonrisa juguetona y yo niego con la cabeza para abstenerme de caer en su provocación.

—No juegues con eso, Em —advierto al mismo tiempo que paso un brazo por detrás de su cabeza y ella enrolla la pierna por encima de mi cadera.

—¿Por qué? —susurra con los labios pegados a mi oreja—. Si en el fondo te encanta.

—Emily. —Alejo unos centímetros la cabeza para observarla directamente a los ojos. Alzo las cejas cuando no deja de mirarme la boca, convencido de que me besará en cualquier momento. —. ¿Por qué siempre te pones tan tonta a estas horas de la madrugada?

—No lo sé, supongo que es por tenerte tan cerca. Cuando estoy a tu lado es como si no hubiese pasado ni un minuto desde la última vez…

—No juegues —repito con más seriedad, hundiendo mis dedos entre su pelo para sujetarlo y

tirar de él con delicadeza hacia atrás al notar que se acerca más—. Llevo dos años sin sexo, no me hagas esto.

—Pues entonces no me tires del pelo o sabes lo que pasará.

Un pequeño jadeo se escapa de entre sus labios, yo muerdo los míos y cierro los ojos. Con un esfuerzo sobrehumano, giro la cara para mirar al techo.

Suelto una pesada bocanada de aire y relajo los dedos entre su cabello. Grave error. Se aproxima despacio hasta pegar la boca a mi cuello y comienza a depositar besos húmedos en él. Un pequeño calambre en la base de mi polla hace que esta despierte más rápido de lo que me gustaría, así que vuelvo a ladear el rostro y, en esta ocasión, nuestros labios se rozan un instante hasta que tiro una vez más de su pelo hacia atrás. Ahora con más fuerza.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto con voz ronca y el semblante serio.

—Sabes lo que quiero.

Su nariz roza la mía y siento que, si no me alejo, todo lo que he pensado antes se irá a la mierda.

—Escúchame —pido al mismo tiempo que trago saliva y aparto mi cuerpo un poco del suyo —. Tienes que ayudarme, yo solo no puedo, Em.

—¿Me estás rechazando? —Frunce el ceño y por un momento su mirada cambia, como si se sintiese confundida e incómoda—. Vaya.

Se chupa los labios y gira sobre sí misma para colocarse bocarriba.

—Ni de coña vas a hacer eso. —Estiro los brazos para sujetarla y tirar de ella hasta que acaba a horcajadas sobre mi cadera. Levanto las cejas—. Lo sientes, ¿verdad? —Me muevo entre sus piernas y ella asiente en silencio—. Te aseguro que no te estoy rechazando.

—¿Y por qué no quieres besarme?

—Porque creo que no estás preparada. —Acaricio sus brazos con la yema de mis dedos, sin dejar de mirarla con cariño—. Es demasiado pronto, Em.

—Pero yo quiero besarte. Tendría que ser mi decisión saber si es pronto o no.

—Lo sería si estuvieses en tus plenas capacidades emocionales —contesto con cuidado, porque no quiero que malinterprete mis palabras. Para mi sorpresa, solo suspira—. Ahora estás confundida, abrumada, te sientes agradecida y protegida conmigo, porque…

—¿Crees que quiero besarte por agradecimiento? —pregunta con ceño fruncido antes de quitarse de encima de mí.

—No, yo no he dicho eso. —La observo mientras niega con la cabeza y se destapa para salir de la cama—. Emily, por favor.

—Dormiré con Abi, así no tendrás que seguir rechazándome.

Maldiciendo internamente, me levanto con rapidez y me coloco delante de ella cuando se dirige a la puerta. Aunque intenta apartarme, no me muevo hasta que alza la cabeza.

—Lo siento, ¿vale? Sé que no me quieres besar porque te sientas agradecida.

La conozco tan bien que ahora mismo puedo ver cómo la caja de secretos en la que esconde todas sus emociones está echando el pestillo delante de mis narices. Y contra eso no puedo luchar; es algo que aprendí hace tiempo.

—De acuerdo. —Agacho la cabeza y me aparto para dejar que salga.

Cuando gira el pomo para abrir, la sujeto por la mano y espero a que me mire, decidido a gastar hasta el último cartucho. No habla, pero su semblante ha pasado de la ira y la rabia a la tristeza y la confusión. Puedo ver cómo traga saliva y se le humedecen los ojos.

No me lo pienso dos veces. Vuelvo a cerrar la puerta y la pego a mi pecho para abrazarla.

—Lo siento, lo último que quiero es hacerte sentir mal.

Me siento en el borde del colchón con ella entre mis piernas, dejo que seque algunas lágrimas que ha derramado y pienso en algo que pueda hacerla reír para romper un poco la tensión del momento.

—Si lo llego a saber, te habría besado —suelto, provocándole una carcajada que me regala años de vida—. En serio, te he hecho llorar y encima voy a tener que dormirme con dolor de huevos.

—Te jodes —espeta antes de apretar los labios y alzar las cejas—. Por rechazarme.

Coloco las manos en su cadera y tiro de ella para que se siente sobre mí, como hace un minuto. Le retiro un mechón de pelo de la cara y ambos nos acercamos para apoyar la frente en la del otro.

Para volver a sentirnos en casa.

—¿Me quieres? —pregunta de pronto, buscando mi mirada.

—¿De verdad me has preguntado si te quiero, Em?

—Necesito escucharte decirlo. —Más que una petición es una súplica, y me rompe saber que ese cabrón la ha destrozado tanto como para que dude de algo tan evidente.

—Te quiero más que a mi puta vida, Emily —contesto después de sostenerla por las mejillas —. No he dejado de quererte ni un solo día. Me dormía cada noche en aquella celda pensando en ti y me despertaba cada mañana tachando un día más del calendario para verte.

Asiente en silencio. El labio inferior le tiembla por las ganas de llorar de nuevo.

—Aunque se caiga el mundo entero y nunca más volvamos a vernos, no quiero que dudes ni por un segundo lo que significas para mí ni de lo enamorado que estoy de ti, pequeña.

Le seco las dos lágrimas solitarias que salen de sus ojos y me permito depositar un lento y corto beso sobre sus labios.

Solo uno. No necesitamos más.

Vuelve a apoyar su frente en la mía y entonces hago que los dos caigamos hacia atrás para tumbarnos y abrazarnos. Después de que nos tapemos con el edredón, la envuelvo con mis

brazos y apoyo mi mejilla en la almohada, frente a su rostro.

—Yo también te quiero —confiesa segundos después, mientras le acaricio el pómulo con el pulgar.

—Lo sé. —Sonrío y alzo la barbilla para depositar en su frente el beso que deseo darle en los labios—. ¿Puedo hacerte una pregunta? No hace falta que la contestes si no quieres.

Dudo de si decirlo en voz alta o no, pero es algo que llevo preguntándome desde que la vi junto a ese cabrón el primer día.

—Claro. —Asiente y frunce el ceño con curiosidad; adoro cuando hace eso.

Em tiene muchísimas virtudes, pero mis favoritas son su fortaleza, su amabilidad con las personas y su creatividad. Aún recuerdo lo embobado que me quedé la primera vez que la vi tocar el piano en una tienda de música del centro comercial. Le prometí que algún día le regalaría uno igual que el que tenía en casa de sus padres, pero al paso que voy…

Además de todo eso, siempre me ha fascinado lo trabajadora que es. Y no me refiero al trabajo físico como enfermera, sino a la forma en la que trata de convertirse cada día en una mejor versión de sí misma. Su tenacidad y la manera en la que ve el mundo. Consigue que, a través de sus ojos, me enamore hasta de los detalles más insignificantes; sin embargo, hay una cualidad de ella que no sé si es una virtud o un defecto: su curiosidad.

Siempre quiere saberlo todo. No se conforma con que le digas que algo es de equis forma; necesita entender el por qué. Y ese fue uno de los motivos por los que tuve que acabar llevándola a una de mis peleas de *bare knuckle*. Obviamente, fue el mayor error de nuestra relación y el detonante que llevó a todas las discusiones, miedo e inseguridades de después.

—Es simple curiosidad, como la que tienes tú por todo —insisto para evitarme más malentendidos.

—Deja de vacilarme y suéltalo —pide impaciente.

—¿Sigues enamorada de mí?

Mi pregunta dibuja una sonrisa inmediata en su rostro, se aproxima despacio y en esta ocasión no la rechazo cuando deposita un suave y húmedo beso sobre mis labios.

Al igual que antes, no se trata más que de un pequeño roce, pero consigue transmitirme tantas emociones como el más intenso de los besos.

—Nunca he dejado de estarlo, Cole —admite en un susurro cerca de mi boca—. Te aseguro que me he esforzado, pero intentar sacarte de mi corazón es, con diferencia, el mayor fracaso de mi vida.

Me muerdo el labio para contener las ganas de volver a besarla, esta vez de verdad, y me limito a asentir al mismo tiempo que ambos sonreímos.

—Pues que vivan los fracasados.

19. ESTA ES MI NOCHE

EMILY

Han pasado algo más de dos semanas desde que Cole salió y desde… Bueno, desde la última paliza de Trey. Las marcas han desaparecido por completo de mi cuerpo, pero las internas aún permanecen.

Ayer Cole intentó volver a sacar el tema de las terapias de grupo, pero enseguida corté la conversación y le pedí que dejase de insistir. No entiendo cómo lo hizo, conociéndome como me conoce. No digo que no sea un buen método y que a otras mujeres pueda ayudarlas, pero no es mi caso. Bastante me cuesta abrirme con él y con Abi, como para contarles mis puñeteros traumas y emociones a un grupo de desconocidas.

Sé que lo que me ha pasado no es ninguna tontería, pero lo superaré sin necesidad de tener que escuchar cómo el mundo entero me juzga y opina sobre mi mierda. Es mía, de nadie más.

Me miro una última vez en el espejo antes de bajar las escaleras para subirme al coche donde Byron me está esperando. Cole empezó a trabajar en el bar y hoy es sábado, así que By me ha llamado hace un rato para venir a recogerme e ir a darle una sorpresa.

Me he puesto un vestido ajustado por primera vez desde que Trey empezó a obligarme a vestir más holgada… Desde entonces, tan solo me he paseado por casa con la ropa extragrande de Cole —sí, me gusta más llevar su ropa que la mía—, y unos vaqueros normales para ir al trabajo. No sé, creo que hoy me siento lo suficientemente empoderada como para volver a vestirme como siempre me ha gustado: sexy.

Estas dos semanas han sido muy largas. Hemos dormido juntos todas las noches y, a medida que pasan, se me hace más complicado contener mis ganas de besarlo. Y, aunque sé que a él le pasa lo mismo, está empeñado en que es muy pronto. Piensa que primero debo sanar la herida que tengo dentro y no sé cuántas cosas más.

Sinceramente, cada vez que me rechaza me cabreo tanto que dejo de escuchar el resto de sus argumentos. Yo sé cómo me siento y sé lo que quiero. Joder, siempre lo he sabido. Volver a compartir tiempo y espacio con él me ha hecho darme cuenta de que, como le dije hace unas cuantas noches, nunca he llegado a sacarlo de mi corazón. Trey solo fue un parche, infectado y lleno de mierda que ojalá hubiese podido ahorrarme.

Cole siempre ha estado presente en mi vida. Compartir habitación y cama con él cada noche… Dios, se me está haciendo insoportable. Además, su cuarto siempre ha sido uno de mis lugares favoritos del mundo. Ese en el que, por muy mal que me hubiese ido el día, conseguía que todo mejorase entre sus brazos.

Después de romper, éramos incapaces de vernos y de tocarnos sin acabar en la cama. Nunca fuimos una pareja precisamente delicada en ese aspecto. Cole es un tío muy dominante en el ámbito sexual. Le gusta mandar y a mí me encanta obedecerlo, porque sé que siempre busca mi placer por encima del suyo; un día me dijo que disfrutaba más con mis orgasmos que con los suyos.

Sé que tengo cosas de las que ocuparme en mi cabeza y que hay episodios que debo cerrar antes de empezar con otros, pero no tengo ni la menor idea de cómo hacerlo.

Soy consciente de que cada historia de maltrato es distinta y que cada mujer responde a ellas de diversas maneras. Algunas rechazan cualquier tipo de contacto físico y se encierran en sí mismas, incapaces de entablar ningún tipo de conversación con nadie. Lo veo a menudo en las urgencias del hospital.

También hay otras que buscan el contacto de aquellas personas con quien sienten seguridad y saben que podrán ser ellas mismas. Supongo que yo entro en esa categoría. El día que salí huyendo de casa de Trey, lo único en lo que podía pensar era en alejarme de allí lo máximo posible, hundirme bajo el edredón de Cole y que sus brazos no me soltasen.

Puede que sea pronto para pensar en retomar con Cole la relación que, en realidad, nunca llegó a romperse, pero no lo es para estar a su lado.

Él me cura y me recarga como nadie más lo ha hecho jamás.

Cierro la puerta de casa con llave y aprieto el cinturón del abrigo vaquero alrededor de mi cintura; estamos a principios de diciembre y hace un frío que pela. Por debajo tan solo llevo el vestido negro de cuero que me llega justo por debajo del trasero, bordeándolo a la perfección, y que me queda como un guante. Además, me he alisado el pelo y he desempolvado el neceser de maquillaje que Trey tampoco me dejaba utilizar…

Lo he celebrado pintándome los labios con el rojo más potente que tengo.

Estoy increíble.

—Gracias por recogerme —saludo a By al subirme al coche y él alza las cejas al verme.

—*Wow*, estás espectacular, Em. —Asiente mientras aprieta los labios y yo me limito a sonreír como agradecimiento—. Sé de uno al que se le van a caer los huevos al suelo cuando te vea —ríe mientras toma la primera curva.

—No sé yo… —Lo miro de reojo. Su comentario me hace pensar que tal vez pueda sacarle algo de información, aunque Cole es bastante claro en cuanto a lo que respecta a sus sentimientos; no como yo—. Creo que pasa de mí. O sea, sé que le importo y eso, pero solo me ve como a su exnovia.

—Qué equivocada estás si piensas eso. —Su sonrisa se ensancha y desvía la mirada un momento de la carretera cuando ve que no digo nada—. Está loco por ti, Em.

—Pues he perdido la cuenta de las veces que me ha rechazado un beso.

—Porque intenta hacer las cosas bien. —Suspira y pone punto muerto cuando se detiene en un paso de cebra para dejar que un grupo de chicas y chicos cruce con bolsas llenas de botellas y hielos—. Lo que te ha pasado… Joder, Emily, lo ha reventado.

—Pero es decisión mía si quiero estar con él o no —espeto al mismo tiempo que me cruzo de brazos, a la defensiva, como cada vez que sale este tema.

—Ya lo sé, y él también. Supongo que tan solo quiere darte un poco más de tiempo para que te des cuenta de si realmente es lo que quieres o si solo… —Se encoge de hombros y yo le hago un gesto para que termine la frase—. No sé, si solo es algo pasajero.

—Pues es un gilipollas.

Byron rompe a reír y me da un toque con el hombro para sacarme una sonrisa cuando ya casi hemos llegado al aparcamiento que hay frente al bar. No pertenece a él, sino a un supermercado, pero no tiene barreras y a estas horas siempre está petado por los coches que se acercan hasta esta calle repleta de bares y clubs nocturnos.

—Buenas noches. —By saluda al portero y este choca su mano con un asentimiento para dejarnos pasar.

La gente de la cola grita cosas y protesta, pero él los manda callar y nosotros los ignoramos. Dejo que Byron nos abra camino entre la gente, espero paciente a que salude a todos con los que se va cruzando —es el típico personaje de libro que conoce literalmente a todo el mundo— y no me quito el abrigo hasta que llegamos a la barra.

Busco a Cole y Abi con la mirada, pero es un sitio grande y los sábados por la noche hay siete camareros.

—Ahí está —comenta mi acompañante al mismo tiempo que lo señala al fondo de la barra.

Está hablando con una chica que conozco bien: Paige. Lleva intentando enrollarse con él desde que Cole y yo lo dejamos. Desconozco si lo han hecho, pero él siempre me ha dicho que no…

Sus ojos hacen contacto visual con los míos por encima de su hombro. Me dedica una sonrisa sorprendida —no se esperaba que viniese— y yo aprovecho el momento para desabrocharme el abrigo sin dejar de mirarlo. Deslizo las mangas vaqueras por mis brazos desnudos y me quedo únicamente con el vestido de cuero negro sin mangas que dibuja todas y cada una de mis curvas.

Su semblante cambia al momento. Deja de prestar atención a la conversación con Paige y se chupa los labios con el rostro serio, le dice algo y enseguida camina por dentro de la barra hasta nosotros.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta mientras choca la mano de su amigo, sin apartar sus ojos de los míos—. Pensaba que no vendríais. ¿No te dolía la cabeza?

—He tomado un analgésico —contesto al mismo tiempo que me siento en la banqueta de metal roja, a juego con la decoración de todo el local, y cruzo las piernas despacio. Gesto del cual no pierde detalle—. Me encuentro mucho mejor.

—Eso ya lo veo.

Desvía la mirada un momento hacia el escote pronunciado del vestido y se muerde lentamente el labio inferior.

—¡Em! —Los brazos de Abi me rodean desde atrás—. ¡Dios mío, estás cañón! —exclama al separarse y levantar mi mano para verme mejor—. ¿La has visto? —pregunta a su hermano, el cual respira con pesadez y asiente.

—La he visto, Abi, tengo ojos.

Su hermana lo ignora y le da un beso a Byron. Después se disculpa cuando la llaman desde dentro de la barra y desaparece entre la gente. Río al ver cómo se aleja mientras baila al ritmo del tecno con toda la gente que se va cruzando, sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Es el alma de la fiesta, eh —comento a los dos con una sonrisa—. Cualquier diría que está trabajando.

—¿Qué vais a tomar?

Cole mira a su amigo y después a mí, aunque en su rostro percibo algo diferente a otros días: deseo. Pero deseo del que yo conozco, del que no puede contener.

La verdad es que no me he hecho ilusiones, y menos después de la conversación con By; sin embargo, no pienso rendirme hasta que le quede claro que yo tomo mis propias decisiones y que, si quiero besarlo, lo haré.

Lo conozco bien: cree que no me conviene. Siempre ha pensado que merezco algo mejor que él, que su vida no es para alguien como yo y que, si volvemos juntos, acabará reventándome. Ý sí, soy muy consciente de que lo más probable es que vuelva a participar en esas peleas callejeras que tanto detesto y que tanto miedo me dan. Pero, como dijo su hermana aquel día en el que discutimos, Cole no pelea por gusto, sino por necesidad.

Él nunca me ha juzgado y siempre ha estado para todo lo que he necesitado. Si decido volver a meterlo en mi vida, sé que tendrá que ser con todas las consecuencias.

—Yo quiero una copa —digo al mismo tiempo que me levanto para bajarme un poco el vestido, ya que es más corto de lo que recordaba.

El pecho de Cole sube y baja sin apartar sus ojos de mi cuerpo. Byron se da cuenta, porque chasquea la lengua y me dirige una mirada como diciendo «te lo dije».

—Otra copa para mí, hermano.

Ya sabe lo que nos gusta y lo que solemos beber, así que no tiene la necesidad de preguntar. Lo observo sin perder detalle del movimiento de cada uno de sus músculos bajo la camiseta blanca, que se le pega en la zona del abdomen y el pectoral y deja a la vista todos sus tatuajes...

Regresa frente a nosotros con la botella de ron y un par de Red Bull, deja los vasos de tubo llenos de hielo sobre la barra y sirve primero a su amigo. El líquido dorado oscuro llega hasta más de la mitad en el vaso de Byron, pero en el mío apenas echa un par de dedos. Arqueo una ceja y le hago un gesto para que eche más.

—Suficiente —dice después de añadir tan solo un poco.

—¿Por qué a él le echas tanto y a mí tan poco? —protesto a la vez que me inclino un poco en la barra.

Se esfuerza por no bajar los ojos hacia mis tetas y, entonces, tensa la mandíbula cuando mira un momento por encima de mi hombro. Giro la cabeza justo a tiempo de ver cómo un grupo de tíos me está mirando el trasero mientras dicen algo y hacen un gesto obsceno.

De forma instintiva, tiro hacia abajo de la tela y Byron se da cuenta de la situación. Enseguida rodea mi cintura con su mano y me apoya sobre su regazo.

—¿Queréis un babero? —les pregunta con seriedad.

—Perdón, tío, es que está tremenda —ríe uno mientras dibuja mi silueta con sus ojos sin disimulo.

—A tomar por culo de aquí —suelta Cole desde detrás de la barra—. Venga.

El grupo de tíos hace un gesto con las manos como queriendo apaciguar la situación y entonces By me suelta para que vuelva a levantarme. Cole intercambia con él una mirada cómplice que solo ellos entienden y se marcha para seguir trabajando.

Esta noche he decidido que pienso divertirme y, a pesar del momento incómodo que acabamos de pasar, me he propuesto que sea mi noche.

20. ¿TE HAS PROPUESTO QUE ME DESPIDAN?

COLE

Apenas habrá pasado una hora desde que han llegado, pero ya he roto dos vasos por no ser capaz de despegar mis ojos de ella. Baila entre la gente sin necesitar a nadie que la acompañe. Se mueve bajo ese jodido vestido que me ha quitado la respiración en cuanto lo he visto y no dejo de preguntarme cómo puede verse tan increíblemente preciosa aun estando reventada por dentro. Porque lo está, por mucho que ella quiera negarlo.

—O te coges el descanso y sales con ella, o te centras, Cole. —Mi hermana me tira del brazo para que la mire cuando estoy a punto de derramar otra copa—. Naomi ya te ha echado el ojo dos veces.

—Joder —maldigo al mismo tiempo que sacudo un poco la cabeza para centrarme y busco a mi mejor amigo.

Paso entre los demás camareros y camareras hasta llegar al punto de la barra en el que está sentado junto a una chica a la que acaba de conocer. Le hago un gesto con la cabeza para llamar su atención y no es necesario que le diga nada más, porque enseguida se inclina en la barra para hablarme por encima de la música.

—No le estoy quitando el ojo de encima, relájate.

—Que no la toque nadie —advierto con la mandíbula en tensión al mismo tiempo que me fijo en cómo otro tío intenta bailar con ella.

—No te preocupes.

Asiento no muy convencido, porque sé que está acompañado y, por mucho que quiera cuidar de Emily, entiendo que también le apetezca disfrutar y prestar atención a la chica con la que está. No sé por qué cojones ha tenido que traer a Em sabiendo que no podría estar con ella. Y menos un puto sábado, que esto se pone a reventar de gente.

Giro la cabeza de golpe cuando una alarma suena a la una de la madrugada en punto, la gente silva y yo cierro los ojos por saber lo que se avecina. Paige saca la lengua con picardía y le hace una señal a Gavin para que cambie las luces. Este las sustituye por unas rojas y moradas, asiente en su dirección y ella cambia la música techno —que es la habitual aquí—, por el jodido reggaetón.

Enseguida busco la mirada de Emily entre la gente, y la sangre me hierve en las venas al ver cómo un tío la sostiene por la cintura desde atrás y la pega a su cuerpo cuando «Pobre diabla» de Don Omar empieza a sonar. Aunque quiero saltar la barra y correr hasta allí, aprieto los puños y espero a ver cómo reacciona ella. No quiero volver a cagarla. Emily lo aparta de su cuerpo y lo

rechaza con una sonrisa incómoda, él asiente y alza las manos al mismo tiempo que retrocede.

Entonces sus ojos hacen contacto con los míos.

La observo varios minutos sin disimulo, sus caderas se mueven al ritmo de la música y me pican los dedos por la necesidad de acercarme y tocar cada jodido centímetro de su piel. Cuando «Tu Príncipe», de Daddy Yankee, comienza a resonar en los altavoces, rodeo la barra para abrirme paso entre la gente y no me detengo hasta llegar donde ella se encuentra. Apoyo las manos en su cintura al mismo tiempo que Emily alza las suyas hasta mis hombros. La pego a mi pelvis con un rápido movimiento y no me lo pienso mucho antes de deslizar las manos por la fría tela de cuero. Mis dedos sostienen con firmeza su trasero mientras me chupo los labios y apoyo la frente en la suya, en un vano intento por contenerme y no comerle la boca aquí mismo.

—¿Te has propuesto que me echen del trabajo la primera noche que vienes a verme? —pregunto cuando alza los ojos para mirarme desde abajo.

No llega al metro setenta, mientras que yo supero con creces el metro ochenta y cinco, así que la diferencia de altura es considerable.

—No, ¿por qué lo preguntas?

Decide hacerse la tonta, así que tuerzo la sonrisa y agacho la cabeza para pegar la boca a su oído.

—Porque con este vestido lo único en lo que puedo pensar es en follarte dentro del cuarto de baño y no dejarte salir hasta que te corras de todas las maneras posibles.

Puedo ver de reojo cómo traga saliva y yo no me reprimo al darle un pequeño bocado en el lóbulo de la oreja antes de apartarme.

—Pero no voy a hacerlo —añado cuando noto cómo entrecierra los ojos por la excitación y abre la boca para contestar.

Me fulmina con la mirada y, sin esperármelo, agarra mi mano y me arrastra entre la gente hasta una esquina de la barra, se sienta sobre un taburete vacío con la espalda apoyada en la pared y yo sonrío antes de pasar la lengua por mis labios. No sé lo que pretende, pero me muero de curiosidad, así que tan solo la observo y espero.

—¡Abi! —llama levantando la mano hacia ella. Mi hermana se acerca con una sonrisa y, sin que le diga nada más, coge de camino la botella de tequila—. Me encanta que me leas la mente.

—Siempre. —Le guiña un ojo y, tras llenar dos vasos de chupito, deja un par de rodajas de limón y el salero frente a nosotros—. Hoy os echáis la sal solitos, que esto está a tope.

—Enseguida entro —digo asintiendo con la cabeza en su dirección.

—Tranquilo, tienes veinte minutos de descanso —recuerda antes de darse la vuelta para regresar al trabajo.

Emily coge una de las rodajas y, sin apartar sus ojos de los míos, se retira el pelo que cuidadosamente se ha alisado antes de salir de casa. Lo coloca todo en el lado derecho y aprieta

el cítrico para que varias gotas caigan sobre el hueco vacío de su cuello. Sonrío de lado. Yo mismo me encargo de coger la sal y echar un poco sobre el mismo punto. Lleva la mano hasta uno de los chupitos y lo empuja con los dedos en mi dirección, instándome a beberlo. Asiento en silencio y doy un bocado a mi rodaja de limón —para hacer el proceso a la inversa, como siempre—. Entonces me bebo el chupito sin dejar de mirarla y me coloco entre sus piernas cuando las separa para dejarme espacio. Pego la boca a su piel y deslizo la lengua desde la base hasta detrás de su oreja, arrastrando la sal con ella al mismo tiempo que termino pegando los labios por completo a su cuello.

Sin haberme separado aún, tira de la mano que tengo sobre su muslo y la guía entre las piernas. Me aparto para buscar su mirada y puedo notar cómo se le dilatan las pupilas cuando mis dedos llegan hasta unas finas bragas de encaje. Tenso la mandíbula y ya no sonrío. En su lugar, mi semblante se contrae y tengo que tragar saliva al notar la humedad bajo la yema de mis dedos. Emily saca su mano y aguarda a ver qué hago, suplicándome con la mirada que continúe donde ella lo ha dejado.

—Nena… —mascullo al mismo tiempo que apoyo mi frente en la suya y muevo los dedos despacio.

—Por favor —suplica.

Clava las uñas en mis brazos y puedo sentir cómo mueve las caderas sutilmente para aumentar la fricción.

Trato de parar, pero mis dedos se mueven solos en los eternos segundos que decido qué hacer. Roza su nariz con la mía y puedo notar cómo la respiración de los dos es igual de pesada. Los vaqueros empiezan a molestarme a medida que mi erección va creciendo. El puto olor que desprende su piel no ayuda a que la situación mejore, y mucho menos la forma en la que sus ojos me torturan suplicando que la bese.

—¡Cole!

Trago saliva y retiro la mano de forma brusca al mismo tiempo que giro la cabeza hacia la barra, desde donde Naomi me mira con cara de pocos amigos. Me hace un gesto con la mano para que vaya y yo asiento antes de volver a mirar a Emily. Su expresión de derrota, a la par que excitación, rabia y cansancio, me desarman.

—Tengo que volver, lo siento.

—Tranquilo —dice mientras retrocedo varios pasos sin dejar de mirarla.

Se lleva el chupito hasta los labios y se lo bebe sin preocuparse por el limón ni la sal. Yo maldigo cabreado conmigo mismo por haberme dejado llevar de esa manera, sabiendo que, si no llega a ser por Naomi, ahora mismo estaría comiéndole la boca como si el puto mundo se fuese a acabar esta noche. Y con mis dedos enterrados en lo más profundo de su ser.

Regreso al interior de la barra y me acerco a mi jefa cuando me hace una señal con los

dedos. Nos apartamos a un rincón para no molestar al resto de camareros y me adelanto a sus reclamaciones.

—Estoy en mi descanso.

—En tu descanso —dice alzando una ceja al mismo tiempo que mira hacia donde hace un minuto estaba con Emily, pero entonces me doy cuenta de que ella ya no está ahí.

La busco entre la gente. Veo que Byron está enrollándose con la tía que ha conocido hace un rato, pero ni rastro de ella. Comienzo a ponerme nervioso e ignoro lo que Naomi me dice hasta que, unos segundos después, estiro un poco el cuello y puedo ver cómo está saliendo por la puerta del bar hacia la calle.

—Tengo veinte minutos de descanso, ¿no? —pregunto con urgencia a mi jefa, la cual asiente con aburrimiento—. Bien.

—¡Veinte minutos, Cole! —grita a mi espalda cuando yo ya he vuelto a salir de la barra—. ¡Ni uno más!

21. REBUSCANDO ENTRE LOS PEDAZOS

COLE

Me escabullo entre la gente y aparto a varios que no se mueven, los cuales me miran mal, pero enseguida continúan a lo suyo al ver mi aspecto; siempre me han dicho que tengo pinta de matón, aunque supongo que, después de todo, no se equivocaban.

—¿Has visto a Emily? —pregunto al portero cuando consigo llegar hasta la puerta.

—Acaba de girar la esquina. He intentado pararla, pero está bastante cabreada. —Se encoge de hombros y no sé si dice algo más, porque echo a correr en la dirección que me ha indicado.

—¡Emily! —llamo al doblar la esquina y verla unos metros más allá—. ¡Em, para!

Corro hasta ella y, a medida que me acerco, me doy cuenta de que se ha largado sin el abrigo y que está en pleno mes de diciembre, a cinco grados, únicamente con un vestido diminuto y unas botas cuyo tacón no sé cómo le permite caminar tan deprisa.

—¿Te has vuelto loca? —pregunto cuando la alcanzo al fin y me coloco delante para impedir que siga caminando—. ¿Cómo te marchas así? ¿Qué pasa?

—Nada. —Se abraza a sí misma y evita mi mirada.

Me encantaría poder dejarle algo para que se abrigue, pero tampoco he cogido la sudadera ni la cazadora. Llevo la mano hasta su barbilla para hacer que alce la cabeza y frunzo el ceño, confuso, cuando consigo que me mire.

—¿Por qué te has ido así?

Niega y me aparta la mano al mismo tiempo que retira la mirada y se aleja unos pasos hacia la verja metálica que rodea el parking. No sé qué le pasa. No creo que se haya cabreado por lo que ha pasado dentro; mi jefa me ha llamado y he tenido que volver al trabajo.

—Em, estoy trabajando, no podía ignorar a Naomi cuando me ha llamado —explico con cuidado para que no se cabree más.

—No es por eso.

—¿Entonces?

—Da igual. —Se chupa los labios y comienza a caminar de nuevo hacia el bar, pero chasqueo la lengua al mismo tiempo que rodeo su muñeca y la obligo a girarse hacia mí—. ¿Te gusta Paige? —suelta entonces, pillándome completamente por sorpresa.

Alzo las cejas y pestañeo varias veces al mismo tiempo que suelto una pequeña carcajada confusa, pero eso solo hace que se enfurezca más y me dedique una mirada asesina antes de volver a darse la vuelta para marcharse.

—Ven aquí. —Tiro de nuevo de su cuerpo, esta vez arrinconándola contra la verja. Con una

mano la sujeto por la cintura, mientras que con la otra hago que me mire a los ojos—. ¿A qué viene esto?

—A nada, soy una estúpida. —Frunce el ceño para sí misma y trata de apartar la vista, pero no se lo permito—. Olvídalo, Cole. Olvídalo todo. No tendría que haber venido.

—No me gusta Paige —contesto para intentar que se tranquilice y salga del bucle por cuyo borde está caminando—. Solo me gustas tú. Solo te quiero a ti —hablo con mis ojos fijos en los suyos.

Sonríe con sarcasmo, niega con la cabeza y deja escapar una bocanada de aire.

—No ha parado de tontear contigo en toda la noche y tú lo sabes. Sabes lo que quiere de ti y no la frenas, así que eso es por algo.

—¿De qué estás hablando, Em? Creo que no te estás dando cuenta de…

—¿¡De qué!? —exclama, totalmente absorbida por el bucle en el que intentaba que no entrase—. Mira, Cole, lo único que sé es que llevo dos semanas viviendo contigo, durmiendo a tu lado, intentando que mi vida vuelva a la normalidad y no has parado de rechazarme —dice mientras su pecho sube y baja con rapidez—. ¡Me he puesto esta mierda de vestido para tratar de que te fijases en mí y ahora me siento ridícula!

—Emily, para —pido a la vez que alzo las manos y doy un paso hacia ella.

No sé qué ha podido provocar el estado en el que se encuentra, aunque, siendo sincero, creo que ni ella misma lo sabe. Sus sentimientos se encuentran a flor de piel debido al infierno por el que ha pasado.

Durante estos últimos días, hemos pasado tanto tiempo juntos como nuestro trabajo nos lo ha permitido, la he hecho reír y durante varias horas al día y he vuelto a ver en sus ojos la luz que me enamoró hace dos años. No hemos hecho nada más que dormir abrazados e intercambiar miradas y gestos cargados de significado, por eso me confunde tanto este cambio de humor tan repentino.

¿Qué he hecho para que se sienta así? ¿Para que dude de mis sentimientos de esta forma? En el fondo no lo hace, lo sé de sobra, pero, joder, soy humano. Por mucho que intente ponerle las cosas lo más fáciles posible, tengo derecho a que su comportamiento también me afecte.

—¡En cuanto esa tía te sonríe y te toca un poco, parece que es capaz de conseguir cualquier cosa de ti! —insiste, cegada por los celos. Los cuales, debo añadir, son completamente infundados.

—¿Pero qué…?

—¡En cambio yo me visto así e incluso te meto la mano en mis bragas y ni siquiera consigo que me beses! ¿¡La rechazarías también a ella si hiciese lo mismo!? —espeta a la vez que clava los dedos en mi pecho con rabia.

—¿¡Qué es lo que quieres de mí!? —exploto sin ser capaz de evitarlo, porque ni siquiera me

deja terminar una frase.

—¡Nada! —grita en mi cara antes de darse la vuelta—. No quiero nada de ti.

Suelto todo el aire contenido, voy hasta ella y vuelvo a tirar de su brazo por tercera vez. Hago que choque contra la verja y con la mano le rodeo el cuello para que levante la cabeza y sus ojos se encuentren con los míos. La rabia con la que me mira, mezclada con el deseo y la confusión, consiguen hacer que pierda por completo la paciencia.

Mi boca choca contra la suya de forma violenta y sin ningún cuidado. Hundo los dedos de la mano libre entre los mechones de su cabello, al mismo tiempo que mi lengua entra en su boca y se funde con cada puto milímetro de ella de esa forma que ambos llevamos deseando desde hace dos años.

Emily lleva las manos a mi cabeza y puedo notar cómo los dos respiramos pesadamente por la nariz mientras nos dejamos llevar como solo nosotros sabemos. Entonces, cuando me doy cuenta de que está sucediendo, me separo y veo que su pecho sube y baja con rapidez. Con los ojos me pide a gritos mucho más, y es ella la que tira de mi camiseta para volver a besarme. La sujeto con dureza por el culo para pegarla a mi pelvis y un pequeño gemido se le escapa de entre los labios, provocando que se me ponga dura casi en el acto.

Un fuerte ruido procedente de un cristal hace que nos separemos y nos demos cuenta de que, a solo unos metros, se ha desatado una pelea típica de sábado por la noche en Monroe y que el ruido que acabamos de oír procede de una botella que uno de los participantes ha roto antes de dirigirse hacia los demás.

—Joder —mascullo mientras miro hacia ambos lados para ver si algún portero pretende intervenir, aunque sé que no lo harán; no está sucediendo dentro de ningún club.

—Ni se te ocurra pensarlo —me advierte Emily.

Chasqueo la lengua mientras observamos la escena desde la distancia y, por un momento, me siento de nuevo dentro de prisión; presenciando un nuevo altercado y rezando para que yo no sea el siguiente al que le toque.

EMILY

Rodeo el brazo de Cole para arrastrarlo en la dirección contraria. Es evidente la forma en la que todo su cuerpo está reaccionando a la pelea, cómo sus hombros y sus brazos se han tensado y la mandíbula se le marca más de lo normal por la fuerza con la que aprieta los dientes. Tal vez me equivoque, pero teniendo en cuenta el poco tiempo que lleva fuera de la cárcel y que es el primer altercado que presencia sin estar él involucrado, creo que, en cierta forma, le está haciendo revivir cosas de cuando estuvo dentro.

—Cole, vamos.

Gira la cabeza y la nuez de su garganta se mueve cuando traga, se chupa los labios y asiente a la vez que se acerca a mí y apoya una mano por mi espalda antes de empezar a caminar. Doblamos la esquina sin que ninguno de los dos deje de observar la escena y, sobre todo él, pendiente de que no se acerquen demasiado a nosotros.

Los botellines de cerveza vuelan por los aires y ahora, más que una pelea entre un par de personas se ha vuelto una riña tumultuaria.

—La que se ha preparado en un momento —comenta Joe, el portero del bar donde trabaja Cole, cuando llegamos hasta la puerta.

Ya no hay cola para entrar porque es la una y media de la madrugada, por lo que ya han empezado a desalojar a todo el mundo para recoger y limpiar antes de cerrar a las dos. Bajamos los pocos escalones que hay hasta la pista de baile, esquivando a la gente que camina en dirección opuesta a nosotros. Cole me acompaña hasta donde se encuentra Byron y le da una pequeña colleja para que se desenganche de la chica a la que está besando y lo mire.

—Se ha liado una pelea de la hostia fuera —le informa cuando consigue que se separen y le preste atención.

La piel oscura de Byron resalta más ahora que una fina capa de sudor cubre su frente por el calor que hace aquí dentro, nada comparado con los cinco grados del exterior. Además, al moverse para mirarnos de frente y fruncir el ceño por lo que Cole le acaba de decir, las últimas luces de neón del bar provocan que el tono tostado de su rostro se vea más como la tierra recién mojada.

—¿Cómo que una pelea? —inquiere con preocupación—. ¿Contigo?

—No, tío. —Cole pone los ojos en blanco y me acerca un poco más a Byron—. Voy a terminar y nos largamos, no quiero estar por aquí si llaman a la pasma y empiezan a hacer preguntas.

—Vale. —Asiente su amigo al mismo tiempo que yo intercambio una última mirada seria con Cole antes de que se aleje hacia la barra—. Em, te presento a Hilary.

—Encantada. —Le doy dos besos y nos sonreímos mutuamente.

Hablamos durante el rato que los camareros terminan de recoger, pero enseguida nos hacen salir para poder barrer y cerrar el local. Cole le dice a By con la mirada que tenga cuidado por si fuera las cosas siguen tensas, este asiente para que se tranquilice y deja que Hilary y yo pasemos por delante de él. Efectivamente, ya han llegado dos patrullas y están tomando declaración a la gente que está fuera. También hay una ambulancia y varias personas detenidas dentro de los coches.

—Qué frío hace —comenta la pelirroja antes de abrazarse a Byron.

—No te preocupes, enseguida te caliento.

Miro hacia otro lado, sonriendo al mismo tiempo que niego con la cabeza por las dotes

románticas del mejor amigo de mi nov… de mi exnovio. El primero.

Pocos minutos después, Abi sale y contrae el rostro cuando el aire helador le da de lleno en la cara. Asiento con los labios apretados y separo los brazos para que se acurruque conmigo mientras esperamos a que Cole salga.

—¿Qué ha pasado? —pregunta cerca de mi rostro, mirándome a los labios.

—¿A qué te refieres?

Sonríe y pasa el dedo pulgar por debajo de mi boca. Entonces recuerdo el maldito pintalabios rojos que me puse antes de salir de casa y el inesperado beso con Cole hace unos minutos.

Sé que me he comportado como una estúpida. Cuando le he preguntado si le gustaba Paige, realmente no sé ni por qué lo he hecho; imaginaba la respuesta, teniendo en cuenta que ha podido enrollarse con ella en numerosas ocasiones y no lo ha hecho. Supongo que ver cómo no ha parado de tocarlo durante toda la maldita noche, aprovechando cada ocasión para deslizar los dedos por sus tatuajes, acariciarle el bíceps y pasar las manos por su cabello rubio ligeramente rizado… Ha podido conmigo.

Nunca he sido una persona celosa, no al menos de la forma en la que lo he sido esta noche. Ni tampoco insegura. Siempre he tenido muy claro lo que Cole sentía por mí, porque, de los dos, él es quien no tiene problema en abrir su corazón. Se ha encargado de dejarme claro que me quiere tantas veces que he perdido la cuenta; no obstante, desde que salió y… desde lo de Trey, no he logrado volver a ser la misma que era antes. Al menos no al cien por cien.

A pesar de todo eso, cuando esta noche me ha arrinconado contra la verja y ha clavado sus ojos verdes en los míos con tanta intensidad, deseo, rabia y confusión por mi comportamiento, he creído que me desmayaría ahí mismo si no me besaba de una vez. Y joder si lo ha hecho. La forma en la que su boca ha impactado contra la mía ha sido como si una mano irrumpiese en lo más profundo de mi ser para rebuscar entre todos los pedazos y recoger a la auténtica Emily, tirar de ella con fuerza para devolverla a la realidad y disfrutar de ese beso que llevaba dos años esperando.

Decir que todo mi cuerpo se ha estremecido al sentir su lengua dentro de mi boca, moviéndose con la brusquedad y la lujuria que tanto extrañaba, sería quedarme corta. No creo que haya pasado más de un minuto hasta que el ruido procedente de la botella nos ha interrumpido, pero ha sido un minuto de caída libre en el que mi pulso ha alcanzado una velocidad de récord.

Ahora me aterra pensar que se arrepienta, que diga que todo ha sido fruto del momento y de la situación. Sé que lo ha disfrutado tanto como yo, que lo deseaba de igual forma, pero también sé que es la persona más terca del mundo y que, como siga pensando que es demasiado pronto, echará el freno.

Abi limpia los restos del pintalabios que debo tener en la barbilla mientras me mira con una sonrisa divertida. Alzo las cejas y voy a responder cuando la puerta del bar vuelve a abrirse y Cole sale riendo junto a Paige, la cual, cómo no, camina con una mano sobre su hombro.

Los observo con el semblante serio y mi mejor amiga intercambia la misma mirada conmigo. Cole aún no me ha visto, por lo que habla con ella unos segundos más y se despide con un gesto de la mano; sin embargo, cuando creo que se largará, lo rodea con los brazos y le da un beso en el cuello. No puedo ver la cara de él, porque está de espaldas, pero ella sí que me mira y me dedica una sonrisa que estoy demasiado cansada y celosa como para poder analizar con objetividad.

Entonces se aleja en dirección contraria y la cara de él cambia al girarse. Finge una sonrisa para quitarle importancia y después mira a su amigo.

—¿Vamos? —pregunta Byron—. Antes de que algún poli te reconozca.

—Sí, vámonos.

Cole camina a mi lado, pero en esta ocasión no apoya la mano en mi espalda como suele hacer, y no puedo evitar comerme la cabeza respecto a un gesto tan pequeño e insignificante.

22. ERES LO MÁS PRECIOSO QUE HAY EN ESTE PUTO MUNDO

COLE

Byron nos deja en la puerta de casa y se despide para marcharse junto a Hilary. En cuanto entramos por la puerta, Abi nos da las buenas noches y sube las escaleras mientras bosteza y se queja por el frío que hace; a duras penas podemos llenar la nevera, como para poner la calefacción.

Me quito las zapatillas y muevo el cuello a ambos lados, estirando los brazos para descontracturar los músculos. A continuación, voy hacia el sofá y me dejo caer en él después de coger la botella de agua para dar un buen trago. Emily cuelga el abrigo en el perchero con más lentitud de la necesaria; quiere hablar conmigo, pero no sabe cómo empezar la conversación. Siempre hace lo mismo cuando está nerviosa, alargar el momento.

Separo los brazos cuando veo cómo se acerca en silencio y pretende sentarse a horcajadas sobre mí. Traga saliva mientras apoyo las manos en su cintura para ayudar a que se acomode y nos observamos en silencio durante algunos segundos.

Tuerzo la sonrisa al ver los restos de pintalabios corrido en su boca e imagino que la mía debe estar igual, de modo que llevo el pulgar hasta ellos para comprobarlo.

—Siento haberte preguntado si te gustaba Paige —dice de pronto con el semblante serio, yo le quito importancia con un gesto y dejo que siga hablando—. No sé qué me pasa, Cole, nunca me había sentido tan insegura.

—Te pasa que no estás bien, Em. —Alzo la mano para acariciarle la mejilla cuando suspira ante mi respuesta—. Sé que crees que sí, pero no. Los golpes y las marcas se borran, desaparecen, pero las secuelas son lo que estás sintiendo ahora.

—Pues no me gustan —protesta antes de apretar los labios, gesto que le otorga un aspecto de inocencia y fragilidad que hace que quiera abrazarla.

—Ven aquí. —Paso las manos por su espalda para pegarla más a mi cuerpo e intento ignorar lo que eso supone para mi entrepierna; no es el momento—. Ninguna mujer podría acercarse siquiera a hacerme sentir lo mismo que tú —hablo sin despegar mis ojos de los suyos, con su frente casi pegada a la mía—. Sé que vas a tener momentos de dudas en los que te harás mil preguntas respecto a mis sentimientos, pero no me importa recordarte las veces que sea necesario que te quiero.

Mis ojos se desvían a sus labios. Ella se da cuenta, porque hace lo mismo y, para cuando quiero ser consciente, ya nos estamos besando. Abro la boca para dejar espacio a su lengua y

llevo la mano hasta la cabeza para que mis dedos se pierdan entre los mechones sueltos de su cabello. Inspiro por la nariz con la intención de que todos mis sentidos se embriaguen con el aroma que desprende su piel, su pelo, toda ella.

Mis manos bajan de forma inconsciente hasta su trasero cuando me tira del labio con los dientes al romper el beso. Trago saliva y respiro con pesadez al recorrer cada centímetro de su anatomía con los ojos cuando se echa un poco hacia atrás.

Me detengo en sus finas bragas de encaje negro, que ahora se restriegan contra la cremallera de mis vaqueros.

—No vamos a hacerlo —advierto con la mirada ensombrecida cuando apoya las manos en mis hombros y empieza a moverse adelante y atrás—. Nena.

—Si paras ahora, vas a hacer que tenga que tocarme yo sola —murmura al mismo tiempo que desliza los dedos entre sus muslos hasta llegar a donde más lo necesita.

Se acaricia sin dejar de observarme y la parte racional de mi cerebro está a punto de perder contra la lujuria y el deseo, así que le agarro la muñeca para que se detenga.

—Dame un motivo de peso para frenar esto, Cole —pide después de soltar un suspiro.

—Si crees que no me muero de ganas de arrancarte las putas bragas y follarte, es que no me conoces —mascullo a la vez que le clavo los dedos en la cintura.

—Claro que te conozco, por eso te lo pregunto.

—Porque no quiero que te arrepientas, Emily. No quiero que uses esto como una excusa para tapar toda la mierda por la que has pasado.

—No quiero tapar nada, solo intento dejarme llevar y darle a mi cuerpo lo que me pide.

—Tú misma me has dicho que nunca te habías sentido tan insegura —le recuerdo—. Nunca habíamos tenido una discusión por celos, nunca habías dudado de mis sentimientos. Ni siquiera me has visto hacer nada con Paige y, aun así, te has montado tu película.

—¿Película? —Suelta una risa amarga y hace amago de levantarse, pero no se lo permito.

—No hagas eso —advierto a la vez que alzo las cejas.

—¿El qué?

—Siempre te quedas solo con lo último que digo. Escucha toda la frase, no solo la parte que te molesta.

Llena los pulmones de aire y lo deja escapar despacio con los ojos cerrados. Le doy espacio y el tiempo que necesita para tranquilizarse.

Cuando me mira de nuevo, le hago un gesto y ella misma se acerca para que la abrace. Acaricio su espalda con cariño y permanecemos así algunos minutos, en los cuales ambos tratamos de dejar a un lado el calentón e intentamos centrarnos en lo verdaderamente importante.

—No voy a dejarte sola, Emily —aseguro después de que se aparte un poco para mirarme—. No pienso irme a ninguna parte. Te ayudaré y te acompañaré en todo esto. Si no quieres ir a

terapia de grupo, puedes ir a la individual, pero necesitas empezar a ocuparte de toda la mierda por la que te ha hecho pasar ese cabrón que… —Tenso la mandíbula y cierro un momento los ojos para controlarme—. Si aquel día Byron no me hubiese detenido, lo habría matado —confieso en voz alta lo que no había querido reconocerme a mí mismo.

—Lo siento. —Se chupa los labios y niega con la cabeza—. Siento que hayas…

—*Shh*, no —la interrumpo a la vez que vuelvo a acercarla más a mí—. Te lo dije y te lo repito, tú no tienes que pedir perdón por nada. Absolutamente nada de lo que te ha pasado ha sido culpa tuya. —La sujeto por las mejillas para reforzar mis palabras—. Dilo, nena.

Niega con la cabeza e intenta que la suelte como cada vez que sus emociones la abruman, pero insisto.

—Tienes que aceptar que tú no tienes culpa de nada. Eres la única víctima en todo esto. Ni Trey, ni yo, solo tú.

—No tendría que haberme ido a vivir con él.

Aparto las manos y se quita de encima de mí para sentarse en el sofá.

—No sabías lo que sucedería.

—Ya… Pero, aun así, no sé. —Se revuelve el pelo y apoya los codos en las rodillas.

La observo con una mezcla de sentimientos que necesito ignorar, porque quien importa ahora es ella, no yo. Tampoco mi ira, ni mi rabia o mi lástima.

Me levanto y le ofrezco la mano en silencio. No hay mucho más que pueda decir ahora, así que espero a que la acepte y se ponga en pie.

—Vamos a dormir, necesitas descansar.

Apago la luz de la sala, la guío escaleras arriba y los dos nos metemos en el cuarto de baño para lavarnos los dientes. Al terminar, en lugar de irme a la habitación, me siento en el váter, observando embobado cómo se desmaquilla. Sonrío cuando se acerca a mí y pasa el algodón alrededor de mis labios para retirar los restos del pintalabios, pero ninguno pronuncia una palabra.

Son alrededor de las tres de la mañana y los dos estamos agotados, me duelen las piernas por todo el trabajo que hemos tenido esta noche, pero el único estado que me preocupa es el suyo. Sé que la cabeza le va a mil por hora durante las veinticuatro horas del día, y el hecho de que mis sentimientos hacia ella sean una preocupación añadida me hace sentir como una mierda, aunque no es algo contra lo que pueda luchar. Por más que le demuestre cuánto me importa, es ella quien tiene que creérselo.

—Eres lo más precioso que hay en este puto mundo. —La miro a través del espejo—. Ojalá pudiese hacerte ver lo que significas para mí, pequeña.

Apoyo las manos en su cadera y deposito un beso en su hombro desde atrás.

—Ya lo haces, Cole. —Se da la vuelta y suelta un pequeño suspiro al mismo tiempo que

juguetea con los cordones de mi sudadera—. Volveré a ser la de antes —promete casi más para sí misma que para mí.

—Que no te quepa la menor duda. —Asiento y beso su frente antes de alejarme hacia la puerta y guiñarle un ojo—. Te espero en la cama.

Cierro a mi espalda para dejarle un poco de intimidad y espacio, consciente de que está abrumada por todo lo que le he dicho y de que necesita reordenar su cabeza.

Bajo un momento a la cocina para coger la bolsa de agua que solía ponerse mi hermana sobre los ovarios cuando le bajaba la regla, para colocarlo en el lado de la cama de Emily y que no tenga tanto frío.

Caliento una jarra en el microondas y ahogo un grito cuando me salpican unas gotas hirviendo en la mano, aprieto bien el cierre de la bolsita y regreso al dormitorio. Me quito la ropa con la que llevo toda la noche, la sustituyo por una camiseta de manga larga y, después de encender la lampara de la mesilla y apagar la grande del techo, me meto bajo las sábanas y el edredón.

—Oye, ahora que los tres ponemos dinero —dice cuando regresa, es evidente que está helada de frío—, podríamos poner algún día la calefacción. Esto parece Siberia.

—Mañana la ponemos. Ahora no hace falta, ven. —Retiro su lado de la ropa de cama antes de palmear el colchón.

La observo cuando lleva la mano hasta la cremallera lateral del vestido de cuero y, en esta ocasión, no retiro la vista cuando empieza a desnudarse. La tela se pega a su cuerpo igual que un jodido guante creado a medida para ella, para cada una de sus increíbles curvas con las que llevo soñando cada noche desde el día en el que la conocí.

Tira hacia abajo del borde superior y, en ese momento, un calambre imposible de ignorar azota la base de mi polla cuando contemplo el esplendor de sus enormes pechos tras veinticuatro meses eternos. Me muerdo el labio sin disimulo alguno.

Mis ojos recorren todo su cuerpo, desde la forma en la que se le marcan las clavículas cuando mueve los brazos para sacarse el vestido por arriba —tiene un culazo, tan espectacular en comparación con la estrechez de su cintura, que es imposible que pueda sacárselo por abajo— hasta el brillo de sus bragas por los resquicios de humedad en ellas.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta ahí plantada. De pie y semidesnuda.

En lugar de responder, me destapo con un gesto rápido para que contemple el tamaño de mi erección, me chupo los labios y ella dibuja una sonrisa de satisfacción al mismo tiempo que se encoge de hombros, fingiendo indiferencia.

—Una lástima que vayamos a desperdiciar todo eso.

—Cállate. —Le lanzo un cojín antes de volver a taparme, esta vez cubriendo mi cara para ahogar un grito dramático de desesperación.

Emily rompe a reír y escucho cómo se mueve por la habitación. Me aparto la sábana a tiempo de ver que está abriendo el cajón donde ha guardado toda su ropa interior, coge la camiseta de dormir y se dirige de nuevo hacia la puerta.

—¿Dónde vas ahora?

—A tocarme —suelta, con las cejas alzadas—. Y a ducharme.

—Joder, nena, pero no me digas eso —lloriqueo mientras resoplo y me restriego la cara.

—Te lo he avisado.

Me lanza un beso y continúa su camino, con claras intenciones de provocar que me corra únicamente imaginándola dentro de la ducha. Dándose placer a sí misma.

23. NO TE CONVENGO

EMILY

El corazón se me va a salir del pecho. La gente habla a mi alrededor y ríen mientras hacen apuestas fuera del edificio. Abi no me pierde de vista; las dos estamos de pie junto a la puerta, porque él no ha querido que entremos, pero creo que no saber lo que está sucediendo dentro es aún peor.

—¿Por qué tarda tanto? —maldigo volviendo a mirar el reloj—. Lleva más de una hora ahí. Voy a entrar.

—No, quieta. —Tira de mi brazo y me aleja unos pasos cuando la puerta se abre y un grupo de gente sale, entre ellos uno con el rostro completamente irreconocible—. Dios mío.

—No puedo con esto, Abi. —La respiración empieza a faltarme y soy muy consciente de que, como no logre calmarme, dentro de unos segundos estaré hiperventilando.

Cuando esta mañana Cole nos ha sentado a las dos en el sofá para decirnos algo, solo me han venido a la cabeza dos cosas: que volvía a prisión o que volvía a pelear. Obviamente, prefería la segunda opción, pero eso no ha hecho que lo celebrase.

—Sé que no os gusta —ha dicho mirándome a mí directamente—, pero solo necesito que lo aceptéis y saber que vais a estar bien. Que estaréis tranquilas.

—Pues muy tranquila no voy a estar sabiendo que te están reventando la cara, Cole —solté sin pensarlo mucho, aunque añadí con resignación—: Pero lo aceptaré, no me queda otra.

—Estaremos bien. —Abi le estrechó las manos a su hermano y le dedicó una sonrisa cómplice.

Han pasado tantas cosas que siento que no tengo derecho alguno a opinar sobre las decisiones que toman. Como esta. Los dos saben que no aguanto el tema de las peleas; fue el motivo por el que lo dejamos. Sabía que, tarde o temprano, volvería a hacerlo, pero no pensé que sucedería tan pronto. Además, si antes llevaba mal todo lo relacionado con la violencia, ahora es algo inconcebible para mí…

Supongo que por eso, cuando le he dicho que quería ir con él, enseguida ha rechazado la idea y, tras mi insistencia, ha aceptado que lo acompañásemos, pero solo hasta allí.

—Em, relájate —pide mi mejor amiga al mismo tiempo que me sostiene por las manos y me obliga a mirarla—. Respira.

—¿Y si se cae y se golpea la cabeza contra el suelo? Son peleas callejeras, Abi —hablo llena de preocupación—. No es un ring como los de la liga profesional. Esto es un pabellón abandonado, el suelo es asfalto. ¡Y el asfalto es duro como una piedra!

—¡Emily! —exclama sujetándome con fuerza por las mejillas.

—Quiero verlo. Necesito verlo.
Paso por su lado en dirección a la puerta, pero entonces esta vuelve a abrirse y lo primero que me encuentro es el pelo decolorado de Byron. Sale con una sonrisa mientras cuenta un fajo de billetes. Cole lo sigue, pero no consigo ver su rostro hasta que ya están los dos fuera, porque By lo tapa con su cuerpo.
Entonces freno en seco y el semblante se me descompone al ver la cantidad de sangre y cortes que tiene repartidos por toda la cara.
—Estoy bien —dice con cautela en cuanto sus ojos hacen contacto con los míos—. Todo es superficial.
Un nudo se forma en mi garganta y no soy capaz de articular palabra. De repente, *flashes* de Trey abofeteándome empiezan a pasar por delante de mis ojos, la boca se me seca y, si no fuese porque Abi me sujeta, habría terminado en el suelo.
—Nena, estoy bien —repite, tratando de acercarse.
Inconscientemente, doy un par de pasos atrás, sin despegar mis ojos de todos los golpes.
Me doy cuenta de que estoy llorando porque el sabor salado llega hasta mi boca, pero apenas siento nada más que miedo. Pánico. Tanto que me doy la vuelta y comienzo a alejarme en dirección contraria a ellos. Escuchó cómo me llaman, pero no me detengo. Camino de forma tan atropellada que ni siquiera me doy cuenta de cuando me choco con un grupo de chicos.
—¿Qué te pasa, guapa? —Uno de ellos acaricia mi rostro, mientras que otro apoya la mano en mi espalda.
—¡Eh! —Un grito procedente de Cole a mi espalda hace que los empuje con los ojos cerrados y eche a correr con la mirada nublada.
Hace rato que perdí el control de mi respiración y no sé ni cómo me responden las piernas, las cuales noto entumecidas. Tan solo siento la necesidad de alejarme de todo el mundo; de alejarme de los golpes que Cole tiene en la cara.
¿Por qué ha tenido que participar? Todo era genial hace unas horas; anoche mismo, cuando nos besamos por primera vez. ¿Por qué no me lo contó ayer? Él ya lo sabía y me lo ocultó. ¿Acaso no podría buscarse la vida de otra forma? Entiendo que necesite más dinero, ¿¡pero tenía que ser precisamente en peleas!? Con todo lo que me ha pasado… Dice que me quiere, pero después acepta esta mierda.
«Joder, Emily, no hay quien te entienda».
¿Por qué estoy reaccionando así? Él está bien, no le ha pasado nada, estoy segura de que el otro ha recibido muchos más golpes que él. ¿Por qué me ha afectado tanto verlo? Le dije que aceptaría que pelease y que le apoyaría al igual que él lo está haciendo conmigo. ¿Por qué no puedo ser consecuente con mis palabras?
—¡Em, para! —Abi consigue llegar hasta mí después de que casi la atropelle un coche al cruzar

la carretera.
—No-no puedo respirar —digo mientras me llevo una mano a la garganta—. Me muero, Abi.
—Te vas a morir del guantazo que te voy a dar como no te relajes —espeta, pero de inmediato cambia la expresión al darse cuenta de sus palabras y del efecto que causan en mi estado—. Joder, perdona. Mierda. Vale, intenta respirar conmigo, venga.
A su espalda veo a Cole, que se detiene a unos cuantos metros junto a Byron, pero no se atreve a acercarse más. En su rostro puedo percibir la enorme preocupación mezclada con la culpabilidad; sé que ahora mismo está arrepintiéndose de haber aceptado esta pelea.
Trato de centrarme en lo que mi mejor amiga me dice, comienzo a notar de nuevo mis manos y el entumecimiento empieza a desaparecer.
—Lo estás haciendo genial. —Me dedica una sonrisa y, cuando consigo ralentizar un poco el pulso, rompo a llorar como hacía dos semanas que no lloraba.
Cierro los ojos con fuerza, con la cabeza hundida entre los mechones de su pelo, y me concentro en la forma en la que acaricia mi espalda; en su tacto y en cómo me hace sentir. En volver al presente y no dejarme arrastrar al lugar al que mi mente me quiere llevar.
Entonces lo escucho.
—Nena…
Saco la cabeza del cuello de Abi y algo en lo más profundo de mi ser se rompe en mil pedazos diminutos al ver el rostro de Cole; el puñado de lágrimas que se mezclan con los restos de sangre procedentes de sus heridas.
Me separo de Abi y le hago ver que puede acercarse al dar un par de pasos hacia él. Entonces, sus brazos me envuelven con cuidado, posa la mano en mi nuca y vuelvo a deshacerme en un mar de lágrimas, las cuales no sé ni tan siquiera de dónde proceden; si del miedo, la ansiedad, la confusión….
—Te juro por Dios que no pienso volver a participar en una pelea en mi puta vida —dice con dolor y arrepentimiento—. Lo siento muchísimo, soy un gilipollas.
Me aparta para sostenerme por la barbilla y seca mis lágrimas con los pulgares. Las suyas siguen mezclándose con los cortes que tiene en el pómulo y en la barbilla. Los de la nariz y la ceja, que son considerables, necesitan puntos.
—Deja de mirarlas. Estoy bien, de verdad —asegura—. Por favor, dime qué puedo hacer para que te sientas mejor.
—Hermano, llévala a casa —sugiere Byron a su espalda.
Cole intercambia una nueva mirada conmigo y puedo ver lo preocupado que está, porque aún no he soltado ni una sola palabra. Ni siquiera soy capaz de ordenar dos pensamientos seguidos; las emociones me atropellan sin que sea consciente de todas ellas. No sé ni cómo me siento ahora mismo.

Creo que he entrado en modo automático.
—Igual hoy deberías dormir en casa de By. —Mi mejor amiga se dirige a su hermano después de soltar un suspiro y él me mira para buscar una respuesta por mi parte.
Sin embargo, al escuchar eso e imaginar que Cole se aleje de mí, la ansiedad y el miedo se convierten en pánico. Niego de forma frenética y trago saliva para intentar recomponerme y ser capaz de hablar.
—No, vámonos.

COLE

Emily no pronuncia una palabra en el camino de regreso a casa. Mi hermana va sentada atrás, a su lado, con la mano de ella en su regazo e intercambiando miradas de preocupación de vez en cuando conmigo a través del espejo retrovisor.
¿Cómo he podido ser tan cabrón? ¿En qué momento se me ocurrió que esto era una buena idea? ¿Cómo no pude darme cuenta de lo que supondría para ella? Soy un puto desgraciado. No dejo de cagarla, desde que salí de prisión ha sido una detrás de otra, no sé ni cómo sigue viviendo conmigo.
Se merece algo mucho mejor que yo, alguien capaz de cuidar de ella, de ganarse la vida de otra forma que no sea rompiéndole la cara a la gente.
Dios, he sido tan ingenuo. Por un momento, durante estas semanas a su lado, durmiendo junto a ella, haciéndola reír, compartiendo los días y las noches, he llegado a pensar que todo podría solucionarse. Que podríamos volver a ser solo Cole y Emily.
Menudo imbécil.
—Mañana te llamo —dice Byron cuando aparca frente a nuestra casa y ellas dos se bajan del vehículo—. Ten paciencia.
—Gracias. —Asiento y le hago una señal con la cabeza antes de cerrar la puerta del copiloto.
Aguardo a que las dos entren sin saber bien qué hacer. La situación es delicada y creo que Abi tenía razón. Habría sido mejor que esta noche le dejase su espacio, pero en cuanto lo ha sugerido, he podido ver la ansiedad de nuevo en los ojos de Emily. Aun así, dudo que mi compañía sea la mejor para ella ahora mismo. Bueno, en general.
—Cole, sube a curarte todo eso, anda —indica mi hermana después de quitarse el abrigo.
—Sí. —Trago saliva sin ser capaz de mirar a Emily a los ojos y me dirijo a las escaleras, pero entonces la escucho a mi espalda.
—Necesitas puntos.
Me detengo un momento al ver que me sigue, pego la espalda a la pared y dejo que pase por delante de mí. Abi me hace un gesto con las manos, como queriendo decir que me tranquilice,

que todo irá bien. Pero nada va bien, joder. Esto es un puto desastre.
—Siéntate ahí —pide después de entrar en el cuarto de baño.
Obedezco en silencio y me coloco sobre la taza del váter, separo las piernas para darle espacio y la observo mientras saca todo del botiquín; lo que había de antes y lo que ella ha traído nuevo del hospital estos últimos días. Joder, es como si supiese que algo pasaría.
La gasa impregnada con antiséptico se desliza con suavidad por encima de cada corte, pero no siento dolor físico. El único dolor que siento es en el corazón al ver cómo varias lágrimas resbalan por las mejillas de la única mujer a la que he querido.
A la que quiero.
—Em…
—Cierra los ojos —me interrumpe al mismo tiempo que pasa la mano por su cara antes de coger la aguja de sutura—. Esto te dolerá.
—Prefiero mirarte.
Trago saliva y tan solo arrugo un poco el ceño cuando el borde afilado atraviesa la carne y sale por el otro lado. Los ojos me escuecen, pero no por el hecho de que me esté cosiendo, sino por las lágrimas que estoy esforzándome por contener. No tengo derecho a llorar. No cuando soy el causante de todo lo que ella está pasando ahora mismo.
Se esfuerza por terminar, cierra la sutura y, justo después de cortar el resto del hilo, rompe a llorar con más fuerza y deja todo el material en el botiquín. Suelto una bocanada profunda de aire, inundada de desesperación, rabia conmigo mismo y dolor. Mucho dolor.
—¿Por qué me pasa esto? —se pregunta a sí misma, clavando la vista en el suelo. Se apoya en la encimera—. Lo he hecho una decena de veces.
—Son demasiadas. —Chasqueo la lengua y me levanto para terminar de limpiarme el resto de los golpes.
—¿Qué?
Busca mis ojos a través del espejo.
—Mírame, Emily. —Señalo mi rostro y mi aspecto en general—. Mereces mucho más que esta mierda. Mucho más que un tío que solo sabe darse de hostias y hacerte llorar.
—Cole. —Me advierte con la mirada que no siga. Sabe lo que esto significa.
—No te convengo.
—Me da igual —espeta a la vez que se seca las mejillas con rabia—. ¿Crees que, después de todo lo que he pasado, esto me importa?
—Precisamente por eso. —Me giro hacia ella y suelto una risa amarga—. Lo que deberías hacer ahora mismo es buscar tranquilidad, estabilidad, cuidar de ti misma y pensar en lo que necesitas.
—¡Tú eres lo que necesito! —exclama, comenzando a perder el control.
Dios, la conozco tan bien. La forma en la que mueve las manos y cómo se le activa el tic que

tiene en la pierna, la vena que se le hincha en el cuello y el aspecto ansioso que adquiere su mirada.

—Yo soy lo que quieres, no lo que necesitas, Emily.

—No pierdas el tiempo, porque no vas a conseguirlo —espeta antes de darse la vuelta para salir del cuarto de baño dando un portazo.

Aprieto los puños a cada lado de mi cuerpo y cierro los ojos a la vez que lleno mis pulmones de aire, trato de respirar con calma y no perder los papeles como lo he hecho con la cara del tío contra el que me ha tocado pelear.

No fue fácil, porque no estaba concentrado, pero acabé ganando por nocaut en el tercer asalto. Aunque el cabrón me ha dado duro y hubo un par de ocasiones en las que casi me derriba, vi de reojo cómo Byron miraba hacia la puerta y eso me recordó que Emily estaba fuera. Todo lo sucedido me vino a la cabeza; la imaginé, aterrada y acorralada por ese desgraciado que le ha jodido la vida, y me convertí en un puto animal.

Recordarme en esos momentos de debilidad —porque es lo que son, momentos en los que pierdo el control y mis impulsos ganan a todo lo demás— solo refuerza mi idea de que se merece algo mejor que yo; mejor que lo que yo puedo ofrecerle.

Sé que no va a ceder, me quiere demasiado, pero estoy convencido de que es lo mejor para ella y que en el futuro me lo agradecerá.

24. C&E

COLE

Cuando bajo las escaleras, sin saber bien cómo reaccionará después de lo sucedido en el baño, las veo sentadas en una silla de la cocina con una taza humeante frente a ellas. Mi hermana me dedica una mirada de lástima —supongo que Em le ha contado lo que le he dicho—, y se levanta para servirme un poco de té.

—Gracias. —Estrecho su mano y camino para sentarme en la silla libre, con Emily frente a mí.

—¿Cómo estás? ¿Te duele? —consulta Abi y arruga el morro tras acercarse para mirar los golpes con más detenimiento.

—No.

Me chupo los labios y alzo la mirada, consciente de que me encontraré con la de Emily. Ninguno dice nada, así que mi hermana decide romper la tensión.

—¿Ha merecido la pena? —pregunta a la vez que se frota los dedos para saber cuánto dinero he ganado.

Estiro la pierna para poder coger el sobre que tengo en el bolsillo del chándal gris, ahora lleno de manchas por haberme caído en aquel frío suelo de asfalto. Saco el fajo de billetes y lo dejo sobre la mesa azul, que tiene desconchones desde que la compramos de segunda mano.

—*Wow*. —Lo coge y le ahorro el esfuerzo cuando empieza a contarlo.

—Cuatro mil quinientos.

—Joder —murmura antes de formar una línea con los labios y desviar la vista un instante hacia Emily, la cual tan solo se limita a suspirar y dar un trago a su té.

—Tenemos para cuatro meses de alquiler —comento al mismo tiempo que estiro el brazo para alcanzar las servilletas y pasar una por el corte que se me acaba de abrir en uno de los nudillos al meter la mano en el bolsillo.

Evito la mirada de las dos. Creo que aún no se habían fijado en el estado de mis manos. Me he vuelto a colocar los anillos tras la pelea, ya que te obligar a retirarlos todos porque, si ya de por sí el *bare knuckle* es agresivo al golpear sin guantes ni vendas (a nudillo descubierto), imaginad si encima le añades anillos.

—O para un coche. —Abi alza las cejas y yo tuerzo el gesto, nada convencido—. El alquiler lo pagamos entre los tres sin problema y el coche lo necesitamos ya.

—Yo quiero participar —interviene Em, pillándonos a los dos por sorpresa.

—Si no tienes carnet.

—Y ella tampoco —arremete mientras señala a su mejor amiga.

—Pero ella trabaja conmigo, yo la voy a llevar. ¿Para qué quieres tú un coche?

—Seguro que también me llevarás a mí a los sitios.

Niego con la cabeza y noto cómo vuelve a ponerse nerviosa.

—No vas a pagar por algo que vas a usar cuatro veces contadas, Emily.

—Gano más de lo que necesito, ¿para qué quiero el dinero si no es para gastarlo?

—Pues yo qué sé, ahórralo para tu futuro. Seguro que algún día querrás comprarte una casa y…

—Mi futuro. —Suelta una risa amarga y se levanta arrastrando la silla.

Deja la taza en el fregadero y se apoya en la encimera con las manos en el borde. Los tres guardamos silencio unos segundos y, por la mirada de mi hermana, sé que acabo de cagarla.

Otra vez.

—Gracias por dejarme claro que ves tú futuro y el mío por separado.

—Em… —Suelto una bocanada de aire cuando se marcha de la cocina y apoyo la cara entre mis manos, pero enseguida las aparto al notar el dolor.

—Solo quiere estar contigo, Cole —explica mi hermana con tristeza a la vez que entrelaza sus dedos con los míos sobre la mesa—. No te haces una idea de lo que te quiere.

—No soy lo que necesita, Abi. —Niego con la cabeza y ella tan solo suspira con resignación —. Mírame, soy un puto desastre. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Lo único que necesita: amor.

Se levanta y deposita un beso en la parte sana de mi frente, me dedica una mirada llena de cariño y se aleja, perdiéndose también por el marco de la cocina.

Doy vueltas por el salón sin saber qué hacer. Paso canales, me siento, me levanto, miro el reloj, salgo a fumar. No quiero subir a la habitación porque sé que, cuando lo haga, deberé haber tomado una decisión y será la más difícil de toda mi vida. ¿Cómo puedo dejar a la mujer que amo hasta con la última puta fibra de mi ser? No me siento capaz, pero sé que ella no se alejará de mí. Y eso solo le traerá más dolor.

Cierro la puerta del cuarto despacio. Ya son las dos de la madrugada, pero sé que no está dormida; no puede dormir estando así conmigo, al igual que yo con ella. Me siento en el borde del colchón y permanezco así varios minutos, con un leve temblor en las manos y el pulso acelerado.

No me salen las palabras.

Trago saliva porque tengo la boca seca, e incluso siento la necesidad de coger la botella de agua de la mesilla para dar un par de sorbos. Entonces, la cama se remueve a mi espalda y yo dejo de respirar. Sé que está sentada.

—¿De verdad no me ves en tu futuro? —musita con voz temblorosa.

Suspiro y me doy la vuelta para mirarla. No está llorando, pero le falta poco.

—Yo no tengo futuro si no es contigo, Emily —confieso, dejando que hable el corazón por mí, ya que mi cabeza se encuentra fuera de juego.

—¿Entonces?

—No tengo nada que ofrecerte, nena. —Chasqueo la lengua y busco sus manos por encima de las sábanas—. Eres una mujer increíble que merece alguien que sepa estar a la altura. Alguien que pueda cuidar de ti de la forma correcta.

—No voy a encontrar a nadie que me quiera y me cuide como tú —suelta con determinación y firmeza. Trepa por el colchón hasta donde yo me encuentro y se sitúa de rodillas cerca de mi rostro—. Y no quiero. Te quiero a ti, Cole.

—Em… —Suspiro y retiro la mirada, porque sé lo que está haciendo.

Sabe que es mi puta debilidad.

—Cole y Emily para siempre, ¿acaso ya se te ha olvidado? —pregunta con voz rota, sujetándome por la barbilla para obligarme a mirarla.

Alza la mano y la gira para mostrarme el pequeño tatuaje que nos hicimos cuando aún estábamos juntos. Acabábamos de decirnos «te quiero» por primera vez y ni siquiera me lo pensé cuando me sugirió que nos tatuásemos una *C* y una *E* rodeadas del símbolo del infinito. El suyo es un poco más pequeño, pero yo lo pedí bastante más grande; quería que resaltase sobre el resto de los diseños que me adornan los brazos y manos.

Una sonrisa nostálgica se dibuja en mi rostro cuando, además, Emily busca el mío. Coloca nuestras muñecas para que queden pegadas y entonces me observa.

—Dijimos que sería para siempre. —Se esfuerza por hablar con seguridad, aunque sé que se muere de ganas de llorar—. ¿Vas a fallarme ahora?

—¿Crees que esto es fácil para mí? —La voz se me rompe un instante, así que me aclaro la garganta y vuelvo a mirarla—. Eres lo único que tengo en el mundo, Emily. Algún día mi hermana conocerá a alguien y se largará, es ley de vida. Y entonces me quedaré solo.

—Eso nunca pasará, porque yo siempre estaré aquí.

Sus labios se posan sobre los míos con delicadeza, miedo y un mar de incertidumbre. Lucho con todas mis fuerzas por separarla, pero el cuerpo no me obedece. No soy capaz de contener más las lágrimas, noto cómo caen por mi piel y el escozor cuando pasan por encima de las heridas, esas que en un par de semanas habrán cicatrizado. Pero ¿qué pasará con el resto? Con las del corazón. ¿Podré cerrar algún día la herida si aparto a Emily de mi lado? ¿Me perdonaría a mí mismo si no lo hago y la arrastro conmigo a un mundo incierto, donde cada día es una nueva oportunidad para cagarla o sobrevivir?

—Lo que ves es lo que hay —sollozo cuando nos separamos—. Desearía poder bajarte la puta luna, pero ni siquiera puedo comprarte un coche. ¿De verdad esto es lo que quieres? —Me

echo un poco hacia atrás y señalo mi pecho—. Un tío que va dando vueltas por la vida sin un propósito. Sin oportunidades. Un tío que no sabe dónde estará mañana o si será capaz de no romperle la boca al siguiente que te falte al respeto. Un tío que no tiene ni el graduado escolar, porque se vio obligado a ponerse a currar para poder pagarle los estudios a su hermana. El mismo que cada noche debía partirle la cara a propio padre, que…

El llanto me impide seguir hablando. Me quiebro por completo y ella se acerca con decisión para envolverme con sus brazos y hundir los dedos entre los mechones de mi pelo.

—Sí, Cole —dice sin soltarme—. Ese es precisamente el tío al que quiero. Y que todo eso no te defina como persona y hayas superado tantísimas cosas es uno de los motivos por los que estoy enamorada de ti.

No soy capaz de hablar, siento cómo me falta el aire y eso provoca que me ponga aún más nervioso, porque nunca me ha pasado nada parecido.

Noto cómo las piernas me cosquillean y siento la necesidad de moverlas, así que me separo con más brusquedad de la que me gustaría para levantarme de la cama. Llevo la mano a mi pecho e intento tragar saliva, pero mi boca está más seca que un desierto sin un año de lluvias.

—No pasa nada. —Se acerca hasta mí sin llegar a tocarme y me hace un gesto para que la mire a los ojos—. No pasa nada —repite y me dedica una sonrisa. Un gesto diminuto, pero cargado de significado—. Estoy aquí. Siempre voy a estar aquí, Cole.

—¿Qué pasa?

Abi entra en ese mismo momento, supongo que alarmada por el ruido que estoy haciendo.

—Un ataque de ansiedad —explica Emily sin alterarse lo más mínimo.

—Joder. —Mi hermana me sujeta las manos y la barbilla para clavar sus ojos en los míos—. Cole, ya está. Esto no es nada comparado a toda la mierda que hemos pasado.

Agacho un poco la cabeza para poder pegar mi frente a la suya, cierro los ojos y trato de fijarme en la velocidad de su respiración para intentar imitarla. Es una de las cosas que yo siempre le digo a Em cuando le sucede; algo que aprendí después de leer mucho sobre el tema cuando ya le había pasado en un par de ocasiones.

—Venga, ya está. Estamos aquí —asegura al mismo tiempo que tira de la mano de Emily, la cual también se encuentra deshecha en lágrimas, para que se acerque—. Mira lo afortunado que eres, el par de mujeres que tienes solo para ti —vacila para intentar que en mi cabeza se cuele una emoción diferente a la ansiedad.

Emily se carcajea entre lágrimas y las dos me rodean con sus brazos para acariciarme la espalda. Las quiero aún más por esto, pero realmente necesito estar solo ahora mismo.

Nunca me había sentido tan vulnerable. Siempre soy el fuerte, el que no duda en romperle la cara a quien hace falta, el valiente; sin embargo, ahora mismo me siento tan incómodo en mi propia piel que tengo la necesidad de alejarme.

No me reconozco.

—Estoy bien —miento para que no se preocupen más—. Necesito un momento.

—Claro.

Cruzo el pasillo de forma apresurada y sin mucha estabilidad. Es como si estuviese en otro lugar. Como si no fuese el Cole que está entrando en el baño.

Cierro la puerta y apoyo la espalda en ella un instante, con los ojos cerrados y la barbilla alzada hacia el techo. Trato de no pensar en nada porque, si lo hago, el sentimiento de incomodidad y asco hacia mí mismo, hacia la situación en la que me encuentro y a la que he arrastrado a las únicas dos personas que me importan, crece más de lo que puedo soportar. Entonces, me acerco al lavabo para abrir el grifo y mojarme la nuca, refrescarme la cara e ignorar el dolor que eso provoca en todas y cada una de las heridas, que me recuerdan todo lo que le he dicho a Emily.

La mierda de persona que soy para ella.

Sé que no estoy pensando con claridad, y que el ataque de ansiedad aumenta exponencialmente las debilidades y los miedos y, a la vez, te hace ver una realidad que no es. Pero, aun así, soy muy consciente de que cada palabra que ha salido por mi boca ha sido verdad. Que toda la basura que he soltado y que define mi vida, es real.

Y es lo único que puedo ofrecerle.

25. UN DÍA NUEVO

EMILY

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Abi con seriedad, apoyada en la cómoda con los brazos cruzados sobre el pecho—. Nunca lo había visto así. Jamás.

Suspiro y me encojo de hombros al mismo tiempo que aprieto los labios y trago saliva, cuando un nuevo nudo amenaza con instalarse en mi garganta.

—Le he preguntado si de verdad no me veía en su futuro —explico mientras me arrepiento por haberle hecho esa pregunta, la cual ha desatado todo lo demás—. Y ha empezado a decir que no puede ofrecerme nada. Que solo es un tío que va de un lado para otro sin sentido ni oportunidades, que no es capaz de controlar sus impulsos cuando alguien me falta al respeto… Ya sabes.

—Joder.

Se frota la cara y murmura algo que no llego a escuchar.

En ese momento la puerta del baño se abre y las dos nos miramos un segundo antes de dirigir nuestra atención a Cole. Entra en el dormitorio en completo silencio y camina hasta el borde del colchón, donde se sienta y deja escapar una bocanada de aire.

—¿Estás mejor? —le pregunta su hermana antes de acercarse despacio a él.

Tan solo asiente en silencio y se deja llevar por mí cuando tiro con suavidad de su brazo para que se tumbe. Se coloca de lado, mirándome. Nos tapo a los dos con el edredón y me prohíbo a mí misma llorar al ver cómo una lágrima resbala por un costado de sus ojos y recorre el corto camino hasta perderse en la tela de la almohada. Alzo las manos para entrelazar mis dedos con los de él y cierra los ojos al sentir el cuerpo de Abi tumbándose a su espalda. Le rodea la cintura y es él quien busca su mano para unirla también con las nuestras.

Suelto un suspiro despacio y permanezco mirándolo durante tanto tiempo que desconozco el momento en el que me quedo dormida. Lo único que soy capaz de dilucidar antes de que eso suceda, es que lo quiero más de lo que pensaba. Que no voy a abandonarlo y que, por mucho que enumere doscientos motivos por los que debería alejarme de él, yo tengo otros doscientos por los que no.

Cuando me despierto por la mañana, para mi sorpresa, sigue dormido a mi lado. Y digo sorpresa porque siempre suele despertarse temprano y dejarme sola en la cama para no molestarme cuando empieza a moverse; desde que lo conozco, sufre de insomnio.

Nunca lo hemos hablado directamente, pero imagino que se debe a la época en la que Abi corría hasta su habitación cada madrugada, porque su padre intentaba golpearla después de llegar

borracho a casa. Creo que el día que le concedieron la emancipación y le dieron su custodia fue, sin duda, el más feliz de su vida hasta la fecha.

Siempre que se me presentan dudas y, en cierta forma, lo culpo por ganarse la vida peleando, intento recordarme a mí misma la infancia que ha tenido. Estoy segura de que si no fuese porque tiene a Abi… Habría acabado muerto o en prisión para siempre.

Ella es su cable a tierra.

Cuando estábamos juntos, siempre se preocupaba por hacer cualquier cosa para sacarle una sonrisa, para que estuviese bien y no le faltase de nada. Recuerdo una ocasión en la que no pudo pelear durante un par de meses porque se lesionó y apenas podía caminar. Pasaron por una situación económica muy dura de la cual no me enteré hasta un tiempo después porque, por ese momento, yo estaba en época de exámenes en la universidad y no nos veíamos mucho.

Me di cuenta de que algo no iba bien cuando Cole empezó a perder peso.

Él me decía que estaba entrenando para recuperarse de la lesión lo antes posible, pero no me lo creí y decidí hablar con Abi. Ella tampoco se había percatado, porque se pasaba el día trabajando en el bar y apenas pasaban tiempo juntos fuera de la barra; sin embargo, me dijo que sí lo había notado más cansado de lo normal.

Cole dejó de comer para que su hermana pudiese hacerlo.

Desde aquel día, nuestras discusiones aumentaron, porque yo no podía dar lugar a que tuviesen la nevera vacía y que, lo poco que hubiese, tan solo fuera para Abi. Él era incapaz de aceptar mi dinero, por lo que empecé a hacerles la compra y llevarles comida a casa. Cole se enfurecía y decía que no era necesario, que a su hermana no le faltaba de nada y que él podía encargarse de ella.

Estuvimos casi un mes sin hablar debido a todo esto. Hasta que Abi se hartó, nos juntó a los tres en casa y dijo que debíamos solucionarlo; nos estaba destrozando. En cierta forma siempre he pensado que superamos aquello porque Cole se recuperó y pudo volver a pelear, por muy en contra que yo estuviera… No sé lo que hubiese pasado de haber seguido así.

Estiro la mano para retirar un mechón rubio de encima del corte que ayer le cosí, en un costado de la frente, y entonces, sin abrir los ojos, dice:

—Llevo un rato despierto.

—Lo imaginaba.

Sus iris, del mismo color que la miel espesa dentro de un tarro, se encuentran con los míos. Lleva una mano hasta mi mejilla y la acaricia en silencio.

Un ruido procedente de la cocina hace que gire la cabeza para comprobar que Abi no está tumbada tras él.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta cuando vuelve a mirarme.

—Bien.

—Cole, ¿cómo te encuentras? —repito a la vez que hundo los dedos en la parte delantera de su cabello para echárselo hacia atrás y despejarle la cara.

En lugar de responder, suelta una bocanada de aire y se tumba boca arriba. Me apoyo en el codo y lo observo sin presionarlo, dándole su espacio; sé la resaca que dejan los episodios fuertes de ansiedad. Especialmente después de una conversación tan intensa como la de anoche.

—No lo sé —confiesa poco después—. Todo lo que te dije ayer…

—Me ha dado un ataque de amnesia mientras dormía y no recuerdo nada.

Alzo las cejas cuando me observa y le dedico una pequeña sonrisa.

—Emily…

—Solo recuerdo la parte en la que dijiste que no tienes futuro si no es conmigo —continúo, decidida a no dejar que lo de ayer joda todo lo que hemos conseguido—. Y la de que lo nuestro es para siempre.

Clava sus ojos en los míos y se pasa la lengua por los labios, como si estuviese decidiendo en este preciso momento si quiere compartir el resto de su vida conmigo o no. Un pequeño nudo se me forma en el estómago durante los eternos segundos que tarda en hablar de nuevo, hasta que suspira despacio, asiente y dice:

—Está bien.

Respiro, aliviada, y dejo de contener el aliento. Me acerco a su pecho cuando pasa el brazo por detrás de mi cabeza, esperando a que hable. Sé que no tiene algo más que decir.

—No será fácil, nena —avisa con la voz grave—. Y no sé lo que pasará. La única certeza que tengo es que te amo.

Me incorporo para mirarlo, y no puedo evitar que las comisuras de mis labios se arruguen al escuchar esas dos palabras saliendo de su boca a pesar de que me las ha repetido muchas veces.

—Pero necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea —contesto sin pensarlo.

—Ve a terapia. —Sujeta mi rostro cuando retiro la mirada—. No te pido que sea hoy ni mañana, pero sí que te lo pienses y lo consideres.

—Cole…

—Escúchame, sé que crees que…

—Lo consideraré. —Asiento, interrumpiéndole para que no empiece una vez más con el tema. Alza las cejas, poco convencido—. Te lo prometo. ¿Algo más?

—Sí.

—¿En serio? —Sonrío y se incorpora en la cama, haciendo que yo también me mueva y quedemos sentados sobre el colchón—. ¿Qué más?

—Que vayamos despacio —indica antes de chuparse los labios—. Sé que te estás esforzando por volver a ser la de antes y que quieres que todo regrese a la normalidad lo más pronto posible,

pero lo que te ha pasado no es ninguna tontería. —Busca mi mano para acariciarla cuando resoplo—. Los traumas hay que tratarlos o llega un momento en el que te superan. La mierda siempre vuelve, Em. —Me mira con el rostro más serio y se encoge de hombros—. Soy la prueba viviente de ello.

—Pero es que yo no tengo ningún trauma, no sé por qué insistís tanto.

Me remuevo incómoda en el colchón y termino por levantarme.

—¿Eso crees? —pregunta después de destaparse y sentarse en el borde.

—Sí.

—¿Por qué reaccionaste así al verme los golpes en la cara?

Me encojo de hombros, sin saber qué responder, y me cruzo de brazos al sentirme vulnerable. Aparto la vista y él, en lugar de acercarse o decir algo más, se queda callado mirándome. Esperando.

—No lo sé, supongo que me dio impresión. —Resoplo al ver su expresión de incredulidad —. No me comas la cabeza, Cole. Estoy bien, no tengo ningún trauma. Sí, Trey se portó como un cerdo y me…

Aprieto los labios y me siento confusa al comprobar que me cuesta decirlo en voz alta.

—Te maltrató —recuerda, ahora sí, levantándose para acercarse—. Te golpeó e intentó violarte.

—No lo hubiese hecho. —Trato de mantenerle la mirada, pero tras fijarme en cómo frunce el ceño y aprieta los labios para no soltar todo lo que se le está pasando por la mente, niego y agacho la cabeza—. Perdona, no sé por qué sigo justificándolo.

—No tienes que pedir perdón —dice, alzando mi barbilla—. Todo esto, todo lo que sientes, es parte del trauma que te empeñas por negar.

—Te he dicho que lo pensaré, pero no empieces a repetírmelo cada media hora. Me conoces, Cole. Cuanto más me lo digas, más rechazo me causará la idea de sentarme delante de otras diez mujeres a compartir mis cosas.

—De acuerdo. —Asiente y apoya una mano en mi nuca para que me acerque y poder depositar un beso en mi frente—. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Pues vamos, seguro que Abi ha cocinado algo. ¿Qué hora es? —Se sujeta al marco de la puerta para mirar el reloj pequeño que hay colgado en la pared—. Joder, la una ya.

—Sí, nos dormimos muy tarde —comento de camino a las escaleras—. Después tengo que mirarte las heridas.

—No te preocupes, están bien.

—Eso lo juzgaré yo, que para algo soy la enfermera. —

Levanta las manos en un acto de rendición.

Esbozo una sonrisa y ambos inhalamos fuerte por la nariz al llegar a la cocina y ver la cazuela de pasta carbonara que está cocinando su hermana. Gira la cabeza hacia nosotros y nuestro buen humor humor se le contagia cuando nos damos los buenos días y nos fundimos en un abrazo.

Pocos segundos después, hundo el tenedor en la pasta para probarla.

—Está espectacular.

—Gracias. —Sonríe orgullosa y señala a Cole con la cabeza—. ¿Cómo van esos golpes? Es como si un camión te hubiese pasado por encima.

—Qué exagerada eres. —Abre el cajón para sacar el mantel y entre los dos ponemos la mesa mientras ella termina de cocinar—. Me han dejado mucho peor otras veces.

—Joder, como el día que te reventó la vena esa del ojo y lo tuviste rojo una semana entera.

—No le reventó una vena —corrijo antes de retirar la silla en la que me siento siempre—. Fue un vaso de la conjuntiva. Es como un hematoma, pero dentro del ojo.

—Bueno, lo que sea, pero daba miedo mirarlo.

—Tú sí que das miedo con esos pelos de loca. —Cole le lanza un pedazo de pan que Abi ha debido de sacar del congelador al levantarse.

—Estoy alargando los lavados, idiota —explica mientras comienza a servir la comida en tres platos—. Me huele fatal porque toda la gente fuma en el bar, por mucho que no se pueda, y lo tengo hecho una mierda de lavármelo todos los días.

Voy a responder cuando alguien toca la puerta de forma enérgica.

Nos miramos y Cole se levanta con el ceño fruncido.

—Quedaos aquí —pide al mismo tiempo que se remanga la sudadera y sale de la cocina.

26. FELIZ CUMPLEAÑOS

COLE

Sin ser consciente de mis movimientos, giro el cuello hacia ambos lados y me crujo los nudillos de camino a la puerta. Cuando la aporrean otras tres veces, contengo la respiración, cierro el puño con fuerza y abro, preparado para saltar cual puma recién salido de una jaula tras días encerrado.

—¿Y esa cara de asesino? —Byron frunce el ceño y levanta una bolsa llena de, probablemente, cruasanes; es un loco amante del dulce.

—Joder, tío, pensaba que sería la pasma o el puto exnovio de Emily viniendo a por más. —Relajo los hombros y vuelvo a respirar, aunque todavía de forma acelerada—. Te has saltado la hora del desayuno, íbamos a comer —comento a la vez que me separo para dejarlo entrar, pero, en lugar de hacerlo, permanece en el rellano con una enorme sonrisa—. ¿Qué pasa? ¿Te has tragado un payaso? Entra.

Entonces, abre su otra mano y de entre sus dedos cuelga una llave de coche diferente a la suya. Me la lanza sin esperármelo y la cojo al vuelo casi de milagro.

—Feliz cumpleaños, hermano. —Se frota las manos, sin borrar el gesto emocionado de su rostro, y se hace a un lado para dejarme ver un precioso Toyota Auris negro aparcado frente a la puerta.

—¿Es mi cumpleaños?

—¿Estás de coña? —Arruga la frente y saca el móvil del bolsillo para mirar la fecha—. Es veinte de diciembre, ¿no es hoy?

—Hostia. —Me revuelvo el pelo al mismo tiempo que niego y chasqueo a lengua—. Mierda, es el de Abi. Me cago en mi vida.

—Vale, vale, no pasa nada, hermano. —Baja la voz y se acerca para que solo yo lo oiga—. Escucha, le decimos que el coche es su regalo. De parte de los dos.

—No. —Acompaño mi negativa con un movimiento de cabeza—. Dios, ¿cómo se me ha podido olvidar? —insisto a la vez que bajo las escaleras para cruzar la pequeña entrada que hay hasta la verja metálica que rodea toda la casa.

—Cole, tienes mil cosas en la cabeza. Hazme caso, le decimos que este es su regalo.

—Pero, cabrón, ¿cómo se te ocurre comprar un coche? —Alzo las cejas, aún sorprendido, antes de pasar los dedos por el capó con una pequeña sonrisa en los labios.

—Esa es la reacción que buscaba. —Me guiña un ojo, satisfecho—. Fue una ganga. Lo vi hace unos días de pasada hacia el curro y no me lo pensé.

—¿Cuánto?

Se encoge de hombros y me hace una señal para que entre y lo pruebe.

—Tres mil, ha salido barato.

—Te lo pago en cuanto entremos, tengo la pasta en el…

—Oye, que es un regalo —me interrumpe—. Estás sordo, ¿o qué?

Lo miro cuando ya estamos los dos sentados dentro del vehículo, y entorno los ojos. Aún no me ha contado en qué anda metido para sacar tanta pasta.

En la pelea del otro día gané en realidad seis mil pavos, pero le di mil quinientos por haber conseguido meterme; siempre le doy parte de lo que gano porque es quien me mueve todo. Lo que no hemos hablado todavía es de dónde proceden sus ingresos extra. O cómo es posible que tenga el dinero suficiente como para poder gastárselo en este coche que ni siquiera es para él, en las zapatillas nuevas que le veo prácticamente cada día, las gorras y el resto de las cosas que no me cuadran con su sueldo ni con el barrio en el que vivimos.

—Cuéntame.

Abre la boca, pero vuelve a cerrarla al escuchar las voces de Emily y Abi desde las escaleras de la casa. Intercambia una mirada conmigo y yo asiento en señal de que acepto decirle a Abi que este es su regalo; pienso devolvérserlo quiera o no.

Salimos del Toyota mientras ellas se acercan en silencio, confusas al ver el coche. Byron vuelve a mirarme y ambos sonreímos antes de girar la cabeza. Extiendo la palma de mi mano, con las llaves sobre ella, y entonces digo:

—Feliz cumpleaños, hermanita.

—No creo.

Se tapa la boca, con los ojos brillantes por la emoción.

—Dios mío, se me había olvidado —maldice Emily e intercambia una mirada de culpabilidad conmigo—. Lo siento mucho, Abi.

—Calla, tonta. —Se dan un abrazo y ella intenta quitarle importancia—. Como para acordarte. Lo que me extraña es que este lo haya hecho —añade señalándome.

—En realidad…

—En realidad —interrumpe Byron, lanzándome una mirada—, te lo queríamos haber envuelto, pero no había suficiente papel de regalo en el bazar de la esquina —bromea a la vez que tira de su mano para estrecharla entre sus brazos también—. Feliz cumpleaños, Abs.

—¡Estáis locos! ¡Es precioso! —exclama después de dirigirse hacia el Toyota—. Cole, tengo que sacarme el carnet —añade con seriedad al mismo tiempo que me señala con el dedo.

—Bueno, poco a poco —río y paso un brazo por detrás de la cintura de Emily, cuando esta se acerca observando a mi hermana con una sonrisa.

—¿Cómo no me has recordado que era su cumpleaños? —me pregunta esta, con su mirada

unos cuantos centímetros por debajo de la mía.

—Porque no me acordaba —confieso antes de formar una línea con los labios—. El coche era para mí. Byron pensaba que era mi cumpleaños.

Aguanta la risa y niega con la cabeza.

—Pues os ha salido la jugada redonda.

—Le he dicho que no quería mentirla, pero ha insistido en que me callase.

—¿Qué más da de quién sea? —La señala cuando pega un pequeño grito emocionado al sentarse en el asiento del piloto—. Lo importante es la ilusión que le ha hecho.

—Voy a darle la pasta, por mucho que no quiera. Le ha costado tres mil pavos, así que puedo pagarlo con lo que gané en la pelea.

Arquea una ceja y ladea ligeramente el cuerpo hacia mí, apoyándose en la verja.

—¿Y qué piensas decirle a Abi cuando vea que ese dinero ha desaparecido?

—Ya pensaré en algo.

—Deja las cosas como están, Cole. —Suspira y frota mi pecho con cariño—. A veces está bien aceptar ayuda de los demás, ¿sabes?

—Lo mismo te digo.

Pone los ojos en blanco, pero al menos no se le borra la sonrisa. Algo es algo. Le paso el brazo por detrás de los hombros y deposito un beso en una de sus sienes mientras observamos con diversión cómo mi hermana finge que conduce mientras Byron la graba con el móvil.

—Vamos a que te cure un poco eso, anda —propone sin apartar la vista de las heridas de mi rostro.

—De acuerdo.

Abi se acerca dando saltitos, como si hubiese cumplido doce años en lugar de veintitrés.

—¿Y mi tarta de cumple?

Byron me mira desconcertado y sin saber qué decir, así que decido improvisar con lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Pues este año se me había ocurrido que la podíamos hacerlo los cuatro juntos, a ver qué sale —me carcajeo y le revuelvo el pelo, que ya tiene despeinado.

—Genial, pero entonces deberíamos ir al supermercado. No tenemos harina. —Arruga los morros y Byron dibuja una sonrisa traviesa antes de darle un toque en el hombro y señala el coche.

—Va, yo conduzco, que tú no tienes carnet —dice, sacándole la lengua—. Bueno, si me dejas. Ahora el coche es tuyo.

—Ja - Ja. —Le enseña el dedo corazón, pero enseguida sube las escaleras hacia el interior de la casa—. Lo primero que vamos a hacer es comer, que para algo me he tirado media hora cocinando una carbonara.

—Dios, te has propuesto enamorarme, Abigail —vacila él mientras la sigue.

Emily los señala desde atrás.

—Estos dos deberían liarse.

—No se aguantarían ni dos días. —Sonrío.

—¡Ya se ha enfriado! ¡Ahora no va a saber igual!

Reímos desde la sala al escuchar su cabreo. Em pasa por delante de mí y no me contengo, dejo que mis ojos recorran su anatomía desde los pies, en los que lleva unos calcetines de andar por casa, hasta mi camiseta blanca y *oversize* de los Monroe Warhawks, con el número diecisiete en granate rodeado de una fina línea amarilla que le ocupa toda la espalda.

Siempre me ha vuelto loco cada puto centímetro de su cuerpo, independientemente de lo que lleve puesto; sin embargo, por las mañanas, recién levantada, me resulta más *sexy* que de costumbre.

Me pilla de lleno al darse la vuelta. Arquea una ceja y no pierdo detalle del modo en el que pasa la lengua lentamente por su labio inferior.

—¡Cole! —me llama mi hermana, haciéndome un gesto con la mano—. ¿¡Vas a comer o no!?

—Sí, claro. —Trago saliva y retiro la vista de mi maldita debilidad para centrarme en Abi—. Ve calentando todo de nuevo mientras Emily me hace las curas.

—No tardéis —advierte, cuchara en mano.

—Que no.

Señalo las escaleras con la cabeza y dejo que Em me adelante para, no voy a mentir, deleitarme con el movimiento de su trasero a medida que va subiendo los escalones.

No me molesto en cerrar como otras veces; tan solo me siento en el borde de la bañera para que pueda hacer lo que sea que tiene que hacer en mi cara sin alzar los brazos o ponerse de puntillas.

—¿Me estabas mirando el culo? —pregunta con voz divertida al mismo tiempo que comienza a pasar la gasa por encima de los cortes.

—¿Este culo? —Llevo ambas manos hasta él y me muerdo el labio cuando estrujo las nalgas entre mis dedos—. Sí, claro que sí. Puede que quiera ir despacio, pero no soy de piedra, nena.

Sonríe cuando retiro las manos, porque realmente tengo una necesidad imperiosa de dejarme llevar, pero no puedo hacerlo. Todavía no.

—Sabes que puedes tocármelo siempre que quieras.

Suspiro y no pierdo detalle de las facciones de su rostro mientras ella se encarga del mío. Me fijo en la largura de las pestañas, las cuales se curvan ligeramente más en las esquinas, concediéndole esa mirada rasgada que fue lo primero de ella en lo que me fijé. También en la forma en la que se le achinan los ojos cuando sonríe, provocando que los pómulos se le marquen

más de lo habitual, y en las pequeñas arrugas que aparecen en la comisura de sus labios y que hacen que me den ganas de besarla constantemente.

—Te sabes de memoria todas mis pecas —comenta al darse cuenta de que no pierdo detalle.

—Me sé de memoria la curva de cada centímetro de tu piel, pequeña. —Le rodeo los muslos con las manos por encima de las mallas que usa para dormir—. Sueño con ellas cada noche desde que te conocí.

—Yo me sé todas tus cicatrices —dice entonces, pasando la gasa por encima de la ceja—. Y tenemos que sumar un par de ellas a la colección.

—Serán las últimas, Em. —Trago saliva y cambio el semblante a uno más serio—. Te prometí que no volvería a pelear y no se me ha olvidado.

—No tienes que hacerlo. Es tu vida, tú decides cómo vivirla —indica con voz neutra, antes de girarse para tirarla en la papelera que hay junto al inodoro.

—No a costa de tu salud mental. —Entrelazo los dedos con los suyos para acercarla y hacer que se siente sobre mis rodillas. Suspira con pesadez y observa con detenimiento el cuadro que debe ser mi rostro ahora mismo—. ¿Qué piensas cuando me miras?

—Que te quiero —responde con decisión—. Y que, mientras estés a salvo y tu vida no corra peligro, me da igual cómo te ganes la vida.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—Antes no, pero las cosas pueden cambiar de la noche a la mañana. —Se encoge de hombros y su garganta se mueve despacio—. La conversación que tuve con Abi me hizo darme cuenta de que, en el fondo, sí que te he llegado a juzgar en alguna ocasión.

—Lo sé. Lo entiendo.

—Pero no debería. Tú no elegiste tener esta vida, simplemente has hecho lo que has podido con lo que se te ha dado.

Aprieto los labios, sin saber bien qué decir.

Siempre he tenido claro que Emily odia la parte violenta que se corresponde con mi ser, con mi vida en general. Con toda ella. Desde los maltratos a mi hermana por parte de mi padre, hasta mis peleas para poder ganar dinero rápidamente.

—Buscaré otra forma de ganar dinero. ¿Crees que me gusta que me rompan la cara? —trato de bromear un poco para relajar el ambiente, pero, Dios, me conoce casi mejor que nadie.

—Cole, sé que te gusta pelear.

—No me gusta.

—No te gusta, pero lo encuentras terapéutico. —Alza las cejas y voy a responder cuando añade—: Tú mismo me lo dijiste en una ocasión. Que pelear te ayuda a descargar toda la ira, la frustración y la impotencia que te causan algunas cosas. Tus demonios, lo llamaste.

—¿Por qué tienes que recordar siempre todas las conversaciones?

Sonríe de forma inocente cuando tiro de su nariz con la punta de los dedos.

—¡Como no bajéis ya, me como vuestros platos! —grita Byron desde la cocina.

—Seguiremos con esta conversación.

—Creo que últimamente hablamos demasiado y fo…

Le tapo la boca porque sé que si escucho esa palabra querré hacérselo aquí y ahora.

—No lo digas —pido entre risas, tirándome de los dedos tatuados para que la suelte—. Solo te he puesto dos condiciones hace menos de una hora y ya te estás saltando una.

—Tienes las mismas ganas que yo —indica bajando un poco el tono de voz, lo que me alerta del peligro. Soy consciente de lo que viene a continuación.

—No empieces a decirme guarradas, que nos conocemos —le advierto y no me aparto cuando se acerca más para besarme.

Se coloca de puntillas sobre el frío suelo de baldosa, me rodea el cuello con los brazos y dibuja trazos perezosos en mi nuca mientras me introduce la lengua en la boca. Los primeros segundos la beso con los ojos abiertos, sonriendo y sin dejarme llevar, pero entonces tira con fuerza de mi labio inferior con sus dientes y los párpados caen por sí solos.

Llevo una mano hasta su trasero mientras que con la otra la rodeo por la cintura para colocarla sobre el lavabo; sin embargo, enseguida retrocedo al notar cómo mi polla se topa con el centro de sus piernas abiertas. Necesito parar dos segundos para recomponerme.

Ella se limita a sonreír cuando chasqueo la lengua y niego con la cabeza.

—No vuelvas a hacerme esto. —Mi petición es casi más una súplica.

—¿Por qué? Si te encanta —ríe, orgullosa, y tira de la sudadera para volver a pegarme a ella.

—Porque eres mi puta debilidad, pequeña. —Rodeo su cuello con los dedos, con toda la calma que soy capaz de reunir, y vuelvo a besarla.

Jugueteo con su lengua durante algunos segundos, hasta que escuchamos unas pisadas subiendo las escaleras. Le dedico una última mirada lujuriosa mientras me muerdo el labio y, en ese momento, Byron llega al cuarto de baño y sus ojos van derechos a mi más que evidente erección.

—¡Abi, estos dos no tienen hambre! —exclama inmediatamente antes de darse la vuelta para marcharse.

—Calla, cabrón. —Salgo para agarrarlo por el gorro de la sudadera y los dos reímos al mirarnos—. Ahora bajamos.

Asiente con una sonrisa y me guiña un ojo dándome una palmadita en el pecho antes de regresar abajo.

—Sin prisa, hermano.

Me doy la vuelta para volver al cuarto de baño, pero Emily sale en ese momento y nos chocamos de frente. Alza la barbilla con una expresión de excitación plena, las pupilas dilatadas

y no quiero ni imaginar el estado de su ropa interior.

—Vamos a comer —digo tras darle un beso rápido—. Y no se te ocurra hacerme ningún juego de palabras con eso.

—Yo también sé jugar a esto, ¿sabes?

—¿A qué? Yo no estoy jugando, nena.

Dirige la mirada a mi entrepierna y después recorre sus labios con la lengua antes de pasar por mi lado hacia las escaleras. Cierro los ojos e inhalo en profundidad, en un vano intento por recomponerme, y la sigo.

Dios sabe lo que le haría si pudiese, pero me aterra pensar en que el hecho de que tengamos sexo y nos dejemos llevar como… Bueno, como solíamos hacerlo, pueda incomodarla o de alguna forma traerle recuerdos desagradables.

Lo último que quiero es que asocie nuestras relaciones sexuales con el cabrón por el cual estamos ahora así.

27. SE ME PARA LA VIDA

EMILY

Como hoy libran los dos y yo estoy de vacaciones hasta enero —he aprovechado que me debían días para poder centrarme en mí misma—, decidimos celebrar el cumpleaños de Abi yendo al bar por la noche.

Me siento fatal por haberlo olvidado; es la primera vez que no le monto una fiesta sorpresa o algo similar. Supongo que mi cabeza no ha estado muy centrada últimamente, y aunque sé que no le ha importado, no puedo evitar sentirme mal.

Respecto a Cole, cuando esta mañana se ha quitado de la mente ese pensamiento absurdo de que no me conviene y que merezco algo mejor, ha sido como sacarme un enorme peso de encima. A ver, sé que tiene razón en todo lo que dijo, pero es que me da igual que sea un tío que va por la vida sin rumbo ni posibilidades. Yo sí tengo todo de lo que él dice carecer y pienso compartirlo con él si eso supone compartir mi vida con la suya.

Estoy enamorada desde la primera vez que le dije *te quiero* y eso no ha cambiado por mucho tiempo, espacio y mierda que hayamos pasado.

Cole es mi persona.

—¿Qué vais a tomar? —pregunta Byron mirándonos a los tres—. Tú lo de siempre —añade mientras señala a su amigo—. ¿Vosotras también?

—Lo de siempre, sí —respondemos a la vez Abi y yo.

—Qué raro se me hace estar al otro lado. —Mi mejor amiga se sienta en un taburete y no para de saludar a todos los compañeros que van pasando por delante. Cole le acaricia la espalda —. La verdad es que parecemos masocas, viniendo cuando libramos… Parece que vivimos aquí.

Él se encoge de hombros y dibuja una sonrisa dulce.

—Es que vivimos aquí. Pero mejor esto que la cárcel, créeme.

—Vamos a brindar —invita Byron tras colocar las copas en nuestras manos—. Por la cumpleañera.

—Por la mejor hermana del mundo. —Cole le da un beso en la frente y los cuatro sonreímos al mismo tiempo que alzamos las copas.

—Por mi mejor amiga —añado guiñándole un ojo antes de beber.

—¿¡Es tu cumpleaños!?

Ladeamos el rostro hacia el interior de la barra cuando una de las camareras, la misma que no paraba de tocar a Cole el otro día, se lleva las manos a la cabeza con una expresión de sorpresa que no le cabe en la cara. Abi me mira de soslayo, incómoda, y asiente. Sabe que no

soporto a esta tía.

—Sí, pero…

No le da tiempo a acabar la frase, porque ella se gira para coger una bocina que tienen junto a una de las cajas registradoras y la enciende al mismo tiempo que le hace una señal al DJ para que baje el volumen de la música.

—¡Es el cumpleaños de Abi! —grita a través del interfono.

Y ya está liada. Todo el mundo comienza a silbar y, de un momento a otro, la perdemos entre la gente y no volvemos a verla hasta que otro de los camareros la levanta en el aire y la deja de pie sobre la barra. Ella, tan natural y risueña como siempre, empieza a bailar al son de los aplausos de la gente con la canción que le dedican, me hace una señal para que me suba junto a ella, pero niego con una sonrisa. Primero, porque lo último que me apetece es que me mire todo el mundo, y segundo, porque me he puesto una minifalda blanca y si me subo a la barra, se me verá hasta el alma.

—¡Cole, vamos! —Paige tira de su mano desde el otro lado, pero él niega con un gesto amable.

—Esta noche me quedo fuera.

Ella posa sus ojos en mí y no puedo evitar arquear una ceja cuando inspecciona sin disimulo alguno todo mi atuendo. Cole se da cuenta, porque apoya una mano sobre mi muslo y acerca la banqueta un poco más. Aproxima su rostro y, después de pegarme los labios a la oreja, susurra:

—¿Te apetece bailar?

Baja la mirada a mi boca sin retroceder más de unos pocos centímetros. Por el rabillo del ojo veo cómo Paige no se ha movido. ¿A qué espera para largarse? ¿Acaso necesita más aclaración de que a Cole no le interesa una mierda?

—Claro. —Acepto su mano cuando se levanta y tira de mí con una sonrisa traviesa.

Dejo que rodee mi cintura con las manos tatuadas y llenas de anillos que tanto me gustan, poso las mías en sus hombros y comienzo a pegarme a él al ritmo de «El señor de la noche» de Don Omar, aprovechando la hora de reggaetón que ponen cada noche.

Me olvido de todo el mundo e, ignorando que seguramente Paige siga observándonos, decido centrarme en lo sexy y deseada que me hacen sentir las miradas que Cole me dedica con cada uno de mis movimientos.

No me lo pienso demasiado. Acerco mis labios a los suyos y es él quien me sostiene por un costado del cuello para terminar con el espacio que nos separa. Su lengua se pierde dentro de mi boca con ferocidad, con hambre. El sabor del whisky, mezclado con el tabaco y el chicle mentolado que estaba mascando hasta que hemos entrado, unido al calor que hace aquí dentro y al contacto de sus manos apretando con fuerza mi trasero… Hacen que me dé vueltas la cabeza.

Cuando nos separamos, puedo dilucidar en sus ojos el mismo pensamiento que tengo yo. Lo

que no sé es si lo llevará a cabo o si, una vez más, pondrá freno. Tuerzo ligeramente la barbilla, aguardando su reacción, pero veo que intenta recomponerse cuando cierra los ojos e inhala en profundidad.

—Lo tuyo tiene un nombre —indico mientras me acerco un poco más.

—Ah, ¿sí? —Sonríe y roza su nariz con la mía—. ¿Y cuál es?

—Microondas.

Rompe a reír, me da un pequeño azote que termina por humedecerme y se muerde el labio.

—Tú has querido besarme, nena.

—Y tú has querido bailar —apunto con las cejas alzadas antes de negar con la cabeza—. Voy a hacer pis y a refrescarme un poco.

Miro hacia el servicio de chicas, pero enseguida resoplo al ver la cola que hay. Entonces, Cole entrelaza sus dedos con los míos y me guía en la dirección contraria. Veo cómo le hace un gesto a uno de sus compañeros cuando llegamos a la barra y este le lanza un manojo de llaves.

—Ventajas de trabajar aquí —comenta con una sonrisa al mismo tiempo que gira el pomo de la puerta del baño reservado para el personal.

—Gracias. —Entro y me giro al ver que permanece quieto—. ¿Te vas a quedar ahí?

—Creo que será lo mejor —comenta riendo y pongo los ojos en blanco—. Venga, te espero aquí.

COLE

Apoyo el hombro en la pared, esperando a que termine y tratando de hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no entrar y follármela sobre el lavabo. Sé que lo desea tanto como yo, pero mi miedo sigue ahí; me da pánico que se me vaya la olla y pueda herirla de cualquier forma posible.

Nuestro sexo… no era vainilla precisamente.

La manilla gira despacio y la puerta se abre solo unos centímetros. Sonrío y me chupo los labios, mirando un segundo al techo antes de empujarla muy despacio. Como no veo a Emily por ninguna parte, entro.

Me río al encontrarla recostada contra una de las paredes con los ojos entrecerrados, la cremallera del corsé de encaje medio bajada y una mirada que me abrasa al instante.

Camino despacio con la cabeza medio agachada y la vista alzada, formando en mi frente esas arrugas que la vuelven loca. Me paso la lengua por los labios y deslizo la yema de los dedos por el interior de su muslo, subiéndole la minifalda a medida que avanzo. Hundo la cabeza en el hueco de su cuello y comienzo a depositar pequeños besos y mordiscos por todo el recorrido hasta llegar al lóbulo de la oreja, del cual tiro sin demasiada delicadeza.

Un gemido se escapa de sus labios.

—Nena, esta mañana hicimos un trato —susurro de camino a sus labios.

—Tengo amnesia otra vez. —Su voz me indica lo perdida que se encuentra ya.

—Dos veces en un día. Deberías ir a que te lo miren, ¿no te parece? —vacilo con mi boca ya sobre la suya.

—Bésame de una maldita vez —ordena con las pupilas dilatadas.

Alargo el momento solo un par de segundos, los suficientes para que ella misma se lance a mi boca con desesperación. Bajo las manos hasta su trasero y lo sujeto con firmeza para levantarla y llevarla hasta el lavabo del servicio, donde hago que se siente. Entierro los dedos entre los mechones de su cabello moreno y tiro fuerte para impedir que se mueva.

Retrocedo un poco y me permito deleitarme con cada centímetro de su piel, la rapidez con la que su pecho sube y baja por la velocidad de cada respiración, el modo en el que con los ojos me suplica que no me detenga y la hinchazón de sus labios por mis besos y mordiscos.

—Me encarcelarían otra vez por todo lo que quiero hacerte —mascullo entre dientes antes de acercarme de nuevo.

Siento cómo desliza la mano entre los dos y, cuando está a punto de llegar a la bragueta del vaquero, le rodeo la muñeca con la mano e impido que continúe.

—Cole —advierte con una mirada envenenada—. Te juro que, si no me follas ahora, saldré y buscaré a otro que lo haga.

—Mataré a cualquiera que te toque —aseguro con seriedad.

—¿Sabes? —Me empuja para bajarse del lavabo y se sube la cremallera del corsé—. Empiezo a pensar que de verdad no quieres hacerlo. No me deseas o…

—¿Eso crees?

Alza las cejas y se cruza de brazos, encogiéndose de hombros. Me paso la lengua por los labios sin dejar de recorrerle el cuerpo con la mirada y retrocedo hasta apoyar la espalda en la pared de enfrente. Entonces, me desabrocho el pantalón en silencio y bajo la cremallera despacio, para que no pierda detalle. Tiro de la tela y hago lo mismo con los bóxer blancos, me levanto la camiseta hasta los pectorales y dejo expuesta mi polla en todo su esplendor.

Dura, con las venas marcadas y lubricada por la excitación.

Emily se chupa los labios y desde aquí observo cómo traga con fuerza. Trata de disimular una sonrisa mordiéndose las mejillas antes de comenzar a acercarse.

—¿Y ahora? ¿Sigues pensando que no te deseo? —pregunto mientras termina de llegar hasta mí.

Me sostiene la mirada solo un instante antes de volver a bajarla, acerca lentamente la mano, pero se la sujeto justo cuando está a punto de tocármela. Entonces, arquea una ceja con incredulidad. Bajo la camiseta antes de volver a guardármela en su sitio y sujeto a Emily por la

cintura para pegarla a mi cuerpo.

—Se me para la puta vida cada vez que me miras —digo con seriedad, sosteniéndole la barbilla para darle un lento beso en los labios—. Así que no vuelvas a decir que no te deseo, porque no te haces una idea de lo que significas para mí, pequeña.

Suspira y asiente, confusa.

—Entonces, ¿por qué no paras de rechazarme? Y no me digas que porque es pronto, Cole.

—Tengo miedo —confieso. No puedo seguir ocultándoselo.

Frunce el ceño al mismo tiempo que acaricia mi cuello con cariño, provocando que un escalofrío me recorra toda la columna vertebral.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Em, nuestro sexo no era delicado, precisamente.

Intercambiamos una mirada cómplice y ella sonríe.

—Ya veo —dice asintiendo con la cabeza—. Tienes miedo de hacer algo que me moleste o me…

—O te haga recordar cosas que no quiero que recuerdes —suelto sin adornarlo demasiado—. Por nada del mundo quiero que asocies nuestro sexo con… él.

—Cole. —Lleva las manos hasta mis mejillas y me obliga a mirarla a los ojos—. Eres la única persona que consigue que me olvide del mundo. Cuando estoy contigo, no existe nada más. Nada.

—Ya, pero…

—Pero nada. Oye, te entiendo, de verdad —asegura después de apartar las manos y dar un paso atrás para tomar aire, como siempre que se siente abrumada—. Sé que todo esto tampoco está siendo fácil para ti, que tienes dudas y que…

—No tengo dudas —me interrumpe con el semblante serio—. Mis sentimientos por ti son lo único que he tenido claro en la vida, Emily.

Tan solo sonríe. Se aproxima de nuevo y termina la conversación con un abrazo que me atraviesa el alma y se clava en lo más profundo de mi corazón. Le acaricio el pelo con cariño y le devuelvo el beso cuando retrocede para buscar mis labios.

—Venga, volvamos. Abi y By se estarán preguntando dónde estamos —sugiero antes de que todo se vuelva más intenso y ella se aleje por ser incapaz de gestionar tantas emociones.

Entrelazamos los dedos y la guío por el pasillo de vuelta a la pista de baile para entregar las llaves a Arturo, un compañero con el que me llevo de puta madre. Le doy las gracias mediante una sonrisa y hago que Emily pase por delante de mí para abrirnos paso entre la gente y llegar al sitio que hemos cogido al llegar.

—Sí, se nota que nos echaban de menos —comenta ella antes de girar la cara hacia mí con una sonrisa divertida.

Miro por encima de su hombro y alzo las cejas con sorpresa al ver a mi mejor amigo y mi hermana devorándose el uno al otro.

28. UN NUEVO CUÑADO

EMILY

Aprieto los labios, intentando aguantarme la risa.

Cole y yo permanecemos de pie frente a ellos, esperando a que reaccionen y se den cuenta de que estamos delante; sin embargo, Byron, que está sentado en la banqueta y tiene a Abi de pie entre sus piernas, no parece tener intención de perder el tiempo.

Cole alza las cejas y tuerce el gesto con la mandíbula apretada cuando las manos de su mejor amigo bajan por la cintura de su hermana y no se detienen hasta que no la sujetan firmemente por el trasero. Entonces, yo decido que es el momento de hacernos notar.

Me aclaro la garganta después de acercar un poco la cabeza para que me oigan por encima de la música.

—Iba a ofreceros otra copa, pero igual preferís una botella de oxígeno —bromeo al ver cómo Byron mira a Cole, con el rostro contraído.

—Eh…

El pobre no sabe ni dónde meterse. Abi tan solo ríe mientras toma un pequeño sorbo de su copa, así que le doy un codazo a Cole para que corte el rollo, provocando que deje de aguantarse la risa y el pecho de By se hunda cuando suelta todo el aire contenido.

—Cabrón, pensaba que ibas a romperme la cara —se queja, buscando su copa para hidratarse y, sospecho, deshacer el nudo de su garganta.

—Que va —ríe y le palmea la espalda—. Sois mayorcitos para saber lo que hacéis.

—¿Ves? —Abi le planta otro beso rápido y lo mira con una complicidad que no había notado nunca entre ellos—. Te he dicho que le iba a dar igual.

—Me da igual. —Asiente después de acercar una banqueta que acaba de quedar libre para colocarla frente a ellos—. Pero tengo curiosidad por saber cómo habéis llegado a esto. ¿No es la primera vez?

Como si fuese el gesto más natural del mundo, me sujeta por la cadera y me apoya entre sus piernas, rodea mi cuerpo y me apoya la barbilla en el hombro.

—Es la primera vez, tío —aclara Byron con rapidez—. Si no, te lo habría dicho antes.

—¿Y cómo ha surgido? —inquiero, muerta de curiosidad. Se me hace tan raro verlos así de cerca.

—Me ha retado. —Abi se encoge de hombros de forma divertida—. Y ya sabéis lo que pasa cuando alguien me reta.

—¿Has retado a mi hermana a que te bese?

—No, joder —dice, lanzándole una mirada que provoca que ella rompa a reír por lo nervioso que está.

—No, me ha retado a hacer algo que no había hecho nunca y que me apeteciese.

—¿Y te apetecía besarlo? —pregunta Cole, sin salir de su asombro, mientras me acaricia el dorso de la mano con su pulgar.

—Pues sí. —Mira a Byron y lleva los dedos hasta sus labios para tirar de ellos—. Tiene los labios muy carnosos, tenía curiosidad.

Cole niega con la cabeza, en medio de una sonrisa de rendición.

—Joder, Abi.

—¿Y vosotros? —consulta ella, echándole una miradita a nuestros dedos entrelazados—. Se os ve más unidos que nunca.

—Estoy loco por ella, ya lo sabéis —responde sin duda alguna y deposita un beso en mi mejilla—. Nunca dejé de estarlo.

—¿Pero estáis juntos? —insiste Byron con las cejas alzadas.

Trago saliva, nerviosa, porque no hemos tenido esa conversación.

Creo que lo nuestro no podría definirse con palabras; no somos simplemente novios, esto va mucho más allá. No es como si mi cuerpo y el suyo se unieran, son nuestras almas las que siempre lo han estado, a pesar de la distancia y el tiempo. Aunque yo haya estado con otra persona, Cole nunca ha desaparecido de mi corazón. Jamás.

—No lo sé, ¿lo estamos? —me pregunta, observándome con una sonrisa cómplice.

—¿Me lo preguntas a mí? —Arqueo una ceja y no puedo evitar desviar un segundo la mirada a su boca cuando se pasa la lengua por los labios—. Eres tú el que se hace de rogar.

—¿¡Te haces de rogar!? —exclaman los dos a la vez, antes de empezar a reír.

Pone los ojos en blanco con la misma expresión divertida y vuelve a chuparse los labios. Necesito que pare de hacer eso o volveré a arrastrarlo al cuarto de baño. Y esta vez no lo dejaré salir.

—No me hago de rogar —aclara después de dar un trago a la copa de whiskey—. Solo intento que vayamos despacio. No hay ninguna prisa.

Esto último lo añade mirándome y clavándome los dedos con disimulo en la cintura. Veo cómo tensa la mandíbula y noto cierta dureza contra mi trasero.

Me muerdo la mejilla y asiento antes de volver a mirar a nuestros amigos para encogerme de hombros.

—Quiere ir despacio.

—Bueno, no me parece mala idea —apoya Abi cuando deja de reírse—. Tenéis todo el tiempo del mundo. Partís con la ventaja de que ya habéis estado juntos y os conocéis, así que esa parte os la podéis saltar.

—Como vosotros, ¿no? —vacila Cole para quitar la atención de nosotros y ponerla en ellos. Los señala—. ¿Qué es esto? ¿Un rollo de una noche?

—¿Estás preguntando si vamos a tener algo serio? Ni siquiera sé cómo folla. Prioridades.

Los cuatro rompemos a reír. Mi mejor amiga es única en su especie. No he conocido a nadie tan natural, espontáneo y sincero como ella.

Celebramos, bailamos y reímos durante un rato más, pero antes de que llegue la hora de cierre y de que todo el mundo comience a salir a tropel, Cole y Abi se despiden de sus compañeros y salimos del bar en dirección al aparcamiento.

Durante todo el camino a casa, Byron y ella van enrollándose en los asientos traseros mientras Cole conduce. Yo intento no mirarlos a través del espejo retrovisor, pero son demasiado escandalosos. No sé cómo a Cole no le importa que su mejor amigo dirija a su hermana los comentarios subidos de tono que le va haciendo.

—Buenas noches —dice ella en cuanto llegamos.

Ambos salen disparados del coche, sin despegar sus bocas, y se pierden por las escaleras camino a la habitación.

—¡Tened cuidado! —exclama Cole desde abajo—. ¡Que ya tienes una hija!

—Dios mío. —Rompo a reír, pero aprieto los labios cuando se gira hacia mí y alza las cejas —. Lo siento, es que me parece surrealista.

—Lo es. —Niega con la cabeza y lo sigo cuando veo que se dirige a la cocina, abre la nevera y saca algo de embutido y mayonesa—. ¿Te apetece un sándwich? Vamos a darles un poco de tiempo. No me apetece escuchar los gemidos de mi hermana.

—Vale, gracias. —Intento aguantarme la risa antes de darme cuenta de que no he sido consciente del hambre que tenía hasta que me lo ha ofrecido—. ¿Estás seguro de que no te importa?

—¿El qué? —cuestiona antes de chupar los restos de salsa blanca de la cuchara.

—Lo de esos dos.

—Me da igual con quién se líe mi hermana, siempre y cuando sepa que van a respetarla y a cuidarla. —Encoge los hombros y arruga el morro—. Y no se me ocurre ningún tío mejor que Byron para eso.

—Dudo que vayan a tener nada serio —comento a la vez que observo, apoyada en la encimera, cómo monta los dos sándwiches—. Son demasiado iguales.

—Yo tampoco lo creo. Se liarán unas cuantas veces hasta que alguno de los dos se canse. Solo espero que después no se pongan insoportables.

—Que va, son demasiado vacilones como para estar enfadados. No aguantarían.

Apoyo las manos en el borde para intentar subirme, pero no lo consigo a pesar de dar un par de saltitos. Cole me mira de reojo mientras sonríe y yo alzo las cejas esperando que me ayude.

—¿Vas a quedarte mirando cómo hago el ridículo mucho más tiempo?

Ríe y espero a que termine de untar la cuarta rebanada de pan. Deja la cuchara dentro del fregadero y se frota las manos en el pantalón antes de colocarlas en mi cintura. Apoyo las mías en sus hombros y cojo impulso cuando me levanta sin mucho esfuerzo; sin embargo, en lugar de apartarse, permanece entre mis piernas y alarga la mano para coger los sándwiches.

—Gracias. ¿Tiene mucha mayonesa? —pregunto cuando recojo un poco de salsa que sobresale entre las rebanadas de pan.

—Mucha, como a ti te gusta.

Los dos damos un bocado a la vez y yo hago un pequeño bailecito en el sitio al notar ese sabor que tanto me gusta: la mezcla entre el jamón, el queso, la lechuga y la salsa blanca procedente del mismísimo cielo.

—Dios, qué bueno está.

Me guiña un ojo y nos lo comemos casi en silencio. Al menos hasta que varios gemidos y voces nos llegan desde la planta de arriba. Él aprieta los ojos y dibuja muecas desagradables. Río y trato de distraerlo para que deje de imaginarse la escena, pero dice que no puede, que tiene una imaginación demasiado explícita.

—Te habrá venido bien durante estos dos años —suelto sin pensarlo demasiado—. Perdona, eso ha sobrado.

—Me ha venido bien para recordar tu cuerpo y las caras que ponías cada vez que te follaba, sí —contesta a la vez que se pega más a mí.

Doy el último bocado y acepto la servilleta que me pasa para que me limpie los restos del sándwich.

—¿Crees que habrán acabado ya? —inquiero al no escuchar nada más.

—Espero que sí. Vamos.

Retrocede para dejarme bajar de un salto y une su mano con la mía de camino a las escaleras.

Cuando llegamos arriba, nos detenemos un instante frente al cuarto de baño, en silencio mientras afinamos el oído. Aguanto una carcajada de nuevo, aunque no puedo evitar sonreír al ver su cara, y entonces me apoya la mano en la espalda para instarme a caminar. Cierra la puerta del servicio a la vez que deja escapar un suspiro de alivio y alza las cejas al darse la vuelta y ver mi expresión divertida.

—Una cosa es que me la sude que se líen —dice acercándose para coger el cepillo de dientes —, y otra que vaya a aguantar sus gemidos cada noche.

—¿Y qué quieres? Que le tape la boca cuando vaya a correrse ¿o qué? —Le lanzo una mirada a través del espejo y él sonríe, negando con la cabeza—. Te recuerdo que a ti te encanta escucharme cuando…

—Cállate —pide, con la boca llena de pasta—. No me lo recuerdes, por favor.

Me muerdo el labio y no dejamos de mirarnos con deseo mientras nos preparamos para ir a la cama. Igual que cuando estábamos juntos y como ha hecho estos días, es él quien impregna un disco desmaquillante con agua micelar y me lo pasa con delicadeza por el rostro. Termino de retirarme la máscara de pestañas y, tras tirarlo en la papelera, apago la luz y los dos nos dirigimos al dormitorio.

Ya no nos cortamos a la hora de desnudarnos. Yo lo observo a él, y él me desnuda con la mirada cuando me quedo solo con el tanga antes de ponerme su camiseta de manga larga.

—No vamos a hacer nada, ¿verdad? —pregunto después de que los dos nos hayamos metido ya en la cama.

Tan solo me mira con el brazo doblado tras su cabeza y el cuerpo girado hacia mí. Tuerce la sonrisa y niega en silencio, así que asiento y me inclino un poco para darle un beso.

—Buenas noches, entonces.

Permanezco tumbada hacia arriba, pero sé que él me está mirando. Puedo sentirlo. Soy incapaz de dejar de frotar los muslos por la excitación que llevo arrastrando toda la noche; la que siento ahora al notar el calor de su mano sobre mi vientre. De modo que no me lo pienso más. Si él no quiere tocarme, lo haré yo sola.

29. LA DEBILIDAD DE COLE MONROE

COLE

Rezo para que mis ojos me engañen cuando la mano de Emily deja de estar sobre la mía y comienza a descender. Trago saliva, nervioso y excitado, sin saber bien qué hacer. Sé que le he dicho que no haríamos nada, pero, joder, no me esperaba que fuese a tocarse a sí misma delante de mí. A diez putos centímetros de mi cara.

—Nena… —susurro cuando el primer gemido sale de entre sus labios igual que un pequeño suspiro sonoro—. Esto es tortura, ¿lo sabes?

Clavo los dedos en su cintura y la pego aún más a mí.

—Estoy que me derrito, Cole —informa con la barbilla inclinada hacia arriba—. No puedo más. Tú eres el que lleva semanas torturándome a mí.

—Joder, Emily. —Me chupo los labios antes de llevar la mano hasta su rostro.

La sujeto por las mejillas y la obligo a mirarme.

Continúa haciendo lo que tanto necesita, y no le permito apartar la vista. Cierra los ojos de vez en cuando y yo la beso para tragarme sus gemidos. Hace rato que perdí el control de mi polla, la cual ya asoma por encima de los *bóxers* y pide atención a gritos.

—Tócame —suplica con los ojos entrecerrados y la expresión completamente extasiada.

Me muerdo el labio para no soltarle cualquiera de las miles de obscenidades que se me están pasando por la cabeza, y no la freno cuando tira de mi mano para bajarla despacio. Se detiene en el borde del tanga, realiza otra súplica muda con su mirada y gira la cabeza hacia el techo al sentir cómo cuelo mis dedos por debajo de la goma.

Desciendo con una lentitud matadora, bloqueando cualquier pensamiento que me pida razonar y no hacer lo que los dos más deseamos. Me muerdo con fuerza el labio inferior al notar el tamaño que ya ha alcanzado su clítoris. Lo rodeo despacio con dos dedos y froto con delicadeza algunos segundos, moviéndolo en círculos, arriba y abajo, a los lados.

—¿Esto es lo que quieres? —susurro tras pegar la boca a su oído.

Detengo los dedos en la entrada del mismo coño con el que llevo dos años fantaseando, tocando los bordes al mismo tiempo que con los dientes tiro del lóbulo de su oreja. Inhalo con fuerza el olor del champú y el de la colonia que se puso al inicio de la noche, mezclado con su propio aroma.

—Hazlo, por favor —pide en medio de un jadeo.

Deslizo los labios por su cuello para que gire la cabeza y me mire a los ojos.

—¿Cuántos?

—Uno. —Traga saliva y no pierdo detalle de su expresión cuando mi dedo se hunde de lleno en lo más profundo de su ser, notando al instante la humedad.

—Dios, pequeña —jadeo, deteniéndome dentro de ella—. No me digas que llevas toda la noche así de mojada.

—Mira cómo está el tanga. —Su respuesta queda ahogada por el siguiente gemido—. Quítamelo.

Retiro la mano para ayudarla a deshacerse de él, lo envuelvo en un puño y me contengo de pasarlo por mi nariz antes de lanzarlo a alguna parte del dormitorio. Sé que, si recuerdo el olor de su excitación, no seré capaz de controlarme y terminaré follándola sin ninguna delicadeza.

—Necesito correrme, Cole, voy a explotar —lloriquea después de separar las piernas para volver a dejarme espacio.

La pego a mi cuerpo y asciendo por el muslo con lentitud hasta llegar de nuevo a su clítoris, al cual le dedico atención plena durante algunos segundos en los que no deja de retorcerse. Entonces, recorro el resto de toda su extensión hasta volver a perderme en su interior, esta vez con dos dedos.

—Joder —mascullo, con todo el cuerpo en tensión al notar cómo los músculos internos de su coño me abrazan los dedos cada vez que estos entran y salen—. Imagina que es mi polla. —Pego los labios a su oído una vez más y ese único comentario provoca que suelte un jadeo más sonoro —. Eso es, nena. Imagina que es mi polla la que te está follando. ¿Recuerdas lo que te hacía sentir?

—Cole…

Su garganta se mueve al tragar saliva. Estoy seguro de que tiene la boca seca por todos los gemidos.

—¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Mírame.

Mis ojos se encuentran con los suyos. Necesito ver si su expresión cuando se corre aún es la misma. Si aún frunce el ceño con tanta fuerza y se le humedecen los ojos por toda la tensión acumulada.

—¿Recuerdas lo que te gustaba que me corriese justo aquí? —Con el dedo pulgar, trazo círculos sobre su clítoris—. ¿Lo cachonda que te ponía sentir cómo me vaciaba encima de ti?

—¡Aaaah!

Le sujeto la mandíbula con rapidez para que no gire la cabeza, y sonrío extasiado a la vez que satisfecho por saber que mis palabras son capaces de detonar su orgasmo. No detengo los dedos hasta que ella misma baja la mano para sujetar mi muñeca, cierra las piernas con fuerza y comienza a temblar.

Me paso la lengua por los labios y no puedo evitar salivar al imaginarme enterrando la cabeza entre sus muslos, recogiendo todo el líquido que debe estar aterrizando en el colchón.

Sin necesidad de intercambiar una palabra, dejo que recupere el aliento y ambos sonreímos perezosamente cuando se aprieta contra mí. Nos damos un par de besos y nos decimos todo lo necesario con la mirada.

Entonces, me muevo para tumbarme boca arriba y recolocarme la erección, ya que la ropa interior me está ahogando y necesito relajarme para que vuelva a su estado normal.

Pero Emily es demasiado lista.

—Oye… —habla con el mismo tono de excitación que segundos antes, mientras la yema de sus dedos baja por mi abdomen.

—No. —Río y la miro después de sujetarle la mano—. Disfruta del orgasmo.

—Estoy disfrutándolo.

—No, estás pensando en mí.

—¿No quieres? —Alza un poco las cejas, incrédula.

—No lo necesito, nena. Sabes que disfruto igual viéndote a ti.

—Sí, pero no te corres.

—He estado a punto —reconozco en medio de una sonrisa.

—¿Ves?

Consigue bajar la mano lo suficiente como para rozar la punta con los dedos. Tenso la mandíbula y mi sonrisa queda opacada por una expresión seria de deseo y autocontrol.

—Estás lubricando, Cole. No me digas que no lo necesitas —susurra antes de besarme.

La sostengo por el cuello y mi lengua se pierde dentro de su boca a la vez que su mano lo hace por dentro de mi ropa interior. Tan solo rompo el beso por la necesidad de soltar un jadeo cuando comienza a masturbarme.

Retiro el edredón para observar el movimiento de su mano arriba y abajo, me muerdo el labio y alzo la vista al notar cómo se mete mi pulgar en la boca. La miro sin ser capaz de controlarme. Me incorporo un poco y le paso un brazo por detrás de la cabeza para poder tirarla del pelo y provocar que abra más la boca. Sonríe.

Sé que esto es lo que pretendía, llevarme al límite.

—No has parado hasta conseguirlo, ¿eh? —mascullo con la mente completamente nublada —. Más rápido.

Aumenta la velocidad de la mano al notar que no tardaré mucho en llegar. Paso el pulgar por fuera de sus labios y vuelvo a dejar que me lo chupe, succionando y sin apartar sus ojos de los míos. Deseo más que nada que sean esos mismos labios los que envuelvan mi polla, pero no voy a pedírselo. Es el uno por ciento de cordura que me queda; sin embargo, me conoce tan bien como yo a ella.

—No hace falta —consigo decir cuando sonríe y apoya la mano en el colchón para incorporarse.

—Cállate.

Se coloca de rodillas, otorgándome una perfecta vista de su culo y de toda la humedad que lo rodea. No me lo pienso demasiado —mejor dicho, nada— antes de alzar la mano para darle un azote que resuena en cada esquina del dormitorio. En ese mismo instante, mi polla se pierde dentro de su boca.

Los ojos casi se me dan la vuelta y un jadeo gutural sale de mi garganta. Vuelvo a abrirlos para no perderme la increíble vista que tengo delante, pero gruño al sentir que estoy a punto de correrme, incapaz de alargar el momento tanto como me gustaría.

Sin detenerse, busca mis manos para instarme a hacer lo que sabe que quiero hacer. Las coloca en su cabeza y no deja de mirarme sin detenerse. Dudo, porque no quiero incomodarla, pero ella lo nota.

—Deja de pensar, por favor —pide antes de dar un lametazo que no me espero y que me provoca un escalofrío en todo el cuerpo—. Solo disfruta y haz lo que quieras. Vamos.

Vuelve a introducírsela en la boca y, ahora sí, aumenta la velocidad y la presión. Me la chupa sin llegar a sacársela, rozando la punta con la estrechez de su garganta y consiguiendo que ese uno por ciento desaparezca. Hundo los dedos en su pelo y tiro de los mechones para marcarle el ritmo y la profundidad. Con la mirada me indica que no me detenga, que está bien, que continúe. Así que lo hago.

Esto no es nada que no hayamos hecho antes. Como he dicho, nos gustaba llevar el sexo hasta un extremo con el que ambos nos sentíamos cómodos. Siempre lo hicimos así. Desde el principio.

—Me corro, nena. ¿Dentro? —pregunto justo cuando emite un sonido de asentimiento con la boca.

Mi mandíbula se tensa, al igual que el resto de los músculos de mi cuerpo, antes de dejarme llevar por el orgasmo más intenso y abrasador que he tenido en los últimos dos años. Echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en el cabecero, me vacío por completo en su boca y vuelvo a mirarla cuando va descendiendo la velocidad.

Recorre toda la extensión para no perder ni una gota y termina depositando un beso en la punta antes de, ahora sí, dibujar una sonrisa con sus labios. Se gira y veo que están brillantes por la mezcla de semen y saliva.

—Nena, eso ha sido…

Me dejo caer en la almohada.

—Lo mismo digo —ríe gateando hasta el borde de la cama para levantarse.

Miro hacia el colchón para comprobar que, tal y como pensaba, hay restos de humedad en la

sábana bajera.

—¿Dónde vas?

—A lavarme. Estoy empapada —informa cuando va hasta el tanga que hace unos minutos lancé al suelo.

Me estremezco nuevamente al ver toda su anatomía desnuda frente a mí.

—Ni siquiera tú te recuperas tan rápido —vacila y yo le muestro el dedo corazón antes de levantarme también.

—Espera. —La sujeto por la cintura cuando va a abrir la puerta. Asomo la cabeza y compruebo que Byron no está por el pasillo—. Ponte algo, anda.

—¿Y tú?

—Son mi hermana y mi mejor amigo, Em.

—También son mis amigos —dice con voz divertida.

Sabe que no soy una persona celosa, pero una cosa es eso y otra que me dé igual que otro la vea como solo yo puedo hacerlo.

—No me apetece que mi colega te vea desnuda, así que sé buena y ponte la camiseta larga.

—O sea que yo me tengo que vestir, pero tú puedes salir con el pito al aire.

—Solucionado —indico después de tirar del bóxer para arriba—. ¿Contenta? Ahora ponte la camiseta, por favor.

Yo mismo voy a por ella para ahorrarnos tiempo y hago que levante los brazos para introducir las mangas; sin embargo, nos perdemos un poco por el camino. La yema de mis dedos se desliza por la curva de su espalda y no se detienen hasta agarrarla por el trasero con fuerza. La beso en medio de sonrisas, le susurro guarradas que sé que le encantan y me resisto de llevar la mano a la parte delantera.

—Venga, vamos. —Le doy un último beso y acepta a regañadientes que le ponga la camiseta.

Abre la puerta y ambos nos dirigimos al cuarto de baño para lavarnos y quitarnos los restos del orgasmo que nos ha azotado igual que un huracán cuando menos lo esperábamos. Esta misma mañana le dije que quería ir despacio, pero, mierda, ¿a quién pretendo engañar? Con Emily no puedo ir despacio, han sucedido demasiadas cosas entre nosotros. Llevo controlándome las ganas de… Dios, de hacerle de todo, desde que dormimos pegamos el uno al otro en la misma cama.

Porque nosotros no necesitamos tiempo. Lo que necesitamos es recuperar todo el que hemos perdido.

30. DULCE BIENVENIDA

EMILY

Tiro del asa de la maleta después de salir del avión, saludo a las personas con las que he compartido vuelo y una sonrisa involuntaria se forma en mi rostro al pensar que en solo unos minutos lo veré de nuevo. Llevo los cordones del abrigo casi a rastras, al igual que parte de la bufanda, pero es que en la calle hace un frío que te corta la respiración. Al menos así ha sido en Oklahoma.

Ya es diez de enero y he pasado los últimos quince días con mis padres, aprovechando las vacaciones y la Navidad. Me dio pena no empezar el año con Cole, pero no podía fallar a mis padres, les prometí que iría a verlos y que pasaríamos unos días juntos. Además, tanto Cole como Abi se han pasado las fiestas —fin de año incluido— trabajando, de modo que habría tenido que estar sola o en el bar. Y no es precisamente mi definición de Navidad.

Mamá y papá supieron que algo había sucedido en mi vida en cuanto me vieron. No les he contado toda la verdad, ¿para qué? Solo serviría para herirlos. Pero sí les he dicho que ya no estoy con Trey. Lo adorné un poco contándoles que los últimos meses no habíamos estado muy bien, que él cambió desde que la empresa quebró y que no era feliz. Tan solo me abrazaron y me mostraron su apoyo, exactamente lo que necesitaba.

Respecto a Cole, no, tampoco les he dicho que estoy —o lo que sea— con él. No les gustó demasiado cuando se lo presenté. Recuerdo cómo papá inspeccionó su aspecto, los tatuajes repartidos por brazos, manos y cuello, y la forma en la que hizo una mueca al ver los anillos de sus dedos. No pasaron el suficiente tiempo con él para conocerlo, así que imagino que se dejaron llevar únicamente por su aspecto y por saber que era camarero. O, bueno, como dijo mamá: «Simplemente camarero». Es cierto que después se disculpó por ese comentario, que nunca entendí a qué vino, puesto que siempre hemos sido de clase media baja… Pero supongo que, como ellos se rompieron el lomo para poder enviarme a la universidad, esperaban que encontrase a un hombre que me diese «una buena vida», como dijo una vez papá.

Dios, si ellos supiesen todo lo que Trey, ese al que adoraron nada más conocerlo, me ha hecho. Si fuesen conscientes de la diferencia que hay entre el modo en el que él me trató —incluso cuando estábamos bien—, y cómo lo hace Cole. La forma en la que me cuida; lo bonito que me quiere.

Nadie debería dejarse llevar por las apariencias. Incluso el rostro más bello y el aspecto más impecable puede esconder un auténtico demonio en su interior. Y viceversa.

Apresuro el paso para salir de aquí lo antes posible, Cole me ha dicho que ya está

esperándome fuera; se ha pedido el día libre para venir a recogerme.

Los aeropuertos siempre me han parecido lugares muy especiales. Cada vez que piso uno, no puedo evitar fijarme en las reacciones de la gente, en sus comportamientos. La cantidad de emociones que se pueden presenciar en un mismo lugar. Por un lado, tristes y angustiosas debido a las despedidas, pero por el otro, de inmensa felicidad por los reencuentros.

Como el que estoy a punto de vivir con Cole, el único culpable de la enorme sonrisa que tengo en el rostro desde que he bajado del avión.

En cuanto veo a lo lejos las puertas correderas, un escalofrío recorre mi cuerpo por la emoción, me tiemblan las manos y solo deseo atravesarla de una vez por todas. Así que adelanto a una familia que va demasiado lenta para mi nivel de ansiedad, tiro de la maleta con fuerza y me detengo en cuanto cruzo las puertas. Por un momento no soy capaz de centrarme en nadie, porque hay muchísima gente esperando a sus seres queridos, pero entonces sonrío aún más al verlo. En una esquina peleándose con unos globos en forma de corazón cuyas cuerdas se están enredando entre sí. Me dirijo hacia él y, en cuanto alza la vista y me ve, sus ojos se iluminan con un brillo tan notable que se me encoge un poco el corazón.

—Hola, nena —susurra en mi oído cuando llego hasta él y me lanzo a sus brazos—. No te haces una idea de lo que te he echado de menos.

—Y yo a ti. —Me separo para buscar sus labios y los dos nos fundimos en ese beso que llevo semanas necesitando.

—Estás preciosa. —Sonríe y acerca la mano para darme los globos—. Puedes soltarlos si quieres, me están poniendo de los nervios desde que los he comprado.

Rompemos a reír antes de volver a besarnos. Rodea mi cintura con las manos y necesito inhalar por la nariz en profundidad cuando siento cómo me pega a su cuerpo al mismo tiempo que yo tiro de su labio con los dientes.

—Te he echado mucho de menos —repito haciendo hincapié e intercambiando con él una mirada que enseguida entiende.

—La foto que me mandaste antes de ayer me lo dejó bastante claro. —Tuerce la sonrisa y se pasa la lengua por los labios antes de acercase a mi oído—. Estuve a punto de correrme sobre la pantalla del móvil.

Mi entrepierna se estremece al imaginar la escena, trago saliva y él solo sonríe a la vez que tira de mi mano para instarme a caminar. Entrelazamos los dedos y, de camino al coche, me va preguntando qué tal ha sido la despedida con mis padres; aunque sé que lo que quiere saber es si les he contado algo de lo sucedido. A pesar de que por teléfono le he dicho que no todas las veces que hemos hablado —que ha sido cada noche y cada mañana desde que me fui—, me ha aconsejado en varias ocasiones que sería una buena idea contárselo. Cree que su apoyo me vendrá bien y que me comprenderán.

Es curioso y, desde luego, es una de las cosas que más me gustan de Cole. Desde que lo conozco, nunca le he escuchado hablando mal de alguien. Jamás. Por mucho que le hagan algún feo o que no le caigan bien, él no se mete con nadie. Siempre ha dicho que solo quiere que la gente le deje en paz, vivir tranquilo y que no se metan en su vida. Y él actúa en consecuencia. Y digo que es curioso, porque después se gana la vida rompiendo caras, pero fuera de ahí, disfruta de la calma y la tranquilidad más que nadie. Cuando tiene que decirle algo a alguien, lo hace a la cara, nunca lo verás criticando por la espalda.

Su sinceridad y su integridad fueron dos de las cosas que me enamoraron.

Sabe que mis padres no lo quieren para mí, que, si por ellos fuera, no estaría con él; no obstante, siempre los defiende cuando yo estoy cabreada por cualquier cosa y me meto con ellos. Estoy segura de que cualquier otro, como Trey, se aprovecharía de la situación para comerme la cabeza y alejarme, pero Cole no. Cole me pregunta casi todos los días por ellos y se preocupa por saber cómo están.

—¿Qué tal lo habéis pasado vosotros? —le pregunto mientras conduce—. Qué pena que no le hayan dado el día a Abi, tenía ganas de verla.

—Ya, es que últimamente hay bastante curro y tenemos dos camareras de baja.

—¿Y eso? —Lo miro y estiro la mano para acariciarle la nuca. Adoro recorrer sus tatuajes con la yema de los dedos.

—Pues Paige se torció el tobillo en Nochevieja, porque llevaba unos tacones que… en fin. Se ha hecho un esguince. —Pone los ojos en blanco y yo reprimo una risa—. Y Loren creo que tiene algún virus gastrointestinal, estuvo vomitando todo el día.

—Espero que no te lo haya pegado —comento acercándome a su boca para besarlo sin que tenga que apartar la vista de la carretera—, porque no pienso separarme de ti en todo el día.

—No te dejaría —dice devolviéndome el beso—. Y si me pongo malo, pues vomitamos juntos.

Estallamos en una carcajada, le doy un pequeño empujón en la cabeza y después subo el volumen de la radio cuando «Till I Colapse» de Eminem empieza a sonar. Nos la sabemos entera de principio a fin.

—*Till the roof comes off, till the lights go out. Till my legs give up, can't shut my mouth* —cantamos al unísono—. *Till the smoke clears out, am I high? Perhaps. I'ma rip this shit till my bones collapse.*

—Deberías hacerte cantante —bromea cuando se detiene en un paso de cebra.

—Claro, podrían contratarme en los estados más secos para que llueva.

Volvemos a reír mientras acelera y me doy cuenta del chute de energía que me da el estar cerca de él. Simplemente con estar así, tranquila, alegre, cantando y pasando un buen rato.

Después de aparcar frente a casa, entrelazo los dedos con los suyos cuando cierra el maletero

y tira del asa del equipaje sobre la acera de asfalto. Se lleva la mano hasta la boca para depositar un beso en el dorso y deja que sea yo la que introduzca la llave para abrir la casa. Empujo la madera gastada y frunzo el ceño solo un instante al ver un cartel colgando de la pared, pero ni siquiera me da tiempo a leerlo, porque Byron y Abi salen de la cocina gritando.

—¡Bienvenida! —Lanzan un montón de confeti y se acercan con una enorme sonrisa.

Me tapo la boca, sorprendida, y Cole me estrecha entre sus brazos con alegría llenándome la frente de besos hasta que ellos llegan y me reclaman.

—No vuelvas a dejarme sola con estos dos, menudas semanas me han hecho pasar —lloriquea de forma dramática mi mejor amiga al mismo tiempo que me abraza.

—Serás mentirosa. —Byron la fulmina con la mirada y después posa sus ojos en mí—. No la hagas ni puto caso, la hemos tratado como a una reina.

—¡Como a una reina, dice! —Abi le tira de la oreja y él se gira para inclinarse, sujetarla por las piernas y levantarla, echándosela al hombro—. ¡Si sois un par de cerdos! ¿¡Cuántas lavadoras habéis puesto!? —ríe colgando boca abajo.

Frunzo el ceño y realizo una pregunta muda a Cola al mismo tiempo que señalo a los otros dos con la cabeza, él pone los ojos en blanco y tira de mi mano para volver a abrazarme.

—¿Están juntos? —susurro para que solo él me oiga.

—No lo saben ni ellos —contesta antes de soltarme.

—Muchas gracias por la bienvenida, sois los mejores. —Los sigo hasta la cocina y solo entonces By deja a mi mejor amiga en el suelo antes de desbloquear su móvil para poner música —. No me puedo creer que hayáis hecho una tarta —digo al ver la que hay sobre la mesa.

—Porque no has visto como estaba la cocina hace un rato —comenta Cole cogiendo unos platos del armario.

—No la habrás limpiado tú. —Su hermana se cruza de brazos con las cejas alzadas.

—No, yo tenía que ir a recogerla al aeropuerto. No es mi culpa si tu novio no ha querido ayudarte.

—No es mi novio —espeta, ante lo que yo aprieto los labios y me quedo muda, sin saber cómo reaccionará Byron.

Este, lejos de cabrearse o parece incómodo, pasa por delante de nosotros hasta llegar a ella, le levanta la barbilla, deposita un beso en sus labios y después se gira para mirarnos. Sonríe, vuelve a fijar la vista en mi mejor amiga y dice:

—No era eso lo que gemías anoche, muñeca.

—Eres un cabrón —Abi comienza a golpearle en la cabeza con el trapo que tiene en la mano, él intenta quitárselo y ella rompe a reír corriendo hacia la sala.

—Sin comentarios —suspira Cole al mismo tiempo que yo sonrío y los observo persiguiéndose alrededor del sofá.

—Esto sí que no me lo esperaba —comento después de sentarme en una de las sillas, la que suelo ocupar siempre.

—No lo saco de aquí ni con agua caliente. —Corta un pedazo de la tarta de chocolate que han preparado, se asegura de que tenga tanta nata como me gusta y entonces, se sirve otro para él —. Pero no me molesta, antes de que lo preguntes —añade al ver la pregunta en mis ojos.

—¿Estás seguro? —inquiero con una ceja alzada mientras me llevo un buen trozo a la boca.

—Sí. Abi está muy contenta y eso es lo único que me importa.

—¡No esperáis, eh! —La susodicha regresa a la cocina y, como solo hay tres sillas, By se sienta y la coloca sobre sus piernas. ¿Está buena?

—Deliciosa —murmuro con la boca llena de nata y chocolate.

Rompemos a reír y nos comemos casi toda la tarda mientras nos ponemos al día, hablamos de cómo han sido estos días de fiesta y qué tal lo he pasado en Oklahoma. No me preguntan nada relacionado con Trey ni si se lo he contado a mis padres, y lo agradezco, no me apetece hablar de ello.

Sé que estoy posponiendo lo inevitable, que antes o después tendré que encargarme de ello, ir a terapia como prometí a Cole y, bueno, hacer frente a lo que me ha sucedido. Simplemente aún no estoy preparada.

31. ¿CÓMO DE DURO QUIERES QUE SEA?

EMILY

Después de un atracón de tarta y pizza, salimos a dar un paseo por la necesidad de movernos un poco. Es viernes y la calle está llena de gente bebiendo en la zona del parque, próxima a la calle donde comienza todo el ocio nocturno de Monroe. Como se supone que Abi está enferma —es lo que ha dicho en el trabajo— y Cole se ha cogido el día libre, prefieren no arriesgarse a acercarnos al bar y que Naomi los vea; bueno, que la vea a ella, porque él puede hacer lo que le apetezca en su día libre.

—¿Estás segura de que quieres?

Cole y yo afinamos el oído para escuchar la conversación que mantienen Abi y Byron unos pasos más adelante. Creemos que están hablando de algo relacionado con la hija de él, porque hemos escuchado su nombre, pero no estamos seguros.

—¿Ha venido Char algún día a casa? —pregunto a mi novio cuando pasa un brazo por detrás de mis hombros.

—Qué va. —Arruga el morro y, por su expresión, se nota que está esforzándose por enterarse—. Ayer comentó algo de que quería llevarla a la feria cultural de la semana que viene, porque ha leído en no sé qué folleto que habrá cosas de paleontología.

—¿Y Abi va a ir con ellos? —Abro los ojos como platos y lo miro, pero me hace un gesto para que me calle un momento y afina el oído.

—¿Y si no le caigo bien?

—Ya te conoce, muñeca —le contesta él antes de sujetarla por la mandíbula para que gire el rostro y poder besarla.

—Ya, pero no es lo mismo, By…

—Oh, Dios mío, que va a presentarle a la niña —susurro, emocionada, solo me faltan las palomitas.

—Esto es una locura. —Acelera el paso para acercarse a ellos, pero lo sujeto con fuerza por la sudadera para que retroceda.

—¡Déjalos! —exclamo en voz baja—. No te metas. Lo estabas haciendo muy bien, no la cagues ahora.

—Coño, Em, que llevan juntos tres semanas.

—Bueno, pero se conocen desde hace años. Que se hayan besado hace menos, no es relevante.

—Pues a mí me parece que sí —espeta alzando las cejas.

—¿Qué cuchicheáis? —Abi se da la vuelta y entorna los ojos.

—¿Vas a presentarle a la niña? —pregunta directamente. Pienso en qué decir para que no suene tan seco, pero By se me adelanta.

—No se la tengo que presentar, porque ya se conocen. Os conoce a todos, tío. Solo la he invitado a que nos acompañe a la feria, vosotros también podéis venir si os apetece. —Se encoge de hombros como si no fuera algo importante para él.

—¿Crees que es buena idea? —insiste.

—Cole, ¿qué problema tienes? —Su hermana se cruza de brazos con el rostro contraído por la confusión—. Ni que fuese a llamarme mamá, solo vamos a ir a una feria.

—Pues claro que sí —intervengo con una sonrisa y enredo mi brazo con el suyo para que siga caminando—. Solo preguntábamos por curiosidad. Ya sabes lo cotillas que somos.

Intercambian una última mirada y By se queda más rezagado con él, mientras que nosotras continuamos con el paseo de vuelta a casa.

Al llegar, los dos se retiran a la habitación. Abi no le da las buenas noches a su hermano y sé cuánto le molesta que haga eso; acostarnos sin estar enfadados es una normal implícita en esta casa desde que los conozco.

—¿Vienes a la cama? —Acaricio su mejilla después de que se beba un vaso de agua de un trago y lo deje en el fregadero.

—No tengo sueño, ¿te importa si me quedo un rato viendo la tele?

—No, claro. —Sonrío y me pongo de puntillas cuando se inclina para rodearme con sus brazos—. ¿Estás bien? Abi solo está picada, mañana se le habrá olvidado.

—Ya, pero sabes que odio que se acueste mosqueada. Solo le he hecho una pregunta, tampoco le he dicho nada más.

—No ha hecho falta. —Aprieto los labios como queriendo decirle que ha sido evidente.

—Bueno, pues me preocupo, joder —dice al mismo tiempo que chasquea la lengua y se dirige a la sala—. No veo la necesidad de involucrar a la niña, ni siquiera son capaces de definir lo que tienen.

—Lo sé, y pienso igual que tú, pero no es decisión nuestra.

—No digo que lo sea, pero no puedo evitar darle vueltas.

—Porque eres el mejor hermano del mundo. —Me inclino sobre el respaldo del sofá para besarlo cuando se sienta y apoya la cabeza—. Intenta distraerte, ¿vale? No te comas la cabeza, que nos conocemos.

—Vale, descansa —asiente y me devuelve el beso—. Te quiero.

—Y yo a ti.

A medida que subo las escaleras, veo cómo pasa los canales de la televisión sin detenerse en ninguno más de un segundo. Suspiro. Creo que le espera una buena noche de insomnio y a mí

una en solitario en su cama.

COLE

Lo sé, soy un gilipollas. Debería haberle preguntado eso sin el tono de reproche que he empleado, pero no lo he hecho a propósito. ¿Qué hago si me preocupo por ella? Mucha gente pensará que la sobreprotejo, pero nada más lejos de la realidad. Abi siempre ha tenido libertad para hacer lo que ha querido, nunca le he dicho con quién tenía o no tenía que salir, ni dónde debía o no debía ir; sin embargo, el hecho de haber tenido que hacer de padre sin tener un referente en condiciones, y con solo dieciséis años… Supongo que ha desarrollado ciertas taras en mí.

Por mucho que me sienta orgulloso de la mujer en la que se ha convertido, no puedo evitar culparme a veces por no haberle dado más oportunidades. No soy imbécil. Aunque sé que esto es lo que había y lo que hay, que ella se siente enormemente agradecida porque le di la posibilidad de terminar el instituto, pude hacerlo mejor.

Esto es algo que, cuando pasan estas cosas y tengo algún desencuentro con ella, me carcomen por dentro. Soy su hermano, pero a veces me siento como un padre responsable de lo que hace su hija pequeña. ¿Tiene algún sentido o me he vuelto completamente loco? No lo sé. Lo que sé es que la quiero más que a nada en este mundo y que daría mi puta vida por evitarle un solo segundo de sufrimiento. Provenga de donde provenga.

Resoplo aburrido de mí mismo y de mi estúpida cabeza cuando el reloj de la pared marca las dos y aún sigo despierto. Desbloqueo el móvil para ojear las fotos que hemos hecho hoy, sonrío al ver la felicidad en el rostro de Emily y voy deslizando sobre la pantalla hasta llegar a la que me envió hace solo unos días.

Mi entrepierna se estremece al verla tumbada con la mano por dentro de la ropa interior.

Me muerdo el labio cuando mi mente me manda una imagen de ella haciéndolo en el dormitorio, aunque probablemente esté dormida. Recuerdo la noche antes de irse a Oklahoma, la forma en la que se deshizo en mi mano y cómo yo lo hice dentro de su boca. Su mirada extasiada al provocar mi orgasmo.

Desciendo la mano por mi abdomen y comienzo a tocarme con suavidad por encima del fino pantalón deportivo, pero enseguida tiro hacia abajo de él y del bóxer para liberar la erección que se ha formado sin casi quererlo. Rodeo mi polla con firmeza sin apartar la vista de la imagen. La muevo arriba y abajo, pero está demasiado seca, así que inclino la cabeza para dejar que un poco de saliva caiga en la punta. Ahora sí, comienzo a masturbarme imaginando todas las cosas que me muero por hacerle. Casi soy capaz de inhalar su olor por lo grabado que lo tengo en la mente, de sentir el tacto de sus manos cuando me acaricia. De notarle la excitación en los ojos cada vez

que la beso.

Entonces, el corazón se me detiene cuando el suelo cruje a mi derecha. Giro la cabeza y ahí está, observándome con la misma mirada que me estaba imaginando. Contengo el aliento cuando se aproxima despacio, nerviosa, excitada. No detengo el movimiento de la mano ni dejo de recorrer cada centímetro de su cuerpo con los ojos hasta que se detiene frente a mis piernas separadas. Mete las manos por debajo de la camiseta larga y con mucha lentitud se deshace del tanga. La observo salivando y noto cómo mi excitación alcanza el punto álgido. Tengo que ralentizar la velocidad de mi mano o me correré enseguida.

Y sospecho que no querré que eso suceda.

—Nena, ¿qué haces? —pregunto cuando apoya las manos en mis hombros y se sienta a horcajadas.

—No podía dormir —susurra a la vez que comienza a moverse adelante y atrás con lentitud, frotándose con mi polla y dejándome notar la humedad entre sus muslos.

—Emily. —Le clavo los dedos en la cintura para detenerla—. ¿Estás segura de esto?

En lugar de responder, se quita la camiseta y de pronto me encuentro con sus espectaculares pechos a solo unos centímetros de mi boca. Trago saliva y respiro con fuerza por la nariz cuando apoyo las manos en su espalda para pegarla más a mí. Me llevo uno de los pezones a la boca y mi lengua lo acaricia realizando movimientos en círculo, tiro de él con los labios y después repito el proceso con mis dientes. Gime y alza la pelvis lo justo para posicionarse en el lugar preciso antes de descender. Levanto la cabeza para que nuestras miradas conecten en el mismo instante en el que me pierdo en su interior después de tantísimo tiempo.

—Dios —mascullo entre dientes y la sujeto con fuerza por la cadera.

Apoyo la espalda en el respaldo del sofá para poder observarla en todo su esplendor, moviéndose adelante y atrás, arriba y abajo, con una mano apoyada en mi hombro y la otra en mi rodilla. Le rodeo el cuello mientras me muerdo el labio, reclina la cabeza provocando que sus tetas se eleven un poco y regalándome una visión que solo había podido presenciar en mis fantasías.

—Joder, Em. —Aprieto la mandíbula y tiro de su cuello para acercarla y poder besarla como lo necesito. Con violencia, con hambre. Con el deseo contenido de veinticuatro putos meses.

—Deja de pensar —murmura sobre mi boca lo mismo que me dijo cuando me la chupó hace un par de semanas.

Me muerde el labio con tanta fuerza que el dolor provoca que la última barrera que estaba intentando poner entre el deseo y el autocontrol, se derribe. Entierro los dedos en su pelo y doy una vuelta con él hasta tenerlo sujeto, entonces doy un fuerte tirón hacia atrás y me inclino ligeramente adelante para pegarla más a mi cuerpo.

—¿Esto es lo que quieres? —mascullo después de darle un fuerte azote en la nalga

izquierda.

Se la sujeto con firmeza y sé que mis dedos quedarán grabados en ella, pero ya no puedo detenerme.

—Sí —jadea con la boca abierta por los constantes gemidos cada vez que la penetro con más fuerza.

—No te oigo. —Llevo la mano hasta su rostro y la obligo a mirarme, me trago el próximo gemido y puedo notar lo cerca que me encuentro.

Un nuevo golpe en el trasero provoca otro grito antes de que apoye su frente en la mía.

—¿Así es como te gusta?

—¡Síííí! —chilla sin importarle ya que puedan oírla.

Puedo notar cómo mi polla me envía señales directas de que va a estallar en cualquier momento. De que estoy al borde del precipicio y que, si no me aparto, caeré dentro de él sin remedio. Trato de resistirme todo lo que puedo, pero, joder, el placer el demasiado grande.

—Me corro, nena.

La suelto para apoyarme de nuevo en el respaldo y no es hasta que casi ya he comenzado, que salgo de su interior para vaciarme sobre mi abdomen. Muevo la mano con firmeza y la rapidez que necesito sin perder detalle de la mujer que tengo encima. De sus increíbles pechos, las curvas que definen su contorno y en las cuales me accidentaría una y mil veces cada noche.

Bajo la vista cuando acerca la mano y con dos dedos recoge parte del semen, se los lleva a la boca sin dejar de mirarme y cierra los ojos mientras los chupa. Trago saliva al notar un pequeño calambre en la base de los testículos, como una pequeña brasa a la que comienzan a darle aire para que prenda de nuevo.

—Me preguntaba si aún te gustaba hacer eso —murmuro de forma perezosa a la par que excitada antes de mojarme el pulgar como ha hecho ella para acercárselo a los labios.

—¿Ya has olvidado la cantidad de veces que te has corrido en mi boca?

—Eso es imposible.

Elevo la comisura de los labios de forma lobuna cuando me rodea la muñeca con las manos y ella misma se lo introduce en la boca. Siento su lengua recogiendo cada gota, pasándola por alrededor del dedo sin retirarme la vista de los ojos, dejándome claro lo cachonda que está y la necesidad que tiene de correrse.

—Date la vuelta —ordeno con voz ronca después de borrar la sonrisa al notar una nueva erección formándose.

Obedece sin rechistar, se pone de pie y después dobla las piernas hacia atrás para colocarse a horcajadas, pero al revés.

—Inclínate.

Su baja anatomía queda completamente expuesta ante mí al echarse hacia delante y apoyar

las manos en la mesita que hay frente al sofá. Me paso la lengua por los labios sin saber por dónde empezar, con la clara idea que querer perderme dentro de ella por completo. Pero comienzo con un dedo. Se lo deslizo con lentitud por toda la extensión del coño hasta que llego al punto en el que lo introduzco despacio.

—Aaah —gime por lo excitada que se encuentra—. Corta el rollo, Cole —suplica, ante lo que tuerzo la sonrisa para añadir un dedo más.

—¿Te gusta así, pequeña?

Comienzo a follarla con la dureza que necesita. Sus jadeos llenan la habitación, pero sé que no es suficiente, necesita más. Y yo también. Así que estiro el brazo para alcanzarle la cabeza y con un fuerte tirón de pelo hago que se incorpore. Le pego la espalda a mi pecho de forma brusca y, en el momento en el que gira el rostro para buscar mi mirada, me sujeto la polla con la otra mano y la penetro de un golpe.

Miro de reojo hacia las escaleras al escuchar el sonoro grito que sale de lo más hondo de su garganta, aunque sé que, por mucho que nos estén oyendo, ni mi hermana ni Byron saldrán de la habitación.

—Más —pide con una mirada torturadora y hundida en el placer más sublime.

Me abro paso dentro de ella con toda la fuerza y la firmeza que puedo, teniendo en cuenta que esta no es la mejor posición para hacerlo. Bajo la mano para buscar su clítoris y sonrío con arrogancia al sentir el tamaño que tiene y cómo provoca que su expresión se transforme en una aún más excitada.

—No te imaginas lo cachondo que me pone tu olor, Emily. —Pego la nariz a su cuello y lleno mis pulmones con su aroma.

—Quiero que te corras ahí. —Se muerde el labio para ahogar otro gemido cuando muevo los dedos de lado a lado con maestría.

—¿Aquí? —pregunto a la vez que realizo un pequeño pellizco, aun sabiendo a lo que se refiere.

—¡Aaah! ¡Sí!

—Espera, déjame moverme. —Retiro la mano para que se levante y colocarla tumbada sobre el sofá.

Entonces me quedo de pie unos segundos, mirándola mientras me masturbo y ella se toca a sí misma, pero sé que está muy cerca y a mí aún me queda un poco.

—Aparta la mano y estate quieta —exijo con voz autoritaria.

—No puedo —lloriquea.

—Si quieres que me corra otra vez, vas a tener que darme tiempo.

—O también puedo ayudarte.

Se incorpora con una pequeña sonrisa juguetona y no opongo resistencia cuando me coloca

entre sus piernas y comienza a chupármela.

—Esto ayudará, sí —afirmo entre dientes y con su pelo sujeto en un puño.

Cierro los ojos con la barbilla alzada al notar su garganta abrazando el glande, haciéndose a su tamaño a la vez que se aguanta la arcada. Utiliza la saliva justa y necesaria, la presión que sabe que más me gusta, y yo soy el que se encarga de marcar el ritmo. Le muevo la cabeza adelante y atrás, primero despacio y después algo más deprisa hasta que empiezo a notar de nuevo esa sensación tan embriagadora.

—Levántate.

La sostengo por los brazos y la pego a mi cuerpo para besarla sin dejar de acariciar su trasero, de apretarlo contra mí y azotarlo. Introduzco la mano entre los dos y ella deja de besarme para gemir al notar cómo mis dedos se hunden en su interior con seguridad.

—Así que quieres correrte —pronuncio lentamente sobre su boca.

—No te haces una idea… —lloriquea con las manos alrededor de mis brazos para sostenerse.

Cuando menos se lo espera, de un empujón hago que caiga sobre el sofá. Su pecho sube y baja con violencia, tiene los labios igual de enrojecidos que las mejillas y una fina capa de sudor le cubre la frente y el escote. Apoyo una rodilla en el sofá y me posiciono en el punto exacto para poder hacérselo como llevo deseando desde que empezamos.

—¿Cómo de duro quieres que sea, pequeña? —le pregunto a la vez que la penetro despacio.

—Ya lo sabes. —Sus pupilas me atraviesan con verdadera necesidad y deseo, así que dejo de jugar y comienzo a moverme como sé que espera que lo haga—. ¡Aaah! —exclama echando la cabeza hacia atrás y dándome total acceso a su cuello, el cual rodeo sin dudar.

Sus gemidos son cada vez más ahogados y desesperados, y yo puedo notar por segunda vez consecutiva el amenazante precipicio, así que se la saco con rapidez y comienzo a correrme sobre su clítoris. Mi polla lo golpea con violencia y se frota con él mientras me vacío por completo, mezclando mi semen con cada gota de su excitación.

—No puedo más —jadea y empieza a moverse como cuando está muy cerca.

—Pues córrete, nena, vamos.

Desciendo la mano y, ahora sí, empiezo a masturbarla con dureza, con agilidad y con la presión que sus gemidos me marcan. Los dedos se me resbalan por la cantidad de humedad procedente de los dos. Su clítoris ha doblado el tamaño y creo que, después de esto, tendremos que tirar el sofá a tomar por el culo; estos asientos no hay quien los salve.

—¡Aaah, Cole!

Me muerdo el labio con fuerza y apoyo una mano en su vientre para sujetarla cuando empieza a sacudirse. Me clava las uñas en el antebrazo y aprieta los ojos al mismo tiempo que echa la cabeza hacia atrás y curva toda la espalda.

Un orgasmo abrasador se la lleva por delante durante, al menos, un par de minutos.

Cuando sus jadeos empiezan a desaparecer, le doy el tiempo que necesita y permanezco sentado a su lado, observándola completamente extasiado y enamorado a partes iguales. Disfrutando de la calma y la relajación que transmite su expresión, pero preocupado en cierta medida por no saber si me he pasado o si la he herido de alguna forma.

—¿En qué estás pensando? —inquiere al abrir los ojos y pillarme embobado mirándola.

—En lo preciosa que eres. —Le ofrezco la mano para que se incorpore, y la rodeo con un brazo al mismo tiempo que uno mis labios a los suyos en un beso lento.

—Me ha encantado, Cole —dice con seguridad tras buscar mi mirada—. Y si hubieses sido más duro, tampoco me habría importado —murmura sobre mi boca antes de sonreír y besarme.

—¿Lo estás diciendo de verdad o solo para que no me raye?

Su semblante de torna más serio. Lleva la mano hasta los mechones rubios y ligeramente rizados que me caen sobre la frente sudada y los retira hacia atrás en silencio. Siempre hace lo mismo. Le encanta verme la cara al completo, sin todo ese pelo que normalmente me cae sobre los ojos.

—Te quiero. —Suspira antes de que una pequeña sonrisa adorne su rostro—. Nada de lo que hagas o digas mientras tenemos sexo, me va a molestar. Nosotros somos así, Cole. Siempre hemos sido así.

—Lo sé —admito con un asentimiento de cabeza—. Ven aquí. —Rodeo su cuerpo, aún caliente por lo que acaba de suceder, y la siento sobre mis piernas ignorando la cantidad de fluidos que tenemos pegados en la piel—. A mí también me ha encantado, nena.

Los dos reímos antes de besarnos y por un momento se nos olvida que estamos en el sofá, que mi hermana y mi colega han debido de escucharlo todo —es imposible que no lo hayan hecho—, y que nos hemos cargado el sofá.

—Deberíamos ir a darnos una ducha —comenta segundos después.

—Ve subiendo, yo voy a ver qué puedo hacer con los asientos. —Los señalo cuando ya nos hemos levantado y ella se lleva las manos a la boca al comprobar el estado en el que se encuentran.

—Dios, Abi nos mata.

—¿Y si les damos la vuelta?

Estallamos en una carcajada, aun completamente desnudos, mientras intentamos solucionar el desastre, pero no sirve de nada, porque por el otro lado son de otro color y no están tapizados. Pero me da igual. El simple hecho de estar viviendo este momento a su lado hace que nada más me importe en el mundo. Saber que Emily es feliz y que yo tengo algo que ver en que se sienta así, es todo lo que necesito.

Quizá yo no la convenga. Tal vez estaría mucho mejor sola o con cualquier otro que pudiese

darle una vida mejor que yo. Sé que lo que puedo ofrecerle es mucho menos de lo que se merece, pero si algo tengo claro, es que daría mi puta vida por ver en su rostro la sonrisa que tiene ahora cada jodido día del calendario.

32. UN VIRUS ESTOMACAL FALSO

EMILY

Lo observo a mi lado y me sorprendo porque, un día más, sigue en la cama cuando me despierto; aunque lo más probable es que no esté dormido.

Acaricio el borde de la salamandra que tiene tatuada en el hombro, desdibujó las líneas y rememoro cada instante vivido hace solo unas horas. La forma en la que me hizo suya como tanto llevaba deseando desde hace semanas. El modo en el que su alma y la mía fueron una durante ese rato que se me hizo completamente efímero. Pude notar cómo, a pesar de que se dejó llevar y sé que disfrutó, parte de su mente trató de controlar la situación en todo momento.

Lo quiero aún más por tener ese cuidado y querer cuidarme como nunca ha hecho nadie más aparte de él.

Ojalá pudiese hacerle entender —y que me creyese— que nada de lo que haga puede herirme de la forma que tanto le aterra. Ojalá conseguir que supiese lo que significa para mí, lo que le quiero y lo especial que consigue hacerme sentir.

—Buenos días, pequeña.

Sonrío cuando habla con la voz grave y adormilada, aún con los ojos cerrados. Hace un gesto con el brazo para colarlo por debajo de mi cuerpo y dejo que me abrace, apoyando la cabeza en su pecho.

—Buenos días, ¿a que llevas un buen rato despierto?

Una risa seca retumba bajo mi oreja.

—Te he estado observando mientras dormías hace como hora y media —confiesa antes de que alce la barbilla para sonreír y besarlo.

—Lo suponía.

En ese momento, la puerta suena cuando alguien la golpea desde fuera, casi al mismo tiempo que la manilla baja y esta se abre unos centímetros.

—¿Estáis visibles o seguís follando como conejos?

—Abigail, es muy temprano para tu sarcasmo. —Cole pone los ojos en blanco y yo rompo a reír—. Pasa, anda.

—Buenísimos días, ¿no? —Una enorme sonrisa adorna, no solo su rostro, sino también el de Byron que está apoyado en el marco de la puerta a su lado.

Tiene los brazos cruzados e intercambia una mirada cómplice con su mejor amigo en cuanto este se incorpora en la cama. Entonces, ensancha aún más el gesto de su boca y empieza a aplaudir.

—Vete a tomar por el culo —ríe Cole cogiendo el cojín que tenemos a los pies para lanzárselo.

—No sé si celebrarlo o llamar a un profesional que nos insonorice las paredes —vacila Abi mientras los dos se cuelan en el dormitorio.

—Dios mío, qué vergüenza. —Me escondo bajo la sábana, pero ella tira hacia abajo para impedírmelo.

—Un orgasmo nunca es motivo de vergüenza, amiga.

—Exacto, deberíamos celebrarlo —sugiere Byron

—Quieres celebrar que nos hemos acostado. —Cole retira la colcha para salir de la cama y alza las cejas en dirección a su mejor amigo.

—Hombre, hermano, una semana más y se te caen los huevos.

—Al final te doy una hostia —lo amenaza él antes de que todos estallemos en una carcajada —. Mejor no hablamos de la vida sexual o de lo ruidosa que es cada una. —Lanza una mirada a su hermana y esta asiente orgullosa después de sacar la lengua al encargado de hacerla gemir.

—Venga, vestiros que nos vamos —informa el del pelo decolorado.

Cuando conocí a Byron, me encantó. No en el sentido sexual, sino que me transmitió muy buena energía. Recuerdo que llevaba unos pantalones vaqueros muy por debajo de la cintura (me pregunté cómo hacía para que no se le cayesen), una camiseta amarilla y una gorra blanca. Se la quitó para recolocarse el pelo afro decolorado y teñido de un rubio platino que no lo deja pasar desapercibido y que, a día de hoy, aún mantiene. Me pilló por sorpresa cuando Cole nos presentó y, en lugar de saludarme como la gente normal, me abrazó. Al principio me quedé estática, pero enseguida pude percibir esa energía de la que hablaba. No sé si tuvo que ver con su aspecto, con la increíble sonrisa que dejaba entrever unos dientes relucientemente blancos o su actitud en general, pero ese día supe que Byron se convertiría en una persona especial en mi vida.

—Relaja, que son las doce de la mañana, ¿dónde quieres ir? —Cole abre la ventana para ventilar y yo salgo de la cama antes de ponerme unos leggins.

—Hemos pensado que podríamos pasar el día en el lago —comenta Abi encogiéndose de hombros.

—Pero si está medio nevando, ¿estáis locos? Además, tenemos que trabajar.

—Vamos a decirle a Naomi que hemos pillado el virus ese de Loren. —Sonríe con picardía al mismo tiempo que se levanta de los pies de la cama de un salto—. Voy a llamarla y a fingir que estoy vomitando.

—¿Y yo qué?

—Tú también, yo te lo he pegado.

—Claro y también estoy vomitando, ¿no?

—No, tú te cagas por las esquinas —ríe con Byron; parece que llevan toda la mañana

planeándolo, porque tiene respuesta para todo.

—Ni de coña, Abi. No se lo va a tragar.

—Que sí, verás. Tú déjame a mí. —Desbloquea el móvil que tiene en la mano y le hace un gesto a su novio, o lo que sea, para que haga Dios sabe qué.

Byron sale de la habitación mientras ella pone el altavoz y nos pide que no hablemos. Se tapa la boca para no reír cuando él regresa con el cubo de fregar y otro más pequeño lleno de agua, se coloca de rodillas en el suelo y ambos se preparan. Intercambio una mirada confusa con Cole y él niega con la cabeza a la vez que pone los ojos en blanco y se apoya en la pared con los brazos cruzados, expectante.

—Abigail, ¿qué pasa? —responde su jefa enseguida.

—Hola, Naomi —habla fingiendo voz de enferma y yo enseguida tengo que taparme la boca con la almohada para que no se me escuche reír.

Mi mejor amiga me hace un gesto con la mano para que me calle y no la haga reír a ella. Se aclara la garganta y da una larga respiración para volver a ponerse seria y continuar con la farsa.

—Mira, es que no me encuentro nada bien, creo que Loren me ha pegado el virus ese.

—¿Qué te pasa? —contesta después de resoplar con aburrimiento.

—Mierda, espera. —Hace una señal a Byron y este vuelca el agua en el cubo mientras ella finge el sonido de estar vomitando—. Perdona, Naomi, estoy echa una mierda, no paro de echar todo lo que meto al estómago.

—Joder, Abigail.

Repiten el proceso y yo ya no puedo más. Rompo a reír y Cole se sienta a mi lado con rapidez para taparme la boca con la mano. Aprieto los labios y él me hace una señal para que me controle, Byron nos hace un gesto de advertencia y Abi necesita callarse un momento y mirar hacia otro lado para aguantarse las ganas de estallar en carcajadas.

—Y Cole también —logra decir conteniendo la respiración.

—¿¡Estás de coña!? —Naomi entra en crisis en cuanto le dice que se quedará sin dos camareros a la vez—. ¿¡Qué pasa!?

—Se caga. —Abi pasa a los monosílabos, porque ya no puede aguantarse la risa.

Le lanza el móvil a su hermano y Byron le tapa la boca igual que mi novio a mí justo a tiempo para que no se la escuche. Cole la mira atónito y niega con la cabeza, incapaz de articular una palabra sin que se le note el ataque de risa.

—¿¡Qué!? ¡Abigail! —Suena a través del móvil perdido entre la colcha.

Los dos hermanos se hacen gestos para que el otro responda, pero la situación es insostenible y veo que al final los echan a los dos a patadas, así que les hago una mueca para que se callen y me dejen a mí. Respiro hondo y, bajo la mirada expectante de los tres, cojo el móvil y me levanto de la cama con la intención de hablar mirando a la pared.

—Hola, Naomi, soy Emily, la novia de Cole. —Trago saliva, es la primera vez que lo digo en voz alta y no sé la cara que estará poniendo él, pero a mí me encanta escucharlo—. Abi se ha puesto a vomitar y Cole está metido en el servicio desde hace veinte minutos.

—Dios mío, esto tiene que ser una broma. ¿No puede venir ninguno de los dos?

—No tiene pinta. Ella está fatal desde anoche y Cole ha ido al servicio ya cinco veces desde esta mañana, les estoy dando suero oral. Soy enfermera —especifico para darle más credibilidad.

—Joder. Vale —asume en medio de un suspiro—. ¿Y cuánto tiempo van a estar así?

—No lo sé, quizá para el lunes se encuentran mejor. Yo me encargaré de ellos este fin de semana. Si te parece, que te llamen el lunes a la mañana.

—De acuerdo, adiós.

—Adi… —Me quedo con la palabra en la boca cuando cuelga de repente—. No le ha hecho mucha gracia —comento después de darme la vuelta para mirarlos.

Cole empieza a silbar y los otros dos aplauden y me vitorean. Todos reímos celebrando que se han ganado el día libre —es sábado y los domingos cierran—. Además, Byron solo trabaja de lunes a viernes y yo aún sigo de vacaciones.

—Esa es mi chica —dice después de levantarse de la cama para acercase y depositar un beso en mis labios. Entonces, se gira hacia los otros dos con una amplia sonrisa—. ¿Habéis visto lo bien que ha sonado ese «soy la novia de Cole»?

Los cuatro estallamos en una carcajada, sabía que no podría abstenerse de hacer algún comentario.

—Venga, tortolitos, vestíos y vamos a preparar todo para el lago. —Abi se pone en marcha y el resto la imitamos.

Rebusco en el armario y en la cómoda para ver qué puedo ponerme, pero todo lo que me viene a la mente, no está… Más de la mitad de mi ropa continúa en casa de Trey. Intento fingir una sonrisa y seguir buscando algo de abrigo cuando Cole me mira, ya que no quiero que se sienta mal y sé que sería lo que sucedería en el caso de decirle que no encuentro nada que me sirva para los dos grados del exterior.

—Em, ponte esto si quieres, lo acabo de encontrar —ofrece entonces mi mejor amiga después de entrar de nuevo en el dormitorio—. Te quedaba super bien. —Sonríe y me tiende el jersey de lana blanco y gris que le robé en numerosas ocasiones el invierno pasado.

—Ay, gracias. —Le lanzo un beso con los labios—. Ni me acordaba de él.

—Te lo regalo —añade en voz más alta desde el pasillo—. No lo uso nunca.

—No tienes qué ponerte, ¿verdad?

Volteo la cabeza cuando Cole habla a mi espalda. Se muerde la mejilla por dentro y revuelve su pelo rubio antes de chasquear la lengua.

—Claro que sí, solo buscaba qué me hará estar más sexy. —Intento bromear para que me crea, pero hace tiempo que soy un libro abierto para él. Por mucho que trate de evitarlo.

—Deberíamos volver a casa de… —Aprieta los labios y hace un gesto con la mano como si fuese incapaz de pronunciar su nombre—. Para que cojas todas tus cosas.

—No quiero que te acerques más a él. —Niego con la cabeza y un pequeño retortijón se hace notar en mi estómago—. Bastante hemos tentado ya la suerte. La semana que viene voy al centro un día y me compro ropa nueva, no te preocupes.

—Nena, no tienes que gastar dinero cuando no hace falta. Byron y yo podemos…

—Cole, no —insisto, ahora con más seriedad.

Suspira y se aproxima, me besa la frente y después se dirige a la habitación de su hermana sin decir nada más. Continúo pasando perchas en busca de algún pantalón un poco más gordo, ya que la mayoría de los que tengo son vaqueros o de tela muy fina. Desde luego, no aptos para un día en la nieve.

—Toma, Em. —Mi novio regresa, ahora con varias prendas en las manos—. Abi tiene tanta ropa que no le cabe en el armario. Es una adicta a los mercadillos.

—Tía, ¿por qué no me has dicho que no tenías nada que ponerte? —reprocha ella cuando entra justo después—. Te dije el primer día que mi ropa es tuya.

—Tus cosas no me valen, Abi. —Aprieto los labios y después me coloco de costado para señalar mi trasero, provocando que los tres riamos y el ambiente deje de ser tan pesado.

—Pero la mía sí —indica Cole de camino al armario que compartimos.

Abre uno de los cajones y me tiende un pantalón de chándal gris, bastante gordito por dentro. Lo miro con las cejas alzadas y finalmente suspiro, ya que es eso o congelarme de frío. No es que no me guste ponerme su ropa, en casa siempre la uso, pero una cosa es andar por aquí y otra irme a la calle con ella. Además, Cole siempre usa las prendas una o dos tallas más grandes y, por mucho que mi cuerpo tenga unas curvas pronunciadas, no llegan a ese extremo.

—¡Te queda muy bien! —exclama mi amiga cuando me lo pongo por encima de los leggins que llevaba—. Y mira, te pega con el jersey. —Lo coge de encima de la cama para lanzármelo.

—Qué monos, hasta visten igual ya —comenta Byron cuando se asoma por la puerta y ve que ambos llevamos los pantalones grises.

—Tú calla, cabezón. —Abi le da un empujón para sacarlo de aquí y sus risas se alejan por el pasillo.

—¿Estás bien? —consulta Cole mientras me sostiene por las mejillas—. Olvidémonos de la ropa. Ya lo solucionaremos mañana, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquilo. —Me coloco de puntillas para alcanzar su boca, pero el beso se rompe poco después cuando cuela la mano por dentro del chándal y agarra una de mis nalgas con firmeza.

—¿Ves? Te queda tan grade que puedo hacerte lo que quiera sin necesidad de desnudarte.

—Todo ventajas. —Reímos y volvemos a besarnos.

—¿Vamos o necesitáis más tiempo para follar?

Giramos la cabeza hacia la puerta cuando Byron asoma la cara y nos saca la lengua con diversión, justo antes de empezar a moverla arriba y abajo como si estuviera haciendo… Bueno, lo que, al parecer, tanto le gusta a mi mejor amiga.

—Tú te has levantado esta mañana con ganas de comerte una hostia —contesta Cole a la vez que se dirige a él y ambos corren escaleras abajo.

Abi y yo los seguimos y no podemos dejar de reír al verlos peleándose como dos niños pequeños. Tirados sobre la alfombra del salón y revolcándose mientras se carcajean y luchan por reclamarse ganador. Nos movemos a un lado para que no nos den sin querer, puesto que son como dos leones hasta arriba de anabolizantes ahora mismo, y entonces el rostro de mi amiga se transforma y exclama:

—Pero ¿¡qué le habéis hecho al sofá!?

33. UN DÍA EN EL LAGO

COLE

Después de que mi hermana nos vacile un rato y finja estar cabreada por cómo dejamos anoche los asientos, rompe a reír y le quita importancia diciendo que ya le pondremos unas fundas. Aun así, Emily se siente mal y se ofrece a comprar un sofá de segunda mano al que, al parecer, ya le había echado un ojo. Ha dicho, y tiene razón, que este es muy pequeño para todos y que le encantaría que la dejásemos comprar el que ha visto; más grande y con espacio para los cuatro. Obviamente, mi primera reacción ha sido decirle que no, pero al final hemos llegado al acuerdo de comprarlo entre todos, Byron incluido. Solo cuesta trescientos pavos, así que bueno, será una buena inversión. Lo cierto es que me encantaría poder tumbarme con ella y que entrásemos los dos sin la necesidad de quedarme sentado y no poder abrazarla.

—¿Se puede saber a dónde vas con tanta carne? —Abi frunce el ceño cuando Byron aparece con cuatro bandejas de chuletas de cerdo, panceta, chorizo y salchichas.

—Esto es solo para mí, eh —contesta con el rostro serio—. Tú coge lo tuyo.

Em y yo contenemos la risa y los observamos en silencio. Entonces, el obseso de la proteína estalla en una carcajada y guiña un ojo a mi hermana antes de dejar caer todo dentro del carro que lleva ella y donde ya hay bastante comida para todo el día.

—Venga, muñeca, no me digas que no vas a disfrutar de una buena salchicha después de que te la cocine bien en la barbacoa —habla cerca de su rostro a la vez que le acaricia el culo para pegarla a él.

—Eres un cerdo —espeta con las cejas alzadas.

—Y te encanta.

Rompemos a reír después de que ella asienta con un encogimiento de hombros. Tiene razón en que es demasiada comida, pero somos cuatro y, por mucho que Abi se queje, todos comemos bastante. Además, hemos cogido *tuppers* para llevarnos lo que sobre, como siempre. En esta casa no se tira nada a la basura. Supongo que el hecho de haber pasado un periodo de nuestra vida siendo más pobres incluso que ahora, hace que valores hasta el último pedazo de pan.

Estaciono el coche justo frente al lago, pero al otro lado de los árboles. Junto a unos contenedores que ahora rebosan de botellines y de restos de bolsas debido a la cantidad de gente que hay y que solo es visible desde este punto.

—Joder, ¿hoy es fiesta o algo? —inquiere Abi antes de que los cuatro nos bajemos y echemos un vistazo a los grupos de personas que hay repartidos junto a la orilla.

—Que yo sepa, no. —Byron se encoge de hombros sin darle importancia y va hacia el

maletero para sacar todas las bolsas—. ¿Qué más da? Cuanta más gente, mejor.

—No me apetece estar rodeado de desconocidos, tío. —Chasqueo la lengua mientras me retiro el pelo de la cara con un movimiento rápido—. Bastante tengo ya con el puto bar.

—Venga, no seas aguafiestas, será divertido.

Me lanza el mantel que hemos traído para colocarlo sobre una de las mesas de piedra que hay por toda la explanada del Lago Cheniere, al oeste de Monroe, antes de sacarme la lengua de forma burlona. Emily pasa por delante para ayudar con el resto de las cosas y, después de cargar con la neverita donde traemos las bebidas (aunque con el frío que hace, es innecesaria), me da un rápido beso en los labios, el cual consigue levantarme un poco el ánimo.

Terminamos de sacarlo todo y nos adentramos en el frondoso, pero pequeño bosque que hay que atravesar para llegar hasta la explanada. No tardamos ni dos minutos en resbalar por la nieve y caer al suelo. El culo de Byron es el primero en tocar el hielo entre carcajadas y maldiciones.

—Su puta madre, cómo resbala —protesta a la vez que se echa todas las bolsas al hombro para tenderle la mano a mi hermana—. Ten cuidado, muñeca. Solo yo puedo dejarte el culo morado.

—Joder, estáis muy salidos, eh. —Pongo los ojos en blanco y paso por delante de ellos para alcanzar a Emily, la cual va en cabeza y con paso firme—. *Speedy* —la llamo a solo un par de metros. Se detiene y gira el rostro para dedicarme una sonrisa.

—¿Cómo vais, patosos?

—¿No te resbalas? —inquiero justo antes de hacerlo yo mismo y terminar con una rodilla hundida en la nieve—. Joder.

—¿Estás bien? —Se carcajea y hace amago de regresar atrás para ayudarme, pero enseguida me levanto y la alcanzo.

Por fin llegamos a la hierba cubierta de blanco, pero firme en comparación con por donde acabamos de cruzar. Los bajos de nuestros pantalones están negros por el barro de debajo de la nieve, además de mi rodilla y los traseros de By y mi hermana. La única que se ha salvado ha sido Em, aunque siempre le ha gustado mucho la naturaleza, así que no me extraña.

Cuando vivía con sus padres, solía pasar muchos fines de semana acampando con ellos en alguna montaña de Oklahoma. Recuerdo cómo me contaba al inicio de nuestra relación la cantidad de actividades que hacían al aire libre y cómo, en más de una ocasión, les tocó pasar la noche dentro de la tienda de campaña con fuertes nevadas en el exterior. A veces la observo y me pregunto si no sería más feliz viviendo cerca de sus padres. Siempre ha estado muy unida a ellos y, bueno, tenerlos cerca en este momento de su vida sería lo mejor para ella.

—¿En qué piensas? Me das un miedo cuando te ausentas así —señala tras quitarme el mantel de las manos y extenderlo sobre la mesa que ella misma ha escogido.

—En lo bonito que es este sitio —miento observando el lago—. Y en que lo sería aún más

sin todas esas personas.

No puedo evitar esbozar una mueca de desagrado por toda la gente que hay. Parecen tener más o menos nuestra edad y haber venido aquí para beber y escuchar música a todo volumen. Aunque siempre he sido una persona bastante asocial —a excepción de cuando estoy trabajando y debo fingir que disfruto de las aglomeraciones—, mi paso por prisión lo ha empeorado todavía más. Ahora, en cuanto alguien se aproxima, es como si mi cuerpo entrase en modo alerta, se me activasen los músculos y la sangre se concentrase en los lugares más específicos para hacer frente a una posible amenaza.

—¿Ya te estás quejando otra vez? —Byron y Abi llegan entonces, tras sacudirse los restos de nieve de la ropa.

—Déjame en paz y enciende la barbacoa, anda —lo insto mientras le muestro el dedo corazón.

Él ríe y entre todos colocamos las bandejas de comida sobre la piedra, además de echar las patatas en los platos de plástico y abrir la caja de donuts; los cuales no duran ni cinco minutos. Cuando se aleja unos pasos para dirigirse a la barbacoa, observo cómo se lleva las manos a la cabeza y suelta un «hostia, el carbón» después de darse la vuelta.

—No me jodas —digo negando con la cabeza—. No hemos comprado el puto carbón, a ver cómo hacemos ahora las brasas.

—Ala, es verdad. —Abi se muerde el labio inferior y los cuatro nos miramos como si de esa forma fuésemos a encontrar una solución. Así, por obra divina.

—Vale, no os preocupéis, yo me encargo —indica mi colega con decisión y mira a mi hermana—. Soy un hombre que resuelve. Era así, ¿no?

Ella ríe y asiente de camino hacia él, le da un beso en los labios y a continuación hace un gesto interrogativo con la cabeza.

—Venga, pues resuelve.

—Ahora vengo.

Me siento sobre una esquina de la mesa y Emily se coloca entre mis piernas, Abi permanece de pie y los tres prestamos atención a los movimientos del más ingenioso del grupo. Cuando pensaba que tal vez se pondría a cortar ramas de un árbol, veo que va hasta el grupo de chavales más próximo a nosotros y, en menos de diez segundos, está chocando la mano de uno de ellos y acompañándolo a la mesa en la que tienen toda su comida y bebida.

—No me lo puedo creer —comenta mi novia entre risas—. No he conocido a nadie tan extrovertido en mi vida.

—¿Byron? —Mi hermana suelta una carcajada y lo señala con la cabeza—. Este haría hablar hasta a un monje de esos que tienen voto de silencio.

—No lo dudo lo más mínimo —sentencia ella.

Entonces, divisamos cómo vuelve a intercambiar un gesto amistoso con el desconocido y le señala nuestro grupo. Por favor, que no se le ocurra. Hablan unos segundos más y Byron se dirige a nosotros con una bolsa en la mano, la cual alza en nuestra dirección con una sonrisa triunfal.

—¡Tenemos carbón!

—Eres el mejor —celebra Abi después de premiarlo con un beso.

—Es un tío de puta madre —informa mientras echa todo el mineral dentro de la barbacoa—. Se llama James y me ha dicho que podemos unirnos a ellos.

Me dedica una mirada de soslayo, porque me conoce y sabe que lo último que me apetece es juntarme con más gente. Hemos conseguido librarnos del trabajo y lo único que quiero es estar tranquilo, comer en abundancia y pasar un día relajado con mi familia. No rodearme de chavales ebrios y con la música retumbando en mis oídos. Para eso habría ido a trabajar.

—Bueno, vamos a comer y después vemos. —Mi hermana se me adelanta, supongo que al darse cuenta de mi expresión; nunca se me ha dado bien disimular.

Intento no ser un capullo y amargar a todos, así que ayudo a Byron a cocinar lo que nos parece después de que admita que se ha pasado comprando carne. Abi y Em ríen desde la mesa mientras nos van pasando cosas para picar, aunque prefiero besar a mi chica cada vez que se acerca con un pepinillo o un puñado de patatas de bolsa.

Casi dos horas después y con el estómago lleno, algunos copos de nieve comienzan a caer y a quedarse enredados entre los mechones negros de Em. Su sonrisa ilumina el lago entero. La nieve es una de sus cosas favoritas, por eso el invierno es su estación preferida; aquí tenemos para dar y regalar casi durante tres meses completos.

—Se me sale el chorizo por las orejas. —Byron se limpia la boca y todos rompemos a reír ante su comentario que, como siempre cuando viene de él, va con segundas.

—Dios, es que te has comido como cuatro tú solito —le recuerda mi hermana—. Si lo que intentas es compensar otra cosa, no hace falta, eh. Vas sobrado —añade guiñándole un ojo y provocando que Em y yo miremos para otro lado cuando empiezan a besarse.

—Sois asquerosos.

—Déjalos, están enamorados —comenta mi novia como si nada. Ante lo que los otros dos se separan con rapidez y se miran entre ellos antes de voltear la vista hacia nosotros.

Por un instante el aire parece pesar y la tensión cortarse con un cuchillo. Algo muy raro viniendo de ellos, que se pasan haciendo bromas veinticuatro siete. En la mirada de mi amigo puedo ver cómo me grita auxilio en silencio, mientras que Abi hace lo propio con Emily. Me aclaro la garganta y se me ocurre señalar al grupo de chavales que tenemos al lado y que ahora se están desnudando para meterse en el agua.

—Mira esos colgados, ¿a cuántos grados estará el agua?

—No lo sé —me apoya Em con rapidez—, pero aquí fuera hay menos uno, así que imagínate.

Entonces Byron se levanta del asiento de piedra y se aleja unos pasos para coger la botella de refresco del suelo, después nos mira y con una sonrisa forzada regresa. Observa, imagino, al tal James que nos ha dado el carbón e intercambia un saludo con él.

—Podríamos unirnos a ellos, parecen divertirse —sugiere después de servirse una copa.

—Yo paso. —Chasqueo la lengua y niego con la cabeza antes de meterme un puñado de patatas en la boca.

—Venga, tío, quita esa cara de amargado.

Fulmino a mi mejor amigo, porque le acabo de ayudar cuando se le han caído los huevos por no querer reconocer que, evidentemente, está enamorado de mi hermana. Este pone los ojos en blanco y siento cómo Emily me acaricia el muslo por debajo de la mesa, a la vez que me dedica una pequeña sonrisa para que me relaje.

—Será divertido. —Deposita un beso en mis labios y saca una pierna por fuera del asiento para quedarse mirándome—. Id yendo, ahora vamos nosotros —pide a su amiga, que parece haberse quedado muda.

Ambos cogen su copa y comienzan a caminar en dirección al grupo de personas que, al verlos, silban y los señalan con sus cervezas en la mano. Byron le dice algo a mi hermana y esta, por fin, sonríe y asiente cuando él pasa un brazo por detrás de sus hombros. Dirijo la mirada a mi novia y suspiro al ver la luz que desprende con pequeños copos de nieve a su alrededor.

—Si quieres nos vamos a casa —dice con un brazo apoyado en la mesa.

—No. Sé que este sitio te encanta.

—Me encanta cualquier sitio en el que pueda estar contigo, Cole.

La acerco más a mí y la beso durante algunos segundos. Le acaricio el cabello y por encima de su hombro puedo ver cómo mi hermana y Byron charlan y ríen con el grupo, como si se conocieran de toda la vida. Estoy deseando aceptar la propuesta de Em, pero sé que ella quiere quedarse. Hasta hace un momento se estaba divirtiendo y yo lo he jodido con mi cambio de humor.

—Venga, vamos —insto después de ponerme en pie—. Va. —Tiro de su mano cuando me lanza una mirada poco convencida.

—Solo si me prometes que, en cuanto te satures, me lo dirás.

—Te lo prometo si tú haces lo mismo.

Se levanta y deja que la rodee con mis brazos al mismo tiempo que deposito un beso en su frente. Alza la mirada y murmura un «te lo prometo» antes del «te quiero» que forma una sonrisa en mi boca.

34. ERES MI PERSONA, COLE MONROE

COLE

Las agujas del reloj que me regaló Byron por mi cumpleaños no se mueven. Intento divertirme, pasar el rato y no cohibir a Emily cuando veo que se relaciona con otras personas y parece reír con ganas; no obstante, se me está haciendo cuesta arriba. No sé por qué, pero no me apetece nada estar aquí. Siento que estoy perdiendo mi día libre y todo me molesta: el olor a alcohol, el volumen de la música, los desconocidos que cada vez están más ebrios y me empujan cuando bailan. Incluso yo mismo me molesto por no ser capaz de disfrutar como el resto.

Observo cómo mi novia se carcajea junto a un chaval con el que lleva un rato hablando. No puedo decir que esté celoso, porque no un sentimiento que haya experimentado con frecuencia en mi vida, pero hay algo dentro que me provoca cosquilleo en la punta de los dedos. No sé si es la forma en la que él la toca de vez en cuando o el hecho de que a ella no parezca importarle, pero ahora mismo solo tengo ganas de ir y apartarlo de un manotazo.

—Quita esa cara de celos, que no te pega.

Giro la cabeza ligeramente hacia atrás al escuchar la voz de mi hermana. Me mira con las cejas alzadas cuando resoplo y vuelvo a fijar la vista en ellos.

—No estoy celoso.

—Lo sé, estás rabioso. —Se sienta sobre la mesa, con los pies apoyados en el banco de piedra, a mi lado—. Em se está divirtiendo, relájate.

—Estoy muy relajado. Solo me aseguro de que no se sienta incómoda.

En ese momento, mi novia suelta una sonora carcajada por algo que el otro le acaba de decir. Evito la mirada de Abi, pero no puedo ignorar el comentario que hace.

—¿A ti te parece que esté incómoda?

—¿Por qué no vas a comerle la boca a tu novio y me dejas en paz? —Le dedico una sonrisa sarcástica antes de que ella me la devuelva, acompañada de un beso en la mejilla.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones cuando se aleja y, al volver a la mirada hacia Emily, veo cómo me está haciendo un gesto con la mano para que me acerque. Trago saliva y finjo que todo va bien, tratando de respirar con calma cuando veo que el chaval se pone en pie al verme llegar.

—Bueno, Em, te dejo con tu novio el divertido —dice el gilipollas en un vano intento de hacer una broma, que lo único que me provoca son ganas de hundirle la cabeza en la jodida nieve.

Ella se da cuenta de la posición que adquiere mi cuerpo y la forma en la que mis músculos se

tensan, de modo que le sonríe de forma incómoda antes de darle la espalda para girarse hacia mí. Entrelaza los dedos de nuestras mano y tira para obligarme a prestarle atención a ella y dejar de asesinar con la mirada al imbécil que se marcha riendo solo.

—Bésame —pide cuando por fin me siento frente a ella.

Sé lo que intenta, pero nunca le negaría un beso. Apoyo la mano en la parte baja de su espalda para pegarla más a mí e introduzco la lengua en su boca. Sonrío al sentir cómo me tira del labio con los dientes y rompo el beso para poder observar lo guapa que está cuando quiere cambiarme el humor de forma desesperada.

—Te has puesto celoso, ¿verdad? —Trata de aguantarse la risa y parecer inocente, aunque detrás de esa pregunta esconde diversión.

—¿Yo? No, para nada. —Resto importancia con un gesto de la boca—. ¿Acaso tengo motivos para estarlo?

—En absoluto —sentencia, ahora sí, con más seriedad.

—Pues eso. —Le doy otro beso rápido y me muevo hacia atrás para ponerme en pie y ofrecerle la mano—. ¿Damos un paso por el bosque?

—Claro.

La sujeto para que no se resbale con la nieve que ya comienza a cuajar y que no ha dejado de caer desde que empezó hace unas horas. A pesar del frío que hace, debo admitir que es increíble ver todo teñido de blanco. No solo la hierba, sino también la copa de los árboles y sus ramas. Incluso en el lago se está comenzando a formar una fina capa de hielo, donde ya ni los más valientes —o estúpidos— se atreven a bañarse.

EMILY

Paseamos cogidos de la mano y, de vez en cuando, sujetándonos el uno al otro para no perder el equilibrio. Bueno, él, porque yo estoy bastante acostumbrada a este terreno.

Estar aquí me trae muchos recuerdos de cuando era una niña y mis padres me llevaban al monte para acampar. Papá montaba la tienda mientras mamá y yo nos encargábamos de formar un círculo con rocas para, a continuación, hacer fuego. Me encantaba pasar tiempo con ellos en la naturaleza. Aunque teníamos una tienda de campaña y sacos de dormir, siempre creábamos un refugio con ramas y hojas que encontrásemos en el entorno. Al igual que, por mucho que llevábamos comida para pasar la noche, papá se empeñaba en enseñarme a cazar. Nada de armas ni arcos, nosotros poníamos trampas hechas a mano y, sorprendentemente, siempre lográbamos pillar algún conejo o pequeño roedor. Luego lo soltábamos, pero él quería que yo fuese capaz de sobrevivir si algún día me veía en una situación similar. A mí me daba igual. Solo me importaba el hecho de estar allí, en lugares tan preciosos y con ellos. Las personas que más quiero en el

mundo.

Aunque Cole se unió pronto a esa lista.

—Te pone saber que estaba celoso, ¿verdad? —asegura de repente, al mismo tiempo que hace que me detenga y que apoye la espalda contra el tronco de un árbol.

Su mirada lo dice todo.

Río y me chupo los labios para alargar la respuesta, sé lo nervioso que eso le pone.

—O sea que lo reconoces.

—Contesta —exige, agarrándome con fuerza por el trasero.

—No, pero al menos me doy cuenta de que no soy la única con inseguridades.

—¿Inseguridades? —Suelta la risotada que sabía que soltaría y comienza a acariciarme con extrema delicadeza, en contraposición al modo en el que sus manos ejercían presión contra mis nalgas un segundo antes—. No te equivoques, pequeña. Yo estoy muy seguro de lo que mis palabras provocan en tu cuerpo y de que consigo que te mojes únicamente susurrándote al oído las ganas que tengo de follarte. —Me desliza la mano por el cuello y puedo notar la respiración caliente atravesando mi canal auditivo—. De bajarte los pantalones, darte la vuelta, separarte las piernas y meterte la polla como un jodido animal.

—¿Te diviertes? —Esbozo una sonrisa cuando regresa frente a mí y puedo observar lo dilatadas que se encuentran sus pupilas.

Probablemente las mías estén igual, puesto que, efectivamente, sus palabras provocan cierta humedad entre mis muslos difícil de disimular cuando cuela la mano por el pantalón sin necesidad de desabrochármelo. Se relame al pasar los dedos con suavidad por fuera del tanga, tuerce la sonrisa y dice:

—¿Lo ves?

—Cole, estamos en mitad del bosque —jadeo al sentir que cuela la mano por dentro de la fina tela—. Podría venir alguien y vernos.

—Me la suda.

—Ah, ¿sí? ¿Te da igual que otro hombre me vea cuando me corra gritando tu nombre?

En el preciso instante en el que termino la frase, saca la mano y voltea la cabeza hacia ambos lados. Entonces, vuelve a mirarme y yo arqueo una ceja sin contener la risa.

—Sabía que lo comprobarías.

—Porque esa visión está reservada únicamente para mí, nena.

Su lengua invade mi boca con violencia y, ahora sí, hunde un dedo en mi interior sin remilgos. Me dejo llevar por el placer de la destreza que posee, besándole cuando los gemidos me lo permiten y deseando estar en cualquier otro lugar para tener la posibilidad de que me haga suya de la misma forma que hizo anoche. Sentir una vez más cómo nos fundimos y nos convertimos en un solo cuerpo. Poder experimentar el placer más supremo junto a él.

—Sé lo que estás pensando —susurra igual de excitado que yo y mira a su alrededor—. Está todo lleno de nieve.

—Vamos al coche. —Se me ocurre de repente—. Desde aquí no hay que subir la misma cuesta de antes, así que no hay peligro de que te caigas —bromeo con sus dedos aún dentro.

—Eres muy graciosa.

De una fuerte embestida se clava en mis entrañas provocando que un intenso gemido salga de lo más hondo de mi garganta. En lugar de detenerse, continúa y acelera el ritmo. Cuela la mano por detrás de mi cuello y, cuando menos lo espero, me da un fuerte tirón para hacer que abra la boca y que mis jadeos inunden el bosque entero.

—Vamos a ir al coche y te voy a follar —informa con autoridad—. Pero primero te vas a correr contra este árbol y no pararé hasta que tus flujos me resbalen por la muñeca.

—Cole… —Le suplico con la mirada, porque estoy muy cerca—. Tócame arriba.

Tensa la mandíbula y saca los dedos para envolverme el clítoris con ellos. Y ahora sí. La presión que ejerce, acompañada de la fricción de su piel, es tan perfecta, que apenas dos minutos después estallo en un intenso orgasmo que me deja literalmente temblando.

Como siempre, me acompaña, me sostiene y me da tiempo para recuperarme entre sonrisas y comentarios en el oído de lo preciosa que soy y lo cachondo que le pone verme en este estado de éxtasis.

El olor del bosque me llena los pulmones al inhalar para recuperar el aliento. El aroma a eucalipto y pino pasa un poco desapercibido debido al frío y a la nieve, pero para alguien que los conoce tan bien como yo, es algo que se te queda grabado en la memoria. Aunque… no tanto como el momento que pasamos un rato después en el coche, donde me regala otro orgasmo más y no nos detenemos hasta que los cristales se empañan como en mi escena favorita de Titanic.

—Ha sido buena idea poner la manta debajo —comento tras vestirnos y ver una mancha de humedad en ella.

Rompemos a reír mientras Cole tira de mi mano para que me siente sobre su regazo, con la espalda apoyada en la ventana. Me acaricia el cabello en silencio y yo solo puedo pensar en lo afortunada que soy por haberlo encontrado. Por tener en mi vida a un hombre tan bueno, atento, detallista, protector y con una capacidad de amar tan grande.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

—Sorpréndeme —contesta después de elevar la comisura de los labios.

—Lo bien que me quieres.

Suspira y realiza una mueca de asentimiento.

—Tú me haces mejor persona, Emily. Mi hermana y tú sois lo único que tengo en este mundo, sois mi vida.

Cierro los ojos al ver que se aproxima para besarme la frente con delicadeza y lentitud.

—Sería capaz de renunciar a ti si me lo pidieras —admite con los labios pegados a ella.

—Jamás te pediré eso. —Alzo la mirada para encontrarme con sus ojos vidriosos y se me encoge el corazón—. Te amo, Cole. Entiende eso y entiende que, pase lo que pase, o hagas lo que hagas, mis sentimientos no cambiarán —aseguro intentando transmitirle la veracidad de mis palabras—. Siempre, siempre te voy a querer Cole Monroe.

—Ven aquí.

Me envuelve con los brazos y yo apoyo la cabeza en el hueco de su cuello. Inhalo el aroma de su piel mezclado con la colonia que usa desde que lo conozco, y deseo embotellarlo para que nunca se me olvide. Sé que, por mucho que bromee acerca de ello y lo niegue, él también tiene inseguridades. Muchas. Como cualquier persona. O quizá más debido a la dura infancia que le ha tocado vivir. Aun así, estaré para él por mucho que le cueste creerlo. Como ya he dicho, Cole es mi persona. Y lo será hasta el día en que me muera.

Incluso después.

35. CERRAR UNA ETAPA

EMILY

Después de avisar a Abi y Byron de que estamos en el coche y que no tengan prisa, que los esperamos aquí hasta que les apetezca marcharse, nos pasamos las siguientes dos horas viendo vídeos de YouTube. A eso de las ocho de la tarde llegamos a casa. Ellos desaparecen en la habitación sin probar bocado de la cena, que básicamente se basa en las sobras de la enorme barbacoa que han montado. Nosotros, en cambio, tan glotones como siempre —especialmente después del sexo—, nos hacemos un bocadillo y vemos una película en la sala hasta que ambos nos quedamos dormidos.

Estoy revolviendo el cajón de la cómoda al día siguiente, cuando Cole suspira a mi espalda y me sostiene por la cintura para voltearme. Le dedico una sonrisa antes de ponerme de puntillas para besarlo, pero su expresión no es tan alegre como la mía.

—Venga, vístete. Vamos a ir a por el resto de tus cosas.

—Cole…

—No, Emily —me interrumpe cuando ve que me voy a negar otra vez—. Es ridículo que tardes veinte minutos todos los días en encontrar algo para ponerte, teniendo allí toda tu ropa.

—Trey no ha vuelto a molestarme, no quiero provocarlo. Y mucho menos que tú lo hagas y al final acabe denunciándote.

—Eso no pasará —asegura con sus manos a cada lado de mis mejillas—. Pero si vas a estar más tranquila, esperaremos a que se vaya. Cuando no esté en casa, entramos y llenas un par de maletas.

Niego, asustada y con el estómago revuelto, por los nervios que esta maldita situación me causa. Estoy esforzándome cada día por dejar esa etapa de mi vida atrás, por hacer como si nunca hubiese existido; aunque sé que solo es un parche.

—Va, te espero abajo. —Deposita un beso en mi frente y se marcha hacia las escaleras.

Me siento un momento en la cama, con un tic en la pierna y las manos húmedas por el sudor. Dejo que la mirada se pierda en algún punto de la moqueta sin dejar de negar con la cabeza para mí misma. Miles de pensamientos se suceden por mi cabeza a toda velocidad. Miles de recuerdos. Trago saliva y me obligo a parar. A frenar toda esa mierda y pensar en lo bien que estoy ahora; en lo bien que estoy con Cole.

Como era de esperar, Abi y Byron no se quedan en casa. A pesar de que les pido que no vengan, porque no quiero involucrar a nadie más, se limitan a decir que somos una familia y que no pierda el tiempo intentando convencerlos.

—Ahí sale —informa mi mejor amigo al ver cómo la puerta de la casa en la que apenas viví durante unos meses se abre.

El corazón me da un vuelvo. Las manos empiezan a sudarme aún más que antes, la garganta se me seca y el pulso se me dispara. Bloqueo cualquier pensamiento intrusivo para no agobiarme pensando por qué aún tiene tanto poder sobre mí. Por qué mi cuerpo reacciona de esta forma ante su presencia, a pesar de que él esté al otro lado de la calle y yo en el interior del coche rodeada de personas que me quieren y, no cabe la menor duda, harían cualquier cosa por mí.

—¿Estás bien? —Byron se inclina hacia delante desde el asiento de atrás para hablarme—. Puedes quedarte aquí y yo entro con Cole.

Mi novio me observa en silencio, apoyando la sugerencia de su amigo con la mirada, pero niego en silencio. Debo hacerlo yo.

—No, vamos —digo a la vez que intento armarme de valor para abrir la puerta y salir cuando Trey dobla la esquina y desaparece.

Los cuatro salimos del vehículo y cruzamos la carretera para entrar en el pequeño jardín delantero. Abro la puerta principal con la llave que aún conservaba, la guardo de nuevo en el bolsillo de los vaqueros y me veo obligada a sostenerme a Cole al ver el interior. Al observar el sofá contra el que Trey me golpeó por última vez y estuvo a punto de mucho más.

—Nena —susurra con delicadeza a mi lado.

—Estoy bien. —Fuerzo una sonrisa y señalo las escaleras—. Vamos, toda mi ropa estaba arriba. Dudo que la haya cambiado de sitio.

Los tres me siguen en silencio, cada uno con una maleta o bolsa de deporte, para llevarme todo lo posible y no tener que regresar nunca más. Abi y Byron van al cuarto de baño, mientras que Cole y yo nos encargamos del dormitorio. Entro en modo automático para no dejar que mi mente me traicione. Todo está tal y como lo dejé. Cole coge puñados de ropa y los va metiendo en la maleta sin pensar, aunque no me quita el ojo de encima; su preocupación es evidente.

—Espero no estar cogiendo nada de ese cabrón —comenta después de vaciar una cómoda entera de cajones.

—No, todo eso es mío.

—Siento no haberme dado cuenta cuando cogí tus cosas.

—Cole, hiciste más que de sobra.

Intercambiamos una mirada en silencio durante varios segundos, hasta que Abi y Byron regresan del cuarto de baño con la bolsa llena de todo mi maquillaje, cremas y productos de aseo. Entonces, termino de guardar un par de sudaderas más y, tras asegurarme de que no me dejo nada, cierro la maleta y los cuatro regresamos a la planta inferior.

—Me quedo con ganas de destrozarle la casa —confiesa Byron de camino a la puerta.

—Tira, anda. —Abi le da un empujón para que no se detenga.

Miro a mi espalda para asegurarme de que vienen tras de mí y giro el pomo para abrir y marcharnos de aquí de una vez por todas. Ahora mismo solo tengo ganas de salir corriendo de este lugar, llegar al que ahora es mi hogar —y del que nunca debí marcharme—, y borrar esta puta mancha en mi vida.

—¿Pero qué…?

El pulso de me congela dentro de las venas cuando Trey se acerca por el jardín con una expresión confusa a la par que alegre. Pero se transforma al ver a Cole a mi espalda. Mi novio se me adelanta con rapidez y me coloca tras él. Creo que sufro una especie de disociación, puesto que lo que sucede a continuación, lo tengo algo borroso.

—Solo hemos venido a por sus cosas, ya nos vamos. —Se adelanta Abi al ver la tensión en Cole y Byron, el cual se coloca a su lado.

—Emily, cariño, tenemos que hablar —solicita Trey intentando acercarse—. Deja que te lo compense. Estoy seguro de que…

—No se te ocurra acercarte. —Cole habla con todo el aplomo que es capaz de reunir—. Muévete —insiste después de entrelazar sus dedos con los míos para instarme a caminar.

—Emily, por favor…

—Te he dicho que te apartes —repite mi novio entre dientes al mismo tiempo que le da un empujón al ver que no quiere dejarnos pasar.

—Cole, venga. —Abi tira de su brazo y el último en pasar es Byron, que se queda un par de metros por detrás, asegurándose de que Trey no nos sigue, supongo.

En cuando Cole cierra la puerta del copiloto a mi lado y rodea el coche para subirse por el otro lado, mis ojos se inundan de lágrimas como cuando una manguera se raja y tratas de taparlo con un pedazo de papel. Mi mejor amiga me abraza desde el asiento trasero en silencio, mientras que Cole conduce para alejarme de este barrio al que no pienso regresar jamás.

—Para un poco, necesita respirar —le dice a su hermano.

Avanza algunos metros más y aprovecha un apartadero de la carretera para detener el vehículo. Sé que quiere abrazarme, pero en esta ocasión deja que sea mi mejor amiga la que me consuele. Abi hace que salga del coche y me envuelve con sus brazos, lo que solo hace que mis llantos aumenten todavía más.

—Ya está —murmura mientras me acaricia el pelo—. Ahora sí que se acabó, Em.

COLE

—Relájate, hermano. —Byron masajea mis hombros desde atrás cuando apoyo la cabeza en el respaldo y miro al techo antes de soltar una bocanada de aire.

—Te juro por Dios que…

—Ya los sé. Yo también. Pero no merece la pena que te juegues volver a trullo por un pedazo de mierda —dice asomándose entre los dos asientos delanteros—. No volverá a acercarse a ella.

En ese momento, mi hermana abre la puerta y ayuda a Emily a sentarse, le da un beso en la mejilla y después regresa a la parte trasera. Observo a la mujer que amo y le ofrezco mi mano. Quiero decirle tantísimas cosas… Pero sé que no está receptiva, necesita espacio y mis palabras solo servirían para abrumarla. Entrelaza sus dedos con los míos y, después de intercambiar una mirada en la que las palabras sobran, acelero y conduzco hasta casa sin soltarla.

Pasamos la tarde viendo programas de telebasura y comiendo sobras de la barbacoa. Emily no ha querido hablar de lo sucedido, así que no la he presionado. Sé que necesita tiempo. Me odio a mí mismo por haber insistido en ir a por sus cosas. De haber sabido lo que pasaría… Dios, nunca la habría hecho pasar por eso. Tendría que haberle dicho a Byron y a mi hermana que esperasen fuera, pero queríamos recoger todo lo antes posible.

—Me marcho ya, mañana curro temprano.

—Hasta mañana. —Choco el puño de mi colega y Em le da un abrazo sin levantarse del sofá.

Mientras mi hermana lo acompaña al coche, retiro el pelo de la cara de Emily y ella me dedica una sonrisa cansada. Una sonrisa que me hunde el corazón por saber que se encuentra así, una puta vez más, por mi culpa.

—Siento mucho haberte insistido para ir —confieso después de un largo suspiro.

—¿Algún día dejarás de culparte por las cosas que se escapan de tu control?

—No, si soy yo el causante de que te encuentres así.

—No eres tú, Cole. —Se remueve en el sofá para mirarme, con el codo apoyado en el respaldo—. Esto era algo que pasaría tarde o temprano. Tú mismo lo dijiste, Monroe es un lugar pequeño. Antes o después, nos encontraríamos.

—Ya, pero no así. No en su casa.

—¿Qué más da el sitio? Lo que me jode es… —Frunce el ceño y deja la mirada perdida—. No sé por qué he reaccionado así. Por qué me afecta tanto.

—Nena… —Busco las mejores palabras para repetirle lo que tantas veces le he dicho—. Es una herida que no está curada.

—Pensaba que sí —contesta aún sin pestañear y los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Ven aquí. —Separo los brazos para que se refugie en ellos, justo cuando Abi vuelve a casa y cierra con llave después de entrar.

—Yo también me voy a la cama, chicos —informa desde las escaleras y ambos giramos la cabeza para mirarla—. Os quiero, que descanséis.

Le damos las buenas noches y, al igual que ayer, nos quedamos viendo la televisión el uno

en los brazos del otro hasta que el sueño se apodera de nosotros. Bueno, de ella mucho antes, pero por primera vez en la vida, agradezco sufrir de insomnio para poder cuidarla incluso dormida.

La próxima semana pasa con lentitud. Mi jefa se comporta como una estúpida, porque está rabiosa por los dos días que hemos faltado al trabajo. Abi y yo tratamos de ignorarla, pero nos pone a hacer el trabajo más duro y nos da los peores horarios. Además, mi cabeza se pasa las noches en casa mientras pongo copas, pensando en si Emily estará bien y preocupado por si a ese cabrón se le ocurre presentarse allí, aprovechando que está sola. Por suerte, eso no sucede.

En cuanto a ella, ha estado bastante callada. No diría que triste ni nada parecido, pero sí callada. Em es una mujer muy risueña, así que verla tan… ida, me resulta preocupante. Yo, como siempre, procuro darle espacio y que sea ella la que me busca cuando lo necesita. Si por mí fuera, me pasaría todas las horas libres pegado a su cuerpo, pero sé que no es el momento.

—No entras hasta las dos, ¿verdad? —me pregunta después de salir de la ducha la mañana del viernes.

—Sí, ¿por qué? ¿Necesitas algo? —Le aparto el pelo húmero del rostro y bajo las manos a su cintura.

—Me gustaría que me acompañases a un sitio, pero sin hacer preguntas.

Por la forma en la que lo dice y lo que me transmite su mirada, sé que es algo serio. No es una persona que suela pedir nada, siempre le gusta buscarse la vida y hacerlo por sí misma, de modo que esto debe ser importante para ella.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Hay que estar allí a las doce, es en la calle Adams con la 19.

—Muy bien, pues me visto y salimos, que ya son y media. —Le doy un beso en la frente y me giro para buscar unos pantalones en el armario.

—Cole —llama entonces desde la puerta—. Gracias.

Regreso hasta ella y le doy un abrazo antes de guiñarle un ojo para hacerla sonreír y levantarle el ánimo.

No hablamos mucho durante el trayecto. De reojo observo que va mirando por la ventana y doblando un pedazo de papel que no sé de dónde habrá sacado. Lo dobla y lo desdobla continuamente. En los semáforos me dedica sonrisas forzadas y la conozco demasiado como para darme cuenta de lo nerviosa que está. Así, a primeras, no me suena la dirección ni sé lo que hay allí. Lo primero que se me ha ocurrido es que fuesen los juzgados, pero después me he dado cuenta de que no se encuentran en ese lado del pueblo. Desconozco lo que va a hacer o a dónde nos dirigimos, solo sé que, sea lo que sea, estaré para lo que necesite.

—Es ahí, detrás de los árboles —dice cuando giro en la 18 y avanzo unos metros—. Joder —

murmura para sí misma.

Frunzo el ceño y aparco justo en frente. A pesar de que es un sitio de carga y descarga, ahora mismo no hay nadie, así que detengo el motor y me bajo del coche cuando ella lo hace. Camino por delante para subirme a la acera y, cuando estoy a punto de preguntarle qué es este lugar, veo un pequeño cartel con el nombre de: «Fundación Caldwell». Busco su mirada al darme cuenta de que trata de un centro de ayuda para mujeres víctimas de violencia de género, y algo se me rompe por dentro al ver lo nerviosa que está. Extiendo la mano para que se acerque y, sin decir una palabra, la rodeo con mis brazos e intento que se tranquilice durante varios segundos.

—Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida —le digo después de sostenerla por las mejillas.

—Tengo que entrar, la sesión empieza en cinco minutos. —Con voz temblorosa, se coloca bien la correa del bolso y deja escapar una bocanada de aire—. ¿Me esperarás aquí?

—No me moveré, te lo prometo.

Asiente y cierra los ojos mientras me da un lento beso en los labios.

—Te quiero.

—Te quiero, nena.

Observo cómo se aleja, dubitativa, y le guiño un ojo cuando me mira desde la puerta. Me siento profundamente orgulloso de que por fin haya tomado la decisión de ir a terapia grupal. Por más que mi hermana, Byron y yo hayamos intentado ayudarla durante estos casi dos meses, lo que le ha pasado es algo que debe tratar un profesional. Alguien que tenga las herramientas necesarias como para ayudarle a hacer frente a esas heridas contra las que, me ha costado mucho asumir, yo no puedo hacer nada.

36. UN OSCURO POZO

COLE

Alrededor de una hora después, salgo del vehículo al ver que la puerta vuelve a abrirse y ella aparece con la cabeza agachada. Enseguida me acerco, pero, cuando estoy a punto de abrazarla, alza una mano como queriendo crear un espacio entre nosotros.

—Nena, ¿qué…?

—¿Podemos irnos? —Se fuerza a mirarme y, entonces, advierto el enrojecimiento en sus ojos y las lágrimas que los cubren.

Quiero preguntarle qué ha pasado, qué ha causado que se sienta tan mal y que comparta

conmigo lo que siente, pero en su lugar, asiento en silencio y le hago un gesto con la mano para que se dirija al coche. Espero a que se siente y después cierro la puerta con suavidad. La cabeza me da vueltas, lucho contra mis impulsos y me armo de paciencia de camino a casa; sin embargo, el sonido de sus gimoteos y la impotencia de no poder aliviarlos hace que me desvíe y termine en la otra punta de la ciudad.

—¿Dónde estamos? —consulta al darse cuenta.

No respondo, tan solo la observo en silencio un par de segundos antes de rodear el coche y abrirle la puerta para ofrecerle mi mano. Rompe a llorar con más fuerza y en esta ocasión sí me permite abrazarla. Acomodo todo su pelo en el hombro izquierdo, le acaricio la cabeza y dejo que se desahogue durante varios segundos.

—Estoy aquí —susurro con los labios pegados en su frente—. Todo irá bien, te lo prometo.

—Perdona. —Me coloca las manos en el pecho para separarme despacio y pasa por mi lado.

—Emily, no tienes que disculparte por nada —aclaro siguiéndola hacia un banco junto al río Ouachita.

Permanezco en silencio mientras le doy tiempo para reaccionar; mostrar alguna emoción más allá de la ansiedad. Observo cómo se levanta y se sienta varias veces, y me doy cuenta de que no se abrirá. De que, sea lo que sea lo que ha sucedido dentro de ese centro, no me lo contará. Hoy no.

—¿Qué te parece si llamo a Naomi y me pido el día libre?

—No puedes. —Pasa la mano por su rostro para retirar las lágrimas y vuelve a sentarse a mi lado—. Estoy bien, solo… —Encoge los hombros, fuerza una sonrisa y suspira—. Llévame a casa. Ya es tarde y tienes que ir a trabajar.

Aunque entrelaza nuestros dedos para tirar de mi mano y hacer que me ponga en pie, yo hago fuerza en el sentido contrario y termina sentada sobre mi pierna derecha. Le acaricio la barbilla en silencio, apoya su frente en la mía y los dos soltamos una bocanada de aire.

—Sé que no estás bien, pero, escúchame —pido buscando su mirada—. Lo estarás, ¿de acuerdo? Lo que has hecho hoy ha sido el primer paso para lograrlo.

Sin mediar palabra, se acerca y me da un corto beso.

*

Me restriego el pelo, desesperado, después de que Emily nos dé las buenas noches y se levante para ir a la cama. Tanto mi hermana como yo aguardamos en silencio a que suba las escaleras y cierre la puerta del dormitorio. Entonces, nos miramos un segundo y me levanto para salir al patio a fumarme un cigarro. Escucho que me sigue, cierra tras ella y se sienta en el banco abrazándose a sí misma mientras me mira; dándome tiempo para expresarme.

—Ya no sé qué hacer, Abi —aseguro después de girarme en su dirección—. Lleva una semana… Apenas hablamos. Desde el día que fue a la terapia de grupo, se ha encerrado en sí misma y no me deja entrar.

—No la presiones, Cole. —Chasquea la lengua y se aproxima con una mueca de lástima—. A mí tampoco me ha contado nada. Lo hará cuando se sienta preparada.

—No la presiono, pero me mata verla así.

—Lo sé —responde antes de separar los brazos y envolverme con ellos, apoyando la cabeza en mi pecho—. Le das todo el amor que necesita —murmura—. Con eso es más que suficiente.

Decido no darle más importancia delante de ella, porque bastante preocupada está por Emily, como para que ahora también lo esté por mí. En su lugar, me obligo a sonreírle y a decirle que estoy bien, le doy un beso de buenas noches y me quedo en el patio cuando ella también se va a dormir. No sé cómo solucionar esto, pero debo hacer algo para sacarla de ese pozo en el que está metida. Además, mientras se sienta así, sé que no volverá a terapia.

No he sido capaz de dormir más de dos horas y lo he hecho en el sofá para no molestarla, así que se me ocurre preparar algo de comida y meterlo todo en una cesta para llevarla a hacer un picnic. Sé que está nevando y que hace un frío de cojones, pero hay un sitio precioso a unas cuantas millas de aquí, a la salida de Monroe, que es especial para nosotros; fue el lugar al que la llevé por nuestra primera cita oficial.

Preparo un par de sándwiches de crema de cacahuete y mermelada, meto unos huevos revueltos con salchichas en un túper y café caliente en el termo que ella misma suele llevarse a trabajar. Después de guardar todo en una cesta, la dejo junto a la puerta y subo a ver si ya se ha despertado. Es temprano, pero últimamente no aguanta mucho dormida, de modo que imagino que ya se habrá levantado.

—Buenos días, preciosa —saludo al entrar en la habitación y verla abriendo la ventana para ventilar—. ¿Qué tal has dormido?

—Buenos días. —Mete las manos por dentro de las mangas de mi sudadera y se acerca caminando descalza sobre la moqueta para abrazarme.

Le retiro el pelo alborotado del rostro y me dedica una sonrisa perezosa antes de ponerse de puntillas para darme un beso. Dejo que vaya al cuarto de baño y, mientras tanto, aprovecho para dejarle una nota a mi hermana junto a su almohada. Cuando éramos pequeños —y de adolescentes—, no teníamos dinero para móviles, así que nos acostumbramos a dejarnos notas y, a día de hoy, seguimos haciéndolo.

—Vístete, nena —pido a Emily cuando regresa al dormitorio.

—¿Para qué? Hoy no trabajo.

—Te he preparado una sorpresa.

—Cole… —Tuerce el morro y yo le pido con un gesto de las manos que me dé una

oportunidad.

—Por favor. Confía en mí, te gustará —prometo con una sonrisa cómplice.

Aguardo a que acepte sin dejar de usar mis técnicas de sabotaje cada vez que quiero convencerla de algo.

—Está bien. —Se rinde después de provocarle una carcajada al hacerle cosquillas—. ¿Es un sitio abierto o cerrado? —pregunta tras mirar por la ventana y ver que está nevando.

—Cerrado, pero hará frío de todas formas, así que abrígate.

Asiente y le doy espacio para prepararse después de vestirme con unos pantalones de chándal y varias capas bajo la sudadera de la universidad de Monroe, a la que nunca iré. Apenas diez minutos después, baja las escaleras, ataviada con un abrigo de plumas y un gorro blanco, el cual destaca más por la oscuridad de su negra cabellera. No lleva ni una gota de maquillaje y eso permite que las pocas pecas que tiene por el rostro se aprecien más; siempre me han encantado.

—¿Y esa cesta? —Entorna los ojos al verla en el suelo.

—Es parte de la sorpresa —respondo a la vez que guiño un ojo y me agacho para cogerla.

Me alegra ver un brillo de curiosidad en su mirada. Siempre ha sido una mujer muy inquieta. Le gusta saberlo todo acerca de cualquier tema, así que cada vez que algo se escapa de su control, no para hasta descubrirlo; sabía que no podría negarse a una sorpresa.

EMILY

Me suenan las tripas por los nervios. Amo demasiado a este hombre por ser capaz de cualquier cosa con tal de sacarme una sonrisa.

Esta semana ha sido… complicada. La terapia me dejó por los suelos. Hundida en un pozo del que me está costando salir y del que, sé, él quiere sacarme con desesperación. Se lo noto en la mirada. Puedo imaginarme lo difícil que debe estar siendo para él no poder ayudarme. Cole es un hombre resolutivo. Siempre busca soluciones a todo, no deja que las circunstancias lo arrastren, es él quien decide su propio destino. Se ha pasado la semana intentando hacerme reír —y en muchas ocasiones lo ha conseguido—; sin embargo, mi humor es casi inexistente cada vez que recuerdo lo sucedido en aquella sala.

Cuando me ha dicho que tenía una sorpresa para mí y que me vistiese, mi primera reacción ha sido decirle que no; es lo último que me apetecía. Pero al ver su súplica muda por dejarle intentar algo para levantarme el ánimo, he sido incapaz de negarme. Y debo reconocer que ahora, en el coche a su lado de camino a no sé dónde, una pequeña luz se ha encendido en mi pecho por la curiosidad de saber qué tendrá preparado.

—Ya casi hemos llegado —comunica tras pasar el cartel de salida de Monroe.

Entonces me doy cuenta de cuál es nuestro destino. Se me forma un nudo en la garganta por

la mezcla de emociones —y porque estoy extremadamente sensible— cuando coge la salida de la derecha y detiene el vehículo en medio de la absoluta nada. Sabe que he reconocido el lugar, porque sería imposible no reparar en el enorme invernadero que hay tras una fila de árboles.

—Vamos —dice con una sonrisa después de besarme en el interior del coche.

Coge la cesta del maletero y yo una bolsa donde ha guardado un par de cojines, el mantel y una manta. Entrelazamos los dedos y caminamos en silencio, pero sonrientes, hasta la vieja entrada que solíamos usar cuando veníamos aquí. Este fue el lugar al que me trajo en nuestra primera cita. Recuerdo que, al ver el sitio desde fuera, no me pareció nada especial: un invernadero de cristal abandonado, con algunas ventanas rotas y otras muchas llenas de suciedad, barro y verdín por el paso de los años. Mi opinión cambió al entrar. El abandono había hecho de este lugar mucho más que un simple puñado de cristales en medio del campo. Por dentro, árboles, plantas y flores habías crecido anárquicamente hasta el techo, haciendo de este lugar una especie de selva difícil de ignorar.

Durante los dos años que Cole ha estado en prisión, tan solo vine una vez. Una noche en la que, sin saber por qué, su recuerdo me atizó de madrugada igual que un tsunami y tuve la necesidad de sentirme más cerca de él. Me di cuenta de lo que lo extrañaba y de que mis sentimientos por él no desaparecerían así como así; de que Cole Monroe se me había metido bajo la piel igual que el tatuaje más duradero.

—*Wow*, han crecido una barbaridad —advierto al entrar y mirar a mi alrededor.

—El tiempo pasa para todos. —Sonríe y me guía con una mano en la espalda para que pase delante.

Me hago sitio entre las ramas y las flores, tratando de no pisar ninguna, hasta que, un poco más adelante, diviso la zona en la que solíamos tumbarnos. Supongo que, al estar más pisada, la vegetación ha crecido menos. Nos sonreímos mutuamente y entre los dos colocamos el mantel en silencio, los cojines a un costado y la manta doblada a nuestro lado.

—Gracias —le digo después de que abra la cesta y comience a sacar la comida que ha preparado.

—Eres mi mundo, Emily Walker. —Me acaricia la mejilla mientras me permito cerrar los ojos y apoyarla en la palma de su mano—. Comamos antes de que se enfríe.

Lo observo mientras abre un túper a rebosar de huevos revueltos con salchichas y sirve un par de tazas de café caliente. Acepto una de ellas y yo misma cojo un tenedor para empezar a comer. Disfruto el intenso sabor de los huevos mezclados con mantequilla y sonrío con la boca llena cuando le mete un enorme bocado al sándwich de crema de cacahuete.

Hablamos de cosas sin importancia mientras desayunamos. Me cuenta cómo ha sido la semana en el bar y los rollos que tienen entre los camareros; es igual que una novela de romance.

Cuando terminamos, guardamos los recipientes vacíos en la cesta y la dejamos a un lado

para recostarnos sobre los cojines y taparnos con la manta como solíamos hacer.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —inquiere al mismo tiempo que se apoya en el codo y me acaricia la barbilla.

—Me ha encantado. Gracias por insistir, sé que esta semana he estado…

—Shh. —Coloca el pulgar sobre mis labios y se acerca para darme un beso—. Solo quería volver a ver esta increíble sonrisa, así que me doy por satisfecho, nena.

—Debes estar muy confuso por mis cambios de humor.

—No estoy confuso, sabía que después de la terapia estarías mal. Es normal.

Vacío mis pulmones y cierro los ojos antes de perder la mirada en algún punto de los árboles sobre nosotros. Me pica la garganta al recordar las historias de todas las mujeres que acudieron aquel día a la Fundación Caldwell.

—Me sentí tan culpable —comienzo al fin.

—Culpable, ¿por qué? —Frunce el ceño, confuso.

—Por llorar, por sentirme mal por lo que me había pasado a mí —explico fijando la vista en él—. Lo que yo he pasado es insignificante en comparación con lo de ellas.

—Nena, nada de lo que escuchases en aquel lugar resta importancia a lo que tú has vivido. Estoy seguro de que esas mujeres habrán pasado por cosas horribles, pero…

—Una de ellas perdió a su bebé por la paliza que le dio su novio —lo interrumpo de pronto, y se me llenan los ojos de lágrimas—. Se llama Mary. Llevaba mucho tiempo esperando para tener ese bebé y… —sollozo con la voz entrecortada—. Estaba de cuatro meses, Cole.

—Joder.

Quiere abrazarme, lo veo en sus ojos, pero también sé que teme que, si lo hace, volveré a cerrarme y no seré capaz de continuar. Así que se limita a entrelazar sus dedos con los míos sobre mi vientre y secarme las lágrimas.

—Otra mujer, Kimberly, tiene medio cuerpo quemado, porque su ex-marido prendió fuego a la casa que compartían. Le dijo que, si no quería estar con él, no estaría con nadie.

Tensa la mandíbula y aparta un momento la mirada para tratar de contener la ira. Casi puedo ver el interior de su mente imaginando a Trey haciéndome todas esas cosas a mí; la respuesta de su cuerpo es automática.

—De todas las historias que contaron, la mía fue la más suave —explico tras volver a secarme la humedad en la mejilla—. Cuando llegó mi turno… Dios, me sentí tan mal. Tan fuera de lugar.

—Estoy seguro de que ellas no opinan lo mismo.

—No. Me dijeron que no debía restar importancia a lo sucedido.

—¿Ves? —Acaricia mi cabello y me hace un gesto para que me recueste en su pecho.

—Ya, pero es que no van a decirme que no tiene importancia, Cole —contesto sin aceptar

tumbarme junto a él—. Se supone que vas ahí en busca de consuelo, no a que te machaquen más.

—¿Y qué piensas? ¿Qué te han mentido? —Alza las cejas y sé que busca abrirme los ojos, pero él no estaba allí.

—No lo sé. Solo sé que no creo que tenga derecho a quejarme. —Me encojo de hombros con los labios apretados—. Lo mío es un paraíso comparado con lo que han vivido ellas.

—Nena, ¿te estás escuchando? —Sostiene mis manos con cuidado—. ¿Crees que tu exnovio te pegue durante semanas e intente agredirte sexualmente es un paraíso?

Trago saliva, nerviosa y confundida. Escuchárselo decir en voz alta es como una patada en el estómago, pero sigo pensando que las vivencias de las demás chicas son cien veces más graves que las mías.

—Emily, sé que es muy difícil, pero necesito que seas muy consciente de la gravedad de todo esto. —Hace una pausa cuando ve que vuelve a temblarme el labio—. Cada una de vosotras ha pasado por un infierno, independientemente de que haya durado más o menos, o de que hayáis perdido unas cosas u otras.

Rompo a llorar de nuevo y esta vez sí acepto el tumbarme sobra su pecho cuando vuelve a separar el brazo. Sé que esta conversación no cambiará el modo en el que veo las cosas ahora, pero necesitaba contárselo. No había sido capaz hasta ahora, porque revivir todo lo sucedido entre esas cuatro paredes… simplemente se me hacía imposible. A pesar de no habérmelo quitado de la cabeza en casi ningún momento del día, no era lo mismo que contarlo en voz alta.

—Cada día será un poco más sencillo —dice con cautela—. Creo que deberías volver a ir, si lo dejas ahora… —Gira el rostro para mirarme y sé que le cuesta decirme esto—. No servirá de nada.

—Lo sé. —Asiento y trago saliva.

—¿Cuándo es la próxima sesión?

—Hoy había una… —admito, aunque debe estar celebrándose en este momento—. La semana que viene.

—¿Irás?

Suspiro y asiento segundos después, resignada ante la idea de que tiene razón. De que, si lo dejo ahora, haber ido una vez no servirá de nada y esta herida no desaparecerá nunca. A pesar de que no sienta que ese es mi lugar, debo hacer caso a la pequeña parte racionar que aún conservo; la que me grita desde hace semanas que esto es algo que no puedo ignorar.

—Esa es mi chica. —Deposita un beso en mi frente y deja que me relaje sobre su pecho.

37. LOS CELOS NUNCA SON BUENOS

COLE

Después de pasar un rato duro a la par que gratificante con Emily, en el cual al fin ha conseguido abrirse conmigo y contarme todo lo sucedido en aquella primera sesión que, espero, sea la primera de muchas, regresamos a casa ambos con un humor diferente. Sé que esto no ha cambiado nada y que, probablemente, seguirá teniendo días en los que se encierre en sí misma, pero al menos lo siento como un pequeño paso, teniendo en cuenta lo que le cuesta expresar sus sentimientos.

Hoy nos toca trabajar a los tres, así que me despido de la mujer que amo cuando terminamos de comer. Intento dejar todo recogido, pero insiste en que ella aún tiene tiempo que nos marchemos para no llegar tarde; Naomi se pone insoportable cuando las agujas del reloj rebasan la hora de entrada.

—¿Estás bien? —Un compañero me observa con el ceño fruncido a eso de las diez menos cuarto cuando rompo el segundo vaso del día—. Te noto distraído.

—Sí, es que no tengo la cabeza aquí —maldigo antes de coger una bayeta y agacharme para recogerlo sin cortarme, cosa que no me sorprendería.

—Eso no hace falta que lo jures.

Por encima de su hombro, Abi me lanza una pregunta muda sin dejar de atender a los clientes que no paran de consumir entre baile y baile. A partir de esta hora, el bar suele empezar a llenarse, así que el volumen de trabajo se dispara; sin embargo, yo todavía no me he cogido el descanso, porque quería aprovechar para ir a recoger a Em al trabajo y que no tuviese que volver en autobús. Monroe no es Nueva York, precisamente, aquí todo está más o menos cerca.

—¿Puedes decirle a Naomi que me he cogido el descanso?

Arturo, el compañero con el que mejor me llevo de todos y que aún me mira preocupado, arruga el morro y mira a su alrededor para comprobar si la jefa está cerca. Entonces, vuelve la vista hacia mí y recoge la bayeta cuando se la paso para que la deje sobre el fregadero.

—¿Ahora? No sé si le va a hacer mucha gracia, tío —comenta con las cejas alzadas.

—Me la suda. Es mi descanso, así que me lo cojo cuando me da la gana. —Choco su mano y asiento como agradecimiento cuando me dice «sin problema».

Salgo de la barra bajo la atenta mirada de mi hermana y le hago una señal para que entienda que voy a salir, pero que no pasa nada; enseguida se preocupa por mí. Aunque, debo decir que, desde que salí de prisión, no he parado de darle quebraderos de cabeza. Ojalá pronto todo se solucione y seamos capaces de llevar de una vez por todas la vida tranquila que deseamos desde que éramos adolescentes.

Conduzco hacia el aparcamiento del hospital y no tardo más de diez minutos en llegar. El

descanso que me corresponde es de cuarenta, ya que no me he cogido ninguno en todo el día; debo reconocer que estoy machacado, pero quería aprovechar el tiempo con Em y en veinte minutos no habría podido venir a buscarla.

Me bajo del Toyota que Byron le regaló a Abi y que usamos todos cuando hace falta, saco un cigarrillo del paquete y me apoyo en el capó para esperar a que Em salga. Ya son las diez, así que debe estar a punto de atravesar las puertas. No le he dicho que venía, por lo que se llevará una sorpresa cuando me vea. Apenas habrán pasado dos minutos, cuando sale riendo junto a un médico que aún lleva la bata blanca; supongo que él no habrá terminado su turno. Se detienen y, entonces, coloca la mano en la espalda de ella, le dice algo y de nuevo estallan en carcajadas. Me impulso para apartarme del capó y doy una calada profunda mientras los observo, tratando de que los celos no afloren. Debería de estar feliz por verla reír con tantas ganas, aunque no sea conmigo; no obstante, después de la semana que hemos pasado, donde prácticamente no ha intercambiado una palabra hasta ayer… Pues sí, me jode un poco que otro sea capaz de hacerla reír con tanta facilidad.

—¿Cole? —Me mira extrañada al verme unos metros por detrás, le dice algo más al médico y ambos se despiden con una sonrisa—. ¿Qué haces aquí?

No puedo evitar que la vista se me vaya hacia ese hombre cuando él se voltea y la mira el trasero. Tenso la mandíbula y trato de que ella no me lo note, pero me conoce demasiado bien.

—Me he guardado los dos descansos para poder venir a recogerte.

Se pone de puntillas para poder darme un beso en los labios, después sonríe y me da otro más. Intento devolverle el gesto, pero aún sigo concentrado en el doctor que no para de mirarla a medida que va de regreso hacia el interior del hospital. Emily se percata de la situación y arquea una ceja, pero no hace comentario alguno.

—¿A qué hora tienes que estar de vuelta? —inquiere después de que ambos estemos ya montados en el vehículo.

—En veinte minutos. —Me golpeo la cabeza mentalmente contra el volante por haber sonado tan borde.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Nada, ¿qué tal ha ido el día? —pregunto tras aclararme la garganta y forzar una sonrisa lo más sincera posible.

Espero a que me responda, pero, en su lugar, guarda silencio, cruza los brazos y puedo notar su mirada escudriñándome. Desvío los ojos hacia ella un instante y me doy cuenta de que está esperando a que le diga la verdad, a pesar de que la sabe de sobra.

—Nena, ¿qué tal el día? —insisto, decidido a hacerme el tonto todo lo posible.

—Pues ha ido bien hasta que mi novio ha decidido venir a buscarme y se ha puesto celoso por verme hablando con un compañero de trabajo.

Detengo el coche en un semáforo mientras dejo escapar una bocanada de aire. Cierro los ojos un instante y me digo a mí mismo que conteste de forma relajada, puesto que ella no tiene la culpa de nada y que probablemente no sea consciente de que ese puto médico quiere follársela.

—No estoy celoso, Em, al contrario —miento con maestría—. Me alegra ver que te diviertes en el trabajo y que tus compañeros te hacen sentir bien.

—¿En serio, Cole? —Aprieta los labios con evidente cabreo—. No sé qué me ofende más, que intentes engañarme o que creas que puedes hacerlo.

—Joder, Em, que me parece muy bien que te rías con quien te dé la gana —exploto justo antes de que el semáforo se ponga en verde y arrancar el coche—. Solo espero que tengas claro lo que ese médico quiere contigo.

—Bueno —dice antes de soltar una risa seca—. Lo que faltaba. ¿Y qué quiere conmigo? A ver.

—Vamos, nena, eres una mujer lista. —Decido usar el mismo sarcasmo que ella.

—No tanto como tú, al parecer. Johan es un hombre muy simpático que siempre se ha preocupado por mí. Somos buenos amigos.

—¡Venga ya, Emily! —exclamo con una risa irónica—. Está claro que lo que quiere es meterse en tus bragas y solo he necesitado tres minutos para darme cuenta.

—No puedes estar hablando en serio.

—Soy hombre, Em, te aseguro que hablo en serio. Esa forma de tocarte y la puta radiografía que le ha hecho a tu culo cuando te has dado la vuelta, no es precisamente la de un buen amigo.

Giro es la equina de la panadería para entrar en nuestra calle y desciendo la velocidad hasta detenerme por completo delante de casa. Tiro del freno de mano y solo entonces volteo la cabeza para mirarla. Si fuese un dibujo animado, ahora mismo estaría echando humo por la cabeza, pero yo solo puedo pensar en lo preciosa que está después de un largo día de trabajo y en las ganas que tengo de comerle la boca.

Me sostiene la mirada y casi puedo ver la cantidad de insultos y de maldiciones que se suceden por su cerebro a un ritmo desproporcionado. Sé que está enfadada, pero la prefiero así antes que triste y apagada.

—¿Quieres decirme algo? —vacilo disimulando una sonrisa.

—Quiero decirte muchas cosas que mejor me las voy a callar para no arrepentirme después. Gracias por venir a buscarme. —Gira el cuerpo, para salir del coche, pero no se lo permito.

La sostengo por el brazo, asegurándome de no ejercer más fuerza de la necesaria para que se dé la vuelta, y no me lo pienso dos veces antes de sujetarle la mandíbula con la otra mano y besarla. Me da un empujón que consigue hacerme retroceder hasta la puerta, pero en su mirada veo el deseo por primera vez en toda la semana, así que espero. Espero hasta que murmura algo que no entiendo y ella misma coge impulso para sentarse a horcajadas sobre mí en el asiento. Su

boca estalla contra la mía y no pierdo el tiempo. Cuelo las manos por debajo del jersey de lana roja que lleva y clavo los dedos en la piel desnuda de su espalda, de tal forma que ni un solo centímetro separe su cuerpo del mío. La necesidad que tengo de ella, de su olor, de sus caricias, de la sensación en el estómago cada vez que me besa, son demasiado para los pocos minutos que me quedan antes de regresar al trabajo.

—Nena, si por mí fuera sabes que te follaría aquí mismo, pero son y veinte —jadeo tras desviar la mirada hacia el reloj del salpicadero.

—Me da igual, que te despidan. —Vuelve a unir sus labios con los míos, al mismo tiempo que cuela las manos entre los dos para acceder a la bragueta de los vaqueros—. Joder, no, perdona —dice separándose para recuperar el aliento.

Permanecemos así, ella sobre mí y sin dejar de mirarnos durante varios segundos, hasta que la respiración de ambos se vuelve estable. No es necesario decir mucho más, puesto que con la mirada tenemos suficiente. La sostengo por la cintura con más calma y nos damos un último beso antes de que regrese a asiento del copiloto para después abrir la puerta.

—Conduce con cuidado y no te metas en líos, por favor —pide ya desde el exterior, agachada para poder verme.

—Te lo prometo, te quiero.

—Te quiero.

Espero hasta que se encuentra ya dentro de casa y, cuando veo las luces encendidas a través de las ventanas, arranco de nuevo y pongo dirección hacia el maldito bar. Si ella no se hubiese detenido, yo tampoco lo habría hecho. Todo me habría dado igual con tal de sentir esa unión que tanto he extrañado estos siete días con sus siete noches. No sé qué es lo que Emily hace conmigo, pero cada día que pasa, mi amor por ella crece y me acojona pensar en que la vida me ponga un nuevo bache en el que la cague y todo se vaya a tomar por el culo.

Sé con seguridad que no podría vivir sin ella.

38. QUÉ POCO DURA LO BUENO

COLE

Termino de tomarme el café con la mirada perdida a través de la ventana, observando cómo mi hermana y Emily hacen un poco de ejercicio en el patio trasero. Me parece increíble que ya sea primavera después del invierno tan jodido que hemos pasado; no solo por el clima, si no por la situación.

Cuando Em comenzó a ir a terapia grupal hace ya casi cuatro meses, tuve mis dudas respecto

a si sería capaz de regresar a ella. De si tendría la fortaleza para soportarlo y… Bueno, no, lo cierto es que nunca he dudado de su fortaleza, pero en aquel momento la culpa y el miedo podían más que cualquier otra cosa. Después de cada sesión salía llorando y destrozada, con un sentimiento de no pertenencia y con la convicción de que esas personas no podrían ayudarla. A pesar de que intenté convencerla en más de una ocasión, de que intenté hacerle ver que su experiencia era igual de dura y de válida que la del resto de mujeres en aquellas sesiones, no sirvió de mucho. Tres o cuatro semanas después, me dijo que no quería volver. Guardé la calma y respiré hondo, me obligué a no presionarla, pero una vez más me sorprendió al confesarme que se había dado cuenta —gracias a todos los testimonios de aquellas víctimas—, de que necesitaba otro tipo de ayuda. Una ayuda profesional y personalizada. Un psiquiatra.

—Nena, ¿estás segura? —cuestioné por miedo a que aquella fuese una decisión visceral y dos horas después se arrepintiese.

—Sí… He hablado con la psicóloga de la asociación y me ha recomendado un psiquiatra que conoce y cree que puede ayudarme —explicó tras secarse las lágrimas—. Sabe que estas sesiones no me están sirviendo, que no son lo que necesito. Apenas participo y… bueno, mírame.

Se señaló a sí misma y rompió a llorar con más fuerza. Se sentía muy culpable cada vez que acudía a las sesiones y no paraba de llorar por las cosas que contaban el resto de las mujeres. Tanto, que su cabeza la convencía de que lo suyo solo habían sido bobadas en comparación. Por suerte, a las horas reflexionaba y conseguía que su parte racional asumiese la gravedad de lo ocurrido, pero solo hasta la próxima sesión; así no estaba avanzando nada.

Desde hace más o menos dos meses y medio acude a terapia semanalmente con un doctor que ha resultado ser justo lo que le hacía falta. Algunos días sale llorando, pero, otros, afortunadamente, una enorme sonrisa decora su rostro cuando atraviesa las puertas y me ve ahí, esperándola; procuro ir a llevarla y recogerla siempre. Cada vez que sale tan contenta y le pregunto qué tal ha ido, me dice que esa sonrisa se debe a mí y que se ha pasado la hora hablando de cómo la cuido y cómo la hago sentir. Es algo abrumador, pero me limito a besarla y recordarle cuánto la quiero y lo orgulloso que estoy de ella.

Ya estamos en mayo y el calor se nota desde hace un par de semanas. Las cosas parecen ir cada vez mejor, pero tampoco quiero pensarlo mucho para no gafarlo. En mi vida, cada vez que algo parecía mejorar, de repente sucedía una puta desgracia que volvía a meternos en un pozo negro de dramas y problemas, así que simplemente doy gracias cada día e intento disfrutarlo.

—Deberías unirte a nosotras para no ponerte fofo con todas las hamburguesas que te metes. —Mi hermana me señala con una de las pesas y saca la lengua con aire vacilón.

Río y dejo la taza sobre la encimera antes de salir, quitarme la camiseta y señalar los abdominales que me trabajé cada día en la cárcel y, por suerte, aún continúan en su lugar.

—Creo que eso no va a ser un problema —contesto con superioridad.

Emily rompe a reír y me lanza un beso, después se coloca de nuevo en la posición anterior y continúa haciendo sentadillas mientras me aproximo para acariciarle el trasero.

—¿Cuándo vas a hacer unas cuantas de estas conmigo tumbado debajo de ti, nena? —susurro en su oído.

—Joder, qué cerdos sois. —Abi finge una mueca de asco.

Estallamos en una carcajada mientras comenzamos a decir más obscenidades a su alrededor y ella se tapa los oídos. En ese momento, escuchamos la puerta de la calle y, a pesar de que ya no estoy en el estado de alerta de hace unos meses, no termino de quedarme tranquilo hasta que Byron se une a nosotros en el patio.

—Ahí tienes a tu novio para que te haga guarrerías —bromea Emily cuando mi hermana camina hasta él para besarlo.

—Son unos guarros, casi echan un polvo aquí delante de mí.

—¡Qué mentirosa! —Mi novia la fulmina con la mirada, pero a mí se me ocurre algo mejor.

Sin que ninguno de los tres se dé cuenta, me alejo unos pasos hasta la fachada de la casa, desenrosco la manguera y enciendo el agua justo antes de dirigirla a ellos para empaparlos de la cabeza a los pies.

—¡Cabrón! —exclama mi cuñado al mismo tiempo que coge a Abi para colocarla delante de él.

—¡Serás capullo! —Ella lo empuja para que la suelte y los tres corren por el patio hasta que Emily consigue quitarme la manguera para mojarme también a mí.

Jugamos durante un rato más hasta que los cuatro estamos chorreando y llenos de barro y hierba por habernos revolcado por el suelo. Mi hermana apaga el agua y todos corremos escaleras arriba para ver qué pareja es la primera en ducharse; la otra probablemente acabe cogiendo un resfriado.

—¡Eh! ¡Tramposo! —Abi intenta liberarse de mi agarre cuando la sujeto para que Emily la pase y llegue la primera.

Mi novia ríe y saca la lengua ya desde el interior del cuarto de baño. Me uno a ella mientras los otros dos nos hacen prometer que tardaremos poco y no tendremos sexo en la ducha para no alargarlo y que se queden helados y embarrados esperando. No es sencillo. Terminamos por ducharnos dándonos la espalda, ya que, de lo contrario, ambos sabemos lo que acabaría pasando y no es el momento. Una cosa es que me guste vacilar y otra que quiera que mi hermana enferme; sus defensas son las de un niño recién nacido.

A eso de las dos de madrugada, Emily descansa entre mis brazos después de un largo día en el que hemos cocinado una lasaña deliciosa, ido al cine y paseado hasta ver el atardecer. Me da minutos de vida verla dormir tan calmada. Recordar las pesadillas que tenía hace meses…

Intento no hacerlo, ya que mi cuerpo se tensa inconscientemente y me he prometido intentar dejar todo eso atrás.

Mi móvil suena en ese momento. Me giro deprisa y al mismo tiempo con cuidado de que no se despierte, pero tan solo es un mensaje. Frunzo el ceño al ver el nombre de mi mejor amigo en la pantalla bloqueada. Mañana trabaja temprano, así que no entiendo qué hace despierto a estas horas. Tras deslizar el dedo para meter el código de desbloqueo, compruebo que tan solo me ha enviado su ubicación en tiempo real. No lo acompaña de ninguna palabra ni nada más, solo la localización. Miro a Emily para comprobar que continúa dormida, aunque su respiración acompasada me lo deja claro. Entonces, me siento en el borde de la cama, pulso sobre el nombre de Byron y me llevo el teléfono a la oreja.

No responde.

Insisto dos veces más, pero no hay respuesta alguna.

Miro hacia la pantalla, confuso, y pulso sobre la ubicación para ver dónde se encuentra. No sé si es el instinto que desarrollé en prisión o si simplemente es algo innato, pero el vello de la nuca se me eriza de repente al comprobar que está en una zona donde tan solo hay almacenes con filas y filas de trasteros, la mayoría de ellos abandonados y vendidos para subastas.

—Mierda, Byron —mascullo en voz baja a la vez que me levanto en silencio.

Recojo un pantalón de chándal gris del suelo y me lo pongo junto a una sudadera negra por encima de la camiseta con la que estaba acostado. Meto los pies en las deportivas Nike que Em me regaló por Navidades y, asegurándome de que no se inmuta, cojo mis cosas y salgo del dormitorio. Asomo la cabeza en la habitación de mi hermana para comprobar si está despierta; quizá By también le ha enviado su ubicación. Pero no, duerme con un tronco. Así que, bajo las escaleras hacia la puerta principal, cojo las llaves del coche y me dirijo a él a paso apresurado.

Vuelvo a llamarlo por el camino varias veces más, obteniendo el mismo resultado que antes. Puedo notar cómo estoy cada vez más nervioso a la par que preocupado, hasta que, cuando llego al lugar y veo su coche vacío, el estómago me da un vuelco. La sangre comienza a galopar dentro de mis venas y a llenar los músculos de todo mi cuerpo. Con los puños apretados y los anillos clavándoseme en los dedos, avanzo varios pasos cuando el sonido de unas voces llega a mis oídos justo al otro lado de los trasteros. Trago saliva, tenso aún más el cuerpo y entonces, al final de una larga fila de puertas metálicas desgastadas lo veo.

Mi mejor amigo arrodillado en el suelo, mientras un hombre apunta a su cabeza con un revolver.

EMILY

El sonido de la alarma de un coche hace que me sobresalte de repente. Me llevo la mano al

cuello debido a que, del susto, hasta se me ha secado la garganta. Me llevo la botella de agua a los labios y bebo un buen sorbo antes de darme la vuelta y suspirar al no ver a Cole a mi lado. No es que me sorprenda, muchos días me despierto en mitad de la noche y no está. Casi siempre lo encuentro dormido en el sofá, aunque algunos días está sentado viendo la televisión, con el móvil o fumando en el patio. Sufre insomnio desde que lo conozco. Las ojeras son parte de su encanto, el pobre no duerme más de cuatro o cinco horas por noche; y eso en los días buenos.

Me pongo las zapatillas de andar por casa y, después de hacer un pis, bajo al salón para ver cómo se encuentra. Me ha entrado algo de hambre, así que se me ocurre hacerme una tostada de mermelada antes de regresar a la cama. Al no verlo en el sofá, pienso que estará en el patio, pero me extraña que el televisor esté apagado. Un pequeño retortijón me da de pronto, como si mi estómago supiese antes que yo que Cole, efectivamente, tampoco está en el patio. No está en casa.

—Vale, tranquilízate. —Intento apartar pensamientos extraños de mi cabeza y decirme a mí misma que, seguramente, al no poder dormir, habrá salido a pasear.

Subo de nuevo a la habitación y apoyo la rodilla en el colchón para estirar el brazo y alcanzar mi teléfono, el cual desbloqueo y me llevo a la oreja tras pulsar sobre la imagen de mi novio. Me encuentro a mí misma temblando y mordiéndome las uñas después de intentarlo tres veces y no recibir respuesta alguna.

—¿Puedo alterarme ya? —inquiero con sarcasmo al mismo tiempo que cruzo el pasillo para despertar a Abi.

A pesar de que entro sin ningún cuidado y tropiezo con algo en el suelo que hace bastante ruido, me cuesta varios segundos conseguir que despierte. No entiendo cómo una persona puede tener el sueño tan profundo.

—Em, ¿qué pasa? —Se frota los ojos, extrañada—. ¿Qué hora es?

—Levanta, son las cuatro y tu hermano no está.

—¿Cómo que no está? —pregunta en medio de un bostezo, aún más dormida que despierta.

—¡Cole no está en casa, Abigail! —exclamo y me levanto de la cama para bajar al salón—. ¡Y no me coge el maldito teléfono!

Escucho cómo me sigue prácticamente arrastrando los pies por las escaleras, vuelve a bostezar y entonces pestañea varias veces para espabilarse al darse cuenta del estado de nervios en el que me encuentro.

—¿Lo has llamado?

—¡Pues claro! —chillo—. ¡Te lo acabo de decir!

—Vale, relájate, Em. Lo tendrá en silencio. —Sé que intenta hablar con calma para no ponerme más nerviosa, pero en el fondo está igual de preocupada que yo.

O no. ¡No lo sé! ¿Por qué parezco la única loca de esta familia? Quizá sea porque siento un

nudo en el estómago que me dice que algo no va bien. Cole no ha salido a pasear. Para empezar, porque no es algo que suela hacer, siempre sale al patio cuando quiere respirar aire fresco. Y para seguir, porque desde que regresó y, bueno, todo aquello… No ha dejado de cuidarme y de estar pendiente de mí. Vive pegado al móvil por si necesito cualquier cosa. No tiene sentido que ahora lo tenga en silencio simplemente porque ha salido a dar un paseo.

—Voy a salir a buscarlo —decido de repente.

—¿A dónde? —Mi mejor amiga parece despertar de golpe al ver que me dirijo a la puerta el pijama y zapatillas de andar por casa—. Espérate, dale tiempo.

—No sabemos cuánto lleva fuera, Abi. Yo estaba dormida y acabo de darme cuenta.

—Vamos a darle veinte minutos.

—Si en diez no ha vuelto, salgo a buscarlo. —Sostengo su mirada y suelto el pomo de la puerta cuando suspira y asiente en silencio.

39. ¿POR QUÉ TODO ES TAN DIFÍCIL?

COLE

Durante una fracción de segundo, me quedo inmóvil y no soy capaz de reaccionar, pero en cuanto el tipo encañona a mi mejor amigo con más precisión, es como si una oleada de impulsos saliera de lo más hondo de mi ser y la parte más primitiva de mí tomase el mando.

—¡Eh! —grito al mismo tiempo que echo a correr.

—¿Quién cojones eres tú? —inquiere el hombre armado.

—¿Qué está pasando? Suéltalo ahora mismo. —No me detengo, a pesar de que la situación no es nada favorable para ninguno de los dos.

Los otros tres que acompañan al matón, sacan sus pistolas y no dudan en apuntarme con ellas para que no dé un paso más. Levanto ligeramente las manos y muevo la cabeza para retirar los mechones rubios de pelo que me caen sobre los ojos. Necesito tener la visión despejada, puesto que a hostias podría con los cuatro, pero contra una bala nadie es inmune.

—Vale, vamos a tranquilizarnos —pido mirando a todos, pero especialmente al que apunta a Byron—. ¿Qué pasa, tío? ¿Quién es esta gente?

—Lo siento. —Su única respuesta son esas dos palabras acompañadas de un par de lágrimas.

—Tu colega me debe diez de los grandes y se le ha acabado el tiempo —explica entonces el que parece ser el jefe—. No es nada personal. —Me guiña un ojo y lleva el dedo hasta el gatillo.

—¡Espera! —Avanzo un par de pasos, pero los otros tres también lo hacen.

—¿Llevas diez mil pavos encima? —me pregunta sin desviar la mirada.

—No, pero puedo conseguirlos.

Mi respuesta parece que le hace dudar, porque gira la cabeza hacia mí y me escudriña con los ojos. Parece debatirse entre creerme o no. Aparta el cañón del revolver de la cabeza de Byron y se rasca la frente con él.

—No voy a negar que tienes pinta de ser un tío capaz de conseguir pasta rápido —reflexiona en voz alta. Trago saliva—. De acuerdo, tienes una semana. Si antes de siete días no me has entregado el dinero, no solo lo pagaréis los dos —amenaza con una sonrisa intimidante—. Su querida novia y la pequeña Charlotte serán las siguientes.

—Si se te ocurre ponerle un puto dedo encima a mi hermana —estallo de pronto mientras avanzo hasta detenerme justo frente a él—, te juro por Dios que cogeré ese revolver y te lo meteré por la garganta.

—Así que Abigail es tu hermana. —Asiente con más soberbia que antes.

—Tendrás tu pasta, ahora largaos de aquí.

Me sostiene la mirada tan solo un segundo y con un gesto de la cabeza, los cuatro se pierden entre la fila de trasteros. No dejo de mirarlos hasta que doblan la esquina por la que yo he venido. Entonces, Byron rompe a llorar, se lleva las manos a la cara y yo resoplo mientras me froto los ojos para intentar controlar la ira y no darle cuatro hostias.

—¿Me puedes explicar qué cojones has hecho? —Lo observo y, aunque estoy furioso con él por haber involucrado de forma indirecta a mi hermana y a su propia hija, es mi mejor amigo. Es mi hermano. Lo que Byron ha hecho por mí desde que nos conocemos, no lo ha hecho nadie más.

—Lo siento —solloza e intenta ponerse en pie, pero enseguida hace una mueca de dolor y se lleva la mano a las costillas.

—Eso ya lo has dicho —respondo a la vez que lo sostengo para ayudarle a levantarse.

Una vez se encuentra incorporado —aunque ligeramente doblado por el dolor—, suelta algunas lágrimas más y camina hasta una de las puertas de los trasteros para apoyarse y recuperar el aliento. Lo sigo en silencio y con cuidado de que no se tropiece y vaya directo al suelo; sé lo doloroso que es que te den una paliza de esta magnitud.

—Venga, vamos al coche antes de que te desmayes —invito señalando el camino.

Asiente y no dice ni una palabra hasta que lo ayudo a sentarse en el asiento del copiloto, el cual rodeo para colocarme a su lado y mirarlo lleno de preocupación; esto es serio. No tengo ni puta idea de en qué está metido, pero por muy grave que sea —y lo parece—, no pienso dejarlo solo. Siempre nos hemos comido los marrones juntos, especialmente porque todos hasta ahora han sido míos, así que ni de coña voy a desaparecer ahora.

—Toma, bebe un poco. —Le ofrezco la botella de agua que tengo siempre en la guantera.

—Estamos muertos —dice al fin tras dar un trago y devolvérmela.

—Cuéntame qué ha pasado, ¿quién era ese tío?

—Yo… —Suspira y niega con la cabeza—. Hace dos meses me echaron del curro.

—¿Qué? —Frunzo el ceño, confuso, ya que desde que salí de la cárcel, Byron nos ha hecho ver que económicamente le iba muy bien—. ¿De qué mierdas hablas, tío? ¿Cómo que llevas dos meses sin trabajo?

—La cagué y, bueno, me echaron —repite con un encogimiento de hombros y la mirada fija en sus manos, las cuales tiene apoyadas en el regazo—. Necesitaba pasta. Ya te conté que hacía algunas apuestas para sacar un poco más, pero no era suficiente.

Desvío un momento la mirada hacia mi teléfono cuando me vibra por cuarta vez en el interior del bolsillo, pero ni siquiera lo miro porque imagino que será Emily, que se ha despertado y ha visto que no estoy en casa; me haré cargo de eso cuando sepa en qué anda metido mi colega.

—Hace un par de meses, después de una pelea en Ruston, Johan se me acercó y me ofreció mucho dinero.

Chasqueo la lengua antes de frotarme los ojos y contener las ganas de preguntarle cómo fue tan gilipollas. Parece mentira que haya crecido en la calle y no sea capaz de distinguir entre las buenas y las malas decisiones; aunque no soy el más indicado para criticar.

—Durante mes y medio hemos ido ganando dinero los dos gracias a las apuestas, pero hace quince días… Todo se fue a la mierda.

—¿Qué pasó?

—El peleador al que soborné para que no pasase del segundo asalto, le había prometido a su hija que ganaría el torneo y los tres mil que le di por adelantado, no fueron suficiente. Ganó los cinco asaltos y Johan perdió veinte de los grandes.

—Joder, Byron. —Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos mientras expulso el aire con fuerza.

—He podido devolverle la mitad, pero el resto ha sido imposible.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto segundos después.

—Por vergüenza, supongo. —Me mira con el rostro lleno de lágrimas secas y solo siento ganas de abrazarlo.

—Tío, somos familia —digo palmeando su cabeza.

—No tienes más de doscientos pavos en el banco, Cole. ¿Qué ibas a hacer?

—Lo que fuese necesario.

—Bueno, ya da igual. Le debo diez mil y no puedo conseguirlos.

—Yo sí.

EMILY

Cierro la puerta de casa después de buscar a Cole por los alrededores durante veinte minutos. A pesar de que Abi ha dicho que lo más probable es que se haya ido a alguna parte porque no está el coche, tengo la necesidad de intentarlo y de recorrer, aunque sea, las calles contiguas. No sé cómo explicarlo, pero siento que algo no va bien. ¿A dónde se iría en mitad de la madrugada con el coche? ¿Y por qué no me contesta al teléfono? No tiene sentido.

—Toma, tranquilízate. —Mi amiga me ofrece una infusión al mismo tiempo que se sienta a mi lado en el sofá con otra para ella.

—¿Por qué no estás preocupada?

—Porque ya lo estás tú por las dos —contesta antes de apretar los labios.

Voy a responder cuando el pomo de la puerta gira y Cole entra en el pequeño vestíbulo. Dejo la taza sobre la mesa de forma tan estrepitosa que la mitad sale desparramada. En cuanto veo que está bien y sin ningún solo golpe en su rostro, me aguanto las ganas de llorar y decido volver a la habitación para gestionar la avalancha de sentimientos y emociones que me están invadiendo y que no quiero volcar sobre él.

—Nena, lo siento, tenía el móvil… —Intenta sujetarme la mano cuando paso por delante de él, pero me aparto y continúo mi camino en silencio.

Lo escucho suspirar a mi espalda, pero me aguanto las ganas de preguntar dónde narices ha estado metido. Lo único que me importaba es que no lo hubiesen detenido de nuevo o que estuviese muerto y tirado en alguna cuneta, así que, ahora que sé que está bien, prefiero tomarme un poco de tiempo para calmarme.

Me siento en el borde de la cama y, cuando escucho pisadas en las escaleras, me tumbo deprisa dando la espalda a la puerta. Esta se abre poco después, pero nadie dice nada, tan solo siento el colchón hundiéndose a mi espalda y sus fuertes manos acariciando con suavidad la piel desnuda de mi brazo.

—Lo siento mucho, Em. No pretendía hacerte pasar un mal rato.

Su voz demuestra lo arrepentido que está y lo culpable que se siente. Sé que estoy siendo demasiado dramática y que simplemente ha salido a dar un paseo porque, probablemente, no podía dormir; sin embargo, el que no me haya cogido el móvil ni haya sido capaz de mandarme un mensaje… No encuentro explicación para eso. Puedo parecer egoísta y, en cierta forma, me siento un poco así. Soy la primera que, en cuanto los sentimientos me abruman o necesito espacio, salgo huyendo y él siempre lo respeta. Cole nunca me ha juzgado ni se ha sentido molesto por mis cambios de humor, por mis escapadas repentinas. No sé, quizá solo haya sido eso y yo estoy siendo demasiado dura.

—¿Quieres que te deje sola? —musita con la voz rota.

Cuando va a retirar la mano de mi brazo, niego con la cabeza y entrelazo sus dedos con los míos. Murmura otro «lo siento» y se acomoda a mi espalda rodeándome con los brazos para pegarme a su cuerpo; el lugar más seguro que conozco. Intento no darle más vueltas y dejar esto atrás para evitar los rencores por la mañana. Lo quiero por encima de todo. Amo a Cole y sé que debo seguir trabajando en mi autoestima y en mi recuperación para no dejar que hasta las cosas más pequeñas me afecten.

He adelantado mucho en las sesiones con el psiquiatra. Después de la terapia de grupo y del fracaso que supuso para mí, estaba convencida de que nadie podría ayudarme. De hecho, aquello fue incluso contraproducente, ya que me hizo dudar de la gravedad de todo lo vivido con mi exnovio. El doctor Harris ha sido como un ángel salvador para mí. A pesar de que poco a poco está consiguiendo que vuelva a ser la Em que era, sé que nunca lo conseguiré del todo, porque he vivido una experiencia traumática que siempre recordaré. Aquello me ha cambiado de forma inevitable. Hay cosas que nos marcan para bien o para mal. Que, por mucho que nos duelan, siempre formarán parte de nosotras. He entendido que la mejor decisión es buscar ayuda y tratar esas vivencias de tal forma que algún día seamos capaz de mirar atrás y recordarlas sin que nos duelan. O, bueno, mejor dicho, sin que nos limiten y hagan que dejemos de ser nosotras mismas.

No está siendo sencillo, pero sé que lo conseguiré.

40. DECISIONES, DECISIONES

COLE

No pego ojo en toda la noche. No solo eso, sino que soy incapaz de relajarme y de dejar de pensar en toda la mierda que de repente tengo encima. No puedo culpar a Byron, porque sé que, en su situación, seguramente tampoco habría pedido ayuda. En ese aspecto somos bastante parecidos, nos gusta buscarnos la vida solos. Pero eso solo es una cagada más que hace que las cosas empeoren y, al final, acaben pagando otros por nuestras malas decisiones. Como ahora. No es que tenga que conseguir esos diez mil pavos, es que no me queda otra opción porque ese cabrón ha amenazado directamente a mi hermana y a la hija de By.

Me gustaría decir que tengo una buena idea para ganar tanta pasta en tan poco tiempo, pero la realidad es que no hay mucho que sepa hacer aparte de darme de hostias. Lo bueno de todo esto es que en las peleas siempre hay mucho dinero en juego y que es una forma rápida de conseguirlo. Lo malo, bueno, que le prometí a Emily que no volvería a participar en una.

Me he pasado la noche dándole vueltas a esto último. Pensando en qué hacer, reflexionando entre los pros y los contras de contarle la verdad y de mentirla. Por un lado, si le cuento la verdad, solo conseguiría hacer que se preocupase y me aterra que, por esto, retroceda en todo el camino que ha hecho junto a su psiquiatra. Ha mejorado mucho y lo último que quiero es ser el responsable de que los miedos regresen a ella. Pero por el otro lado, si la miento, no me lo perdonaría nunca. Prometimos decirnos siempre la verdad y me jodería romper esa promesa y cargarme su confianza, porque, seguramente, terminaría enterándose antes o después.

La pelea me la suda. No me preocupa lo más mínimo llevarme unas hostias y menos aún darlas. Sé que esto saldrá bien, que conseguiré la pasta y podremos solucionar este marrón. Lo que no quiero es acabar con mi relación y con la estabilidad emocional de la mujer que amo en el camino.

Todavía no hemos pensado en cómo hacerlo. Byron me dijo anoche que va a informarse de las próximas peleas grandes para meterme en la que más pasta se juegue, así que de momento no puedo hacer nada más que esperar y rezar para que sea en Monroe y la tobillera localizadora no suponga un problema.

A eso de las tres de la tarde, después de disculparme con mi hermana y con Emily una vez más por haber desaparecido, nos sentamos juntos a ver una película en el salón. Em me acaricia el pelo y creo que piensa que estoy dormido, porque comienza a hablar con Abi en voz baja.

—¿Estás bien? —le pregunta—. Hoy te veo un poco triste.

—Estoy bien.

A pesar de su respuesta, mi hermana es transparente para mí y sé que está mintiendo, aunque creo que Em también la conoce bastante bien. No sé si hace algún gesto, ya que estoy con los ojos cerrados, pero deduzco que sí cuando Abi resopla y continúa hablando.

—Es por Byron —contesta y un nudo se me forma en el estómago de forma inmediata—. Lleva unos días super raro conmigo. No me coge las llamadas y apenas responde los mensajes con monosílabos.

—Qué extraño, ¿habéis discutido por algo?

—Que va, por eso estoy agobiada. El jueves pasado cuando quedamos todo parecía estar como siempre.

—Igual es algo relacionado con su hija y la madre —reflexiona Emily.

—Siempre me lo cuenta todo.

—Bueno, Abi, igual hay cosas que prefiere guardarse para sí mismo.

Puedo sentir la mirada de Em sobre mí. Lo de guardarse cosas para uno mismo es algo bastante común en nosotros. A pesar de que nos contamos siempre lo importante, un defecto que ambos tenemos es el no querer preocupar al otro. Por lo que, en numerosas ocasiones, preferimos guardarnos algún que otro sentimiento o pensamiento que pueda causar en el otro incomodidad o confusión. Al final siempre se nos termina pasando y, al ser dos personas con emociones intensas, nos volveríamos locos si lo compartiésemos absolutamente todo.

—No sé, yo creo que ya no quiere estar conmigo.

Se me parte el corazón por la tristeza en la voz de mi hermana. Me encantaría contarle lo sucedido y decirle que Byron solo intenta protegerla. Que, si se ha alejado de ella, es porque la quiere más de lo que ambos querrían admitir. Pero no puedo. No es mi secreto.

Noto cómo Em intenta moverse, así que finjo que me despierto para dejar que se incorpore. Las miro a ambas y me hago el tonto cuando me dedican una falsa sonrisa. Sé que están deseando quedarse solas, así que me invento una excusa y me dirijo al cuarto de baño para darles intimidad. Espero que pronto salga esa pelea que necesitamos y podamos dejar este puto bache atrás antes de que nos arrastre a todos.

EMILY

En cuanto Cole desaparece por las escaleras, me levanto del sofá para arrodillarme frente a Abi y abrazarla. Apoyo mi frente en la suya y, cuando está a punto de romper a llorar, me pide que la deje porque no quiere que su hermano se preocupe.

—Escúchame, ¿por qué no salimos esta noche tú y yo? —Sonrío y le doy un toque en el hombro para hacerla reír—. Sin chicos, solo nosotras como en los viejos tiempos.

—Me encantaría, pero Naomi me ha puesto turno de tres horas.

—¿A qué hora acabas?

—Hago de seis a nueve.

—Bueno, pues a las ocho y media o así me cojo un taxi y voy para allá, y en cuanto acabes nos vamos —sugiero empezando a sentir emoción.

Recordarnos a nosotras mismas hace unos años me produce nostalgia. Ya han pasado unos seis años desde que llegué a Monroe para estudiar enfermería. Tanto a Abi como a Cole los conocí en el bar, aunque mi relación comenzó con él. Podría decir que al principio no me llamó la atención, pero lo cierto es que en cuanto lo vi, algo de él me atrapó de inmediato. Quizá fue la forma que tuvo de mirarme, la intensidad y picardía con la que sus ojos me atravesaron desde el otro lado de la barra. O quizá su aspecto en general. Su altura le hacía estar por encima de casi todos los demás, algunos tatuajes le adornaban los brazos y tenía los dedos llenos de anillos. Un pequeño tatuaje con la frase: «Trust no one» en el dorso hizo que prestara atención a alguno más, como una cruz en el dedo corazón, una serpiente enroscada en la muñeca y una araña que, en su piel, no me dio el asco que me dan en persona.

La primera noche que nos liamos supe que separarme de él no sería tarea fácil. Y, de hecho, ha sido la más complicada de mi vida. Tanto, que ni dos años en prisión han conseguido separar nuestros caminos.

Me bajo del taxi a las nueve menos veinte, tal y como le había prometido a mi mejor amiga. Agradezco que no haga frío, ya que me he puesto una falda un poco corta de estampado a rayas negras y amarillas, y un top de manga larga, pero que deja mi abdomen al descubierto. Me siento *sexy* y poderosa, algo que me ha estado costando durante los últimos meses, pero que cada vez logro con más facilidad.

—Bienvenida, Emily. —El portero me saluda con una sonrisa y no duda en dejarme pasar por delante de toda la gente que está haciendo cola.

—Muchas gracias. —Le respondo con el mismo gesto y me abro paso para bajar las escaleras que llevan a la pista.

Desde aquí diviso a Cole moviéndose con soltura entre el resto de los camareros y a Abi en el otro extremo de la barra. Ninguno de los dos me ha visto aún, aunque Cole no sabía que iba a venir. No sé si le hará mucha gracia que su hermana y yo vayamos a salir de fiesta, pero no le va a quedar más remedio que aceptarlo.

Decido ir directa hacia él para saludarlo primero y que no se sienta desplazado por no contarle que estoy aquí. Intento llegar hasta su zona evitando a varios grupos de tíos que ya tienen la fiesta bastante arriba y parece que, a medida que les entra el alcohol en las venas, pierden el respeto por el camino. En cuanto apoyo los codos en la barra, ese magnetismo que nos une desde el día que nos conocimos casi en esta misma posición, hace que voltee la cabeza y sus ojos se topen con los míos. Ladeo ligeramente la cabeza con una pequeña sonrisa y él abre los

ojos aún más, entre sorprendido y confuso.

—Nena, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo? —pregunta inclinándose para darme un beso en los labios y hablar por encima de la música.

—No ha pasado nada. —Lo tranquilizo—. Es que antes he notado a tu hermana un poco de bajón y hemos decidido salir un rato a bailar cuando termine su turno.

—¿Vais a salir de fiesta? —inquiere y yo asiento—. ¿Aquí o en otro bar?

—No lo sé, lo que ella quiera, me da igual. —Encojo los hombros y sonrío al ver cómo su rostro se contrae ligeramente, preocupado.

—Estás preciosa —dice después de volver a besarme.

—Gracias. —Me pongo de puntillas para alcanzar nuevamente su boca, pero me detengo al ver cómo mira por encima de mi hombro y contra el rostro.

—¿Quieres una puta foto?

Me giro y, como imaginaba, un tío de más o menos nuestra edad está mirándome el trasero sin apenas disimulo. El chaval rompe a reír y hace un gesto con la mano antes de darse la vuelta y perderse entre la gente. Cuando creo que Cole hará algún comentario sobre la falda que he escogido, tan solo me da un beso más y me pregunta si quiero beber algo.

—Lo de siempre. —Asiento como agradecimiento y aprovecho que una banqueta se queda libre para sentarme.

Lo amo todavía más por controlarse y no decirme nada respecto a la ropa. Sabe que estos meses he avanzado bastante en terapia y que poco a poco estoy recuperando a la Emily que era, así que imagino que no quiere hacerme sentir mal o hacerme dudar por las elecciones que tomo. Me conoció siendo una mujer muy independiente y, aunque eso nos traía algunos problemas, supongo que agradece que poco a poco esté volviendo a ser la Em que conoció. La que lo enamoró.

41. SITUACIONES PROVOCADAS

COLE

Mi chica está preciosa. Y no solo por su aspecto, sino por la seguridad que desprende su mirada. En cuanto la he visto ahí apoyada, he tenido un *deja vù* de la noche en la que nos conocimos. Es cierto que ha estado aquí muchas veces después de eso, pero normalmente sé cuándo va a venir y me lo espero; lo de hoy ha sido una sorpresa. Una que, no voy a mentir, me ha encantado. Aunque me hubiese gustado más si no fuera porque dice que van a salir de fiesta… Sé que debo acostumbrarme al hecho de que no siempre voy a poder protegerla. De que ella sola

es perfectamente capaz; sin embargo, no me resulta sencillo. Supongo que es entendible después de todo por lo que ha pasado. Por lo que hemos pasado.

—Una copa para la chica más *sexy*, buena e increíble del mundo entero —digo mientras deposito el vaso con hielos tintineantes frente a ella.

—De parte del chico más *sexy*, bueno e increíble del mundo entero.

—No voy a negarlo.

Ambos reímos y vuelvo a inclinarme para besarla. Me encantaría detener el mundo y dedicarle el tiempo que se merece, pero el bar está a tope y no puedo permitirme otra bronca de Naomi.

—No pienso quitarte los ojos de encima —aviso sobre sus labios con diversión y completa sinceridad.

—Bailaré para ti. —Me guiña un ojo y da un trago a la copa cuando me alejo negando con la cabeza.

Un par de horas después, agradecido porque mi hermana ha decidido disfrutar de la fiesta aquí mismo, me siento un momento cuando me da un tirón en la pierna; este trabajo me va a hacer envejecer más rápido de lo normal. Sonrío al verlas bailar la una con la otra, pero cambio el gesto de inmediato al darme cuenta de que, junto a Abi hay una persona más. Un tío bastante más mayor que ellas. Entorno los ojos y paso junto a mis compañeros con el objetivo de acercarme y verlos mejor. Él apoya las manos en la cintura de mi hermana y ella parece estar encantada. Se rozan mutuamente y, cuando veo que la cosa se está poniendo más seria de lo que debería, decido salir de la barra para frenarlo.

—¿Pero a ti qué te pasa? —Tiro del brazo de mi hermana y la miro cabreado.

Emily, que apenas se encuentra un paso por detrás, se muerde los labios y no sabe ni qué decir. Lo que no entiendo es por qué no ha sido ella quien la ha detenido antes.

—¿Se te ha olvidado que tienes novio?

—¿Novio? —pregunta ella con un par de copas encima—. ¿Cuál? ¿El que lleva una semana sin cogerme el teléfono y sin responderme los mensajes? ¿Ese novio?

—Abi… —Trato de apartarla de la muchedumbre para poder hablar, pero da un tirón y se pierde entre la gente—. ¿Qué está pasando? —inquiero, confuso, mirando a Em.

—Te he dicho antes que estaba de bajón. No sé qué le pasa a By, pero está ignorándola… Deberías hablar con él para que le deje las cosas claras antes de volverla loca.

—Joder. —Asiento y observo cómo me dedica una mirada triste antes de ir tras Abi.

Maldigo interiormente por todo lo que está pasando y las consecuencias que tendrá si no le ponemos solución pronto. Sé que él está loco por mi hermana, pero también sé que le aterra pensar que, por sus cagadas, ella pueda salir perjudicada. Es complicado. No puede contarle la verdad, porque ella se enfadaría muchísimo y seguramente lo dejaría. Abi pasa de todo lo que no

la hace feliz. Bastante mal lo hemos pasado ya. Aun así, la conozco y no puede negar que hace tiempo que está enamorada de él. Esto le haría muchísimo daño, quizá incluso más que a Emily… No sé, no veo la forma de que podamos salir ilesos de esta mierda.

—Voy a salir cinco minutos, tengo que ir al baño —le digo a mi compañero cuando paso por su lado.

—Tranquilo.

Me dirijo hacia el pasillo de los empleados y cierro la puerta del servicio después de entrar. Necesito hablar con mi mejor amigo, esto no puede seguir así. Si no quiere contarle nada a mi hermana, lo acepto. Pero lo que no voy a permitir es que la vuelva loca.

EMILY

Trato de calmar a Abi, pero las copas que ha bebido no ayudan, así que decido sacarla del bar para que el aire de la calle consiga aclararle un poco las ideas. Me confiesa que no tenía pensado hacer nada con ese chico, que se había dado cuenta de que Cole la estaba mirando y solo pretendía que él le contase lo sucedido a Byron para hacerlo reaccionar. No sé si es la idea más ingeniosa del mundo, pero el caso es que surte efecto.

En cuanto llegamos a casa después del cierre, Cole sube a darse una ducha y yo decido preparar algo de picar, ya que normalmente le entra hambre cuando termina de trabajar; son demasiadas horas sin probar bocado. Apenas habré terminado de untar un sándwich con mayonesa, cuando la puerta principal se abre de golpe sin que nadie toque el timbre. El corazón se me acelera de repente —son casi las dos de la madrugada—, pero me alegra reconocer que nada es comparable a como me sentía hace unos meses cuando algo me pillaba por sorpresa.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta Abi desde el salón.

—No sé, ¿a ti qué te parece?

Aprieto los labios al escuchar la voz de Byron y verlo cerrando la puerta con un fuerte golpe; está enfadado. Me debato entre dejarlos solos o quedarme para darles apoyo moral, pero para subir a la habitación, debo pasar por delante de ellos y no quiero interponerme.

—¿Te has liado con otro? —inquiere entre cabreado y acojonado.

—O sea que por eso has venido. —Abi suelta una risa seca y apoya las manos en las caderas —. Pues si eso es lo único que te preocupa, no, no lo he hecho. Ya puedes irte.

Pasa por su lado para subir a la planta de arriba, pero Byron la sostiene por la cintura y le pide disculpas con la mirada. Ella trata de soltarse, pero finalmente cede cuando él murmura un «lo siento».

—Si quieres dejarme, sé claro y dilo de una vez.

—No quiero dejarte, Abs, lo sabes de sobra. —Por la voz y la expresión de el moreno,

deduzco que hay algo que se nos está escapando y… muy a mi pesar, estoy segura de que Cole está metido.

Decido atravesar el salón, sándwich en mano y subir las escaleras sin interrumpirlos, aunque ni siquiera me prestan atención. Al llegar a lo alto de las escaleras, mi novio sale del baño con la toalla alrededor de su cadera y, antes de que pregunte, le digo:

—Ha venido By. Le has contado lo de tu hermana, ¿no?

—La conozco —responde de camino al dormitorio—. Era lo que buscaba. Que le contase lo de esta noche para hacerlo reaccionar.

—Pues ha funcionado. —Me siento en la cama y espero a que se ponga los pantalones deportivos de dormir antes de ofrecerle la comida.

—Gracias, nena. —Le da un bocado grande y ambos guardamos silencio un segundo para ver si podemos escuchar algo de lo que hablan los otros dos abajo—. ¿Qué le ha dicho cuando ha llegado?

—Nada, que si quería dejarla, se lo dijese claro. Y él ha respondido que sabe de sobra que no quiere eso.

Cole asiente, rodea el colchón y apoya los codos en sus rodillas después de sentarse para que las migas no caigan dentro; odia que le pique el cuerpo mientras duerme. Frunzo el ceño y trepo hasta él para interrogarlo. Estoy segura de que sabe algo.

—¿Me vas a contar qué está pasando?

—¿A qué te refieres? —Intenta hacerse el tonto, pero de poco sirve conmigo.

—¿Es qué estáis metidos?

—En nada, ¿por qué? —Confirma lo sospechoso que parece al no ser siquiera capaz de mirarme a los ojos.

Me encantaría insistir y, seguramente, terminaría por derrumbarse y contármelo todo; sin embargo, si algo he aprendido en terapia respecto a nuestra relación —y las relaciones en general —, es que cada persona tiene sus tiempos. Yo soy la primera que a veces necesito alejarme para centrarme en mí misma y ordenar mis emociones, miedos, frustraciones… Por lo que sería muy egoísta por mi parte no respetar ese momento en los demás. Sé que me está ocultando algo, pero también sé que debo darle espacio para que me lo cuente él mismo cuando se sienta preparado.

Solo espero que no sea tarde.

42. NO MÁS MENTIRAS

COLE

Dejo a Emily durmiendo en la cama y bajo al patio cuando Byron me manda un mensaje. Después de una larga conversación en la que se ha inventado una excusa acerca de algo relacionado con la madre de Charlotte, consigue que mi hermana lo perdone por haber sido un capullo estos últimos días y ambos se van a dormir juntos. ¿Si me gusta que mienta a Abi? No, claro que no, pero contarle la verdad no es una opción. No si quiere conservar su relación. Puede sonar fatal, pero mi hermana es la menos comprensiva de los cuatro en cuanto a lo que se refiere a sí misma. Si es algo relacionado con Em o conmigo, lo perdona todo. Pero cuando se trata algo que tiene que ver con ella… la cosa cambia.

—¿Estás bien? —pregunto a mi mejor amigo tras cerrar la puerta que da a la cocina a mi espalda.

—No. —Se muerde el labio y camina para sentarse en el banco—. Soy un cabrón.

Un repentino llanto le impide seguir hablando, pero tampoco hace falta para saber por qué se siente así. Voy hasta su lado y me coloco de frente, ambos mirando hacia la oscuridad del patio y una farola en el callejón de atrás. Fumamos en silencio algunos minutos y finalmente se decide a hablar.

—Hay una pelea mañana por la noche.

—¿Dónde? —Giro la cabeza para mirarlo y doy una calada al cigarro mientras aguardo su respuesta.

—Aquí, en la capilla abandonada del cementerio viejo.

Asiento y me quedo más tranquilo al saber que no me la jugaré saliendo del pueblo. Lo que me faltaba.

—¿Cuánta pasta?

Suspira, claramente agotado y con unas ojeras que no le había visto nunca.

—Emily te va a dejar por mi culpa.

—No digas bobadas y no pienses en eso. —Le doy una palmada en el costado del cuello y acerco mi rostro al suyo—. Eres mi hermano. Vamos a solucionar esto y no volveremos a hablar de ello, ¿de acuerdo?

—¿Y qué vas a decirle cuando llegues a casa con la cara llena de golpes?

—Pues tendré que intentar que no me den ninguno. ¿Me has apuntado ya?

—Sí. —Traga saliva y vuelve a fijar la vista en la hierba aplastada frente a nosotros. Se restriega la cara para despejarse y después ambos nos ponemos en pie—. El otro peleador es muy

bueno. Las apuestas están a su favor.

—O sea que tengo que ganar sí o sí —reflexiono al mismo tiempo que asiento con la cabeza.

—Sí. Las apuestas están en veintitrés de los grandes. Creen que te tumbará en el primer asalto.

—Entonces seré yo quien lo tumbe a él.

—Cole…

—Seré yo quien lo tumbe a él —repito, acompañando la frase de una mirada cargada de confianza y seguridad.

Tan solo asiente, se acerca y rodea mi cuerpo para abrazarme. No es necesario que diga nada más, porque sé que después de esto, se sentirá en deuda conmigo el resto de su vida. Dará lo mismo que intente convencerle de que no me debe nada. Somos iguales. Lo que él no sabe es la cantidad de veces que me ha salvado y los marrones de los que me ha sacado simplemente estando ahí para mí. Como ya he dicho, Byron es mi hermano y saldremos juntos de esto.

Tengo los huevos de corbata mientras bajo las escaleras hacia el salón. He cambiado el turno de hoy para poder acudir a la pelea, pero a Abi y a Emily les he dicho que quería una noche libre para pasar tiempo con Byron, porque hace mucho que no estamos juntos a solas. Ninguna de las dos ha puesto pegas, pero es evidente que mi novia me conoce y sabe que le oculto algo.

—Nena, me marcho ya —anuncio desde la puerta antes de ponerme una sudadera que colgaba del perchero.

—Vale, pasadlo bien. —Se acerca con una enorme sonrisa y mi culpabilidad va en aumento.

Apoya su peso en la punta de los pies para besarme cuando la rodeo por la cintura, tira de mi labio en medio de una risa que no soy capaz de acompañar y, después, rodea mi cuello para abrazarme.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —digo con un nudo en la garganta—. Muchísimo. No te haces una idea de cuánto.

Suelta una risita y se da la vuelta para regresar al sofá. La observo inmóvil, con los ojos empañados y la garganta seca.

No puedo.

Le prometí que no tendíamos más secretos.

Esto me perseguirá siempre.

—¿Qué haces ahí todavía? —pregunta al girar la cabeza—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Frunce el ceño ante mi expresión, parpadeo y dos hileras de lágrimas se me deslizan por ambas mejillas.

—Te he mentido —suelto de pronto—. Lo siento.

Lejos de parecer sorprendida o enfadada, asiente en silencio y me hace una señal para que me acerque. No puedo parar de tragar saliva y tengo el pulso más acelerado que cuando suena la campana sobre el *ring*. Bueno, por llamarlo de alguna forma, ya que en las peleas ilegales de *bare knuckle* en las que he participado, han sido todas sobre el frío asfalto de almacenes y lugares abandonados.

—He quedado con Byron, pero no vamos a cenar —continúo de camino hacia el sofá.

Emily permanece sentada en el sillón, mientras yo me coloco frente a ella. Tardo unos segundos en conseguir arrancar, puesto que siento que, de un momento a otro, se levantará y todo habrá terminado. Me abandonará y se llevará todo mi mundo con ella.

Empiezo por el principio. Desde la noche en la que recibí el mensaje de By. La misma en la que ella salió a buscarme en medio de la madrugada y no dudé en mentirla. Le explico todo lo sucedido sin saltarme ni un solo detalle. Se tapa la boca, asustada, cuando llego a la parte del revolver y la amenaza. Los ojos se le humedecen, pero no suelta ni una lágrima hasta que no termino el relato completo. Al confesarle lo de la pelea de esta noche para poder conseguir el dinero y pagar la deuda de mi mejor amigo, agacho la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada, y dejo que mis propias lágrimas caigan sobre la alfombra. Entonces, cuando me estoy preparando para el golpe, se levanta, separa mis piernas y se sienta en la mesita de madera frente a mí. Me sostiene por las mejillas para que alce la cabeza y susurra:

—Eres la persona más increíble que he conocido en mi vida, Cole Monroe.

Frunzo el ceño, confuso, desorientado y aliviado a partes iguales.

—¿No estás enfadada? Te mentí, Emily. Y también iba a hacerlo esta noche.

—Pero no lo has hecho. Sabía que pasaba algo, pero quería darte la oportunidad de que fueras tú quien me lo contase —admite con una sonrisa—. Y no me has decepcionado.

—Nena…

—Escucha, lo de la pelea no me hace ninguna gracia. Que Byron se haya metido en este… marrón y te haya metido a ti, no me hace ninguna gracia, y que me mintieses la noche que saliste de madrugada, tampoco.

—Lo siento, siento mucho haberlo hecho.

—Pero estoy muy orgullosa de que me lo hayas contado ahora.

—¿Y la pelea? —Me inclino un poco y miro el reloj de la pared. Si llego tarde, nada de esto habrá servido—. Empieza en veinte minutos.

—Pues más vale que te des prisa —dice levantándose.

—¿Estás segura? No quiero que esto sea un desencadenante para que todos tus miedos e inseguridades vuelvan, nena. No podría perdonármelo.

—Estoy segura. De verdad. —Deposita un beso sobre mis labios y sonríe para reforzar la respuesta—. Peleabas cuando te conocí. Te has ganado la vida como has podido siempre. Forma

parte de ti y admiro que seas tan cuidadoso, cariñoso y atento, a pesar de que también disfrutes peleando.

—No disfruto, Em.

—Pero lo necesitas.

—Me ayuda —admito por primera vez en voz alta—. Pero sé que a ti no, así que no lo necesito en mi vida. Solo te necesito a ti.

—Ve a la pelea, gana ese dinero, paga la deuda y dejaremos todo esto atrás. Ya habrá tiempo de decidir qué hacer después.

La observo unos segundos sin poder articular palabra, paralizado por un sentimiento de abrumación tan grande que jamás había experimentado. Me gustaría poder transmitirle todo lo que se pasa por mi cabeza a una velocidad de vértigo, pero lo único que me sale es:

—Te amo tanto que nunca podré demostrártelo lo suficiente.

—Lo haces cada día. —Sus labios se funden con los míos, introduce la lengua y me veo obligado a parar cuando el móvil comienza a sonar en el bolsillo de la sudadera.

—Es Byron.

—Vete, venga. —Pide de camino a la puerta—. Solo te pido una cosa.

—Lo que sea.

—Llámame antes de empezar y en cuanto termines, por favor —suplica, ahora con más seriedad.

—Te lo juro. —Asiento antes de darle un último beso y salgo corriendo para subirme al coche.

Intercambiamos una mirada más y acelero.

Emily no es consciente de lo que acaba de hacer, pero me ha dado justo lo que necesitaba para reventar a ese tío y ganar la pelea.

43. UNA SOLA OPORTUNIDAD

EMILY

En cuanto Cole se marcha, miles de pensamientos comienzan a pasar por mi mente a un ritmo frenético. Sabía que me estaba ocultando algo, ¿pero esto? Se me había pasado por la cabeza que estuviese metido líos e incluso que ya hubiera participado en alguna pelea, pero nunca nada semejante como a la historia que ha compartido conmigo hace unos minutos. Sé que he hecho bien en reaccionar así. Ha sido capaz de contarme la verdad a riesgo de que me enfadase y convencido de que me había decepcionado, así que no podía reprocharle nada.

Aunque tengo un batiburrillo de sentimientos en estos momentos, me siento feliz de reconocer que el miedo y la incomodidad de hace unos meses respecto a este tema, no es, ni de lejos, el mismo. Por supuesto que estoy nerviosa y que no me agrada la idea de que pelee, pero he trabajado este tema en terapia —además del obvio—, y he podido darme cuenta de que no todo está en mi mano. Hay cosas que yo hago o pienso, que a Cole no le gustan, pero las respeta y acepta porque me quiere. Cada día se esfuerza por ser una mejor persona y trabaja infinitas horas para conseguir ganar un sueldo que ni de lejos es digno.

Los minutos se hacen eternos mientras espero en el sofá con el móvil entre las manos. Casi puedo imaginarlo llegando a donde quiera que sea la pelea, concentrado y sin cruzar palabra con nadie más que Byron. Por un momento, me arrepiento de no haber ido con él, pero creo que eso lo habría condicionado y estaría más preocupado por mí que por el objetivo de esta noche: ganar la pelea, conseguir el dinero y pagar la deuda de su mejor amigo.

El móvil me suena exactamente veintiocho minutos después.

—Estoy a punto de salir.

—Vale, ¿estás bien? —pregunto conteniendo los nervios a la vez que me levanto y camino sobre la alfombra.

—¿Tú lo estás?

—Sí.

—Entonces estoy de puta madre, nena.

Por el sonido de su voz, sé que acaba de sonreír y eso detona el mismo gesto en mi rostro. Me encantaría darle un abrazo y decirle que todo saldrá bien, que vamos a estar bien, pero en lugar de eso, digo lo único que sé que le servirá en estos momentos:

—Gana la pelea y vuelve a casa conmigo. Te quiero, Cole.

—Volveré antes de que me eches de menos. Te quiero.

Sin darme tiempo a añadir nada más, la campana suena de fondo y la llamada se corta. Me

obligo a poner algo en la televisión para que el tiempo pase más deprisa, cierro los ojos un instante y rezo en silencio.

COLE

La espalda de mi oponente rebota contra el frío asfalto tan solo tres minutos después del inicio. Una oleada de abucheos hace que la estancia se vuelva ensordecedora mientras busco a Byron con la mirada. Cuando creo que es el único presente con una amplia sonrisa, veo que hay otro igual de feliz. El cabrón que ha ocasionado todo esto, se acerca por detrás y le dice algo al oído. Hablan unos segundos, frunzo el ceño y cuando me estoy acercando, el árbitro me proclama vencedor. La situación comienza a volverse algo tensa puesto que, como me comentó By, todo el mundo había apostado en mi contra.

—Tenemos que largarnos —dice en cuanto llego hasta él—. Esto se va a poner feo de cojones.

—¿Qué te ha dicho?

—Ya está solucionado. —Palmea mi hombro sin que nos detengamos—. Han ganado veinte de los grandes gracias a ti.

—¿Nos dejará en paz? —insisto poco convencido. No suele ser la clase de persona que se conforma.

—Sí.

—¿Seguro, Byron? —Lo sujeto del brazo después de que salgamos a la calle por la puerta trasera para evitar jaleos con toda la gente que había apostado.

—Que sí. Ya está, vámonos a casa y dejemos esta mierda atrás.

—Espera, tengo que llamar a Emily.

Extiendo la mano para que me devuelva mi teléfono y, justo en ese momento, un hombre demasiado bien vestido como para este ambiente callejero e ilegal, sale del edificio como si estuviera buscando a alguien. Mira a ambos lados y dibuja una sonrisa al verme. Inmediatamente entorno los ojos, lo señalo con la cabeza para que Byron se dé la vuelta y esperamos a que se acerque sin entender absolutamente nada.

—Michel Irving, encantado —saluda extendiendo la mano.

—¿Quién es usted? —Lo miro sin moverme y sin ninguna gana de que me sigan tocando los cojones esta noche; solo quiero volver a casa.

—Directo al grano, tal y como imaginaba.

Tanto mi amigo como yo ignoramos su sonrisa. Nos miramos el uno al otro y después suelto una bocanada de aire antes de darme la vuelta para seguir con mi camino.

—Trabajo para la UFC —informa entonces a mi espalda.

Mi mejor amigo arquea una ceja, me da una palmada en el pecho y me insta a detenerme.

—Supongo que sabéis lo que es, pero por si acaso, se trata de la mayor empresa de artes marciales…

—Sabemos lo que es la UFC —interrumpe mi mejor amigo evidenciando la falta de paciencia—. ¿Qué es lo que quiere?

—Lo que has hecho esta noche ahí ha sido… —Deja la frase en el aire, aunque por su expresión queda bastante claro que le ha impresionado—. He preguntado por ahí y al parecer tienes una buena carrera como peleador de *bare knuckle* en… —Mira hacia el edificio con cierto desagrado—. En estos lugares.

—Diga de una vez qué es lo que quiere, no tengo toda la noche. —Me froto la frente antes de dejar caer los brazos a cada lado.

—Quiero ofrecerte un contrato, Cole.

—¿Cómo ha dicho? —Mi amigo alza las cejas, incrédulo.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Te he dicho que he preguntado por ahí. Tienes talento. Los golpes que he visto esta noche son propios de alguien con años de experiencia en el MMA. ¿Dónde aprendiste a golpear así?

—Dándome de hostias con mi padre cada noche —suelto comenzando a perder la paciencia —. Mire, la violencia no es algo de lo que me sienta orgulloso. Nunca he pelado por placer y no voy a empezar ahora. Gracias por la oferta, pero no me interesa.

—¡Cole! —llama Byron cuando me alejo.

Lo escucho intercambiando algunas palabras más a mi espalda, pero no me detengo hasta que llegamos al coche. Espero a que se suba a mi lado y acelero a fondo, decidido a llegar a casa y abrazar a mi novia, que es lo único que me interesa ahora mismo.

—Tío, piénsalo.

—No tengo nada que pensar. Esta noche ha sido la primera y última vez que peleo para alguien —contesto sin apartar la vista de la carretera.

—¡Hostia, Cole, que es la UFC! ¿Eres consciente de la oportunidad que esto supone? —continúa, sin intención de rendirse—. Ser peleador profesional algo que muchos sueñan, pero muy pocos consiguen. Estamos hablando de un contrato legal. Nada de peleas callejeras. Piensa en todo lo que podrías conseguir, en la pasta que ganarías y en…

—Me da igual el dinero.

—Podrías dejar el bar, tío. Incluso Abi podría dejarlo. —El tono de su voz se vuelve más serio—. Con una carrera como peleador de MMA, incluso tendría la oportunidad de ir a la universidad. ¿No es eso lo que siempre has querido?

—No a costa de que la mujer que amo se pase el resto de su vida viviendo con miedo. —Lo miro en un semáforo, suspiro y apoyo la cabeza en el respaldo del asiento—. ¿Crees que soy

idiota? Sé de sobra lo que esto supondría para todos.

—Emily está bien, Cole. Estará bien.

Niego y hacemos el resto del camino en silencio. Me conoce lo suficiente como para saber cuándo debe parar; mis límites son evidentes.

En cuanto llegamos, Em sale corriendo por la puerta y se lanza a mis brazos. Sonrío y deposito un beso en su frente antes de dejar que inspeccione mi aspecto. Me sostiene la barbilla y hace que mueva el rostro a ambos lados, después alza mi camiseta y yo aguardo hasta que se queda tranquila.

—Estoy bien, nena.

—No tienes ni un golpe —contesta llena de confusión—. ¿Has ganado? No me has llamado al terminar —reprocha ya dentro del apartamento.

—Lo sé, lo siento, es que me han entretenido y prefería llegar a casa para que me vieses en persona.

—¿Quién te ha entretenido? ¿Qué os pasa? —Nos escudriña con la mirada y se cruza de brazos, como si estuviera decidida a averiguarlo—. ¿Por qué tenéis esas caras si todo ha salido bien? Que, por cierto, contigo ya hablaré —añade señalando a mi amigo de forma reprobatoria.

—Nada, lo importante es que todo ha acabado —contesto de camino al sofá.

—¿Byron? —insiste siguiéndonos.

Ni siquiera me da tiempo a mirarlo para pedirle que no se le ocurra abrir la boca y contarle nada respecto al tal Michel Irving, porque un segundo después suelta sin pensárselo:

—Un hombre que trabaja para la UFC le ha ofrecido un contrato como peleador profesional, pero Cole lo ha mandado a paseo sin tan siquiera escuchar su oferta.

La mirada que le lanzo es el equivalente a un puñetazo en toda la boca del estómago. Lejos de arrepentirse, me mira con reproche y se acomoda en el sillón, haciéndome a continuación un gesto para que le dé a mi novia las explicaciones que sabe que va a pedirme.

—¿Qué es la UFC? —inquiere, curiosa a la par que inquieta mientras se sienta a mi lado.

—Es la mayor empresa de artes marciales mixtas del mundo. —Byron decide hablar por mí otra vez—. Tiene en nómina a los mejores peleadores, hacen eventos por todas partes y reciben por pelea cheques desde treinta mil pavos hasta más de un millón.

—¿Quieres cerrar la puta boca de una vez? —Le lanzo un cojín con tanta fuerza que rebota contra la ventana cuando él se aparta para que no le dé en la cara.

—*Wow*.

Los dos miramos a Emily ante esa respuesta. Me esperaba cualquier reacción menos esa.

—¿Es legal?

—Claro que es legal, Em. Retransmiten las peleas por televisión, acuden miles de personas y los peleadores son muy famosos. No son peleas callejeras de barrio.

—Todo eso da igual, porque ya le he dicho que no me interesa —intervengo antes de que esto se me vaya aún más de las manos—. Te prometí que no volvería a pelear y lo de hoy ha sido una excepción por motivos evidentes.

—¡Pero tío! —exclama Byron agitando lo brazos—. ¡No puedes rechazar un contrato con la UFC, joder!

—Creo que es hora de que te vayas. —Lo miro con seriedad y me levanto para acompañarlo a la puerta—. Basta, no te lo repetiré —insisto cuando abre la boca para rechistar.

—Me ha dado su tarjeta. Piénsalo, por favor. —La extiende frente a mí, pero lo ignoro.

—Gracia, By.

Mi novia pasa por delante y es ella quien la coge para después echarle un vistazo llena de curiosidad. Se sienta en el sofá y deja que yo mismo lo acompañe hasta la puerta. Decido no reclamarle nada más, porque en el fondo sé que lo ha hecho por mí y que solo quiere que no me arrepienta de tomar la decisión equivocada. Lo que no es capaz de entender es que la decisión está tomada desde el mismo minuto en el que me lo ha ofrecido.

44. A UN LADO O AL OTRO

EMILY

Cole no dio lugar a conversación la noche en la que volvió de la pelea. Han pasado tres días y no he sido capaz de quitarme de la cabeza la oportunidad que le ofreció aquel hombre, incluso he estado leyendo artículos sobre él en internet. De hecho, cualquiera podría decir que ya soy una experta en la UFC y en todo lo relacionado con las MMA. Me he pasado las horas muertas informándome sobre las diferentes categorías de artes marciales, los peleadores más conocidos, la historia detrás de todo esto y la reputación de la empresa.

A pesar de que he intentado sacarle el tema en un par de ocasiones, mi novio es terco. Tiene tanto miedo de que esto pueda perjudicarme psicológicamente, que ni tan siquiera se plantea la opción de hablarlo. Personalmente le he dado muchas vueltas y, sabiendo ahora todo lo que sé, estoy segura de que podría con ello.

Lo que me daba miedo cuando peleaba, era el hecho de que pudiesen acabar con su vida o le detuviesen por agredir a otra persona. Pero según tengo entendido, la UFC mantiene una tasa de mortalidad cero. Obviamente no está exenta de riesgos, pero tiene una estricta regulación de seguridad, protocolos para todo y muchísimo entrenamiento para saber cómo defenderse y cómo golpear sin poner en riesgo la vida del otro. Y respecto a terminar detenido, no sucedería, porque esto es un deporte regulado. Es legal. Cole no tendría que volver a prisión y con eso me basta.

Lo miro con una sonrisa cuando regresa del baño tras darse una ducha. Son las diez de la mañana y hoy trabajo de noche, así que supongo que me echaré una siesta después de comer.

—¿Qué estabas leyendo tan interesada? —pregunta al darse cuenta de que bloqueo el teléfono.

—Los protocolos de la UFC.

—Nena, ¿qué te dije?

Resopla dejando caer la toalla en el suelo para coger un bóxer de la cómoda y vestirse. Por el tono de su voz, sé que está nervioso y que este tema le pone a la defensiva; debo ir con cuidado o se cerrará y entonces no habrá forma de hablar.

—Solo contéstame a una cosa —pido mientras me siento en el borde de la cama tras él. Me mira con las cejas alzadas, esperando a que continúe—. Si no estuviéramos juntos ni me hubieses conocido, ¿habrías aceptado la propuesta?

—Estamos juntos y te amo. No tiene sentido pensar en otra cosa.

—Pero ¿y si no? —insisto, curvando un poco la comisura del labio para que se relaje.

—Sé lo que intentas. —Cruza los brazos y se apoya en la cómoda.

—Solo responde. ¿Habrías aceptado el contrato si yo no existiese?

—En el hipotético caso de que yo fuese un desgraciado que vive en un mundo donde tú no existes —dice tras acercarse y sentarse a mi lado—. Sí, habría aceptado sin dudarlo.

Dibujo una sonrisa y, cuando abro la boca para responder, me interrumpe con un beso y añade:

—Pero existes. Y eso me convierte en el hombre más afortunado.

—Cole, escúchame, por favor.

—Emily… —Sale de la habitación, obligándome a seguirlo escaleras abajo.

—Sé que tienes miedo de que esto pueda afectarme, de que todo lo que he avanzado en terapia se vaya a la mierda y…

—Exacto —espeta ya en la cocina—. Nos ha costado mucho llegar donde estamos, no voy a joderlo ahora por un contrato de mierda para un trabajo que implica darme de hostias.

—No finjas que no te mueres de ganas por aceptarlo —pido con la cadera apoyada en la encimera—. He leído mucho sobre la UFC y estoy segura de que no supondría ningún problema para mí, de verdad. —Aguardo unos segundos a que deje la cafetera y me preste atención—. Cole, por favor, es una oportunidad increíble para tener un trabajo legal en el que ganes más de lo que jamás hubieras soñado. Y sí, lo sé —añado cuando veo que se gira para responder—. El dinero te importa una mierda, pero reconoce que sería una tranquilidad enorme para ti el no estar pensando cada mes en si podrás pagar el alquiler.

—Ven aquí —pide con una mano extendida—. Te quiero más de lo que jamás podrás entender. —Me acaricia la mejilla con una mano al mismo tiempo que apoya la otra en mi cintura—. No me cabe ninguna duda de lo fuerte que eres y de todo lo que has mejorado en terapia. Sé que podrías con esto, ¿crees que ese es mi miedo?

—¿Entonces?

—Simplemente no veo la necesidad de que tengas que intentarlo.

—Pero yo quiero hacerlo.

—¿Podemos dejar de hablar de esto y desayunar?

Suspiro y asiento cuando me besa la frente y me aparta con cariño para continuar preparando el café.

Lo observo en silencio desde la silla después de que Abi baje. Sonrío de vez en cuando e intervengo en la conversación cuando veo que me miran, pero no soy capaz de desconectar. Cole ha hecho infinitos sacrificios por mí, ahora es mi turno.

COLE

Me bajo del autobús en la parada más cercana al restaurante donde mi novia me ha citado

para que comamos juntos. Se encuentra en pleno centro, por lo que he preferido no traer el coche, ya que tendría que gastar más pasta en un *parking* privado que en la comida. No sé muy bien por qué ha querido que vengamos aquí, siempre solemos ir a otro lugar que está cerca de su trabajo, pero obviamente no he podido rechazar la invitación. Hemos estado un poco distantes desde la noche de la pelea y el maldito ofrecimiento de aquel hombre.

Emily ha intentado hacerme entender en varias ocasiones que puede con esto, que es una oportunidad de la hostia y que nos cambiaría la vida a todos. Y lo sé. Vaya si lo sé. Pero también creo que no ve las cosas como son en realidad. Piensa que tendría que ir a pelear de vez en cuando —dice que se ha leído incluso el reglamento de la UFC— y ya está. No sé hasta qué punto es conocedora de las rutinas tan exigentes que llevan estos peleadores. La cantidad de horas al día que entrenan, lo que viajan y la vida tan controlada que deben tener. Sé que quiere hacer esto por mí, pero no creo que fuese capaz de firmar un contrato que implicase vivir con el miedo de que vuelva a sufrir una recaída.

Respecto a Abi y Byron, bueno… Finalmente se atrevió a ser sincero y compartir con ella toda la verdad hace un par de días. Creo que la definición de la reacción de mi hermana sería «huracán». Recorrió todo el abanico de sentimientos en cuestión de unas horas. Lo primero que hizo fue echarlo de casa y decirle que no quería volver a verlo, algo con lo que ya contábamos; sin embargo, a los veinte minutos rompió a llorar y lo llamó para que volviese. Lo que no sabía era que By estaba sentado en las escaleras del porche esperándola. Entro, se volvió a disculpar, le dio un abrazo y le prometió que dedicaría todo el tiempo que fuese necesario a compensártelo.

No me cabe duda de que lo hará.

Doblo la esquina de la calle y, cuando estoy entrando al restaurante, frunzo el ceño al ver a un hombre sentado frente a Em unas mesas más adelante. Me acerco lleno de confusión preguntándome qué está pasando, hasta que llego, le veo la cara y termino de comprenderlo todo.

—Emily. —La miro con el gesto torcido antes de negar con la cabeza.

—Por favor, siéntate —pide tirando de mi mano—. Por favor.

Michel Irving aguarda en silencio. Su semblante en serio y paciente, virtud de la que yo carezco. Dejo que mi novia me acerque la silla y entrelace sus dedos con los míos al sentarme.

—Hola, Cole, ¿cómo estás? —habla al fin.

—Cabreado de cojones. —Muevo la pierna en un tic involuntario e intento relajar un poco el gesto cuando Emily me suplica con la mirada.

—He traído un borrador del contrato para que le eches un vistazo —informa sin andarse con rodeos, algo que le agradezco—. Tu novia ya me ha estado contando que no estás muy convencido, pero te pido que lo reconsideres. Ser peleador de la UFC te abriría muchas puertas,

no solo a una vida acomodada y sin preocupaciones, sino a…

—Lo de sin preocupaciones lo ha decidido usted solo —interrumpo.

—De acuerdo. Con menos preocupaciones que ahora, entonces.

Hace una pausa para ver si quiero añadir algo más, pero en lugar de hacerlo, miro a mi novia cuando coge el contrato y lo coloca delante de mí.

—Yo ya lo he leído —comenta con una pequeña sonrisa—. Y es muy bueno, Cole.

—Hacedme un resumen —pido después de observarla unos segundos.

Escucho con atención a cada punto del contrato a medida que Michel lo va leyendo y explicándome lo más importante. Emily hace aclaraciones cuando ve que algo no me convence y él asegura que no habría problema en modificar alguna cláusula si no estoy de acuerdo. También me comenta que el tema de los antecedentes no supondría un problema, que muchos peleadores los tienen y, como solo me quedan unos pocos meses con la tobillera, no sería un impedimento.

Joder, no soy estúpido. Soy consciente de cuántas personas desearían estar en mi lugar ahora mismo —algo que nunca pensé que diría—, pero me da tanto miedo volver a cagarla.

Desde hace una semana siento que estoy al borde de una línea y que debo tomar la decisión de quedarme para siempre a un lado o al otro. Con todas sus consecuencias. Lo único que me tranquiliza es que, pase lo que pase, sé que Emily permanecerá a mi lado. En todo este tiempo, tenerla a mi lado ha sido el mayor regalo que podría haberme dado la vida. No sé cómo habría afrontado las cosas si ella no hubiese estado presente, pero sé que todo sería más triste y complicado. A su lado, por mucho que todas las semanas sean iguales en el sentido de trabajar constantemente y tener apenas unas pocas horas para estar juntos, siempre doy las gracias por un nuevo lunes. Sí, es una nueva oportunidad de joderlo todo, pero también lo es de hacerla feliz. Y esa es la que he decidido escoger.

Aunque mis miedos, inseguridades y toda la mierda por la que he pasado hacen que todavía me cueste asimilar que una mujer tan increíble desee pasar el resto de su vida conmigo, creo que nos merecemos seguir adelante sin echar la vista atrás.

Nos lo hemos ganado.

EPÍLOGO

CINCO MESES DESPUÉS

EMILY

Me perfilo los labios con cuidado de no salirme por ningún lado y que queden perfectos. Todo debe ser perfecto esta noche. Hasta mi ansiedad y mis nervios van a juego con el vestido rojo que compré la semana pasada, sin ser consciente de lo rápido que llegaría este día.

No me puedo creer que haya pasado más de un año desde que Cole salió de prisión. Aunque, lo que más me cuesta asimilar es la cantidad de cosas que nos han sucedido en estos meses. Hay días en los que las emociones derivadas de todas esas vivencias me resultan tan abrumadoras, que necesito concertar una cita de rescate con mi terapeuta para que me guíe. Me ha ayudado tanto, que siento que todo lo que le pago no es suficiente.

A pesar de que el doctor me ha dado las pautas para volver a ser —casi— la Emily de antes, la verdadera salvadora de esta historia soy yo. Tengo la tremenda fortuna de estar rodeada de gente que me quiere, me cuida y se preocupa por mí cada día, pero nada de esto habría sido posible si yo no hubiese puesto de mi parte. Nadie sabe realmente por todo lo que he pasado y la cantidad de demonios a los que he tenido que enfrentarme día y noche. Ha habido infinidad de momentos en los que estaba tan convencida de que no sería capaz de superar mis miedos y traumas, que directamente dejaba de intentarlo. Durante esos periodos en el agujero —como dice mi doctor—, entraba en modo supervivencia y ni tan siquiera me daba cuenta de ello. Para mí esa era la nueva normalidad. Esa era la nueva vida que debía tener.

Pero entonces aparecía Cole.

Él ha sido, sin lugar a duda, la otra parte del puzle de mil piezas que he tenido que recomponer sin descanso durante este último año. Dándome espacio y compresión, pero siempre recordándome cuánto me quiere, lo increíble que soy y lo orgulloso que se siente de mí. Esto es algo que no ha parado de repetirme desde el primer día.

Cole ha sido mi mantra.

La vida nos juntó hace tres años, pero decidió separarnos después. Lo que nadie se imaginaba —ni siquiera nosotros—, es que hay personas que llegan para quedarse. Personas con las que atravesarás mareas y tempestades, pero serán soportes tan fuertes que ni el más grande de los tsunamis será capaz de arrastrar. Hoy, veinticuatro de septiembre, me siento la persona más afortunada del planeta Tierra. Sé que me queda un largo camino por delante, pero también sé que, junto a Cole, todo será siempre un poquito más sencillo.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar dedicando el libro, como siempre, a todas y cada una de mis lectoras. Soy tremendamente afortunada por la comunidad que hemos ido creando estos años y no me cansaré de agradeceros la paciencia y el cariño con el que siempre tratáis todo lo que hago.

También necesito dedicar este espacio a pedir disculpas si con alguna de mis palabras he ofendido o incomodado a alguien. Quiero recalcar que los pensamientos o reflexiones de los personajes son suyos, no me representan a mí como Nerea Vara. Puede que alguno no vaya en sintonía con lo que habríais hecho o dicho vosotras, pero debemos tener en cuenta que los personajes son eso, personajes. No son perfectos y, al igual que en la vida, cada uno tienen sus opiniones.

Soy consciente de que este libro trata temas muy delicados y os prometo que he intentado ser lo más cuidadosa y respetuosa posible. Aun así, una vez más, me disculpo.

Ahora sí, en primer lugar, quiero dar las gracias a las personas que me han acompañado en todo este proceso, desde el día de su creación hasta el final: mis chicas del grupo de escritoras. Todas me han impulsado y animado sin descanso y sé que, sin su ayuda, esta novela no hubiese visto un final.

De entre ellas, tengo que hacer una especial mención a Alba y Ruth. Han tratado la historia de Cole y Emily con sumo cariño y me han aconsejado en los momentos más delicados. Además, Ruth ha sido la lectora beta de esta pareja y gracias a la dedicación que ha puesto, estoy plenamente satisfecha con el resultado.

A Marina, la parte más alocada de mi cerebro. Una amiga que siempre me presenta ideas caóticas, pero terminan siendo increíbles. Gracias por ayudarme con la estructuración de todo y por motivarme cuando no tenía ganas de escribir.

A mi pareja, Alex, por estar siempre presente y apoyarme, entender que este es mi trabajo y darme todos los tiempos y condiciones necesarias para que lo siga siendo cada día. Ah, sí, y por dejarme usar sus manos para la portada.

A mi madre y mi hermana, por ser y estar. Simplemente.

Y, por último, pero no menos importante, a mí misma. Por tener el valor de continuar con una historia que me apasionaba, pero asustaba a partes iguales. De Cole y Emily he aprendido que, por más dificultades que te ponga la vida, SE PUEDE.